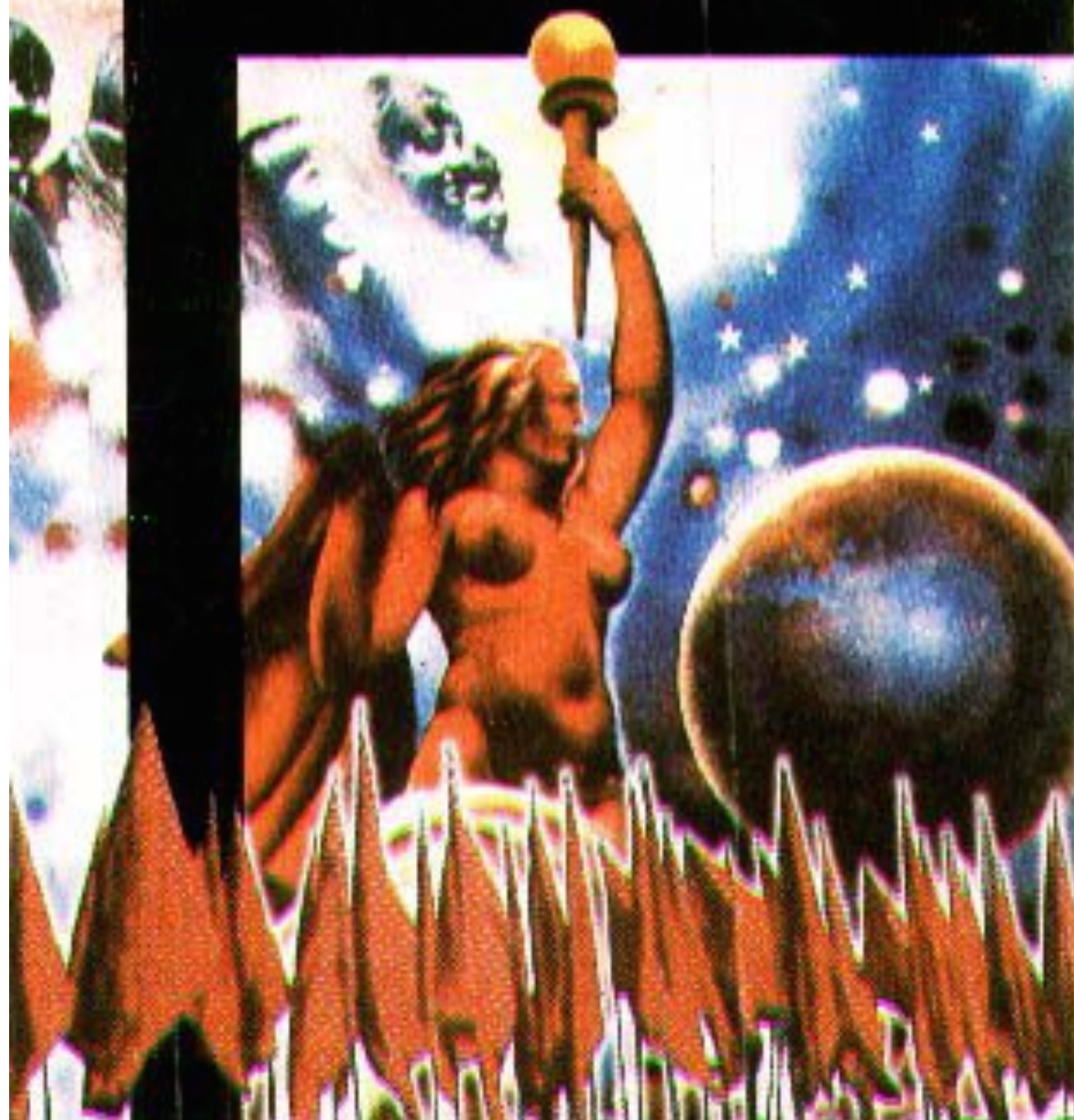


ALFAGUARA



Adiós, Padre Eterno

Pedro Molina Temboury



Adiós, Padre Eterno

Pedro Molina Temboury

1º y 2ª edición Alfaguara, 1997

Edición digital 2017 www.pedromolinatemboury.es

Para mi padre,
Con humor y amor.

*" Así pues, si el mundo sólo se componía de tí y de mí,
como yo tendía a imaginar..."*

(KAFKA, Carta al Padre)

*"y si quieren saber
de tu pasado
.....
Dí que vienes de allá,
de un mundo raro..."*

(Bolero, J.A. Jimenez)

INDICE

La creación de este mundo.....	pág. 6
Amor de madre.....	pág. 28
Angeles caídos.....	pág. 30
Angustias, exorcismos, aullidos.....	pág. 53
La década prodigiosa.....	pág. 87
Teoría y praxis revolucionarias.....	pág. 98
La internacional.....	pág. 118
Los cuerpos represivos.....	pág. 128
Uno de los nuestros.....	pág. 151
Adiós, padre eterno	pág. 166

LA CREACION DE ESTE MUNDO

Corría el año más nefasto del siglo, apenas un par de meses antes de esa fecha fatídica que en el futuro llegaría a deshonrar con su sola presencia el papel de los calendarios, cuando dos jóvenes apuestos y educados, a los que acompañaba otro caballero algo mayor de edad, pero igualmente distinguido, se presentaron en una casa de la avenida Dato de nuestra capital, concretamente en el número siete (no en la actual calle Dato sino en esa porción de la Gran Vía que iba de la plaza del Callao a la de España, que por aquel entonces quedaba casi en la periferia de la ciudad y respondía a esa nomenclatura) en la que, según se había anunciado, darían razón de un local disponible en alquiler. El propietario, un hombre ya maduro, de escasa formación y aún menor costumbre de tratar con gente de mundo, mostró enseguida a los desconocidos el local en cuestión, que era un bajo, situado en el mismo edificio donde él tenía vivienda, sin duda demasiado destartado para despertar el interés de tales señores. Pero aquello era precisamente lo que ellos andaban buscando, el lugar ideal para instalar la redacción de la flamante revista que se proponían sacar a la luz, y no tuvieron que añadir nada más porque al oír esos propósitos el que había de ser su casero, que por provenir de una larga tradición familiar de tipógrafos - cuando todavía dicho oficio no había adquirido sus posteriores connotaciones subversivas- profesaba un culto casi sagrado por los autores de las letras que tan trabajosamente imprimía, una devoción perruna por ese mundo excelso de la inteligencia, se sintió tan feliz de albergarles - sin que ningún sexto sentido le advirtiese entonces del precio que habría de pagar en el futuro por tan imprudente decisión - que les

rebajó incluso el precio de la renta mensual. El año del que hablo, hora es ya de decirlo, era 1.931, la revista iba a llamarse " La Conquista del Estado" y los dos jóvenes eran ni más ni menos que Ramiro Ledesma Ramos y Antonio Bermúdez Cañete, heroicos protomártires del mañana inmediato, pero cuyos nombres, si exceptuamos el de d. Ernesto Giménez Caballero que les acompañaba, nada sonaban todavía a nadie en el país, y mucho menos a su arrendador que, por muy entusiasta que pareciera del pensamiento ilustrado, conocía bien sus limitaciones ya que, aunque la naturaleza le había dotado de la habilidad de componer cualquier tipo de textos, le había negado a la par el talento necesario para descifrarlos. Porque tan ingenuo era aquel buen hombre que ni siquiera, cuando después de sacar a la luz veintitrés combativos números, algunos de ellos con su colaboración tipográfica, se viera obligada a cerrar su edición " La Conquista del Estado" y a dispersarse sus ardorosos redactores, llegó en ningún momento a sospechar que la revista que elaboraban en su casa aquellos señoritos de tan buena planta contuviese algo más que, conforme parecía proclamar su cabecera, inocua documentación y plomizos temarios con los que preparar oposiciones administrativas. Y tratándose estas, en su opinión, de las más útiles lecturas, animó a su único hijo, que era todavía un niño puesto que acababa de cumplir los diez años, a frecuentar la compañía de tan sesudos opositores en la esperanza de que, al arrimarse a tales árboles algo de conocimiento se le pegase: y así fue, de este modo casual, por una inocente equivocación paterna, que el pequeño muchacho se acostumbró a pasar las tardes, de vuelta de las monjas, en aquella enfrebrecida redacción instalada en el bajo de su casa que, como un mundo desconocido y fascinante, un horizonte mucho más abierto que las mediocres perspectivas que parecían aguardarle en su familia, había venido a colocar el destino, tan previsoramente, en el camino de su corta vida. ! Oh Divina Providencia, cuyas líneas se escriben con los más caprichosos renglones! Hete aquí que aquel niño había pasado, sin que su escasa edad le permitiese darse cuenta cabal de ello, de andar matriculado en la zafia escuela de la calle a inscribirse como meritorio en la mismísima Academia de Atenas, de Atenas, digo, porque no me refiero a ese Ateneo corruptor y caduco en el que conspiraban como enjambre de moscas los pseudointelectuales republicanos, sino a aquella catacumba semiclandestina en donde unos valientes jóvenes forjaban cada día el pensamiento que habría de salvar en el futuro a nuestra patria de todos sus demonios seculares. Y una vez adoptado por aquellos hombres generosos como el primer hijo simbólico del imperio que proyectaban construir, como mascota de su causa, nuestro padre - porque de él se trataba, si aún no lo habéis adivinado -, pasó a realizar

todo tipo de recados y tareas, en apariencia simples, pero muy necesarias para sortear el cerco represivo que iba cerniéndose sobre la revista; y de la mano de sus educadores dio vuelta el niño a las páginas más negras de la historia universal, como aquel día de la proclamación de la República, en el que, mientras repartían en la Puerta del Sol ejemplares de " La Conquista" que condenaban tanto la monarquía agónica y desfasada como el republicanism burgués y liberaloide, estuvieron a punto de ser linchados por la multitud ignorante; o esa otra fecha que ya no se borraría nunca de su memoria, el once de mayo de ese mismo año, cuando, a apenas cien metros de su casa, en su misma calle, asistió al pavoroso incendio que habría de destruir el convento jesuítico de la Flor: primero la llegada de los pequeños grupos de incendiarios, después la pasividad de los guardias de asalto, la multitud que acudía a contemplar el suceso, menos conmovida que fascinada por el espectáculo ancestral del fuego. Y allí, rodeado de sus valientes compañeros - que sin embargo ese día optaron por mantenerse inexplicablemente al margen del suceso- también mi padre, demasiado niño para entender la gravedad del acontecimiento, se unió a los aplausos de las masas cuando las llamas alcanzaron la cúpula de la iglesia y brotaron hacia lo alto como un candente surtidor de una belleza arrebatadora. " Saciar el entusiasmo revolucionario quemando conventos es el más claro indicio de la limitación revolucionaria de las turbas...", murmuró entonces tristemente en su oído el malogrado Ramiro Ledesma mientras detenía la mano inocente de nuestro padre para impedir sus sacrílegas ovaciones. " ! Viva la mierda en que estamos metidos! ! Sobre esta mierda ínfima y humilde es sobre la que hay que edificar todo el nuevo templo...! ", gritó mientras volvían a casa el excéntrico don Ernesto, azuzando con estas palabras el sentimiento de culpa que embargaba al muchacho, y luego, bajando el tono, expresó aún más la desesperanza por el momento político que padecían: " Destino de héroes, de profetas: soledad, renuncia y resurrección un día. ¿ Pero qué día ? ". Porque este era, sin duda, tan certeramente resumido, el muro de incomprensión contra el que la impaciencia de nuestros patriotas venía a estrellarse cotidianamente: que, siendo aún demasiado pronto, polarizado el país entero por la oposición entre Monarquía y República, todavía no había llegado el momento propicio, aquel primer año de la década, para entusiasmar a sus conciudadanos con los ideales de la revolución imperial, social y nacionalista que proclamaba " La Conquista del Estado". Pero como la pasividad y la paciencia no eran para ellos sino desdeñables valores burgueses, aquellos jóvenes supieron aguardar su momento histórico sin perder entre tanto el tiempo, ya que además de sacar cada sábado un número nuevo de la revista, se entregaron a muchas

otras ocupaciones intelectuales: Bermúdez Cañete a traducir, como primicia en nuestro país, el libro de un joven politólogo alemán y ya entonces prometedor hombre de Estado, que pretendía editar bajo el título de " Mi Lucha"; Giménez Caballero a escribir un polémico artículo sobre " El valor superrealista y poético de los guardias de seguridad" que no habiendo sido demasiado entendido por sus escasamente vanguardistas compañeros de militancia, terminó por alejarle del grupo; y todos juntos, todos, unidos indisolublemente en la tarea de combatir el separatismo catalán, personificado en la figura de Maciá, en feroz batalla contra el cuál acabaría naufragando aquella escuadra de valientes y dando con sus huesos, por primera vez, en la cárcel Modelo su temerario director. Resumo el episodio, menos por su importancia intrínseca que por el papel relevante que en su desarrollo tuvo la precocidad de nuestro padre: con motivo de una visita del renegado político catalán a nuestra capital y hartos ya de predicar en el desierto republicano, la redacción de " La Conquista" decidió esta vez emprender acciones más contundentes que la palabra. " ¿ Cataluña libre? ¿ Liberada de qué ? ¿ Del compromiso de colaborar con la grandeza de España ? Eso tiene un nombre gravísimo que hemos de pronunciar con emoción serena : Alta traición. Y debe castigarse ", habían ya editorializado en su tribuna literaria, de forma que, con ayuda de un viejo lerrouxista experimentado en tales menesteres, se dispusieron a ejecutar tal castigo mediante unos contundentes petardos que habían de explotar en el vagón del tren en el que viajarían los separatistas. ¿ Y quién podía llevar la dinamita a la estación de ferrocarril, estando como estaban la mayoría de los redactores fichados y vigilados por sus constantes acciones antirrepublicanas ? Imaginaósllo: pequeño como un duendecillo, los pantalones cortos, el cabello muy corto al estilo de entonces, la cartera escolar colgada de sus frágiles hombros, guardando en su interior la más mortífera de las cargas. ¿ Llegó a saberlo, llegó a enterarse aquel San Tarsicio de diez abriles que esta vez su misión no consistía en transportar la Sagrada Hostia sino en la de servir de correo vengador dispuesto a armar la idem para evitar la desmembración de la patria ? Quizás incluso, con los ojos de hoy, algún tibio cronista pudiera llegar a escandalizarse de tan abusiva utilización de la infancia en los combates de primera línea, pero aquellos eran tiempos de gloria y sacrificio y como un kamikaze "avant la lettre", como un pequeño héroe de Edmundo de Amicis, nuestro padre supo estar a la altura de la situación y cumplir fielmente su tarea entregando el paquete en el sitio pactado en donde, apenas el diminuto mensajero hubo doblado la primera esquina, y debido a un imprevisto chivatazo, fue intervenido por la policía, preso el destinatario lerrouxista, acusado

tras su confesión, Ramiro Ledesma, dispersada la redacción y sanos y salvos, contra todo pronóstico, los separatistas catalanes. Así, de esta manera tan abrupta, tras apenas ocho meses de vida, vino a terminar aquella experiencia editorial y también llegó el fin de esa acelerada educación política que, con tan inmejorables preceptores, había venido recibiendo nuestro padre, siendo demasiado niño quizás, pero cuyos frutos habrían de madurar en el inmediato futuro. En todo caso, fuera o no consciente de ello, aquel muchacho ya había batido un récord: ¿o es que hay alguien en todo el bando nacional que pueda presumir de haber realizado tamaña acción patriótica a una edad más temprana ? El que no llegó ni siquiera a enterarse, fue el abuelo: vio como se marchaban aquellos señoritos tras pagar religiosamente el alquiler y aunque hubo en ello algún escándalo policial, lo atribuyó a alguna francachela excesiva propia de jóvenes universitarios. Encontró pronto nuevos inquilinos - esta vez sin ninguna proyección histórica - y continuó con sus afanes cotidianos por sacar adelante a su familia en aquellos tiempos difíciles que para él, puesto que carecía de la imaginación necesaria para compararlos, no resultaban ni mejores ni peores que cualesquiera otros.

También nuestro pequeño héroe continuó asistiendo a su colegio que seguía siendo el mismo aunque había dejado de ser de monjas debido a la disolución de las órdenes religiosas, y pareció recuperar otra vez el lugar en el mundo que correspondía a cualquier niño de su edad y su medio social: una normalidad en la que todas sus acciones se reducían ahora a desesperarse con la aritmética, emborronar cuadernos caligráficos y jugar al balón o a las chapas en los patios durante el recreo. No era mal estudiante, no le faltaban desde luego cualidades para llegar a ser de los primeros de la clase, y si no se esforzaba en conseguirlo quizás era porque, sintiéndose ya entonces llamado a más arriesgadas empresas, los vulgares laureles de empollón no motivaban su interés. En todo caso, pasados unos años sin glorias reseñables, llegó el momento de preparar el examen de Estado, de materializar al fin el más querido sueño de su progenitor: tener un vástago universitario que redimiese con su título la larga tradición manual - aunque venidos a más, porque en esos años había llegado él a ser regente de la imprenta en donde trabajaba - de su estirpe. Y de todas las carreras posibles aquella que fascinaba más al abuelo que, como se ha visto, no acababa de tener nunca los pies en esta tierra, era la de catedrático de literatura. ! Deseos íntimos y cotidianos, felices esperanzas de familia de pro que habrían de ser barridas como frágiles hojas por el turbión violento que se avecinaba ! Ya que como tantas otras ilusiones, esta tampoco pudo ser,

porque el mismo día que estaban previstos los exámenes en la Universidad, en aquel año augural de 1.936, como colofón de una larga serie de anunciadas conspiraciones y amagos de intentonas, se sublevó al unísono el ejército en Africa y en distintos cuarteles de la capital. Hechos de sobra conocidos y descritos hasta el detalle, para que merezca la pena extenderse sobre ellos sino fuera por las repercusiones que tuvieron en nuestra historia particular, ya que, dos días después del glorioso Alzamiento - triunfante en tantas partes, pero desventuradamente descabezado en nuestra ciudad - y a unas horas intempestivas de la noche, una pareja de milicianos se presentó en el inmueble de la avenida Dato: venían armados con fusiles saqueados en el cuartel de la Montaña y traían una orden de detención, firmada por no sé qué comité revolucionario, a nombre del abuelo. No podía sino tratarse de un error, motivado por la crispación social de aquellos días y, para despejarlo, nuestro hombre les mostró su carnet de afiliado al sindicato de artes gráficas de la Confederación Nacional del Trabajo, lo que vino a ganarle, en vez de parabienes, un culatazo en plena cara: "¡ Basta, traidor!, ¿ aún te atreves a intentar engañarnos ? !Tenemos pruebas, testimonios precisos de que aquí, en esta misma casa, se fundó uno de los más peligrosos grupos facciosos: las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista ! " La verdad es que el abuelo no supo qué contestar a esto - ni tampoco de haber sabido hubiera podido hacerlo porque el culatazo le había destrozado la boca -, de modo que, maniatado como el más vulgar delincuente, fue conducido por aquellos energúmenos a la cárcel Modelo, dejando a su familia en una situación casi tan patética como iba a ser la suya: al hijo, con los quince años recién cumplidos y ya desprovisto del sostén paterno, marcado además por un estigma vergonzante frente a sus jóvenes compañeros del barrio, y a su pobre mujer, con la cama, la bolsa y el ánimo, prácticamente igual de desamparados. (Pido perdón por la sorpresa ¿ Acaso por el hecho de no haberla mencionado hasta ahora he podido producir la impresión de que nuestro padre hubiese carecido del amor de una madre? De acuerdo, él tampoco la mencionaba nunca, la había borrado de su cabeza, renegado de ella, había maldecido cien veces su memoria pero en aquellos tiempos todavía nuestra abuela - ¿ puedo llamarla así sin cometer una blasfemia ? - era una mujer joven y sana, incluso atractiva, a la manera entrada en carnes que marcaban los gustos masculinos de entonces, ni más ni menos inculta que la media femenina de la época, lo mismo de devota, y hasta, aparentemente, igual de virtuosa: había sido educada en exclusiva para las sencillas tareas de cuidar a un marido y hacerse cargo de sus hijos, pero nadie la había preparado para el derrumbe repentino de tan estrecho mundo). Supongo que no dejó de intentarlo, que se

esmeró al principio en preparar aquellos atados de ropa y comida que luego nuestro padre había de llevar a la cárcel, que realizó con propios y extraños todas las gestiones posibles para lograr su liberación, que luchó por conservar alguna de las escasas propiedades del marido que, como el aciago sótano de su desventura, le habían sido confiscadas. Pero no desdeñemos tampoco las malas influencias, no menospreciemos el efecto contaminante, la intensa capacidad de corrupción que aquel régimen deicida extendía sobre los infelices sometidos a su yugo y especialmente sobre las mujeres, mucho más si habían quedado solas y sin amparo como ella: porque para hacer frente a la tentación de contemplar a las milicianas desfilando desvergonzadamente por la Gran Vía con los fusiles al hombro, para observar como las prostitutas eran sindicadas y redimidas, convertidas en modelos sociales, para escuchar en los mítines como se proclamaba el amor libre, la libre asociación del hombre y la mujer, el derecho al divorcio o al aborto, para resistir a tal relajamiento y destrucción de la moral, hubiera hecho falta un temple más heroico que aquel con el que había sido forjada la abuela; y en ese ambiente ya de suyo degenerado, vino a presentarse de repente en nuestra capital nada menos que Buenaventura Durruti, que llegaba del Frente de Aragón a defender de los fascistas la Ciudad Universitaria con los más de tres mil integrantes de su Columna, todos ellos anarquistas redomados y criminales de la peor calaña, que hubo que alojar de urgencia en distintos domicilios de la capital, tocándole en suerte - mala suerte, más bien - a nuestra familia ofrecer su hospitalidad a uno de tales elementos. ¿ Qué como era el huésped? Puesto que, lógicamente, a nuestro padre no le gustaba demasiado hablar de él, no dispongo de datos, pero es probable- ¿ por qué no? dado que muchos anarquistas lo eran - que perteneciese como nuestro abuelo al gremio de artes gráficas y que ahí acabasen los parecidos: este hablaría a grandes voces, basfemaría sin tregua, bebería como cien mil esponjas, apestaría a alcohol, sudor y pólvora y amaría a las mujeres con la misma pasión con la que se había pasado media vida preparando acciones directas y atentados. Como buen libertario, intentaría también, al mismo tiempo que encandilaba a la madre, adoctrinar al hijo en sus peregrinas teorías políticas pero este había sido ya inmunizado contra ellas por su temprana educación y no había ya otra causa que la patriótica que pudiera ganar su voluntad. Así que, cuando una bala perdida segó la vida de Durruti y su columna decidió por su cuenta - puesto que como ácratas consecuentes que eran rara vez aceptaban órdenes- replegarse para enterrar su cadáver en Barcelona, todo lo que nuestro padre recibió en herencia de la abuela fue una breve nota manuscrita - y más bien telegráfica:- " Hijo mío, ya eres mayor para resistir esta prueba, la

desgracia caída sobre nuestra familia, tiempos difíciles, nuevos también para mí, no me olvides, hasta siempre, tu madre"

¿Qué sentido tiene sumar una pena sobre otra, cargar los hombros del desventurado con más pesadas calamidades? En el patio de la cárcel Modelo, frente a aquel infeliz de cabeza rapada, tocada con el infamante gorro carcelario, nuestro padre se juraba a sí mismo no revelar al suyo la fuga de su esposa. Trataba incluso de suplir su papel, de que esa ausencia no se notase, pero, claro, no lo conseguía siempre: " Hijo, estas alubias vuelven a estar quemadas, no acaban de saber como está mandado... Pero, bueno, no quiero que se lo digas a tu madre, bastante tiene ella ..." - a punto estaban ya las lágrimas de surcar las mejillas del muchacho, cuando el abuelo, que más parecía ya santo de altar que criatura de este revuelto mundo, cambió de pronto de conversación: " ¿ Sabes? hoy le he visto ". " ¿ A quién, padre?". " ! A quién va a ser ! A don Ramiro, lo han traído también a la Modelo. He hablado con él, le he dicho que él es el único que puede aclarar mi situación, defender mi inocencia..." " ¿ Y qué le ha respondido, padre ? ". " Que lo intentará pero que no me haga muchas ilusiones... que están derramando en estos días tanta sangre inocente como para desbordar los depósitos de la Campsa, que son tiempos de martirio y de gloria..." " Tenga esperanza, padre, verá como se arregla". ¿ Pero y a él? ¿ Quién iba a arreglarle el futuro a aquel muchacho obligado a madurar tan dolorosamente, desarraigado en la adolescencia de cualquier sombra protectora ? Sólo le quedaba ya un vínculo con su antigua vida y ese vínculo no tardó en romperse, una mañana fría, antes de las primeras luces, cuando, como venía siendo habitual, un nutrido grupo de presos fue sacado de la cárcel y alineado contra una tapia en Paracuellos del Jarama. Allí, hombro con hombro, se encontraron por última vez aquellos dos hombres cuyas vidas y muertes habíanse entrecruzado de forma tan providencial y misteriosa: el héroe nacional, el genio ígneo y fulgurante, el protomártir visionario, y aquel que tiempo atrás tuvo el honor - y claro es, también la maldición - de servirle de humilde casero. " Frente a los liberales somos actuales, frente a los intelectuales somos imperiales, ! Arriba los valores hispanos ! ", gritó valientemente antes de morir el fundador de las J.O.N.S., y aún andaba nuestro abuelo pensando qué decir, si es que de verdad le correspondía decir algo, cuando una certera bala en la yugular eclipsó para siempre cualquier futura idea de su cerebro.

En cambio, para nuestro padre sólo pasó a quedar una idea fija: cruzar las líneas enemigas y pasarse al bando nacional, algo que no iba a ser muy difícil para él, que tantas veces había acompañado al anarquista enamorado de su madre a recorrer las defensas y trincheras de la Universidad. Conocía bien las posiciones y los recorridos de los centinelas, las horas más propicias para cruzar, y una noche sin luna, con el mayor sigilo, dejó atrás aquella ciudad sitiada y lóbrega y se adentró en tierra desconocida; caminó a oscuras, dio vueltas y rodeos, temió incluso acabar retrocediendo tal era su desorientación, pero el ruido seco de un cerrojazo metálico le hizo, de pronto, arrojarse velozmente a tierra: "¡ Alto! ¿ Quién vive ?". El muchacho había decidido jugarse el todo por el todo: " ¡ Dios y España!", gritó, " ¡ El Honor, la Fe, Lepanto, el Imperio, Numancia !". Pero el centinela que le apuntaba seguía acercando el dedo al gatillo: " ¡ Alto ! ¿ Quién vive?". Por un momento, la vida entera de nuestro padre desfiló ante sus ojos, a punto de esfumarse de la manera más absurda, en el mismo umbral de la liberación, y entonces, rebelándose contra tal desatino, se puso en pie de un salto y caminó de frente hacia el fusil, " Vamos, moro de mierda, ¿ es que no sabes reconocer a un buen cristiano ?" Superado el peligro, convencido el bereber de su lealtad y mientras caminaban hacia el destacamento, quiso disculparse del malentendido: " Es que tú no decías la contraseña correcta..." " ¿ Y cuál es si puede saberse?" " ¡ Franco, Franco, Franco!". El oficial de guardia vestía un impoluto uniforme azul, boina escarlata y más aspecto de haberse vestido para una parada militar que de estar en primera línea de fuego: " ¡ Arriba España!" le recibió alzando el brazo a la romana. " ¡ Salud camarada!" respondió nuestro padre que todavía ignoraba las radicales diferencias de saludo que se estilaban en cada bando, y luego, para disipar la penosa impresión, dejó que sus ojos se detuviesen en el haz de flechas en la pechera del oficial: " Ese símbolo", dijo, " es el de las J.O.N.S., yo estaba presente cuando lo diseñaron, fue en mi propia casa, hace ya más de seis años". Su interlocutor no parecía creerle: " ¿ Cuántos años tienes, muchacho?". " Dieciocho ", mintió él, " y te juro que fui miembro fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, que participé en sus primeras acciones..." " Cuidado, camarada, aquí los juramentos se consideran un pecado mortal y además nadie usa ese nombre tan largo, ahora ya somos todos falangistas" . " ¿ Falangistas?", se sorprendió nuestro padre, " No sé que significa". Entonces, desconcertado por su ignorancia, el oficial le explicó al chaval en tres palabras la unificación de Falange Española y las J.O.N.S. ocurrida, ni más ni menos que en el ya lejanísimo 1.934. " Debe de ser por la censura" , se disculpó nuestro padre, " del otro lado, esa clase de noticias

no nos llegan...¿ Y quién manda ahora el conglomerado? " La pregunta era de difícil respuesta, le aclaró el oficial, porque el jefe nato, Jose Antonio Primo de Rivera, había sido cobardemente fusilado en Alicante y su heredero natural, Onésimo Redondo, acababa de caer en combate en Labajos... " " ¿ No hay un líder entonces?" insistió él. " Manuel Hedilla ocupa ahora el cargo de Jefe Nacional, pero las cosas están muy revueltas..." " Tengo que verle", dijo el joven, " traigo noticias muy importantes" y como el otro le mirase con tal aire de perdonavidas le reveló allí mismo su secreto: " Lo han matado, también han fusilado a Ramiro Ledesma". A la escasa luz del barracón, fue difícil distinguir la expresión en el rostro del falangista mientras se esforzaba por digerir apresuradamente una noticia que, en efecto, era de primer orden. ¿ Pensó entonces en que gracias a ella podría conseguir de una vez el demorado ascenso, salir de aquel barrizal estancado en que se había convertido el cerco de la capital? El caso es que, antes de disponerse a informar al oficial de enlace, no se olvidó de despedir al tráfuga con el más caluroso de los abrazos: " Estarás agotado, muchacho, más vale que descanses porque seguro que mañana mismo te llaman del Estado Mayor..." - y luego entrechocando marcialmente esas botas inmaculadas que tanto esfuerzo le costaba desembarar, alzó el brazo viril de nuevo ante sus ojos: " Bienvenido al bando de los héroes, camarada. Quiera el cielo que no llegue esa aurora en que hayamos los dos de hacer la misma guardia sobre los luceros". Pero nuestro padre, que todavía estaba tratando de digerir la información, tantos cambios y nombres que habrían de ser decisivos en su nueva vida, no captó siquiera el sentido poético- patriótico de la frase. A él le preocupaban otras cosas: " ¿ y quién es ese Franco cuyo nombre usáis de contraseña? ¿ Ocupa algún puesto importante en la nueva organización ? "

Resulta muy difícil conservar la objetividad cuando va llegando el momento más trascendente de nuestro relato, el cénit, el suceso que ha de marcar para siempre el futuro de su protagonista; me esforzaré, al menos, en intentarlo. Llegado a Burgos nuestro héroe, no tardó en ser introducido, tras distintos controles y entrevistas, en un espacioso despacho. Allí al fondo, sentado tras una mesa cubierta por completo de papeles, legajos y expedientes, se sentaba un hombre pequeño, entrado en carnes y con amplias entradas también en la cabeza, vestido con uniforme militar. " ¿ El camarada Hedilla?", preguntó desde la puerta nuestro padre, seguro de encontrarse todavía en presencia de uno más de sus oficiales administrativos. El pequeño hombre dejó entonces la pluma con la que escribía y le interrogó con una voz

aguda y como desfallecida: " ¿ Para qué le buscas? ". " Traigo una información confidencial, estrictamente destinada para él, señor", respondió nuestro padre, sin ocultar el desagrado que le produjo tan femenino tono de voz. " La verdad es que no creo que esté con muchas ganas de recibir visitas. Acabo de condenarle a muerte", le informó el hombrecillo volcando de nuevo su interés en el expediente que andaba revisando. Nuestro padre, en cambio, permaneció de pie, sin moverse, desfallecido por un vértigo repentino, incapaz ya de entender tantas mutaciones y tragedias: ¿ para esto había escapado él de la barbarie roja, para sumergirse en un caos mucho mayor ? " Acércate, muchacho, ven aquí" y mansamente, sin objetar ya el timbre de la voz que le hablaba, se aproximó el llamado. " ¿ Cuántos años tienes? ", le preguntó el militar. " Dieciséis", respondió nuestro padre que había perdido hasta las ganas de disfrazar su edad. " Mírame, bien, ¿ quieres saber quién está al mando, quién es el jefe aquí? Este papel que voy a firmar es el decreto de Unificación entre F.E. de las J.O.N.S. y los Tradicionalistas. Hoy y siempre, en el presente y en el futuro ya no va a haber ningún otro partido ni opinión ni siquiera un miserable pensamiento que puede oponerse al mío. Se acabaron los cambios... y tú te morirás sin conocer otro jefe que yo ". Hablaba en tono bajo, sin la menor emoción aparente, pero sus ojos entre tanto parecían lanzar fuego, le fulminaron con su mirada hipnótica hasta que se adueñaron del alma de nuestro joven padre, deslumbrado por la revelación, por el misterio del poder que se hacía carne, inesperadamente, en aquel hombrecillo calvo y de voz aflautada. " Así que han matado a Ledesma... ! Pobre Ramiro, siempre tan impulsivo !, pero ves, ya te dije, todas estas trágicas muertes vienen también a confirmar que el Destino y la Historia están de mi parte ". Y aunque no entendiera del todo el alcance de sus palabras nuestro padre asintió en silencio porque, desde ese mismo instante, también él había pasado a estar de su parte, para siempre, ciega e incondicionalmente. " A propósito, ¿ cómo te has enterado tú de la noticia, muchacho?". " A mi padre, señor, le fusilaron junto a él ". " ! Edecán!", gritó entonces, y un vez hubo entrado su ayudante, cuadrado ante su mesa, le ordenó: " Que le entreguen a este valiente héroe un nombramiento de alférez provisional y le den un destino en primera línea...Ah ! y también la medalla de sufrimientos por la Patria... con distintivo rojo"; " ¿ Rojo, señor?" no pudo menos el flamante alférez que expresar su desagrado ante la mención de tan infame color; y entonces el Padre de la Patria en un gesto absolutamente sorprendente, tan ajeno a su habitual carácter reservado, se incorporó en su silla y pasó, con la mayor afectuosidad, su brazo paternal por los hombros de nuestro padre: " ! Eres tan joven, hijo mío! ¿Crees que sólo son rojos esos

degenerados comunistas, esos enemigos de Dios que han destrozado tu familia y de los que tan valientemente has escapado ? Pero rojo es también el color glorioso de la sangre y por mucha que ellos hayan derramado hasta ahora, todavía es pronto para que un bando pueda presumir de ser más fratricida que el otro: a todos nos queda por delante mucha sangre y mucha guerra..."

Y conforme a esas proféticas palabras, nuestro padre tuvo abundante ración de las dos cosas: recibió su bautismo de fuego, su primera y, afortunadamente, superficial, herida en combate, sintió el miedo bajo las bombas que lanzaban los aviones rusos, pasó hambre, frío y desamparo junto a tantos jóvenes soldados, le tembló el pulso al ordenar la formación del primer pelotón para su primera ejecución sumaria, lloró al sentir caer al primer camarada, creyó ser incapaz de aguantar la visión de los primeros cuerpos destrozados de mujeres y niños que contempló tras una operación de artillería, saltó de charco en charco y de trinchera en trinchera de un lado a otro del país, del centro al noroeste y de allí al frente del norte, escapó por un pelo de los dinamiteros asturianos, entró en Bilbao, creyó ver la cara de la muerte junto al Ebro, pasó inviernos polares y veranos tan sofocantes como para provocar alucinaciones, como aquel en el que, en medio del más encarnizado combate, le pareció distinguir bajo un desgarrado uniforme de capitán una figura conocida: " ! Don Ernesto!", gritó, " ! soy yo, aquel muchacho de la avenida Dato, se acuerda, cuando " La Conquista del Estado" ! " pero con el estruendo de las bombas poco podían oírse y aquel que parecía, más que de carne y hueso, una sombra espectral de Ernesto Giménez Caballero desapareció de su vista, pistola en mano, entre nubes de pólvora, disparando y gritando a su vez como un poseso: " ! Renunciemos a ser intelectuales ! ! Abajo nuestro señorío ! ! Aceptemos lo ínfimo, la mierda, el andrajo y el piojo del paria ! ! Este es el sacrificio de una clase por otra ! " . Porque la locura, de entre todos los males desatados en aquella contienda enloquecida, era, junto a las balas, uno de los que más estragos causaba y a fin de mantener alguna referencia en los soldados que les mantuviese vinculados a la realidad, ambos bandos ensayaron diferentes sistemas: los republicanos recurriendo al oficio más viejo del mundo, organizando servicios de prostitutas voluntarias que rotaban de un frente a otro para calmar la ansiedad bélica de sus milicianos, algo que los nacionales, por obvias razones, no podían hacer, viéndose obligados a inventar un método más católico, subliminal si se quiere, indirecto, pero no por ello menos eficaz: las madrinas de guerra, señoritas de moral intachable, de misa y

comuni3n, jovencitas lo suficientemente idealistas y con la suficiente imaginaci3n como para mantener sin otras artes que su correspondencia la moral de los combatientes. A nuestro padre que, hu3rfano como era, carecía por completo de familiares que le escribiesen, le salv3 del desbarre psíquico una buena samaritana de Cádiz. En sus cartas ingenuas, todavía infantiles - acababa de cumplir quince años- , le hablaba de su fe, de su pesar por no haberse visto bendecida con la vocaci3n religiosa, de las rencillas con las monjas, de sus pequeñas alegrías y emociones, le decía que rezaba por él, le mandaba estampas de santos y jaculatorias, versos rípiosos, incluso una vez le envi3 una fotografía y un mech3n de cabellos, talismanes sagrados y un poco cursis que actuaron, junto al pecho de nuestro padre, como el mejor " Detente" frente a las balas rojas. El también le escribía, cartas más graves y menos expresivas, autocensuradas por su timidez. Fue cuando le comunic3 su último ascenso que recibió la más inspirada carta de su corresponsal: " La vieja casa de mi familia, en la Candelaria, tiene una " torre vigía", algo tradicional en Cádiz y que quizás no exista en otras partes: se construían en la azotea y allí subían las mujeres un día tras otro con la esperanza de avistar la llegada de la Flota de Indias, el ansiado regreso de sus hijos, novios y maridos. Sé que tú no vas a venir por el mar, pero yo subo cada mañana de todos modos y sueño con distinguir en el horizonte las velas desplegadas del más hermoso de los barcos, aquel en que navega el más intrépido de los capitanes". Y como un joven capitán, sin cumplir todavía los diecinueve, pero ya marcado y endurecido por las más terribles experiencias, entr3 en la capital nuestro padre con el ejército vencedor y particip3 aquel día inolvidable en el desfile de la Victoria, cuando todas sus falanges de hijos, y entre ellos también la muchedumbre de mutilados que exhibían sus secuelas de cuerpo y alma - por no hablar de los que habían caído en el camino y desfilaban sobre sus cabezas en forma de espectrales luceros - ofrecieron al Padre de la Patria además del tributo de la sangre vertida, que era desde luego bien abundante, los invictos laureles de jefe supremo y perpetuo, pasando a convertir en realidad aquel temprano augurio que él mismo había anunciado en privado a nuestro padre en su oficina de Burgos. Un momento histórico con el que tantas veces había soñado y que sin embargo apenas le conmovió más allá de la satisfacci3n del deber cumplido, como tampoco antes, cuando la toma de Barcelona, había experimentado el mínimo interés en averiguar el paradero de aquella mujer prófuga y derrotada que le había dado el ser y que, si no había muerto ya, habría de padecer junto a su amante, esa otra lenta muerte del exilio. En realidad todo lo que le interesaba, cuando llegó la paz, fue pedir un permiso para subirse al primer tren en

dirección al sur: allí, en la azotea de la casa de Cádiz, en la " torre vigía", frente al inmenso y deslumbrante océano, con las gaviotas como solos testigos, besó por primera vez aquellos labios con los que tanto había soñado y que temblaron con su beso como habían temblado en sus manos tanto tiempo sus adoradas cartas de papel. El mundo parecía nacer en ese instante, libre de horrores, calamidades y guerras, hasta el aire parecía diferente, de tan puro y tan nuevo: y allí mismo se hubieran jurado amor eterno, se hubieran comprometido para siempre, sino fuera porque nuestro padre, en un arrebató de convencionalismo, considerara conveniente labrarse primero un porvenir, ofrecer a su amada un destino mejor que el que podía esperarle como mujer de un militar. En aquellos tiempos el valor y el arrojo eran, más que nunca, méritos principales en todos los exámenes, así que, de vuelta a la capital, vestido con su uniforme de Falange, con todas sus medallas brillando en su camisa, se plantó en la Universidad para solicitar que le permitiesen realizar aquel examen de ingreso que la guerra había venido a frustrar. A los profesores, sospechosos por razón de oficio, vencidos aunque no convencidos, sometidos la mayor parte de ellos a expediente de depuración, les bastó una ojeada a la pistola que llevaba al cinto para que le firmaran el aprobado allí mismo y le animaran además a elegir la carrera que juzgase conveniente cursar. Fue quizás una pequeña traición a la memoria del abuelo pero, pareciéndole más acorde con el nuevo orden que las dispersiones de la literatura, nuestro padre eligió Derecho, poniéndose a ello con tales ímpetus que en apenas doce meses, ya había obtenido el título de abogado. Viajó otra vez a Cádiz, obtuvo en recompensa un nuevo beso de su amor, volvió a temblar el mundo y luego le pidió un nuevo aplazamiento: " ¿ por qué ?", se quejó dulcemente la bella, " si ya eres abogado, ¿ qué otra cosa más importante puedes ser ?". " Notario", contestó nuestro padre, " me han garantizado que en dos años puedo ganarme una de las más importantes notarías". De la palabra a la acción : licenciado del ejército, encerrado en la antigua casa familiar, exprimió día y noche su cerebro para hacer sitio en él a leyes, códigos y reglamentos. No salía nunca, no veía a nadie, no se permitía otra distracción que las cartas que diariamente escribía a su novia; en lo demás, se mantenía, como cualquier opositor, al margen de las noticias del mundo, aunque ese mundo pareciese seguir un curso cada vez más eextraviado: había estallado la guerra en Europa y por todos lados amenazaba un inminente apocalipsis, que en nuestra patria, de vuelta ya de esas catástrofes, adquiriría sin embargo el aspecto de una postguerra adobada con hambrunas dantescas y purgas infernales. Nada, en fin, que el velo del amor no pudiese disfrazar con su encanto, maquillar con su embrujo, disimular con

promesas de bonanzas futuras, sino fuera porque, cuando ya no le quedaba sino el esfuerzo final, convocadas las fechas para el primer ejercicio de la oposición, en las mismas puertas del paraíso notarial, casi con la miel en los labios, volvió a tronar como un cañonazo la voz meliflua del Padre de la Patria, quien, aburrido de la política doméstica, había decidido irrumpir otra vez en el escenario de la gran Historia e inmiscuirse de paso en la pequeña de nuestro padre: " ! Rusia es culpable!", proclamó en el más incendiario de sus discursos, ! La historia y el futuro de nuestra patria requieren su exterminio!" Y como un solo hombre volvieron sus hijos a formar sus falanges, a alistarse de nuevo para combatir, aunque esta vez tocase hacerlo bajo banderas ajenas y en suelos lejanos; y nuestro padre volvió a viajar a Cádiz y a subir a lo alto de la torre vigía; y al verle allí, vestido con su antiguo uniforme, envuelto de nuevo en correaes y cartucheras, la bella no pudo evitar un sobresalto: " ¿ Qué sucede ? No vas a decirme que han militarizado también al cuerpo de notarios " " Las oposiciones tendrán que esperar" respondió nuestro padre y después de un silencio, le informó del remoto destino a donde iba a arrastrarle esta vez el servicio a la patria." Tan lejos!" , protestó ella entre lágrimas, " ¿ qué se nos ha perdido allí ? ¿ Es que no has luchado ya bastante? ¿ no te has ganado ya suficientemente la paz?". " No habrá paz mientras siga existiendo el comunismo, mientras quede por cortar una sola de las cabezas de la hidra roja", citó con resignación su enamorado y entonces el viento de levante, tan habitual en Cádiz, arreció de tal modo sobre sus cabezas que, además de revolver la falda y el cabello de ella, la alzó en volandas como una hoja liviana y la empujó de un extremo a otro de la azotea hasta que se interpusieron para salvarla los fuertes brazos del soldado, y allí mismo, enlazados para protegerse de la ventolera, también los besos se encadenaron uno detrás de otro como el más firme lastre. " Perdóname, amor mío, sé que has de cumplir con tu deber. He tenido un momento de debilidad, un mal presentimiento, es todo..." " Siempre está el riesgo de morir" respondió nuestro padre que, con ese bigotillo hormigueante, tan a la moda, que se había dejado, y el pelo engominado y aplastado hacia atrás parecía, en medio de aquella tempestad eólica, una réplica exacta de Clark Gable a punto de ser llevado por el viento, " pero con un hada madrina como tú, ningún peligro he de temer..." " ¿ Qué prenda puedo darte de mi amor ? " suspiró entonces ella, y como la mirada de nuestro padre se hubiese clavado como una flecha en esa parte de su cuerpo en donde se agitaban sus largos cabellos, atrapó un mechón con la mano y fue a hacer amago de cortárselo. " No", dijo él, " esta vez me gustaría algo diferente, pero me da vergüenza pedírtelo " y como al apartar el pelo de su pecho la mirada

del hombre, lejos de desviarse, continuase clavada en el mismo lugar, la mujer comprendió a que se refería y se ruborizó violentamente: " ¿ No es pecado eso ?" , dijo con un hilo de voz. " Supongo que sí" , musitó nuestro padre aún más quedo, sin resignarse al argumento teológico, " pero matar también lo es ". Las rachas de viento dificultaron enormemente la tarea, el esfuerzo de aquellos dedos delicados que peleaban con botones y ojales, con los tirantes de la combinación, con el aparatoso corpiño. Al final, como si por primera vez se asomase a plena luz, resplandeciendo en su blancura más que todas las cúpulas de la catedral, que las torres de las iglesias y las murallas y baluartes que se extendían a sus pies, más hermoso que el espectáculo incomparable de la bahía, se hizo carne el milagro: " Nunca había visto antes un pecho de mujer" , le agradeció él con voz enronquecida por el deseo, y entonces ella inspiró aún más fuerte para sacar más que ofrecerle y de este modo vino a componer en la torre, con su vestido que ondeaba en el fragor de la levantero, con un pecho desnudo y otro cubierto, una escena triunfal como la de aquella muchacha del famoso cuadro de Delacroix, " La libertad guiando al pueblo" , que ya no era sólo transgresora en lo sexual sino subversiva en lo político, cosa que nuestra Mariana no podía saber y aún le importaba menos porque todos sus esfuerzos se le iban ahora en suspirar bien hondo para que la sangre dejase de palparle tan enloquecidamente, de agolparse en las sienes, mientras que nuestro padre, acercando sus manos a aquella blanca masa de harina con la unción del que se dispone a comulgar de ella, estaba cometiendo, además de pecado de impureza, una manifiesta herejía, por cuanto arrodillado bajo la teta alzaba sus manos a lo alto en la más conmovida adoración. Y ya el sol y el viento y el océano, paganos como eran, dioses antiguos de la isla, parecían dispuestos a servir de testigos en la cima de la torre vigía a aquellas informales bodas; y ya estaba la bella Julieta desnudándose, dejando que sus dedos nerviosos desataran el entero corpiño, a punto de mostrar a su Romeo las dos lunas completas de su pecho, cuando el joven soldado, en un supremo esfuerzo de renuncia, le retuvo el vestido con la mano y sintiendo que alguna de las numerosas gaviotas que revoloteaban al sol de la bahía, cuál si fuese el Paráclito, descendía sobre él para concederle inspiración, improvisó en su honor el primer y último poema de su vida: " Cubrid, amada día, vuestra belleza/ que basta con un pecho en mi memoria/ para prueba de amor de tanta gloria,/ como habrá de esperarme cuando vuelva."

Me he detenido algo más de la cuenta en esta escena, no sólo por su emoción lírica (hasta el punto de culminar en verso, lo que, si hoy parece una excentricidad, era moneda

corriente entonces) no sólo porque sirve muy bien para ilustrar los usos amorosos que, en contraste con la promiscuidad del período anterior, comenzaron a ponerse de moda en aquellos tiempos, sino sobre todo porque esos minutos de despedida en la torre terminarían por constituir, dadas las trágicas circunstancias del futuro, no el anticipo que él había soñado, sino el cénit de su vida sexual, lo más cerca que estuvo en toda su vida de conocer el sexo nuestro padre. Pero sin adelantar todavía acontecimientos, lo cierto es que el deseo de lo que le esperaba y el recuerdo de lo que ya había visto fueron las únicas ilusiones capaces de mantener la moral del joven capitán en aquella absurda aventura que le había arrastrado a tierras rusas persiguiendo a una hidra con demasiadas cabezas, habitante de un territorio inmenso e inhóspito, enrolado además en un ejército extranjero en el que tantas veces aquella División de heroicos voluntarios de la Fe, eran tomados por simples tropas mercenarias; y por no extenderme en batallas, tácticas y estrategias, avances y retiradas, lo que más desanimaba a nuestro padre era el escaso papel que él mismo y sus compatriotas jugaban en aquel escenario remoto, además de que su carencia de material y equipos, en comparación con el poderío militar de sus socios, les llevaba a estar siempre mendigando como si de un " ejército de salvación" se tratase. Todo ello complicado con las diferencias de carácter, el pangermanismo, la falta del más mínimo " feeling" y la ininteligibilidad de los idiomas que hablaban amigos y enemigos, hasta el punto de que si hoy no dispongo de muchos datos que ofrecer sobre sus itinerarios por las estepas fue porque, al ignorar el alfabeto cirílico, he llegado a la conclusión de que nuestro padre ni siquiera podía comprender las señales viarias y no llegó nunca a descifrar en qué lugares combatía. Entre tantas dificultades podría pensarse que aquella guerra internacional ofrecía al menos la ventaja de implicar menos la psique de los combatientes de lo que suelen hacerlo las guerras civiles, puesto que matar a un extraño parece más fácil a primera vista que hacerlo con un compatriota: ! pero qué va ! Disparar en medio de una inenarrable ventisca, a veinte grados bajo cero, sobre aquellos tipos de pieles casi transparentes y ojos azulísimos, escucharles agonizar gritando su dolor con palabras incomprensibles, en la certeza de que ninguno de ellos sabría identificar la nacionalidad de su ejecutor ni reconocer siquiera el lugar que ocupaba nuestra patria en los mapas, lejos de tranquilizar la conciencia, producía la sensación - por usar un símil contemporáneo- de estar jugando a "los marcianitos" en algún videojuego en lugar de participar en una cruzada ideológica, algo que no gustaba nada a nuestro padre que, aunque pueda haber parecido lo contrario, no había nacido para matar, ni era un precursor de " Rambo", ni un "marine"

descerebrado ni un guerrero cibernético, sino que, aún en medio del desorden y la hecatombe en que venía a concluir la primera mitad del siglo, seguía esforzándose por conservar los ideales de un perfecto caballero cristiano. Y ya basta de quejas: llegase o no a lamentar en lo más íntimo el haberse alistado en esa guerra, nuestro padre cumplió disciplinadamente todas las órdenes que recibió, mató escrupulosamente los rusos que le tocó matar, sufrió las penalidades de rigor, aprendió algo de alemán y permaneció en aquellos lejanos campos de batalla los dos años largos que vinieron a pasar hasta que el Padre de la Patria, viendo en el horizonte las orejas de la derrota, proclamó su flamante neutralidad y ordenó la repatriación de los voluntarios. El mismo Führer despidió a la maltrecha División e impuso personalmente la Cruz de Hierro a los más destacados combatientes, entre los que se contaba, como no podía ser menos, nuestro esforzado padre. ¿ Que qué sintió al estrechar la mano de aquel glorioso conductor de hombres, caudillo entre caudillos, César entre los Césares? Primero un pensamiento trivial: viéndole frente a sí, corto de estatura y estrecho de hombros, por más que el uniforme intentase disimular esos defectos, sacó la conclusión de que para conquistar el más alto poder parecía ser requisito imprescindible partir de un cuerpo (y a veces de una voz, como en el caso del Padre de la Patria) bastante frágil y menguado. Luego reparó en el fuego de sus ojos, la mirada incendiaria, esa misma que se había estrenado pegando fuego el Reichstag y después a las ciudades y campos de toda Europa: un rasgo ígneo que también, según su experiencia, resultaba común a todos los grandes dictadores. Por último, revivió un remoto recuerdo: cuando, en el bajo de su casa, el heroico caído Bermúdez Cañete entretenía las horas muertas de un muchacho de apenas diez años leyéndole en voz alta su propia traducción de los párrafos más inspirados del " Mein Kampf", en unos tiempos en los que apenas nadie podía predecir lo que llegaría a dar de sí aquel novel autor ni las vueltas terribles que habría de dar la Historia desde entonces. ¿ Sintió deseos de decírselo, de contarle al líder alemán tan temprana lectura de su obra ? Pero no conocía suficientemente su idioma y quedaban aún tantos oficiales por recibir su condecoración que nuestro padre nada dijo ni hizo sino corresponder con el saludo de rigor y si, en todo caso, las ordenanzas militares le hubieran permitido un comentario, le habría mostrado al Führer su respetuoso malestar porque, en los dos años largos en que tan fieramente había servido bajo su Cruz Gamada, el correo alemán, de ordinario tan eficaz, no hubiese sido capaz de hacerle entrega de una sola carta de su novia.

Todavía, de regreso a la patria, antes de satisfacer su más hondo anhelo, tuvo aquel soldado que prestar nuevos e inexcusables servicios porque, al olor de la cercana derrota del Eje, había entrado el maquis por el Pirineo y se hacía necesario combatirlo: una batalla desigual, cuya suerte estaba echada de antemano pero que retuvo a nuestro padre otros cuantos meses de interminable espera. Cuando, por fin, todavía con el traje de faena, sucio de pólvora y barro, bajó del tren en Cádiz, caminó hasta la plaza de la Candelaria, cruzó el portal como una exhalación y subió a la carrera las escaleras de la casa, fue para recibir de boca de sus futuros suegros la herida más terrible que podía haber temido en cualquiera de sus innumerables batallas: porque a su amor se lo había llevado un ángel del Señor en plena juventud, apenas dos años atrás, cuando casi acababan de despedirse, con la ayuda de una fiebre maligna, y no queriendo ellos que la moral de su prometido se derrumbase mientras estuviese en campaña, habían preferido esperar a su regreso para comunicarle la noticia. Llegado este momento quizás pueda entenderse mejor el dramatismo de la situación, el choque emocional que supuso, si abandonando por un momento la perspectiva de nuestro padre, nos ponemos en el lugar de los padres de ella que, atemorizados, muertos de miedo, contemplaron entonces como el militar desenfundaba su pistola de reglamento y, apuntando al frente, se abría paso hacia donde estaban con los ojos velados por las lágrimas. Y allí mismo creyeron llegada la hora de su muerte en manos de aquel infortunado a quien tantas guerras y contiendas habían debido volver loco, sino fuera porque, al llegar a su altura, pasó de largo sin siquiera mirarles y subió, arma en mano, los escalones de la azotea: a plena luz, parepatados tras la baranda, asistieron sobrecogidos al momento en que, apuntando a lo alto, vaciaba contra el cielo el cargador de su pistola, en medio de un estruendo ensordecedor como si, en su extravío, quisiese herir con un disparo a aquel funesto ángel que le había robado a su amada; y como en ese instante viniese a caer sobre ellos un amasijo de plumas y de sangre casi creyeron de verdad, embargados de espanto, que había alcanzado su objetivo sacrílego, que había matado de un balazo al mensajero celestial, hasta que por el pico y las patas de la víctima lograron identificar que era contra gaviotas y no ángeles contra las que, sin razón aparente, andaba descargando nuestro padre, en la torre vigía, la inmensa desesperación de su dolor.

Afortunadamente, no tuvo mucho tiempo para entregarse a la melancolía porque la aguda crisis que padecía nuestro país reclamó por completo otra vez la atención patriótica de

nuestro padre. Repátese, si no: muertos el Führer y el Duce, derrotados sus ejércitos, desintegrados sus imperios, cuando comenzaba a perfilarse un nuevo orden internacional sobre las ruinas del vencido Eje, todos los ojos del mundo miraban con un ansia de rapiña que no podía disimularse a nuestra patria incólume, nacionalista y totalitaria. El último bastión, por cuya supervivencia nadie apostaba un duro entonces en los foros internacionales y al que no parecían aguardar otros destinos que inmolarsse o rendirse, ninguno de los cuáles eran plato de gusto para el acorralado Padre de la Patria. Pero, ¿y a nuestro padre? Poco le faltaba para cumplir los treinta años, la mitad de ellos pasados en combate por unos ideales a los que había sacrificado todos los afectos de su vida (también podía decirse que eran esos mismos ideales los que habían venido a sacrificar sus afectos: ya que si Ramiro Ledesma no hubiese alquilado su casa para editar su problemática revista no hubiera habido fundamento para la acusación contra el abuelo y si el Padre de la Patria no se hubiese sublevado en Africa tampoco le hubieran fusilado en Paracuellos ni hubiese tenido que venir la columna Durruti a defender la capital y entonces la abuela no hubiese tenido miliciano con el que fugarse y por último, si no llega a ser por las secuelas de la guerra, no hubiesen despertado en el sur de nuestro país esas subdesarrolladas pestilencias que le habían arrebatado a su novia. Pero todos estos " y si..." no eran sino un entretenimiento con la Historia, eso que llaman Ucronía, al que no convenía jugar delante de mi padre, primero porque estaba prohibido, pero sobre todo porque se ponía tan furioso como si él también fuera a morir en ese mismo momento). Resumiendo la situación: nada le quedaba a nuestro padre en el mundo sino aquel Régimen zozobante por el que tanto había luchado ni tenía otra familia más cercana que la que el Padre de la Patria componía con sus súbditos, puesta en peligro ahora por la conjura internacional, y para salvar lo salvable, vino a movilizarse, esta vez junto a millones de compatriotas en parecida situación, en una cruzada aún más larga y sutil - y bastante más mefistofélica - que la que habían sostenido con las armas: porque ahora se trataba de disimular, de camuflar símbolos e ideologías, guardar los uniformes, prescindir de gestos y rituales, esconder las más gloriosas medallas - especialmente las concedidas por el infortunado Führer- hacer gala de un relativismo aparente que sin embargo no implicase renunciar a las esencias más profundas. Sobrevivir, durar, - es decir que durase, que sobreviviese el Padre de la Patria- se había convertido en la nueva consigna a la que se sacrificaban todas las otras prioridades, y en esa tensión iba pasando el tiempo y al transcurrir el tiempo, como aquella situación transitoria se prolongase, también aquellos veteranos que

habían formado en tantos campos de batalla las invictas falanges del Padre sintieron el deseo de descansar, de abandonar las armas y disfrutar en paz la parte que pudiera corresponderles del merecidísimo botín; y una vez licenciados de la guerra y enrolados en la economía, todos con sus bigotes de hormiguero y sus barrigas en ascenso, sintieron a su vez ese otro deseo tan natural de tener descendencia, de multiplicar la semilla de su victoria, de manera que, para cuando nuestro padre quiso darse cuenta, todos sus antiguos camaradas de armas andaban rodeados de hijos con los que entretener su madurez, familias numerosas que interpretaban además a la perfección la estampa plácida que en esos momentos interesaba ofrecer del Régimen en los foros internacionales - frente a esos recalcitrantes enemigos empeñados en presentar una imagen militarizada y sanguinaria-. Pero, ¿y nuestro padre? Por supuesto que él también sentía deseos de comenzar una nueva vida, de echar raíces después de tantos años de guerra y de posguerra, de formar una familia propia, pero el problema estaba en cómo hacerlo, porque la vía ordinaria, la de buscar mujer, se la había vedado para siempre el recuerdo sagrado de su amor, la fidelidad que había jurado a la memoria de aquella a quien hubiera correspondido ser la madre de sus hijos, y sin ese concurso femenino no parecía existir modo de reproducirse, hasta que, entre vueltas y vueltas, se acordó nuestro padre de su propia condición de huérfano y de la cantidad de niños que como consecuencia de batallas, represalias y depuraciones - incluso por el exilio forzoso de sus padres naturales - habían quedado abandonados en nuestro país y como lógica conclusión de la trayectoria de su vida, como un coherente colofón, dio un generoso paso al frente y se dispuso a adoptar unos hijos que habrían de dar el último sentido a su obra : poblar con su alegría esa nueva patria, esa nación en paz en la que crecerían a salvo de tentaciones y peligros, un mundo nuevo para ellos que, como toda obra humana tendría sin duda sus defectos, pero que tan lejos quedaba de aquel infierno rojo en el que había transcurrido su propia adolescencia e incluso hasta del purgatorio que suponía vivir en cualquiera de las plutocracias liberales supuestamente democráticas..."

" ! El Limbo ! " - solía exclamar en este punto el cuarto de mis hermanos (al que llamábamos "Gemelo", un mote de difícil justificación porque, aunque nacido en una inclusa, que nosotros supiéramos no había compartido útero con nadie) como si nuestro padre, en lugar de contarnos la historia de su vida, estuviese planteando una adivinanza- "!No, no !" - protestaba "Ultimo", el más pequeño- "Papá no habla del Limbo sino del país de la Bella

Durmiente... "¡Claro! de cuándo después de pincharse la princesa con el huso, todos los habitantes del palacio van quedando hechizados, aislados del exterior por el muro de espino..." - metía baza "Primo", nuestro primogénito... - "Se han detenido los relojes, ni avanza ni retrocede el tiempo..." - filosofaba sorprendentemente "Ursus" el segundo en el orden de adopción, el más fuerte y bruto de todos- "¿Y qué es lo que esperan todos esos tipos dormidos en el país de la princesa, que venga un príncipe a despertarles con un beso?" - se preguntaba en voz alta "Alien", que se había ganado el apodo gracias a las orejas puntiagudas que, como el Mr Spock de "Perdidos en el Espacio", podía mover a voluntad arriba y abajo- Entonces era cuando nuestro padre cerraba de repente el viejo álbum de recortes y fotografías, torcía el gesto, entornaba los ojos y solía permanecer en silencio, a todas luces decepcionado por la falta de entendederas de sus inmaduros oyentes... ¿Le faltaba a él paciencia para educarnos en la verdadera doctrina? Quizás todo lo que pasaba es que éramos aún demasiado pequeños y carecíamos del uso de razón necesario para distinguir entre la fantasía de los cuentos infantiles y el sacrificio entero de una generación que había sabido escribir con su propia sangre las páginas más gloriosas de nuestra historia contemporánea.

(De este lado, por un momento, yo también he dejado de escribir asaltado por la misma duda, una parecida perplejidad ideológica a la que acabo de evocar en el recuerdo de mi padre. ¿ Para quién son estas memorias? ¿Quién querrá acompañarme en este particular viaje? Porque en el fondo sé muy bien que no estoy escribiendo una epopeya colectiva, que esta es una travesía para un único tripulante, una vuelta a mi mundo en solitario -como sé que la suerte está ya echada y que ni de la familia ni de la historia hay escapada posible, porque el pasado vuelve siempre, gira sin cesar en torno nuestro como esa polilla inoportuna que ha empezado a revolotear de repente sobre mis páginas: ¿o es el fantasma de mi padre?- Y puesto que en el retrato familiar tan sólo falta un personaje, echaré mano del diccionario para dar razones de mi sobrenombre: "Agonía", pl. etimológicamente, lucha o combate. En lenguaje corriente, ansia del moribundo (fig) "Agotamiento que presagia el final de algo, sea de una civilización o una sociedad humana" - ¿Puede existir un nombre más premonitorio del destino que iba a tocarme en suerte?- Pero no adelantemos acontecimientos, porque como resulta lógico suponer, mis hermanos no me bautizaron "Agonías" movidos por ninguna precoz erudición, impropia de su edad, sino por la acepción más popular del término)

AMOR DE MADRE

Fue así, con los restos de la cruenta batalla que acababa de librarse en nuestra patria - del mismo modo que el doctor Frankenstein fabricó su criatura con despojos robados en los cementerios- como quedó constituida nuestra familia. Y si esto pudiera parecer una versión negativa de la Historia, revanchista, diría mi padre, no quiero proseguir este ajuste de cuentas con mi pasado sin empezar por reconocer lo evidente: que la adopción vino a salvarnos a todos nosotros de la derrota colectiva, del no-ser nacional, y que sólo gracias a ella obtuvimos cada uno una identidad propia y un lugar al sol en la nueva sociedad, pasando de ser hijos de nadie a formar parte activa de un proyecto común. El problema estaba, claro, en saber cuál era el proyecto porque en aquellos tiempos de profunda restauración moral hasta la familia tradicional, paradójicamente, parecía haber quedado desfasada por los acontecimientos: demasiado contaminada por los excesos afectivos y la promiscuidad de la convivencia de sexos, requería un cambio radical de imagen al que nuestro padre quiso contribuir echando mano de su propia experiencia, de los valores aprendidos durante sus largos años de milicia - y cómo no, del resquemor profundo que le había producido la pérdida de las dos únicas mujeres de su vida-. De forma que, una vez hubo tomado la decisión de adoptar tan sólo hijos varones, se propuso ensayar con nosotros su propia utopía social, crear un falansterio masculino, mejor aún, una viril falange, integrada por miembros mitad monjes y mitad soldados, que viniesen a superar de una vez para siempre esa tara anatómica que había impedido en el pasado a los hombres organizar, sin intromisiones ajenas, la cuestión de su descendencia.

Así era entonces nuestro cabeza de familia, un torrente impetuoso de nuevas ideas, un caudal desbordante de energía y entusiasmo; aunque a veces también su mismo idealismo le privase de sentido práctico y por eso no pudo prever que, tras algún que otro intento de ocuparse él a solas en alimentar, vestir, cambiar pañales y cuidar a sus seis hijos recién adoptados, tuviese que abrir, a la desesperada, la puerta de servicio de su casa a las mismas que no había querido admitir por la entrada principal. Hubo, pues, pese a sus primeras intenciones, presencia de mujeres en nuestra familia: todas hijas de la misma orfandad y la misma derrota que nosotros, perfectas candidatas para ser adoptadas por la misericordia de nuestro padre, de no haberse empeñado él en excluirlas por razón de su sexo. Y en esta forma más bien humillante entraron en nuestra casa las que hubieran podido ser nuestras madres y hermanas, como criadas de servicio, compartiendo además nuestro techo sólo de una forma limitada y temporal, porque nuestro padre, para evitar que nos encariñásemos demasiado, celoso de que la convivencia prolongada pudiese generar en alguna de las muchachas la ilusión de llegar a convertirse en un miembro más de nuestro hogar, las sustituía periódicamente (En aquella colmena superpoblada en la que transcurrió mi infancia quiero imaginar que existió al menos una mínima intimidad, el derecho a un recuerdo exclusivo, no colectivizado: ellas y yo a solas, las enormes tetas de Dolores - que así se llamaba la que se ocupó de los tres primeros niños -, sudorosas y húmedas, calientes, los pezones oscuros como la noche que me incitaban a cerrar los ojos y chupar, que me ofrecían el néctar libado para mí, fabricado en secreto por la reina de las abejas y que ninguno de los zánganos de mis hermanos alcanzaría a paladear nunca. Pero claro, no es: nosotros ya veníamos criados de la inclusa y el que no, recibió siempre con exquisita imparcialidad sus adecuadas dosis de leche en polvo)

Al principio, la vida en el falansterio consistía sobre todo en constantes cambios de posición, lo que lejos de favorecer la estabilidad emocional que parece requerir la infancia, debía de producirnos bastante ansiedad. La que yo sentiría, supongo, desde el incómodo tercer lugar que ocupaba en el escalafón de mis hermanos, cuando veía llegar, uno tras otro, a mis sucesivos sucesores, perdiendo con ellos las últimas y vanas esperanzas de que la fiebre adoptiva de mi padre pudiese haber terminado conmigo: y no es que los nuevos viniesen a quitar el pan de la boca a los más veteranos, porque de eso había suficiente para todos, pero sí que venían a robarnos otros privilegios mucho más valiosos, porque el recién llegado, el

benjamín de turno, entraba primero como en un paraíso en la habitación de las muchachas, en donde era acunado, mimado y acariciado cada noche hasta que llegaba el siguiente a ocupar su puesto y entonces se veía desterrado a uno de los dormitorios que correspondían a los niños en el que las caricias eran brutalmente sustituidas por las novatadas de los mayores, endurecidos ya por la experiencia del desarraigo; y cada nuevo hijo iba empujando a los demás hacia arriba, de una habitación a otra, en continuo movimiento, definiendo y redefiniendo su lugar en el grupo como en una rueda, en un vertiginoso juego de los cambios de silla que parecía no tener fin.

Pero lo tuvo, afortunadamente, cuando llegó la escuela, con sus planes de estudio y sus objetivos pedagógicos, a sustituir las utopías de nuestro padre, a quien, por otra parte, los negocios - es decir las tareas propias de un cazador-recolector en busca de los recursos necesarios para alimentar a su numerosa prole - reclamaban cada vez mayor tiempo y atención. Lo que no dejó de ser un alivio porque al menos en el colegio uno sabía desde el primer momento el lugar que le correspondía, aunque fuese gracias a recursos tan simples como la posición del apellido en la lista de alumnos, el número de curso y la letra de la clase: existía un plan, una organización, unas finalidades a conseguir y todo ello expresaba una armonía capaz de rescatar al espíritu humano del caos confuso de la infancia, algo entonces muy indicado para mí, herido de muerte por el abandono de Dolores, a quien nuestro padre, conforme a la precariedad con que parecía concebir el servicio doméstico, había sustituido por otra empleada, esta vez llamada, tan apropiadamente, Soledad. Y si este cambio pudo provocarme en su momento algún rencor filial también la escuela vino a sanarlo porque, entre todos los conocimientos que allí nos aguardaban, pronto me deslumbró el descubrimiento de la prodigiosa naturaleza de nuestro padre, en la medida en que su ser, su personalidad, comenzó a exceder el estrecho ámbito familiar en el que piadosamente nos había recogido y pasó a extenderse alrededor, ocupando nuevos horizontes: y así, al conocer que, además de un hogar, formábamos parte de un conjunto social más amplio, de un país con su propia historia e idioma, aprendimos que esa patria también era gobernada por un padre que nos daba cobijo en ella al amparo de su magnificencia y su poder, y cuando llegamos a comprender que por encima de las miserias terrenales existía un orden trascendente, también allí encontramos un padre reinando desde siempre sobre las almas de los hombres en todo el esplendor de su gloria. De manera que en todas partes estaba él, gobernando la casa, la tierra y el cielo y desde

luego aquel colegio, donde también a los maestros les llamábamos padres, y si esa ubicuidad constituía un profundo misterio que nos tenía sobrecogidos, no lo era menos que sus tres rostros, las tres personas que encarnaba, se fundiesen en una misma e indivisible patria potestad.

Todavía entonces la ciudad, aunque llamada a ser la capital de un imperio, no había experimentado los delirios de la fiebre especulativa y estaba casi a medio hacer, particularmente el barrio residencial de nueva creación en que vivíamos nosotros, rodeado por todas partes de grandes descampados que pronto se transformaron en el territorio habitual de nuestros juegos. Allí acudíamos cada tarde, liberados del rigor de las aulas, en busca de una vida más feliz y salvaje, libre de horarios y obligaciones, una libertad que, me apresuro a confesar, no llegamos a disfrutar nunca. Quizás porque era un imposible y ni aún siendo niños podíamos pensar en escapar del espíritu de la época, quizás porque nuestro padre, temiendo que nuestros juegos al aire libre terminasen por transformarnos en una horda indisciplinada se cuidó de inmunizarnos ideológicamente contra tales peligros, el caso es que, apenas acabábamos de saltar las tapias y corríamos campo a través lejos de la vigilancia de nuestras cuidadoras, cuando ya otro poder más rígido venía a imponerse sobre nosotros: Primo, nuestro hermano mayor, supo encontrar el modo de ejercer su primogenitura sin exponer su frágil constitución a los constantes desafíos del resto de los machos de la manada; supliendo con astucia sus debilidades, gracias a los manejos de su tortuosa inteligencia, logró tejer en torno a Ursus toda una red de halagos que terminaron por ganarle para su causa, transformándole de peligroso contrincante en el más fiel lugarteniente; y así, juntos e inseparables, en una alianza que duraría más allá de esos años, pusieron la primera piedra de la que había de ser, con el concurso obligatorio del resto de los hermanos, una institución clave en la primera etapa de nuestras vidas, el cuarto eje, junto a la religión, la patria y la familia sobre el que habría de articularse nuestra personalidad futura: hablo de la Fraternidad, que pasó a gobernar nuestro tiempo libre de la misma manera absoluta en que lo hacían, cada una en su campo, las otras tres, si bien la nuestra, en lugar de proyectarse de arriba a abajo, se extendía horizontalmente ya que basaba su razón de ser en la obediencia ciega que cada uno debíamos a nuestros hermanos mayores (algo que en mayor o menor medida venía a beneficiar a todos, excepto a Ultimo, que no tenía a nadie a quien mandar, pero que era demasiado pequeño para que le importase el detalle). Pero no quiero dar la impresión de que

aquella Fraternidad infantil constituyese una logia tenebrosa ni una banda de futuros delincuentes juveniles cuando no era sino un juego de niños que no llegó nunca a interferir con otros poderes más altos, en la medida en que sólo extendía su inocente jurisdicción allí donde no podía llegar la paterna, es decir, sobre la oscuridad de la noche o en el mundo deshabitado, y todavía tierra de nadie, de los solares: y tengo la certeza de que esta contribución nuestra al nuevo orden hubiera recibido las bendiciones del Régimen y hasta incluso pasado el estrecho filtro de la ley de asociaciones de utilidad pública entonces en vigor, sino fuera porque la Fraternidad constituyó siempre una sociedad secreta, de cuya existencia nadie, ni mucho menos nuestro padre, llegó a tener noticia.

Un ejemplo de diversiones fraternas: cada noche, apenas terminadas las oraciones, cuando nuestro padre adoptivo apagaba la luz y las tinieblas pasaban a adueñarse de nuestros dormitorios llegaba, tras ciertos movimientos sigilosos de un cuarto a otro, la hora de ese juego conocido por " Amor de Madre". Mediante un número extraído al azar, del que el organizador del concurso estaba felizmente excluido, nuestro hermano mayor identificaba al "santo de la noche", aquel de entre los huérfanos que gozaría durante el sueño del privilegio de la visión mística, es decir, de recibir la visita de Nuestra Madre Desaparecida, de contemplar su dulce rostro e, incluso, como máximo honor, de ser tocado por su divina mano. Una escena que, con ligeras variantes, venía a desarrollarse así: " Alien, es tu número", anunciaba Primo, " tú eres el elegido" (Mr Spock tenía entonces que sujetarse la cabeza para que sus orejas, con tanto loco movimiento, no se la despegasen del tronco) "Y bien", proseguía nuestro hermano mayor, " ¿ puedes decirnos qué aniversario se cumple hoy de la ascensión al cielo de Nuestra Madre la Invisible ?" " Han pasado dieciocho años, cinco meses y catorce días " (respondía Alien con un hilo de voz, además de una nada sorprendente exactitud porque todavía entonces la mayor parte de nuestras celebraciones infantiles, incluidos los cumpleaños, se regían, más que por el oficial, por ese calendario materno) " Correcto", confirmaba Primo, " y dieciocho años, cinco meses y catorce días después, Ella ha decidido volver a este mundo para saludar en persona al cuarto de sus hijos. ¿ No es maravilloso? Concéntrate en su imagen, contempla su fotografía: mientras la esperas, puedes entretenerte imaginando cuánto y cómo habrá cambiado su aspecto en estos largos años de ausencia."

(¿ Que quién es esa Madre, con mayúsculas, que aparece tan repentinamente en el relato ? No era, desde luego, la original, la que nos había parido y abandonado a cada uno y de la que no teníamos la menor noticia, aunque de esta segunda tampoco supiésemos gran cosa salvo la fecha exacta de su muerte y la fervorosa devoción que profesaba nuestro padre a su imagen, clavada en la cabecera de nuestros dormitorios. Una foto de medio cuerpo en la que posaba con un sorprendentemente descocado traje de noche - ¿el vestido de su puesta de largo?- que dejaba sus hombros desnudos, el pelo corto recogido tras una oreja delicada, el cuello con el único adorno de un sencillo collar de perlas...¿ Su aspecto? Bella, desde luego, bellísima, la fina proporción de sus rasgos resaltada por el maquillaje, la actitud elegante, los hombros suaves, el esplendor de su juventud...¿ La expresión, exactamente ? Bueno, no puede decirse que feliz, porque en la foto ella no sonreía, más bien cerraba los labios como si quisiese evitar la menor distensión, cualquier gesto cómplice, y en sus ojos apuntaba una tristeza existencial que podía interpretarse como un presagio del prematuro fin que había de arrebatársela de este mundo) Pero todos estos detalles en nada consolaban al elegido, al "santo de la noche" que, lejos de entretenerse en estas evocaciones, se ponía de inmediato a rezar, no para que Nuestra Madre la Extraña viniese cuanto antes sino más bien para que no dejase nunca de serlo, para que no adquiriese otra dimensión más real que la de su foto en el retrato; y tales truculencias, que venían a caer en terreno abonado por las fantasías que en torno a su novia fallecida había ido tejiendo nuestro padre, probablemente con la sana intención de que no echásemos de menos el afecto materno, servían ahora a los propósitos de Primo que ambicionaba pasar a gobernar, como ya lo hacía con la vigilia, nuestras pesadillas más íntimas ; y desde luego que lo conseguía, porque la mera posibilidad de imaginar que la Difunta nos eligiese a uno de nosotros para mostrarle su descarnada calavera o rozarle la piel con su huesuda extremidad - dieciocho años después de sepultada- nos hacía temblar tanto que el agraciado no pegaba ojo y llegaba a ofrecerle a Primo cualquier cosa con tal de que le exceptuase del próximo sorteo. (Ahora que lo pienso, quizás más que tristeza era desconfianza lo que apuntaba en la mirada de aquella hermosa joven del sur: recelo de lo que hacía su imagen en nuestro dormitorio, de esa fotografía colgada en la pared desde la que, al asomarse cada noche, no lograba dar crédito de la numerosa familia que invocaba su nombre, que se entregaba a tan macabros cultos en su memoria, esos bárbaros frutos de una maternidad - destino femenino por antonomasia- de la que ni la virginidad de su vida ni la precocidad de su muerte habían sido capaces de salvarla)

ANGELES CAIDOS

También los solares iban creciendo con nosotros en la medida en que la edad nos animaba a ir más lejos, a saltar tapia tras tapia para extender los territorios de la Fraternidad, a descubrir nuevas regiones, dominios que íbamos adquiriendo en nuestras aventuras y que se sucedieron uno detrás de otro hasta que llegamos a la misma frontera, al confín de nuestras pequeñas escapadas: el modesto terraplén situado a unos centenares de metros de casa que nosotros denominábamos " la montaña" y en cuya cima se alzaría, no mucho más tarde, la promoción inmobiliaria que nuestro padre bautizó pomposamente - puesto que la especulación, como la infancia, todo lo agranda y lo exagera- : " Las Colinas Residenciales".

Al pie del desnivel se detuvo la tropa esperando instrucciones, pero ni el general ni su lugarteniente parecían terminar de decidirse: por un lado estaba la incertidumbre de lo que pudiese esperarles allí arriba, el riesgo de alejarse demasiado y granjearse el castigo de nuestro padre, además de lo empinado de la cuesta y el inconveniente añadido de que, en plena estación primaveral, la hierba estaba muy crecida y ocultaba a la vista cualquier posible camino de acceso. En todo caso, mostrar dudas en público a la hora de entrar en acción constituía una debilidad que el reglamento de la Fraternidad castigaba severamente, así que Primo se sobrepuso en seguida al desaliento y organizó allí mismo un pequeño campamento-base con sus correspondientes centinelas y contraseñas, mientras Ursus y él llevaban a cabo una primera exploración táctica, de la que regresaron, no mucho después, con un aire tan demudado que parecían haber vivido una experiencia ultraterrena; y aunque al bajar de la montaña nuestros campeones no trajeran consigo las tablas de la ley, ni la señal de una nueva alianza, ni ningún otro signo místico, sí habían conseguido un trofeo mucho más valioso que

les acompañaba en persona, en carne y hueso, al que pudimos contemplar caminando tras ellos con su melena al viento, la barba rala y sucia, los pies descalzos y unos sacos costrosos con los que había fabricado su miserable túnica.

Parsimoniosamente, como quien busca una pausa de efecto, Dionisio nos contempló a su vez, también él sin acabar de creérselo, emocionado de su buena fortuna, y nos fue contando y recontando mentalmente hasta comprobar que había conseguido la mitad exacta de un solo golpe, nada menos que seis, un anticipo de los que vendrían, innumerables como las arenas del desierto, como gotas de agua en el mar, y extasiado ante la visión de tan prometedor futuro, abrió los brazos de par en par, extendió en el aire sus dos extremidades flacas y nervudas y comenzó a anunciarnos la buena nueva, la misión salvadora para la que había sido designado: " Venid a mí, mis queridos hermanos, mis amadísimos, venid a mí sin dudar ni temer, sin prevención ni escrúpulo, porque vosotros estáis llamados a ser mis discípulos predilectos"

Rezábamos por la mañana antes de comenzar las clases, destemplados aún por el frío, con los ojos semicerrados que no terminaban de abrirse, la mente adormilada, pero puestos de pie, entonando con la más firme de las voces una primera y larga oración en homenaje a nuestro padre que vigilaba desde el cielo cada una de nuestras miserias y pecados y después, sin llegar a sentarnos, cantábamos un himno de exaltación patriótica de las virtudes de nuestro padre en la tierra, modelo de escolares y profesores, represor de la pereza y la desobediencia, que había creado ese colegio, y el sistema de becas escolares y las distintas reválidas y exámenes para redimir al pueblo de su secular ignorancia. Y una vez comenzada la jornada, cada uno de los padres de aquella escuela exclusivamente para varones a la que nos había llevado nuestro padre, iba inculcándonos con rigor y perseverancia los infinitos matices del temor del padre: bien sea mediante la regla, los pellizcos, tirones de pelo y coscorriones con que nos bendecía indiscriminadamente el padre Justo o la puesta en ridículo, la burla y la humillación pública en que era experto el padre Benigno, la implacable retórica y los sofismas intrincados en que se ejercitaba el padre Angélico o la descripción detallada de los tormentos del infierno con que iba estimulando la imaginación de sus alumnos el padre Plácido. Todo lo cual no revestía mayor importancia para nosotros, apenas si nos

impresionaba porque llovía sobre mojado, formaba parte de nuestra infancia, de nuestra educación sentimental, de la vida estable y sin sobresaltos que nos estaba destinada.

Pero con la llegada de Dionisio las cosas comenzaron a cambiar de golpe, no sólo porque él había venido de fuera y era ajeno a ese ambiente, sobre todo porque habíamos descubierto su existencia solos, al margen del sistema, como si su intervención en nuestras vidas no hubiese sido prevista por nadie. Se diría que había estado esperando desde siempre nuestra llegada en aquel terraplén, en la cima de la montaña donde había excavado con sus manos una mísera cueva, donde vivía en la absoluta soledad de un ermitaño - tan solo interrumpida por distintos períodos de internamiento en hospitales de salud mental- ayunando y mortificándose hasta ver llegada su hora, el momento de encontrar un público propio, la imprescindible grey sin la cual sus desvaríos no hubiesen llegado a concretarse y la posteridad no hubiera recibido su verdad revelada, el evangelio que enseguida comenzó a predicar a sus nuevos apóstoles:

" Bienaventurados sean los locos, porque la locura es el alma gemela de la santidad y las apariencias engañan, o es que acaso no os han enseñado cuán excéntricos pueden llegar a ser los santos y cómo odian el aseo y la pulcritud y huyen del agua limpia y en general de las comodidades de la vida burguesa, cómo prefieren caminar desnudos y dormir sobre un lecho de piedra y alimentarse de cardos y ortigas, de saltamontes y lombrices al mejor lecho y al mejor banquete con que puedan tentarles, y eso por no contar aquellos más iluminados que andan descalzos sobre ascuas o se mutilan ferozmente y se arrancan la lengua o los ojos o bien renuncian al amor de la carne o enmudecen voluntariamente y eligen siempre el sufrimiento al placer, lo que les desagrada sobre lo que les place, y cuánto más renuncian a sí mismos y se mortifican y autocastigan y reprimen más cerca alcanzan a estar del Padre, de manera que no terminan nunca de inventar mayores tormentos que infligirse, nuevas y terribles torturas, y sólo de este modo, dolorosamente, hacen avanzar al mundo, desencadenan a sangre y fuego la creación, porque nada en la vida permanece quieto, y así como todo nace y muere y se transforma y cambia, ninguna religión ni poder es eterno aunque venga del Padre, y hasta la misma tierra gira sobre sí misma sin cesar, sin poder detenerse, y no es plana ni inmóvil como sostenía Anaximenes de Mileto, ni está sostenida por cuatro tortugas gigantes ni dragones alados ni rodeada de agua como un plato de sopa en constante peligro de

derramarse, como tampoco el Padre es el centro del universo ni el sol o las estrellas o los cometas o los quásares están allí tan solo para alumbrar su gloria, para iluminar sus mínimos caprichos, sino que probablemente nada tienen que ver con El, porque se mueven en distintas direcciones y esferas; y también habría algo que decir, en verdad, sobre otros Dogmas y Principios Fundamentales del Movimiento de las cosas que aunque parezcan inmanentes no son sino artimañas de la superstición, intentos de dar gato por liebre, como toda esa filigrana escolástica que gira en torno a la inmaculada concepción del Padre, su aparición repentina sobre la tierra sin el concurso de mujer, lo que es indemostrable pero a la vez indefendible porque no existe sobre la tierra un caso igual, un miserable antecedente, y aún esto no tendría más importancia si detrás de esa negación del papel que natura ha otorgado a la Madre no se escondiese otra aviesa intención, una maniobra propagandística para legitimar el régimen del Padre, para hacer aún más única y singular su condición de líder máximo y permitirle de ese modo gobernar a sus Hijos desde la ficción de no haber sido nunca como ellos, de carecer de infancia propia; y en esa dirección ha ordenado el Padre que se revisen y censuren los Libros Sagrados y demás Leyes Fundamentales del Reino, hasta el punto de que incluso en el misterio insondable de la Santísima Trinidad tal y como lo enseñan sus sacerdotes oficiales no ha quedado ni rastro de la presencia del Hijo como tampoco del Espíritu, que es aún más subversivo que el primero por su tendencia a la dialéctica; y entre tantas mentiras y falsificaciones públicas es necesario destacar igualmente la que afirma la naturaleza misericordiosa del Padre, el amor paternal que profesa a cada uno de sus Hijos, porque en verdad si los alimenta y los cría lo hace con el solo propósito de incrementar el número de sus seguidores, porque sabe que su grandeza descansa en esa cifra y no en la extensión de los territorios vacíos, que sin una población que someter no hay tiranía posible, y que, de este modo, incluso cuando llega el momento de aplicar la represión resulta conveniente dejarse guiar por la prudencia, ya que casos ha habido en la Historia de dictadores implacables que a fuerza de fusilamientos, depuraciones, pogroms, genocidios y destierros tuvieron la desgracia de quedarse sin súbditos y con ello perdieron la razón de ser de su poder; pero como una cosa es guardar las formas y otra muy distinta descuidar la guardia y tolerar brotes de peligrosa disidencia, nuestro Padre ha ordenado para aquellos que predicán la verdadera religión las penas principales de excomunión y exilio además de una amplia gama de sanciones que han de perseguir a los profetas del advenimiento del Hijo, cuya única manera de salvarse de la persecución de su policía política consiste en adoptar los más extraños disfraces siendo el de

la locura uno de los más socorridos; así que ahora entendéis que hago aquí de esta guisa y por qué he querido salir a vuestro encuentro, yo, Dionisio el Loco, paladín del libre albedrío, campeón de la libertad que siempre he negado la infalibilidad del Padre y la predestinación de su despotismo, que he venido a vosotros tan sólo para mejor adoctrinaros, para pervertir vuestra moral y confundir vuestras conciencias, para engañaros y seduciros, para arrastraros a los abismos de la condenación por intermedio de estas santas y malditas palabras, mis pequeños, mis inocentes y queridísimos Hermanos en la fe proscrita y en la esperanza clandestina de la revolución del Hijo. Aleluya, aleluya, amén."

(Reunidos en semicírculo junto a la boca de la cueva, aún permanecimos sus flamantes discípulos absortos largo rato una vez el maestro hubo finalizado su sermón. Pero no era el contenido de su discurso lo que nos mantenía inmóviles, clavados en el suelo aquella suave tarde de primavera, sino el asombro de descubrir que el mundo de los solares pudiese ser tan grande y maravilloso como para dar cabida en su seno a seres como aquel: peludo como un oso, sucio como un alimaña de los pantanos, con las patas flacas y largas de una cigüeña, pero además dotado de unas aptitudes físicas increíbles, como las que había podido exhibir mientras desgranaba su prédica: saber echar espuma por la boca, mover los brazos hacia delante y hacia detrás como aspas de molino, sostenerse todo el rato sobre un solo pie y, por encima de todo, la manera en que ponía los ojos en blanco y los hacía girar sobre sí mismos como dos vertiginosas pelotas de ping-pong)

Lo cierto es que en el colegio no lo pasábamos demasiado bien, que estábamos siempre en el punto de mira, vigilados de cerca por los padres profesores de un manera mucho más evidente que el resto de los alumnos. Nuestro padre había hecho el esfuerzo de inscribirnos en uno de los colegios de mayor prestigio docente en aquella época oscurantista y allí constituíamos los seis hermanos adoptados un ejemplo de caridad cristiana y a la vez de extravagancia patriótica. Y sin embargo pese a lo edificante y ejemplar de nuestro drama humano, no dejábamos de percibir en nuestros profesores cierta desconfianza, cierto recelo, como si la adopción no hubiese terminado de redimirnos del todo de nuestra condición de hijos del pecado, de retoños del otro bando. Nos espiaban todo el tiempo. ¿ Temían acaso una sublevación, que los latidos de nuestra oscura sangre, esa lacra congénita, nos empujasen de nuevo a rebelarnos, a rechazar, ingratos, la mano filantrópica que nos había rescatado de la

negra cloaca de la historia, del mismísimo arroyo? En contraste con la reserva de nuestros preceptores académicos, iba creciendo, en un escenario muy distinto al del sombrío colegio, la franqueza y la locuacidad con que nos impartía Dionisio sus propias clases particulares. Una vez descubierto aquel singular aborigen de los descampados, habíamos adquirido la costumbre de acudir cada tarde a su cueva en la esperanza de verle ejercitar de nuevo sus habilidades de fakir y él aprovechaba esos momentos para predicarnos su mensaje una y otra vez, hablando sin cesar como poseído del don de lenguas, iluminado por el fuego de Pentecostés, aunque él mismo, sorprendido de su incansable oratoria, que creía de origen sobrenatural, no acababa de comprender por qué no se realizaba el milagro completo y lograba que aquellos niños que parecían tan aplicados entendiesen al menos una sola palabra de lo que estaba tratando de decirles. Ignorantes de su significado, incluso habíamos adquirido la costumbre de aplaudirle en los momentos más álgidos de sus discursos, orientados tan sólo por el entusiasmo de su voz y la mayor intensidad con que bizqueaba. Nos gustaban igual, disfrutábamos de sus sermones por más que resultasen ininteligibles, y tampoco eramos tan ingenuos como para que se nos escapase su contenido transgresor, delictivo, ni los peligros que podía acarrear el escucharlos. " La ignorancia de las normas no nos excusa de su cumplimiento" , decía a menudo nuestro padre, por lo que no fue preciso que la Fraternidad tomase un juramento adicional a sus miembros para que la localización de la cueva y la misma existencia de Dionisio el Loco constituyesen entonces y por mucho tiempo nuestro secreto mejor guardado.

" En verdad, en verdad os digo que no permaneceré mucho más tiempo entre vosotros porque mi reino no es de este mundo ni tampoco de ningún otro, puesto que yo no creo en reyes ni en amos ni dioses, ni en las tentaciones del capital ni de la púrpura, ni en el consuelo de esquirols y conformistas que es esa patraña de la vida futura, pero así y todo a fuer de militante yo también soy un sentimental, tengo mi corazoncito y no logro dejar de preocuparme por el destino que pueda aguardaros una vez solos en este valle de lágrimas, mi desamparado rebaño, mis tiernos corderillos que quizás no estéis preparados para sobrevivir en este siglo de supercherías y traiciones, de fatuos cambalaches, pactos y componendas, lo que me ha llevado a barruntar cómo incluir en mis prédicas algunos conocimientos más útiles que otros, ciertos trucos que puedan ayudaros a salir adelante en tiempos de persecución, cuestiones prácticas y asuntos terrenales que si alguno llega a encontrar poco adecuados para

tratar en esta epístola, habiendo aún tantos misterios sublimes que desvelar, en verdad, en verdad le digo que esta vez no es preciso que contemple los lirios del campo, pero que, por ejemplo, en el caso de los avestruces, basta ver de que manera recurren cuando son perseguidos al más absurdo hábito de ocultar la cabeza en cualquier agujero, dejando el grueso cuerpo perfectamente a tiro, o el camaleón que, al verse amenazado, comienza a cambiar tan rápidamente de color que termina muriendo con el vértigo como merece su abominable oportunismo; por no hablar de ese fanático escorpión que prefiere la sentencia de su propio veneno antes de enfrentar la depuración y la autocrítica; y siendo todas ellas criaturas del Padre como tantos otros ejemplos que la naturaleza nos ofrece aunque carezcan de entendimiento, cuanto más en el hombre, que es el más ilustrado de los seres, justifican la búsqueda de la supervivencia por todos aquellos medios, rastreros o sublimes, que disponga a su alcance; y así, en tratándose de tan arriesgada circunstancia como escapar de la ira del Padre, mi consejo consiste en oponerle la misma medicina con que El amenaza castigarnos, de forma que, una vez descubiertos por el Ojo que Todo lo Ve, a punto de ser objeto de su cólera, lejos del habitual temblor y crujir de dientes, habréis de recibirle con las mayores muestras de júbilo, entonando sus alabanzas mientras aprovecháis su perplejidad para despojaros de vuestras ropas y una vez desnudos, armados de martillo y clavos, ir fabricando una buena cruz en la que ofrecerle el sacrificio de vuestra propia sangre, de vuestro sufrimiento y agonía; cosa que en un principio no os oculto que molestará sobremanera al Padre, que creará estar de nuevo ante otro brote de originalidad del Hijo, otra forma de llamar la atención haciéndose la víctima inocente y de paso señalándole a El como verdugo, simulando cumplir su voluntad, confesándose felizmente culpable de todos los posibles pecados y delitos contra la Seguridad del Estado, cometidos o no, reales o imaginarios; circunstancia que terminará por arrebatarle al Padre el posible placer de castigaros, ahora sustituido por un creciente sentimiento de culpa que acabará alejándole de vosotros, dejándoos abandonados a vuestra suerte, libres de toda otra amenaza o castigo que la de estar clavados a vuestra propia cruz; y si pensáis que quizás el remedio puede llegar a ser peor que la enfermedad es sólo porque aún sois jóvenes e ignorantes, ya que si llegáseis a saber hasta qué punto puede ser implacable la represión del Padre, como yo la he probado en mi alma, no dudaríais en inmolaros con entusiasmo, en crucificaros con vuestras propias manos antes de veros empalados en vida o descuartizados lentamente, de sufrir la agonía de la sed durante días y días encadenados a la orilla de la más cristalina de las fuentes, despedazados por los

leones, devorados por las hormigas, electrocutados, ahorcados, aplastados, despeñados, desintegrados, flagelados, deshidratados en sus ergástulas y tantas otras formas innobles de morir que no me atrevo a mencionar porque no son aptas para menores, pero que son la vida misma, que forman parte de cualquier crónica de sucesos de la oprobiosa actualidad, de esta Historia funesta que llegará algún día a estar en vuestras manos, a crecer libremente hasta llegar a transformarse a imagen y semejanza del Hijo, de Aquel que vendrá a reinar para siempre desterrando de la faz de la tierra las tinieblas de la dictadura del Padre, ese instante glorioso para cuya consecución yo habré entregado hasta mi último aliento y que sin embargo no alcanzaré a ver, paradojas y sacrificios de la lucha social, de la militancia revolucionaria, conceptos todos ellos demasiado complejos para que podáis comprenderlos todavía, mis pequeños discípulos, mis amadísimos hermanos: ! Salud y fuerza, camaradas, hasta la victoria final!"

La más clamorosa de las ovaciones acogió el fin de sus incomprensibles palabras y eso que entonces no podíamos saber que estábamos asistiendo al último de sus mítines, porque al día siguiente Dionisio fue detenido en la capilla del cercano colegio femenino de las Esclavas de la Pureza de Nuestra Madre (lugar que solía frecuentar porque las monjas le obsequiaban con restos de comida y recortes de hostias, además de camisas y pantalones viejos que él se negaba en redondo a vestir ni siquiera bajo su túnica), detenido, digo, en el justo momento en que, tras desnudarse del hábito, intentaba trepar a la enorme cruz del atrio para predicar desde las alturas, tal y como el Padre le trajo al mundo, su evangelio también a las Hijas, que entonces comenzaban a entrar en la Iglesia para las oraciones matinales y jalearon estrepitosamente sus esfuerzos, dificultosos, de clavarse una mano a la cruz mientras mantenía el equilibrio con la otra. Entregado por las piadosas hermanas al brazo secular, puesto a disposición del Tribunal de Orden Público, los informes unánimes de los inquisidores dictaminaron que, aún no habiéndose provocado mayor alarma social que la de la contemplación de su desvencijado sexo, incapaz de provocar ni la más mínima calentura erótica en las alumnas, dada su evidente incapacidad mental, resultaba recomendable su internamiento por tiempo indefinido en una clínica psiquiátrica.

Ni siquiera le concedieron esa pequeña gracia de pasar por la cueva para despedirse de nosotros y recoger sus cartones viejos ni sus montones de ropa usada. La severidad del

castigo, que nos dejaba otra vez huérfanos de afecto como ya antes nos había sucedido cuando la expulsión de Dolores, podía explicarse, más que por la peligrosidad de Dionisio, por la operación de cambio de imagen y relaciones públicas internacionales que en esos años comenzaba a emprender el Padre de la Patria, porque si hasta entonces habían campado libremente en nuestro país toda clase de locos, monstruos, leprosos, mendigos, mutilados, idiotas y bufones, bien claro estaba que era gracias a esas patéticas estampas de desinhibida exhibición de la miseria humana con las que nuestros enemigos seculares habían tejido la leyenda negra, la pésima reputación que sufríamos y que dificultaba enormemente nuestra inserción de pleno derecho en el concierto de las naciones más civilizadas, allí donde la firme voluntad del Padre de la Patria y sus sucesivos planes de desarrollo querían definitivamente instalarnos y en donde, desde luego, no había ya otro lugar para Dionisio ni para tantos otros locos de atar que una discreta reclusión al abrigo de los ojos, remilgados e hipócritas, de la civilización occidental.

" En el principio de los tiempos", nos explicó en la siguiente clase el padre Plácido como si subrepticamente quisiese aventar la confusión que los sermones recibidos en secreto pudiesen haber sembrado en nuestras conciencias, "antes, mucho antes de que ninguno de vosotros hubiese venido a este mundo, hubo una rebelión de los Hijos. Querían ser como el Padre, destronarle, ocupar su lugar. Y de ese modo el Padre se vio obligado a presentar batalla, a hacer frente a sus Hijos en una guerra que duró millones de años, siglos y siglos, tan cruenta y sin cuartel que estremeció la tierra y los océanos, las más lejanas estrellas y los más tenebrosos abismos, que sacudió hasta el último rincón del universo. Cuando el Padre venció estaba tan cansado de luchar que había tomado ya la determinación de exiliar a los rebeldes en las tinieblas del infierno y reinar solo, en la más absoluta soledad, a salvo de ingratitudes y traiciones, toda la eternidad del futuro. Pero no fue capaz de hacerlo porque aún quedaban a su diestra un puñado de angelitos huérfanos (aquellos que habían sido demasiado pequeños para participar en la rebelión de sus hermanos mayores) y su inocencia conmovió tanto al Padre que terminó por adoptarlos a todos y, en su infinita misericordia, quiso ofrecerles una última oportunidad de salvación y fundó para ellos un nuevo Estado, un nuevo Régimen, un nuevo paraíso en la tierra "- Hubo aquí una pequeña pausa mientras nuestro profesor cerraba el libro de Historia Sagrada y evaluaba con la vista el grado de discernimiento de sus alumnos - " ¿ Lo habéis entendido, hijos míos ? Es muy fácil: quiere decir que como la envidia es el

más común de los pecados capitales no debe extrañarnos que esos mismos rebeldes, los espíritus malignos, intenten infiltrarse constantemente por las fronteras de nuestro paraíso para tentaros a vosotros con los mismos errores por los que ellos ya fueron vencidos y condenados."

Debía de tener razón el padre Plácido cuando hablaba de la guerra lejana que había sacudido nuestro mundo, porque pronto se nos anunció a bombo y platillo que había llegado el momento de celebrar la paz, esa paz con la que el Padre de la Patria había bendecido al país entero desde hacía ya tantos y bienaventurados años y que sus incondicionales seguidores, aburridos de la inevitable monotonía que toda pacificación prolongada termina por producir, se dispusieron a conmemorar por todo lo alto, obsequiándole con el más sonado de los homenajes. Y así, de un día para otro, las calles se cubrieron de farolillos y banderines, flores, guirnaldas y estandartes, y zumbaron las plazas con la música de las orquestas militares además de las voces entusiastas de los panegiristas adictos, pero sobre todo, las ciudades y pueblos se llenaron de carteles: cientos de miles, millones de carteles desde donde nos miraba el Padre de la Patria, más omnipresente que nunca.

Va de suyo que los grandes hombres sufren también la paradoja de sus propias contradicciones; justo lo que vinimos a comprobar el día en que, convocados por la voz perentoria de nuestro padre, formamos fila para la habitual inspección de higiene, y él nos pasó revista de uno en uno llevando de su mano una extraña criatura que encarnaba en sí misma todos los tabúes en los que nos había educado hasta entonces. Todavía firmes, escrutando con el rabillo del ojo la sorprendente novedad, dejó nuestro padre pasar un largo rato en silencio como si disfrutase con nuestra turbación. Por fin se detuvo delante de Ursus: "¿Qué pasa? ¿Es que estáis viendo un marciano? ¿No sabéis quién es?" "No estoy seguro", respondió Ursus que temía aún que todo aquello fuese una trampa ideológica de nuestro padre, "pero parece ser una hembra". "Es vuestra prima Astrid", anunció él sin la menor emoción en la voz, "haceos cargo de ella, va a quedarse algún tiempo a vivir con nosotros".

Puesto que nuestro padre carecía de parientes sanguíneos, Astrid sólo podía ser nuestra prima adoptiva por el lado de Nuestra Madre la Ausente, a quien ahora le descubríamos una hermana de la que no habíamos tenido nunca noticia, laguna nada extraña

por lo demás si tenemos en cuenta que la biografía de tía Fanny, además de azarosa, resultaba bastante poco edificante según los parámetros morales de mi padre. Joven audaz y emancipada (mujerona disipada y patética, la hubiese definido nuestro progenitor), tía Fanny se había negado desde muy pronto a compartir con sus vecinos de Cádiz las penalidades de la larga postguerra y, anteponiendo su egoísmo individual a los intereses colectivos, había emigrado a los Estados Unidos de América. Y por si no bastara con esa traición, había contraído matrimonio con un ciudadano americano con el que había tenido dos criaturas ignominiosamente concebidas en tierra extraña; y en el colmo del esnobismo, les había impuesto nombres ajenos a nuestra sagrada tradición (Astrid, a la primera, Berenice, a la pequeña). Y supongo que con la enumeración de todas estas sinrazones bastaría para justificar el que nuestro padre le hubiese retirado el saludo y jamás hablaba de tía Fanny (que también había modificado su propio nombre para que sonase más anglófilo) ni consintiese que la mencionasen en su presencia, a pesar de lo cuál, su acendrado sentido de la justicia (que le inclinaba a no cargar sobre unas espaldas inocentes las culpas de la madre) le arrastró en un momento de debilidad a invitar a la mayor de sus sobrinas a pasar unas vacaciones en su casa, siendo de destacar, entre los posibles motivos que le impulsaron a esta acción, la amargura que le produjo conocer que la infeliz Astrid, que había pasado ya con creces la edad de recibir la primera comunión, permanecía sin cristianar en tierra infiel, hecha una absoluta pagana.

Los errores se pagan y en el caso de nuestra prima mi padre empezó a pagarlos muy pronto, precisamente ese día memorable en el que, como broche de oro de los festejos oficiales, se celebraba la gran concentración de adhesión al Régimen. Ya habíamos pasado por la ducha y bajo el peine con el que Soledad intentaba inútilmente aplacar nuestros rebeldes remolinos, habíamos sufrido revisión de uñas, mocos y legañas, vestíamos los pantalones de franela y los jerseys de pico y las corbatas con elástico de goma, sosteníamos en las manos los banderines con el escudo del Padre de la Patria que nos habían regalado en el colegio y, justo cuando nos disponíamos a salir acompañándole, perfectamente endomingados, comprobamos que Astrid seguía vestida de diario y que se negaba a asistir al acto patriótico. "Será aburrido", dijo con su medio acento extranjero, "y hará calor, así que si no te importa, mi querido tío, prefiero quedarme en casa. En mi país no estamos acostumbrados a estas exhibiciones demagógicas". El silencio que siguió podía cortarse con el más afilado de los cuchillos, mientras todos los colores del arco-iris se sucedían en las

mejillas de nuestro padre, pero cuando por fin llegó al rojo y parecía a punto de estallar, Astrid volvió a interrumpirle: " Además, ese señor de los carteles no es mi padre. Mi padre es norteamericano y dice que esta es una nación atrasada y salvaje, incapaz de ser libre, y que los únicos espectáculos con los que sabéis disfrutar son las guerras civiles y la lidia masiva de disidentes y cuadrúpedos". Esta vez no pudimos comprobar como nuestro padre cambiaba de color porque cerramos todos los ojos al unísono, seguros de que Astrid iba a ser fulminada por un rayo como castigo a su blasfemia y que la cólera paterna iba a desintegrar a aquella prima revoltosa con la que ni siquiera habíamos tenido tiempo de intimar; y al abrirlos, pareció haber sido así por un momento porque ella ya no estaba entre nosotros, pero en realidad lo que había sucedido es que se había marchado tan tranquila a jugar sola en el cuarto de las muchachas, dando por terminada la conversación.

Ella se lo perdió de todas formas, porque ese día el Padre de la Patria estuvo soberbio, espectacular, apoteósico, bañado en el clamor de la enfervorecida multitud que jaleaba cada una de sus frases, que había acudido de todos los rincones del país en autobuses y trenes especiales hasta abarrotar la enorme plaza, por no perderse el espectáculo de verle salir al balcón del palacio vestido con su uniforme de gala de Gran Mariscal Universal, investido de sus divinos atributos de Generalísimo de la Tierra y los Cielos, enarbolando el cetro y los laureles de Máximo y Absoluto Gobernador del Orbe, bien ceñida la casaca guerrera que parecía brillar como un firmamento debido a tantas condecoraciones y medallas como se había concedido a sí mismo a lo largo de su interminable mandato y cuyo peso parecía a punto de derribarle, de tumbarle en el suelo porque, como ya quedó dicho antes, el Padre de la Patria era de físico más bien rechoncho y frágil y de estatura pequeña (que además, dado que era ya bastante mayor, tendía a encoger progresivamente), inconvenientes físicos que no sólo no disminuían su grandeza sino que acentuaban los restantes méritos de su carácter. Y después de aplaudir y gritar y saludar mil veces su solemne presencia en el balcón, nos quedamos todos en silencio en espera de sus primeras palabras, del primer sonido de su voz, y eso que ya sabíamos que la voz constituía otro de los puntos flacos del Padre de la Patria porque era de timbre más bien agudo y débil, incapaz de transmitir las vibraciones de la épica ni el vigor de las exhortaciones militares, pero así y todo esa tarde llegó a estar tan sublime que hasta nos olvidamos del sonido para vibrar más bien con el significado de sus palabras, pese a que su discurso fue el mismo de siempre puesto que el Padre de la Patria sólo creía en

unas cuantas verdades inmutables y las repetía una y otra vez porque, por lo demás, sabía muy bien que el mundo exterior, tan aparentemente vertiginoso, tampoco cambiaba sino que seguía anclado en los mismos errores teológicos y políticos y continuaban odiándonos con la misma saña con que habían combatido en el pasado nuestro imperio y nuestra religión. La vida seguía igual, pues, fuera y dentro, y nosotros, sus queridísimos hijos, habríamos de seguir defendiendo con el mismo tesón las peculiaridades de nuestra idiosincrasia, sin bajar la guardia frente a un enemigo que no dudaría en recurrir a los más viles manejos para pervertir la inocencia de nuestra juventud bajo el señuelo del materialismo ateo o recurriendo a modas y diversiones foráneas corruptoras de la moral y hasta, era casi para morir de risa sino fuese un peligro cierto, viniendo a darnos lecciones a nosotros sobre el modo en que debíamos ejercer la absurda libertad de renegar de nuestras sagradas convicciones para llegar a ser tan masones y herejes como lo eran ellos (aquí entendimos todos que estas dos últimas banderillas iban directamente dirigidas a la dura cerviz de nuestra prima norteamericana)

" ! Padre, Padre, Padre ! ", rugía y rugía la multitud (porque era una creencia popular que la simple invocación de su nombre tenía virtudes taumatórgicas) y nosotros rugimos también en ese coro ensordecedor de la mano de nuestro padre en la plaza, vitoreando a nuestro padre que nos despedía desde el balcón y si esa situación pudiera parecer inverosímil para ojos extraños, un curioso fenómeno de desdoblamiento de personalidad, no lo era entonces para nosotros porque sabíamos que los dones de ubicuidad y omnipresencia de que hacía gala la institución paterna eran, como todo lo que concernía a su naturaleza sobrenatural, una cuestión de fe, y que la fe era una gracia del Padre que no se conquistaba con la razón, sino a base de mucha oración y sacrificio. Y volviendo a la plaza, nadie puede negar que aquella tarde fue la más grande, la que marcó el cénit del poder del Padre de la Patria, esa cima de la que ya no se podía sino descender más deprisa o más lentamente (una idea que entonces nos hubiera parecido un sacrilegio), siendo así que hasta la desafecta prensa extranjera tuvo que reconocer el éxito de la convocatoria, cuya repercusión popular podía medirse basándose en las escuetas estadísticas que contabilizaron el medio millar de casos de histeria que tuvieron que atender los servicios médicos, la veintena de infartos y lipotimias y el dato definitivo de que, aunque las fuerzas de Orden Público se vieron obligadas a realizar más de un centenar de detenciones, todas ellas fueron entre carteristas, pícaros y truhanes que pretendían aprovecharse de las aglomeraciones humanas ya que ni un

solo enemigo de la patria se atrevió a oscurecer con su presencia los brillos y los fastos de aquel día glorioso.

Nosotros tampoco sabíamos qué hacer con ella y como disponíamos entonces de todo el tiempo del mundo dado que estábamos en período de vacaciones escolares, la presencia de Astrid se volvió doblemente incómoda: no porque dejásemos de mostrarnos hospitalarios y amables, tal y como se nos había ordenado, sino porque no nos resultaba nada fácil encontrar qué papel podía representar una niña en el ambiente cuartelero de nuestra Fraternidad. Astrid tenía la edad de Primo, apenas dos años más que yo, y en lo que se refiere a las partes visibles de su anatomía (de las demás, como es lógico, nada nos correspondía saber), era de cuerpo alto, flaco y desgarrado y lucía el pelo negro cortado a lo garçon, precisamente en una época en la que en nuestro país se consideraba mucho más adecuado para las niñas llevar el pelo largo.

Por razones de primogenitura le correspondía a Primo llevar el peso principal de atender a nuestra invitada, carga pesada, la verdad, porque Astrid se las traía, y en lugar de agradecer sus atenciones no perdía ocasión de criticar todo lo que hasta entonces habíamos considerado valioso: encontraba superflua la estricta disciplina a la que nos tenía sometidos Primo y despreciaba esa absurda costumbre de formar filas y marcar el paso marcialmente con la que iniciábamos nuestros juegos en los solares. No podía comprender el tipo de enseñanza que recibíamos en nuestro prestigioso colegio, ella que en su país asistía a una escuela laica y mixta (palabreja que, cuando pudimos entenderla, venía a significar el horror de soportar la presencia de las chicas no sólo durante las vacaciones, sino todo el resto del año), una escuela en donde no había obligación de escuchar himnos ni rezar oraciones cada mañana, ni se aplicaban castigos corporales, ni se perdía el tiempo en templar gaitas sobre la naturaleza sobrenatural del padre, ni en instruir a los alumnos en su temor, sino que se estudiaban sólo materias útiles y científicas. Y como también se burlaba de Ursus, a quien comenzó a llamar la Masa por su completa falta de cerebro y como solía tomar siempre partido por los hermanos más pequeños, boicoteando nuestro orden jerárquico, y como le respondía alegremente a nuestro padre incluso cuando no tenía permiso para hablar, y cometía sin tregua tantas otras originalidades y extravagancias sin límites, todos,

absolutamente todos llegamos a la conclusión de que aquella prima que nos había salido como un grano del extranjero era de una repelencia incurable.

Por aquel entonces estrenaron en nuestra ciudad una nueva película de Walt Disney que esta vez, lejos de contener las habituales fantasías almibaradas, planteaba un argumento completamente naturalista, que parecía extraído de la vida misma, de nuestra propia vida: trataba la película de un grupo de muchachos que habían formado su correspondiente sociedad secreta y vivían salvajamente en una isla libres de padres tutelares de ningún padre y al frente de estos niños abandonados había otro muchacho maravilloso que iba siempre vestido de verde, tenía las orejas en punta como Alien y que además podía volar (esto último no resultaba muy realista, pero le daba más atractivo al film) y que era quien organizaba los juegos y dirigía los ataques contra el campamento indio o el barco de los feroces piratas y, en fin, que aquella vida que llevaban los niños era estupenda y divertidísima y transcurría de lo más tranquila hasta que, de pronto, por un absurdo capricho del orejudo niño volador, vino a entrar en su mundo el personaje que habría de traer la desgracia y a ocasionar la destrucción del paraíso que disfrutaban: una chica, cursi y sabelotodo, que respondía al nombre de Wendy.

" ! Es un anacronismo, una injusticia, un atropello intolerable!", gritaba Astrid en la misma boca de la cueva - esa misma que había sido de Dionisio y que, en ausencia de su extraviado propietario, habíamos tomado bajo custodia y convertido en sancta sanctorum de nuestra Fraternidad- pero gritara lo que gritara sus palabras se estrellaban como contra una pared contra la mole inmensa de La Masa, que parecía dispuesto a soportar todo tipo de injurias pero tenía ordenes estrictas de no ceder: " Lo siento, son las normas, no se admiten extraños". " ! Normas humillantes, normas discriminatorias, normas cobardes! ¿ Quién ha impuesto esas normas? ! Qué salga por lo menos a dar la cara!" (Dentro de la cueva, sentados en círculo tal y como disponían los estatutos, espéramos la venia de nuestro hermano mayor para declarar solemnemente inaugurada una asamblea ordinaria de la Fraternidad. Pero con aquel griterío del exterior no había manera) " ! Salid muchachitos, no os escondáis como ratas miserables, como cavernícolas, como asquerosos reaccionarios!" (La Masa asomó la cabeza y en su expresión pudimos leer que no se sentía capaz de contenerla mucho más tiempo) Ante lo insostenible de la situación, Primo tuvo que levantarse: " Salgo un

momento", dijo, " será nada más que un minuto, esperadme aquí" (orden de imposible cumplimiento porque sabía muy bien que nosotros no íbamos a quedarnos esperando en el interior mientras fuera comenzaba a desarrollarse un duelo que intuíamos memorable, así que nos agolpamos detrás de él, en la misma entrada, para escuchar las primeras palabras de nuestro líder) " ¿ A qué viene tanto escándalo?", le espetó una vez frente a frente, " Esto es un club privado y, tal y como te ha explicado Ursus, sólo los socios pueden entrar en él". Pero Astrid no se dejó intimidar. " Muy bien, ¿ cuáles son los requisitos? Yo también quiero inscribirme en este club". " No es posible", replicó Primo. " ¿ Por qué no?", desafió Astrid. " Porque tú eres distinta, porque tú no eres como nosotros, por eso no puedes". " Okey, okey", ironizó nuestra prima, " sabía que íbamos a acabar con esto. ¿ Y puedes tener la bondad de decirme cuál es esa diferencia tan grande que no me permite entrar en esa covacha?" . " Que eres una chica", dijo Primo (como parte del público, aquella tarde, he de decir que, en ese punto, el debate parecía destinado a concluir de la forma más tópica porque para llegar a aquel final previsible no resultaban necesarios tantos rodeos. Quizás es que Primo había querido lucirse en la faena, pero no supo medir bien la capacidad de Astrid que, lejos de rendirse a la evidencia, contraatacó con un golpe bajo) " Así que soy una chica, muy bien, de acuerdo, pero esa no es más que una palabra y lo importante es saber lo que realmente define el concepto: ¿ qué es, según vuestro criterio, ser una chica? ¿En qué consiste, en qué me diferencio de cualquiera de vosotros, de alguien, pongamos un ejemplo, tan engreído como tú?" (Nuestro campeón se sonrojó violentamente más por ignorancia que por pudor y eso permitió que ella se adelantase a continuar) " ¿ Acaso en las distintas capacidades? Yo corro como el que más, sé subirme a los árboles, saltar las tapias más altas, puedo caminar sobre las manos y hacer volteretas laterales y hasta podría vencerte en cualquier pelea si no anduviese siempre por en medio esa Masa descerebrada que te protege como un perro a su amo" (Aquí, asombro, estupefacción de todos: nosotros que miramos a Ursus ansiosos de observar su reacción, Ursus que mira a Primo, Primo que sigue sin saber qué decir y entonces es cuando Astrid, dirigiéndose a la asamblea, mirándonos de uno en uno, olvidada de nuestro hermano mayor como si ya no mereciese la pena prestar más atención a aquel penoso contrincante, se alzó, de forma inesperada, con la victoria definitiva) " Así que queda claro que en todas esas cosas somos prácticamente iguales, y sin embargo, ¿ de verdad queréis conocer, mis ignorantes y subdesarrollados primos ", dijo con una sonrisa seductora que nunca antes le habíamos visto, " ¿ queréis conocer de verdad en qué se diferencia un chico de una chica?"

Y sucedió, tal y como había pasado en la película, que la situación dio entonces un completo vuelco sobre sí misma y el mundo pareció volverse del revés y todo ello en cuestión de unos pocos minutos, porque, casi sin saber cómo, todos nosotros pasamos a agolparnos en el exterior de la cueva mientras Astrid ocupaba en solitario ese recinto exclusivo cuyo acceso tan rotundamente habíamos intentado vedarle. Y aunque Ursus continuaba vigilando la entrada con la misma inflexibilidad de siempre, ahora su nueva misión consistía en mantenernos en orden y vigilar que ninguno de los clientes se propasase en los tiempos y condiciones pactados con nuestra prima, para que de este modo (iniciándonos en sus misterios de uno en uno y de una forma gradual) tuviésemos todos la oportunidad de experimentar por primera vez esa fuerza poderosísima destinada a guiar nuestros actos en el futuro, una ley inexorable de la física contra la que poco podrían oponer la autoridad y la disciplina (como empezó por comprobar nuestro devaluado primogénito, que hasta vio discutido su derecho ancestral de situarse en la cabeza de la fila), una nueva faceta de la condición humana que nos hizo sentirnos repentinamente vergonzosos y reservados (hasta el punto de que ninguno de los hermanos habló nunca con los demás del contenido de aquella experiencia iniciática). Y si he de contar lo que yo ví, ahora que ha pasado tanto tiempo, cuando llegó mi turno, en el interior de la cueva (en el mismo lugar, sobre los mismos cartones que había ido reuniendo Dionisio durante su loca vida de ermitaño, y donde yacía ahora aquel cuerpo inocente en una actitud bastante poco edificante, con la falda levantada hasta la cintura y las braguitas caídas sobre los tobillos), y si alguno de vosotros, mis hermanos, conserva aún la capacidad de recordar tan trascendentales hechos, le pido que confiese si es que sintió la misma decepción que yo sentí, el mismo terrible desengaño al comprobar que, hubiese sido cuál hubiese sido esa esencial diferencia que distinguía a mi prima y al conjunto de su género del nuestro, allí no había ya nada que ver, que una vez más Astrid se había burlado de nosotros y que de aquel misterio insondable que había prometido desvelarnos no quedaba más rastro entre sus piernas que el de una herida antigua, limpia y perfectamente cicatrizada.

Pasaron las vacaciones y también se fue Astrid, regresó a su excéntrica nación, de cuyo peregrino " way of life" había intentado vanamente contaminarnos, mientras nosotros retornábamos, como si nada hubiera pasado, a nuestras acendradas tradiciones: Primo

reasumió el mando, cada uno de los miembros de la Fraternidad ocupó su lugar en la fila, que era como decir su lugar en el mundo (un mundo en el que, como en nuestro colegio o en nuestra casa, había quedado claro que no podían tener cabida las niñas) y todo alrededor fue poco a poco recuperando la normalidad, nuestro querido viejo orden, esa edad inocente y feliz que, entonces, todavía, parecía destinada a durar para siempre.

ANGUSTIAS, EXORCISMOS, AULLIDOS

Si ya éramos todos de distinta madre pronto las diferencias comenzaron a agudizarse, especialmente en los hermanos mayores, porque sin previo aviso, de un día para otro, nuestros cuerpos vinieron a emprender una loca carrera cuya meta consistía en desprenderse lo antes posible de cualquier vestigio de gracia infantil, una siniestra competición hacia la fealdad en la que no había mañana en que nuestros cuerpos no amaneciesen deformados con alguna desagradable sorpresa germinada durante la noche: estiramientos de los huesos y músculos, deformaciones en el tórax y las caderas, cambios de voz y todo tipo de proliferaciones repulsivas: pilosidades, espinillas y granos, forúnculos, verrugas... Se trataba, claro es, de la adolescencia, esa fase de metamorfosis común a tantas otras especies animales y que en nuestro caso, convertidos ya en repugnantes larvas, vino a coincidir con el descubrimiento de la más deslumbrante de las mariposas que por aquel entonces entró a servir en nuestra casa como auxiliar de Soledad, misteriosamente indultada por nuestro padre pese a que ya empezaba a padecer los achaques de su edad avanzada, en el cuidado de nuestra tribu. No tendría más de diecisiete o dieciocho años y, por una de esas advocaciones del nombre de Nuestra Madre a las que tan aficionados éramos en nuestro país, había sido bautizada como Angustias. Angustias, pero sobre todo el cuerpo de Angustias, vino a despertar en nosotros un interés inesperado, como jamás pensamos que iba a poder causarlo ninguna chica, tanto que, desde que llegó, Primo, la Masa y yo mismo abandonamos toda otra ocupación que no fuera espiar, admirar, adorar, idolatrar, cantar, ensalzar, describirnoslo mutuamente, soñar con ese cuerpo, de cuyas maravillas no llegábamos nunca a fatigarnos gracias al auxilio de una

calenturienta imaginación que también formaba parte de nuestro proceso de cambios fisiológicos. Y aunque la naturaleza no hubiese aún terminado de bendecirnos con los dones precisos para convertir lo imaginado en realidad no por eso dejábamos de estar siempre pendientes de ella, lo que originaba las protestas de nuestros hermanos menores, extrañados de nuestro abandono de las actividades al aire libre (que ya no tenían, por otra parte, en donde realizarse porque en medio de tantas transformaciones también los descampados habían desaparecido ocultos bajo nuevas y más altas vallas con las cuales mucho tenía que ver nuestro padre que - quizás con la sana intención de retirarnos de nuestra anterior vida salvaje- había emprendido a costa de nuestros territorios de juego una fructífera carrera de inversor inmobiliario), pero sobre todo, de lo que se quedaban más perplejos los pequeños era de la diligencia con que nos ofrecíamos voluntarios para acompañar a la muchacha a cuanto recado fuese necesario realizar, llegando incluso a agarrarnos de su mano para cruzar las calles, buscando su protección a la menor zozobra con un candor y una inocencia increíbles (puesto que alguno de nosotros además de tener las piernas demasiado velludas para continuar vistiendo pantalón corto, le sacaba a la chica más de media cabeza)

Pero ya va siendo hora de desvelar que fui yo finalmente quien resultó elegido por la dama, y no por otros méritos (puesto que ha quedado dicho que todos éramos igual de feos y desgarbados, aunque Ursus padecía entonces una antiestética erupción de espinillas y Primo una grasienta seborrea capilar) que por la revelación repentina de mis aptitudes poéticas:

" ¿ Qué espera a las mujeres en la vida?

Agonías.

¿ Qué han de encontrar los hombres en su busca?

Angustias.

Pues si Agonías y Angustias vienen juntas

formen también pareja de esta suerte

mientras llega la hora de la muerte"

Fue a cambio de este poema, que le recité temblorosamente mientras planchaba en la cocina, como obtuve la recompensa de que ella me ofreciera una primera visión de su pecho izquierdo. Sucedió así, sin aviso, con un automatismo fulgurante, como si mi poesía hubiese

activado algún secreto mecanismo de su sexualidad que empujase sus dedos a desabotonar el sujetador; pero además de su hipersensibilidad lírica lo que vino a descubrirme la respuesta de Angustias fue que, en contra de lo que pudiera pregonar su alegre envoltura carnal, padecía en su interior una exacerbada tendencia a lo morboso, estaba obsesionada por la fugacidad de la existencia humana y sólo se excitaba con el recurso de un barroquismo fúnebre que incluía las postrimerías más estremecedoras.

" Carne corrompida, corrompidos huesos
calaveras mondas, mondos esqueletos"

(Cada noche, después de la cena, mientras todos veían la televisión en la sala, incluidos mi padre y Soledad, yo acompañaba a Angustias en el trabajo de fregar la vajilla, y así iba encendiendo sus oscuras pasiones con mis versos)

" sin sangre en las venas, mármol ya su tacto,
yerta, macilenta, pálida, sin palpito"

(y después del izquierdo, ella abría su sostén para mostrarme el pecho derecho y que así comprobase su sorprendente similitud con el primero, esa coincidencia anatómica que incluía además el mismo tacto suave y mullido, la misma cima oscura y puntiaguda que coronaba el vértice de los dos hemisferios)

" entre ardientes velas, negro catafalco
envuelta en la tela blanca del sudario"

(ya fuera el delantal, ya la bata completamente desabotonada, dejando que mis dedos se deslizasen por su piel mientras ella comenzaba a gemir y a suspirar, cada vez más rítmica, más desafortadamente)

" bajando al sepulcro, ya en el camposanto
donde los difuntos penan sin descanso"

(era en ese momento, cuando yo me veía obligado a decidir entre el peligro de que sus gritos pudiesen alertar a la familia en el salón, o bien, si intentaba tapar su boca para silenciarla, que ella me dejase en los dedos la marca dolorosa de sus dientes)

" ! venid a la mesa, al festín humano
manjares fugaces, pasto de gusanos!"

¿De dónde me venía ese talento literario ? Además del estímulo que suponía continuar mi exploración de las vetas escondidas en el cuerpo de Angustias, supongo que yo también tenía en mi cercana infancia manantiales privados en los que buscar inspiración: en las evocaciones nocturnas de Nuestra Madre Ida, a cuya muerte nos había obligado nuestro padre a dedicar tantas plegarias, pero sobre todo aquel juego que había inventado Primo para hacernos temblar a los demás hermanos con sus apariciones de ultratumba (Y que ahora le haría temblar de envidia a él si llegase tan sólo a sospechar, pero yo me guardé muy mucho de informarle, la utilidad que me reportaba). Disponía pues de mis propias fuentes necrofilicas en las que beber, con las que urdir esas escenas que precisaba Angustias para excitarse y así iba a respondiendo a sus necesidades poéticas (que lejos de llegar a la saciedad exigían cada vez mayor tremendismo) y obtenía a cambio posibilidades de descubrir nuevos rincones de su piel (o de volver sobre los conocidos, porque en esos clandestinos encuentros frente al fregadero, nunca aceptó, ni a cambio de los versos más inspirados, dejarme ver lo que se ocultaba debajo de sus bragas) Los antecedentes de Angustias, por su parte, había que buscarlos en el imaginario femenino de la época: esas vigiliadas adolescentes en la capilla del colegio de monjas a solas con la imagen de un hombre desnudo, siempre bello como un adonis pero paradójicamente contraído por el dolor, a punto siempre de morirse, el culto de las mártires y las vírgenes sacrificadas al borde mismo del ultraje, el ansia de las llagas y estigmas, de los sangrantes corazones, los anhelos de autoinmolación, las interminables letanías de misterios a cuál más doloroso, venían a complicar tanto la sexualidad de las muchachas, fuese cual fuese su condición social, que el simple placer físico terminaba por ser insuficiente para satisfacerlas. Y para atender esos sofisticados deseos me había elegido Angustias a mí, hecho todavía un niño, pero entregado ya de lleno a esa extraña tarea de extraer de cualquier situación cuanto de lúgubre pudiese yo aportar a sus fantasías: especializándome en espiritismo, posesiones diabólicas y todas las variantes del género,

aprovechando esos breves y clandestinos encuentros en la cocina (que tanto le debían a su vez a la irresistible atracción que la televisión comenzaba a ejercer como núcleo aglutinador de mi familia) para cambiar esas depresivas imágenes, como quien cambia cromos, por esas otras visiones deslumbrantes que me ofrecía el cuerpo, ya rotundo, de mi inspiradora.

"Angel cadavérico, difunto inocente / duérmete que viene la Errabunda a verte/ duérmete, mi niño, que no te despierte ..." Pero esta vez Angustias, lejos de dejarse acunar por mis palabras, de desabotonar su bata y comenzar a suspirar y a encenderse en mis brazos, me apartó de golpe y me miró con desaprobación. " No me has entendido, Agonías, estoy hablando en serio, no te estoy pidiendo otra poesía... Lo que yo quiero es tener un hijo, un hijo tuyo, un niño de verdad ". Y bien mirado, una vez reflexioné sobre ese último capricho la cosa no me pareció tan disparatada: ella tenía derecho, desde luego, se merecía ese hijo como se había merecido hasta entonces todos sus otros fúnebres antojos, ella, sobre cuya desgraciada vida, sobre cuya historia personal, yo no había querido detenerme a reflexionar hasta ese momento, enceguecido como estaba por mi propio egoísmo: huérfana también, fugitiva de la misma miseria (de ese lado oscuro y tercermundista de la historia de nuestro país que el Padre de la Patria no había conseguido erradicar todavía de las estadísticas pese a sus esfuerzos mistificadores) había llegado a nuestra casa para servir, para atender a unos muchachos que no tenían más títulos ni derecho a la felicidad que los que hubiese podido tener ella misma. Y de todo este drama, lejos de extraer rencores, envidias o resentimientos de clase, todo lo que había guardado Angustias eran unas inofensivas fantasías eróticas, además de una inmensa generosidad de la que cada día me daba nuevas pruebas. Le dije, pues, que podía tener ese niño, que bendecía y aprobaba su iniciativa, en la esperanza de que, de alcanzar la fortuna de nacer varón, podía llegar también a ser adoptado por mi padre y a vivir con la holgura y seguridad de todos nosotros. Sin embargo, según pude entender, no bastaba con desearlo y el asunto requería de otros apoyos que los meramente morales: tendría que colaborar con ella para cumplimentar cierto ceremonial imprescindible para la reproducción humana, unos ritos que exigían el máximo secreto y discreción, además de una intimidad mucho mayor que la que habían exigido nuestros escauceos anteriores.

El momento llegó. Soledad pasaría esa noche fuera de casa porque había ido a visitar a un familiar y yo crucé el pasillo con los pies descalzos a una hora lo suficientemente

intempestiva como para que mi padre y mis hermanos no se apercibiesen, empujé la puerta del dormitorio de servicio y estuve a punto de gritar cuando una sombra furtiva me atrapó por la espalda rozando su mano contra mi boca. " Chsst, despacio, desnúdate y entra en la cama". Ella entró por su lado y yo tuve que tantear a oscuras en la alcoba, tropezando con sillas y muebles: "¿No podríamos encender un momento la luz?", dije, " No", susurró Angustias, " estas cosas necesitan de la más absoluta oscuridad ". Así pues me deshice como pude del pijama, separé las sábanas y me introduje, como quien cruza de nuevo el umbral del paraíso, en aquel lecho maravilloso que había sido, tanto tiempo atrás, la puerta de entrada en mi propia familia. Tumbado boca arriba, casi en éxtasis, reflexioné por un momento en el insólito privilegio que suponía estar desnudo junto a Angustias - a quien no podía ver pero sí sentía respirar a pocos centímetros -, metido en la misma cama, solos los dos, ignorados por los demás habitantes de la casa. Pero yo había acudido allí a cumplir una misión y no a dejarme llevar por las exaltaciones de mi ánimo: " ¿ Y ahora?", dije, " ¿ qué hay que hacer ahora?" - La voz también le tembló levemente a Angustias mientras me indicaba los preliminares: - " Acércate más", dijo, " ven junto a mí" . Me acerqué al máximo y, dejándome llevar por la llamada del instinto, poseído de una repentina inspiración que no necesitaba de más instrucciones, puse mis labios sobre sus pechos, me agarré del primer pezón que encontré y comencé a succionarlo intensamente, de una manera rítmica, así como debían hacer los niños, como hubieran debido dejarme hacer a mí si no me hubiese abandonado mi madre en una inclusa y el pelargón no hubiese constituido el único alimento de mi lactancia. Porque allí estaba yo de nuevo, de vuelta en la habitación de las mujeres, colgado de un pecho de Angustias, sintiendo su carne contraerse y erizarse en mi boca, húmeda de deseo aunque no hubiera ya leche que mamar, transportado al séptimo cielo, acunado por los suspiros de placer de ella, chupa que chupa, dando vueltas sobre sus pezones hasta que no pudieron más mis mandíbulas ni mis labios y vine a derrumbarme a su lado con la satisfacción de haber cumplido con creces mi papel: " Ahí lo tienes", proclamé y ya iba a incorporarme para regresar prudentemente a mi cuarto una vez alcanzados nuestros objetivos reproductores cuando me retuvo su voz, pero sobre todo el punto de desencanto en su respuesta: " Así es como se crían los niños, no como se hacen. ¿ Estás seguro de estar ya en edad de hacerlo ? " Parecía decepcionada y, la verdad, aunque no sabía muy bien a qué se refería, yo también me sentí herido en mi amor propio: " ! Claro!", protesté, " pero tú eres la experta, tú eres la que sabe y si no me lo dices, ¿ cómo quieres que lo adivine ? ". " Es que

estas cosas no necesitan de explicaciones, tienen que salir naturalmente", dijo ella, " en realidad, basta con que empieces de nuevo a acariciarme ". " ¿ Acariciarte dónde ? ", pregunté yo, escamado. " Por todos lados, por todas partes, no hay límites en eso " respondió Angustias y entonces yo volví a acercarme y, esquivando sus pechos, puse mis manos en sus caderas para descubrir que, por primera vez en nuestra breve historia amorosa, ella estaba completamente en cueros. La novedad era desconcertante, pero las instrucciones habían sido tan precisas que dejé que mis dedos descendiesen esa frontera, que antes había juzgado infranqueable, de su ombligo, y fueran a enredarse en una densa mata de vello. " Bien ", pensé, " hasta aquí un descubrimiento previsible. Ella ya ha terminado de crecer, ya es una mujer y por eso se ha vuelto peluda, más o menos el proceso que comienzo a vivir yo mismo, ¿ pero tanto ? ". Más abajo, donde terminaba la maleza, mis exploraciones táctiles vinieron a confirmar algo que yo había vislumbrado varios años atrás, pero desde luego sin la menor esperanza de palparlo, entre las piernas de mi prima, porque entre las de Angustias se abría también la misma hendidura, la misma larga cicatriz que se adentraba por sus ingles - " ¿ También ? ¿ Qué significaba ese `también' ? ¿ Qué apéndice anatómico podía haber existido en ese lugar capaz de merecer tan cruel y extendida mutilación ? "-. Con suavidad, con la máxima delicadeza, deslicé una última vez mis dedos sobre los muñones y me dispuse a regresar hacia otras partes menos comprometidas de su cuerpo, esas con las que tanto había disfrutado yo en anteriores oportunidades, pero esta vez Angustias me retuvo la mano: " Abajo, tienes que concentrarte abajo. Es allí donde se hacen los niños ". De vuelta, pues, a la cicatriz, a la horrible secuela que yo había creído mucho más piadoso ignorar, mientras mis dedos volvían a recorrer sus bordes, descubriendo lo irregular de la superficie, el tacto que, inesperadamente, en vez de repulsivo resultaba bastante agradable. " Más ", susurró Angustias, " tienes que apretar más ". Y al apretar iba cediendo la carne y mi dedo se hundía en esa blandura, casi se deslizaba de un lugar a otro, porque comenzaba a estar resbaladizo, como un empedrado, como una calle mojada por la lluvia... " Más, más hondo ", insistía ella, y era curioso porque en verdad mi dedo entraba más profundamente y cada vez se iba mojando más, como si descendiese a un pozo, y es que aquella herida había sido suturada de un forma realmente singular y permitía que uno se descolgase por sus comisuras, que se abriese camino a su interior - tanto que, sin darme cuenta, pronto tuve dos dedos completamente dentro y la mano empapada mientras Angustias comenzaba a gemir y yo supuse que era porque le hacía daño, porque le estaba hurgando en las entrañas sin piedad, y aunque ella gemía más fuerte,

yo no era capaz de dejar de empujar porque en realidad no me importaba que le doliera, porque estaba disfrutando a conciencia mientras Angustias apretaba mi mano entre sus muslos para que no dejase de herirla, para gemir más todavía y disfrutar ella también de su dolor - " Más", insistía , " más, más" y su voz se había vuelto ronca y desgarrada como si ya no le importase que alguien pudiera despertarse con sus gritos y la situación empezaba a volverse peligrosa, de manera que yo le perdí el gusto al juego porque esta vez las rarezas de Angustias excedían toda medida, y una cosa era que fuese aficionada a escuchar poemas macabros y otra el modo en que me pedía que le hiciese más y más daño, tan salvajemente. Retiré, pues, la mano con un supremo esfuerzo de voluntad, la liberé de la prisión de sus muslos y busqué a tientas la luz de la mesilla. " Sigue, sigue, no te detengas", gemía ella sin darse cuenta de mi deserción, como si me hablase desde un mundo ajeno. Y entonces se iluminó la escena y vi por primera vez su rostro virginal de muchacha deformado por la excitación y su adorable cuerpo que estaba todo húmedo y sudado y todavía se retorció como la cola desgajada de una lagartija y el lío de sábanas y ropa, y no pude ver más porque al mirar mis dedos pegajosos, sucios, distinguí el color de ese líquido que yo había hecho manar de su cuerpo, que había brotado de esa antigua herida ahora abierta de nuevo, convertida en prueba irrefutable del crimen que acababa de cometer. Huí despavorido, desnudo, olvidando mi pijama en el cuarto, sin atreverme a mirar atrás. Lavé cien veces mi mano en el lavabo hasta borrar cualquier resto de sangre. Ya en mi propia cama, no logré dormir. Por lo que se refiere a Angustias supongo que ella también tuvo que lavarse, pero no creo que sacase del hecho de que se le hubiese anticipado el período los mismos ominosos sentimientos de culpa que a mí me acompañaron durante varios meses.

Más o menos el tiempo que vino a transcurrir hasta que los asesores de imagen del Padre de la Patria, conscientes de la mala idem exterior que ocasionaba a nuestro país la abismal ignorancia de sus súbditos en ciertas cuestiones íntimas que eran lugar común más allá de nuestras fronteras, le aconsejaron una urgente modernización política que incluiría, como primera medida, impartir unos cursillos básicos de educación sexual en nuestros centros escolares. Y como lo delicado de las materias requería a todas luces un personal docente especialmente cualificado, nuestros siempre entusiastas profesores se presentaron voluntarios.

Al padre Plácido le perdió el haber puesto un énfasis excesivo en los aspectos más escabrosos de la unión mística; el padre Benigno fue eliminado porque su propuesta de educar sexualmente a los alumnos con una combinación de duchas frías y dosis de bromuro era una mala copia de otros métodos que, ya ensayados en la inmediata posguerra, nunca obtuvieron buenos resultados; cuestión aparte mereció el finalista, nuestro buen padre Justo, porque, aunque el tribunal elogió por unanimidad su proyecto docente (en el que, a partir de la vieja máxima escolástica que aconsejaba entrar de consuno la letra y la sangre en las entendederas de los alumnos, desarrollaba hasta el detalle toda una graduación de castigos físicos que se correspondían con una no menos prolija enumeración de faltas y delitos contra la pureza), y aunque secretamente todos los patriotas del tribunal seleccionador no podían menos de coincidir con unos métodos como los que proponía el padre Justo, de tan acreditada raigambre en las tradiciones pedagógicas de nuestro país, sin embargo y por razones de simple coyuntura, se vieron obligados a desaconsejar su elección, ya que si toda aquella zarabanda se había organizado con el propósito de mejorar nuestra imagen internacional, no tenía mucho sentido entonces presentar al mundo unas estampas tan poco aptas para mentes mojigatas como las que lograba componer el padre Justo cuando, vara o regla en ristre, incluso a veces con sus simples y contundentes manos, administraba justicia académica. Y de este modo, más por pragmatismo que por convencimiento, terminó por quedar un solo candidato para impartir la educación sexual a los jóvenes: el padre Angélico, cuyas argucias retóricas, tan desprestigiadas en el pasado, parecían haberse convertido en el último argumento que nos quedaba para convencer al concierto de las naciones de la sinceridad de nuestras intenciones modernizadoras.

"! Adelante muchacho, toma posesión de esta humilde morada como si fuera tuya! ! Pónte cómodo, sin ceremonias ni cortesías! ! Quítate los zapatos si quieres, desabróchate ese último y molesto botón de la camisa, siéntete, siéntate como en casa!" (Una salutación que el padre Angélico, decidido a cumplir a conciencia su tarea, había extraído de un manual de psicología aplicada para estrategias de márketing y que consideraba mucho más apropiado para crear un clima de confianza que el tradicional besamanos litúrgico) " Con su permiso, reverendo padre" (Reverencia, además, cuyo aspecto resultaba esa tarde bastante estrafalario,

porque en lugar del hábito negro obligatorio que correspondía a su dignidad el padre Angélico vestía un simple jersey de colores chillones, unas zapatillas de deporte y unos pantalones vaqueros) " Padre, padre...Tst, tst..., preferiría que esta vez, aunque sólo fuese por hoy, me considerases más bien como un amigo, como un hermano, eso es, como un hermano mayor". (Demasiados, demasiados cambios, y no sólo porque quisiera instalarse, con un ejemplo tan desafortunado y odioso para mí, en la despótica jerarquía que ostentaba mi hermano Primo, sino, sobre todo, porque para intuir que allí había gato encerrado, bastaba con mirar la flamante decoración de la celda del padre Angélico de la que, con el fin de crear un ambiente más informal, había desaparecido el austero crucifijo de hierro, el aguamanil y el camastro, el breviario y su colección de disciplinas y cilicios, ahora sustituidos por dos confortables butacas, una mesita camera, papel pintado de flores en las paredes y, lo más increíble, hasta por un frigorífico portátil) " ¿ Un refresco, un zumo, una horchata? Comprenderás, chaval, que no estoy autorizado a servir bebidas alcohólicas a menores de edad". (De pie, sin atreverme a trasponer el umbral, todavía aturdido, yo seguía sin descifrar cuál podía ser la gravísima falta que tenía que haber cometido como para ser convocado a aquella entrevista en la celda del padre Angélico, y en horario lectivo además, cuando todos los otros alumnos asistían a clase) " Vamos, acércate", me animó de nuevo, " esto no es un examen, es sólo una conversación, una charla informal. Has llegado a un momento de tu vida en el que conviene hablar con franqueza de ciertas cosas, sin más rodeos, sin tapujos...¿ No te parece? ". " Sí, reverendo padre". " Dale que dale con las ceremonias...Pareces un disco rayado, en fin... Más vale empezar por el principio. Díme, hijo, ¿ sabes ya distinguir la virtud del pecado?" (Ahí estaba, de eso trataba la convocatoria urgente que me había llevado hasta allí, pero ¿ por qué no decía entonces de una maldita vez cuál era ese pecado en el que me habían descubierto? Y sin embargo, el padre Angélico no parecía tener la menor prisa, porque continuó disparándome cuestiones mientras me apuntaba con su dedo índice entre los ojos:) " ¿ Piensas que la naturaleza del mal es más bien intrínseca o extrínseca?, ¿ Quién resulta más potencialmente peligroso, un infiel, un comunista o un hereje?, ¿ En qué se diferencian los pecados contra la ley del Padre y los de traición a la Patria?, ¿ Puede negarse su despotismo sin negar su excelentísima providencia?, ¿ Por qué gracia y legitimidad nos gobierna el Padre?" " ¿ Y si todo viene de El, por qué hay quienes se afanan vanamente en solicitar intervenciones exteriores?", " ¿ Qué es entonces el diablo, un criminal, un renegado, un enemigo, un disidente ?", "¿Puede disentirse de la verdad? ¿Puede negarse la evidencia? ¿

Puede rechazarse la salvación que la misericordia del Padre ofrece a todos y cada uno de sus Hijos? !!! Respóndeme muchacho, en confianza, vamos!!!!" (Me bebí la coca-cola de un solo trago, pero ni aún así logré superar la sensación de mareo intenso que me provocaban las interrogaciones filosóficas del padre Angélico, más en plena forma que nunca. Limpié el sudor de mi frente con el dorso de la mano, me arrellané en el sillón y claudiqué por k.o. técnico) " No lo sé, reverendo padre, no tengo la menor idea de cómo responder a lo que vuestra reverencia me pregunta" (Estaba preparado para recibir un golpe, un insulto al menos, pero lo que no me esperaba es que el padre Angélico fuese a dirigirse hasta la nevera para ofrecerme una nueva botella de gaseosa) " ! Ni tienes por qué saberlo, muchacho, ni tienes por qué saberlo!" (Ahora el padre Angélico caminaba de un lado a otro de la habitación, poseído de un verdadero frenesí mental) " ! Dogmas, conceptos, filosofía, metafísica, elucubraciones, silogismos, apotegmas, sintagmas, paradigmas, teoremas, intuiciones, consignas, proclamas, manifiestos, oraciones, salmos, secretos, confidencias, principios, leyes, misterios, sentencias, controversias, aforismos, versículos, doctrinas, máximas !, ! Palabras, palabras, palabras! ¿ Qué podrías hacer tú con ellas, hijo mío? ! Extraviarte, caer en el error, confundirte aún más!" (La velocidad del padre Angélico comenzaba a acercarse tanto a la del sonido que su voz retumbaba como si rompiese la barrera sónica. Luego, sin disminuir su loca carrera, bajó súbitamente el tono) " No tomarás el nombre del Padre en vano; de acuerdo, bien, esto sí puede serte útil; no negarás su poder ni su Régimen; vale, vale; que un pecado es un atentado contra el plan del Padre, una manifestación de desorden cósmico, pura entropía maligna...Esto ya empieza a complicarse... ¿ Has leído a Teilhard de Chardin? No lo leas, muchacho, no lo leas, hay lecturas mucho más divertidas, más apropiadas para tu edad" (En ese momento el padre Angélico se detuvo en seco, apoyó sus brazos en mi sillón y me miró de hito en hito a la cara) " ¿ Porque tú, chaval, cuántos años dices que tienes exactamente? ". " Voy a cumplir catorce, reverendo padre".(Entonces el padre Angélico acercó su sillón, se sirvió un buen vaso de whisky y pareció relajarse completamente) " Esto lo cambia todo, hijo mío, esto lo cambia todo...A tí ya no puede hablársete con medias tintas, es inútil intentar ocultarte la verdad." (Después de un largo trago y un suspiro profundo, mi interlocutor se mostró aún más dispuesto a las confidencias) "... Porque para tí ya pasó la época de los complejos y los deseos sublimados, de los cuentos de hadas y las fantasías reprimidas en el inconsciente, de toda esa basura síquica ... Ahora ya estás en condiciones de realizar verdaderos pecados, grandes pecados, de

convertirte en un perfecto y abominable pecador... No sólo con la imaginación, porque tú puedes ya cometer actos impuros, acciones repugnantes, verdaderos delitos contra la moral y las buenas costumbres... Meter la mano, meter tu sucia mano y tocar allí donde no te llaman, donde no debes, hasta el mismo fondo, eso es... ¿ Qué me dices, compañero, qué dices a eso?" (Esta vez sí, esta vez sí habíamos llegado al verdadero motivo de la entrevista, a la razón de todas las molestias que se había tomado el padre Angélico, incluidos los cambios decorativos, incluida toda su apabullante oratoria, las coca-colas que me había ofrecido, ese largo preámbulo que sólo tenía como objetivo hacerme confesar mi inmundo crimen) " ¿ Lo has hecho, hijo mío, lo has hecho? En el nombre del Padre te conjuro a que confieses tus más ocultos pecados ", me amonestó solemnemente el padre Angélico, y entonces, incapaz de fingir, fue cuando caí de rodillas, me tapé los ojos para hurtarme a la reprobación de su santa mirada y derramé a los pies de mi confesor las más gruesas y desconsoladas lágrimas: " Lo hice, reverendo padre, lo hice, confieso que lo hice" (y de verdad estaba arrepentido y estaba dispuesto a hacer propósito de contricción y de la enmienda y a soportar la más cruel y despiadada penitencia que me impusiera el padre Angélico pero lo que no me esperaba fue tener que ver cómo se servía más hielo en el vaso, un nuevo chorro de licor y cómo me observaba detenidamente con los labios fruncidos por una inédita sonrisa, a medias irónica, a medias cómplice) " Vamos, amigo, dejémonos de psicodramas, si hay algo que odio de los extraviados protestantes es ese regodeo en los actos de contricción pública, esas confesiones carismáticas...! En el nombre del Padre, un poco de pudor ! Lo has hecho, lo has hecho..., ¿ y qué? ! Levántate, hijo mío, y deja de gemir como un miserable! ! Ya pasaron los tiempos de la inquisición, de la ignorancia, de la superstición religiosa! ! Ahora cada uno puede elegir, ya somos mayorcitos para distinguir el bien del mal, para asumir las consecuencias de nuestros actos!"

Me levanté ligero como un ángel, volví a sentarme en el sillón mientras me enjugaba las últimas lágrimas con la manga de mi camisa y respiré bien hondo hasta recuperar el control de mí mismo. Todavía no lograba creerme esa generosa absolución que me había liberado del lastre en mi conciencia, que la había salvado de la desesperación del pecado gracias a un padre Angélico mucho más comprensivo e indulgente de lo que nunca hubiera llegado a imaginar (que por cierto continuaba sonriéndome con una extrema cordialidad) " Y bien, jovencito, ha llegado la hora de acabar con ciertos tabúes, ciertas inhibiciones

impropias de la camaradería masculina...porque ahora somos compañeros, ¿ no?". " Sí, reverendo padre" (Yo mismo comprendía que estaba ya fuera de lugar aquel tratamiento, pero estaba tan acostumbrado a él que no sabía como dejar de usarlo) " Entonces", anunció, " ! acabemos con los prejuicios de una vez ! ! Desabróchate el cinturón y bájate los pantalones!" (Inesperada, imprevista, inusitada orden, pero yo ya no me sentía con fuerzas esa tarde para negarle nada al Padre Angélico) " ! Fuera también los calzoncillos, abajo las últimas barreras!" (De pie, bastante embarazado, con la camisa por la cintura y mi propia ropa que me trababa los pies, tuve luego que sufrir su examen ocular, especialmente minucioso al apreciar el incipiente vello púbico y las últimas transformaciones anatómicas que se habían producido en mi pelvis) " Así que esto ya va, muchacho, ya funciona la máquina... Muy bien, enséñame cómo lo haces, quiero verlo, quiero que repitas aquí lo que hiciste ". (Todavía más confuso, aún estaba yo tratando de encontrar la mejor manera de explicarle que aquello que pedía era de imposible cumplimiento porque faltaba el elemento esencial, el cuerpo del delito, el cuerpo imprescindible de Angustias y su sangrante cicatriz, cuando el Padre Angélico hizo un gesto expresivo con sus manos y volvió a su sillón, sin poder disimular un creciente fastidio) " Está bien, está bien ", dijo," comprendo que no es tan fácil liberarse de golpe de tanto escrúpulo adquirido, de tanta falsa vergüenza...Puedes ir al rincón si quieres, allí, de espaldas... Avísame cuando estés a punto". (Crucé la habitación con los pasos cortos y ridículos que me permitían mis pantalones caídos, busqué la esquina más remota y, al girar, más que darle la espalda, lo que ofrecí a mi interlocutor fue la visión de mis desnudas posaderas. ¿ Qué hacer entonces? ¿ Qué podía hacer sino esperar a que pasase el tiempo, puesto que no podía atender a su solicitud, puesto que ni siquiera entendía que hacía yo en la celda del padre Angélico, con la minga al aire, castigado vergonzantemente en un rincón como si fuera un alumno de párvulos? El también pareció darse cuenta de que algo iba mal) " ¿ Qué sucede, chaval, cómo es que no pones manos a la obra?". Sin volverme, los ojos fijos en la pared, le respondí con un hilo de voz: " No lo sé, tengo la mente en blanco, reverendo padre".(Sentí que se levantaba y que volvía a caminar de un sitio a otro como arrebatado otra vez por uno de sus ataques de locuacidad) " La mente, la mente", le oí decir, " Claro, con la mente en blanco no hay manera. Es preciso pensar, muchacho, pensar sin miedo, dejar volar nuestra imaginación...pensamientos impuros, pensamientos obscenos... ¿ Temes que alguien puede leértelos, descubrir lo que sucede dentro de tu cabeza, castigarte por ello? Supersticiones, maquinaciones interesadas...porque ahí dentro no hay límites, allí nadie

puede meter las narices: El pensamiento, ese es el espacio auténtico de tu libertad, ese inalienable y sagrado derecho humano que a menudo y erróneamente, se confunde con su mera expresión, cuando más bien se trata de una verdad inversa: ! No lo expreses, hijo mío, no lo expreses jamás y tu pensamiento será siempre libre! ! No lo expreses y no habrá castigo ni represión humana ni divina que pueda ejercerse sobre él!" (De nuevo el efecto balsámico que parecían producir en mi ánimo las palabras atropelladas del padre Angélico vino a rescatarme del impasse y, poco a poco, fue llenándose mi mente de pensamientos e imágenes que, una vez rotas las barreras, me sorprendían por su embriagador atrevimiento. A mi espalda, dejaron de escucharse sus vertiginosas pisadas, por lo que supuse que el profesor también se había detenido a reflexionar) " En confianza", dijo en un tono de voz más reposado ," te diré que existen ciertos aspectos del dogma que a mí tampoco logran convencerme...En lo que se refiere, por ejemplo, en lo que atañe a la naturaleza del infierno, a menudo estoy más cerca de ciertas herejías extranjeras que me parecen de mucho mayor calado filosófico que los preceptos de nuestro catecismo: ! Sufrimiento y desolación, fuego eterno, torturas indescriptibles, polvo y cenizas, suciedad, enfermedades y epidemias, excrementos, olores nauseabundos! ¿ Qué infierno es ese que se parece tanto a lo que podemos encontrar sobre la tierra en cualquier parte y en cualquier época? ¿ Qué efecto ejemplarizador puede provocar ese infierno de andar por casa? Hay que modernizarse, hay que ponerse al día, adaptar históricamente las verdades que nos han sido reveladas... Y así, busca y rebusca, con estudio y esfuerzo, incluso rastreando en los textos de los autores materialistas, prohibidos para el común, pero que no pueden ser ignorados por el estudioso que tiene el sagrado deber de rebatirlos, he podido obtener mis propias conclusiones teológicas... Abreviando, muchacho, acortándote el rollo" (dijo el padre Angélico que había comenzado a dar vueltas y vueltas otra vez, mientras que yo, de nuevo confundido y sin saber que hacer aparte de contemplar y marearme con el papel pintado de la pared, empezaba a sentir un frío desagradable que me subía por los testículos) " ¿ quieres que te diga cómo es el infierno?" (lo que yo quería de verdad era que me diera permiso para subirme los pantalones y escapar cuanto antes de aquella infernal entrevista que parecía no acabar nunca) " Te diré", dijo, " que he llegado a la conclusión de que el infierno no es un lugar geográfico ni puede concebirse como tal... pero que tampoco está en nosotros mismos exactamente, sino más bien muy cerca, al lado podría decirse, conviviendo día a día entre nosotros con todas sus tentaciones y abismos, maldades e iniquidades: ! en ellas, que sólo tienen discernimiento para

el deseo y las pasiones! , ! en ellas, grandes ramera, lascivas y fornicadoras ! ! Ellas, que buscan siempre pervertir nuestra virtud, que nos incitan a los más horrendos actos! ! Ellas, sin alma, ni intelecto, todo sensualidad y concupiscencia!". "Sí, hijo mío" , concluyó el padre Angélico casi con un susurro, respirándome en la misma nuca hasta erizarme los cabellos, " piensa, medita en mis palabras, y descubrirás por tí mismo que el infierno no puede estar sino en ellas... ! Que el infierno no es sino ese ponzoñoso y antinatural abismo, ese pozo sin fondo, ese obsceno agujero que se abre entre las piernas de las mujeres ! " .

Funcionó. Me bastó con recordar el tacto suave y resbaladizo, la manera en que se hundían los dedos en él, sus paredes flexibles y adherentes, y en general todas las prodigiosas características del único agujero de mujer que había tenido ocasión de explorar, adornadas ahora de los atributos hiperrealistas que me había descrito el padre Angélico para que también entre mis piernas se operase una sorprendente metamorfosis. Estupefacto, sobrecogido por aquella hinchazón que se cimbreaba en el aire desafiando la misma ley de la gravedad, me dí la vuelta para encontrarme con los ojos desorbitados de mi confesor: " Ahí estás, ahí estás, al fin te has revelado, no has podido resistirte a la mención de tu inmunda morada...Y grande, grande...pero los he visto peores, los he expulsado aún mayores que tú..." (Entonces, con un rápido movimiento, el padre Angélico extrajo del falso mueble-librería un hisopo portátil y una estola que ciñó sobre su jersey multicolor) "... Defénde nos in praélio, contra nequítiam et insídias diaboli esto praesídium. Imperet illi, Pater !" (y entre tanto decía estas palabras iba rociando con agua bendita aquel incubo que no dejaba de moverse, como un perro rabioso, en mis crispadas ingles) " Sátanam aliósque spiritus malignos, qui ad perditionem animárum pervagántur mundo divina virtúte in infernum detrúde !" (Pero yo no escuchaba sus imprecaciones porque ya me daba por condenado, porque no podía apartar mi mente de ese infierno, de esa sima insondable en la que no deseaba sino hundirme, entrar aunque quemase, aunque hubiese de abrasarme allí dentro toda la eternidad) " ! Vade retro in nomine patris, in nomine patris, omnípotens et miséricors Pater !" (y salió al fin, terminó por salir entre estremecimientos y estertores aquel espíritu inmundo que me había poseído, brotó de mí en forma de ectoplasma viscoso que salpicó la estola y el jersey del padre Angélico, me abandonó dejándome con el placer maravilloso de la liberación, la lasitud de haberme descargado de sus impuros deseos, todavía estremecido por esas últimas sensaciones infernales que habían acompañado su partida. Frente a mí, también sudoroso, también

agotado, mi salvador se limpiaba la ropa sin atreverse a dar por terminado el combate hasta que comprobó que, bajo mi cintura, las cosas habían vuelto a recuperar las proporciones de siempre) " No olvides nunca, hijo mío, no olvides nunca lo que ha sucedido aquí esta tarde", dijo el padre Angélico con voz entrecortada, pasándome su mano paternal sobre los hombros mientras yo terminaba de abrocharme los pantalones, " Ahora se ha ido, estás curado, pero eso no significa que no pueda volver, que no intente regresar a tu cuerpo de nuevo...Ya conoces el mal, ya sabes la manera en que actúa. Vigila, persevera, no descuides la guardia..."

A partir de entonces, cada noche, tumbado en mi litera, yo le rogaba al Padre que me concediese el don precioso de perseverar en la pureza pese a las mudanzas y sacudidas de la vida y mientras rezaba no dejaban los hierros de la cama de sacudirse y de moverse pero no por obra del maligno sino por la de Ursus que ocupaba la litera de arriba y a quien el vigor de su descomunal naturaleza le exigía unos desahogos tan urgentes y escandalosos que más que humanos parecían propios de titanes. Subía yo piadosamente el tono de mis plegarias y arreciaban las convulsiones de mi hermano y la tensión en los muelles del somier con el riesgo añadido de que terminase por derrumbarse sobre mí aquella masa enfebrecida de hierro y carne. " ! Déjalo ir, hermano, déjalo salir de una vez ! ", le animaba yo, inquieto tanto por la salvación de su alma como por la amenaza de morir aplastado bajo el alud de su deseo, pero por más que Ursus se retorció y contorsionaba no lo lograba casi nunca y en vez de alcanzar el consuelo de la paz interior, terminaba por derrumbarse in albis sobre el colchón, reconcomido por la ansiedad. Y como suele suceder, en lugar de buscar en sí mismo las culpas que pudiesen haberle acarreado tal penitencia trataba de echar balones fuera y pretendía cargarme a mí el mochuelo de su fracaso. " ! Y cómo quieres que me vaya si no me dejas concentrarme, si con tanto oración parece que estamos en una iglesia ! "

Yo era ya otra persona, había cambiado en lo más profundo de mi ser gracias a los misterios en que me había iniciado el padre Angélico y mi conducta ya no podía seguir participando del caos en que había vivido en el pasado, ese relativismo moral característico del mundo de la infancia, por más que Angustias no pareciese encajar demasiado bien el que ahora, cada vez que me tropezaba con ella, en lugar de robarle algún beso me santiguase tres veces como si se tratase de una aparecida ni que cuando me dirigía la palabra yo le respondiera golpeándome el pecho o mesándome los cabellos o incluso que, cuando las

genuflexiones del trabajo doméstico desvelaban alguna parte sugerente y oculta de su anatomía o le desabrochaban algún botón de más del uniforme, yo me llevara teatralmente las manos a los ojos como si, antes de convertirlos en motivo de escándalo, estuviese dispuesto a arrancármelos de sus cuencas. Nada de esto tenía por causa un repentino exhibicionismo sino la más estricta piedad ni pretendía yo con mi actitud provocar el despecho de Angustias que, si bien en un primer momento pareció disfrutar con lo que ella creía una nueva estrategia que yo andaba ensayando para excitar su complicada libido, pronto terminó por sentirse aludida y, herida en su amor propio de mujer, contraatacó de una manera bastante desagradable, pasando a instruir al resto de mis hermanos en aquellas viejas y placenteras prácticas que mis recién adquiridos escrúpulos morales me impedían practicar.

Pero la santidad nunca ha sido un oficio agradecido ni ha recibido otra recompensa del prójimo que la envidia, la persecución y el martirio así que yo soportaba las traiciones de Angustias como un sacrificio más que ofrecer para cubrir mi cuota de santidad diaria, igual que perdonaba la lujuria de mis hermanos; y como siempre hay un más allá en la renuncia y en el sufrimiento, un más difícil todavía, yo me dispuse a traspasarlo una de esas noches agitadas en que no lograba pegar ojo debido al traqueteo de Ursus pero sobre todo escandalizado de la turbulencia de mis propios sueños, cuando, paseando mis desvelos por la casa dormida, me encontré en un cajón del secreter, entre el material de escritorio que solía usar mi padre, con una pesada máquina grapadora. Desde entonces me acostumbre a acostarme con ella, a delegar en aquel artificio la responsabilidad de vigilar la castidad de mis deseos y aunque no dejara de producirse alguna que otra falsa alarma hay que reconocer que el sistema resultó en un principio un éxito rotundo: mientras bajo la almohada mi mano se aferrase preventivamente al mango de metal mi sueño transcurría siempre plácido y reparador, sin indicios de desbordarse, como si la amenaza del terrible castigo bastara por sí sola para reprimir la pulsión del delito. Pero claro, la intimidación no podía constituir una barrera eterna así que pronto se me presentó la ocasión de demostrar la firmeza de mi fe, precisamente la noche en que mi hermano Ursus, después de tanto esfuerzo, parecía estar a punto de alcanzar también la satisfacción de sus obsesiones. Se retorció, golpeaba su cuerpo de un lado a otro de la cama, saltaba y se dejaba caer sobre el somier arrancando a los muelles lastimeros gemidos, gemía él a su vez, suspiraba como un huracán, bramaba como un toro furioso, se movía tanto que hacía zozobrar nuestra litera como sobre un mar embravecido en

el que ni siquiera mis oraciones lograban ejercer el menor efecto balsámico. Aquella noche la pasión de Ursus se abría paso, amenazaba derramarse en un diluvio incontenible, avanzaba como una enorme ola hacia su consumación y por un efecto simpático, por esa tendencia a la imitación característica de nuestra especie, también mis padrenuestros comenzaron a entrecortarse, a acompasarse a sus gemidos, y también mi cuerpo pasó a moverse y a agitarse bajo el suyo de manera que la mano de Ursus parecía manejar ya no sólo su propio timón sino también el mío, conducirme por control remoto hacia la misma playa a la que sus idas y venidas le dirigían. Hubiera podido discutirse si había pecado en ello, si aunque el horror se hubiese despertado y se cimbrease entre mis piernas yo podía ser considerado responsable de un mal tan ajeno a mi inteligencia, que durante ese trance seguía concentrada en recitar sus oraciones, indiferente a las manipulaciones de mi hermano, hubiera podido argumentarse que quizás resultaba un castigo excesivo para mi alma inmortal tener que responder por las debilidades inherentes al cuerpo en que se cobijaba, pero todas estas disquisiciones no constituían sino una falacia, venían a abrir de nuevo las puertas a la herejía monstruosa del relativismo moral porque si todo era opinable para qué existían unos Principios Fundamentales, dónde quedaba la intransigencia de nuestra sagrada religión. " Si tu mano te escandaliza...", había recomendado el Padre y como yo era aún demasiado joven para valorar la utilidad de un órgano que aparte de para vaciar mi vejiga no parecía haber sido creado con otro fin que el de escandalizarme, y como había llegado la hora de la verdad, alcé mi mano de la almohada enarbolando la espada flamígera, cerré el puño con la máquina grapadora en ristre y lo dejé caer sobre mis ingles en el justo momento en que, por la intensidad de los suspiros y jadeos de mi hermano, parecíamos estar los dos a un paso del desenlace. Grité, aullé de dolor. Tanto que en la cama de al lado, Primo se despertó de un salto, " ! Qué ocurre, qué pasa !" Ocurría, pasaba que en una de sus postreras convulsiones aquel escurridizo diablo había logrado esquivar la trayectoria de la grapa y esta había venido a clavarse en mi muslo derecho produciéndome tal desfallecimiento doloroso que no sé que hubiera sido de mí si en vez de en una pierna la grapadora hubiera cerrado sus tenazas sobre esa otra extremidad más sensible. Y si yo me retorció allí abajo de dolor, más se retorció Ursus en la litera de arriba como si por el mismo efecto telepático fuese en su propia carne en donde se hubiese descargado el golpe: " ! No hay derecho, cuando ya estaba a punto, no puede ser, no aguanto más !"

Que las cosas no podían continuar así debió de pensarlo también nuestro padre porque una sobremesa, a esa hora habitual y sacrosanta de su siesta en que sus hijos le dejábamos solo en el comedor, decidió retenerme a su lado: " Supongo que hace tiempo que hubiéramos debido mantener tú y yo esta conversación ", comenzó. " Supongo que sí", contesté yo desconcertado por el acontecimiento de que mi padre descendiese a mantener con uno de sus hijos un tête a tête tan inusual . " He estado en el colegio, tus profesores están contentos contigo, tu conducta y tus calificaciones son excelentes ¿ Qué es lo que va mal entonces ?". Y como yo no supiese qué contestar mi padre se respondió a si mismo: " Tus hermanos se quejan de que no les dejas dormir, ¿ se puede saber qué es lo que haces por las noches? ". " Rezar, padre", respondí bajando humildemente los ojos para que no pudiera parecer que yo estaba haciendo vana ostentación de mi religiosidad. Mi padre encendió un cigarrillo y por un momento pareció sopesar lo que a continuación iba a decirme: " La piedad es una virtud, qué duda cabe, la oración contribuye a redimir nuestros pecados... ahora bien, como en todo, hay que encontrar la justa medida..." - Hubo otra pausa, como si mi padre dudase de adentrarse en mayores honduras teológicas para las que él mismo no se consideraba demasiado formado, pero pronto encontró la salida que andaba buscando, " ¿ Además, para qué tienes que mortificarte? Nuestra guerra ya la ganamos, nuestra patria está en paz y en vías de desarrollo. ¿ Qué sentido tiene continuar con tantas penitencias ? ". Y yo asentí reconfortado por sus palabras que además de abrir ante mis ojos la perspectiva de poder llevar una vida devota sin tener que basarla en el sadomasoquismo y la autoflagelación, también venían a mitigar moralmente el dolor que todavía me producía aquella grapa que me había atravesado la pierna. " Estás atravesando una edad difícil", continuó mi padre, " ya has dejado de ser un niño, pero tampoco puedes considerarte todavía un hombre: las cosas más sencillas de la vida te parecen misterios insolubles ...", y yo continuaba asintiendo porque esas palabras sabias y comprensivas constituían el mensaje de tranquilidad que un adolescente atormentado como yo estaba necesitando recibir de labios de su padre, por más adoptivo que fuese: " Aquí me tienes, hijo, yo estaré siempre a tu disposición para resolver todas las dudas que puedan perturbarte " . Quizás mi error consistió en confundir lo que no era sino un ofrecimiento retórico pero yo me encontraba tan a gusto ese día al lado de mi padre, fascinado por aquel clima inédito de confianza, que me lo tomé al pie de la letra: " Lo que más me perturba, lo que no acabo de comprender es por qué estamos obligados los seres humanos a realizar todos esas inmundas asquerosidades para traer hijos al mundo. ¿ Es que el Padre, en su infinita

sabiduría, no podía haber previsto otra manera menos degradante de multiplicarnos ? ¿ Por qué hemos de descender a esos abominables infiernos para perpetuar nuestra especie ? ¿ No podía habernos dotado el Creador de la facultad de reproducirnos, como tantas otras criaturas, bien sea por esporulación, por gemación, por fragmentación, por partenogénesis, por esquejes, por semillas traídas y llevadas por el viento o en las patas de los insectos y las abejas, o incluso por generación espontánea? ¿ Por qué ese castigo, por qué esa maldición divina ? ¿ No sería acaso mejor renunciar a la supervivencia de la humanidad que continuar concibiendo nuestra descendencia de esa sucia y repugnante manera? ". Prácticamente no me había detenido ni para respirar y cuando al fin lo hice mi padre comenzó a frotarse nerviosamente las manos sin saber muy bien qué decir aunque en sus ojos podía seguir yo como a través de un cristal los pensamientos que se atropellaban en su mente: primero, la incomodidad que le producía haber descendido del pedestal de su patria potestad para confraternizar en exceso, la debilidad lamentable en que había caído al entablar aquel absurdo diálogo paterno-filial, luego la tentación de resolver el impasse con un oportuno bofetón antes de enredarse todavía más en controversias teológicas de las que él, soldado y constructor, sólo podía esperar que le arrastrasen a nuevos callejones sin salida, pero al final, en aquella tarde inspirada, también mi padre encontró un argumento para salir limpiamente del paso: " No siempre, hijo, no siempre", dijo encendiendo un nuevo cigarrillo, "no siempre es preciso recurrir a esos métodos reprobables para formar una familia. A mí, por ejemplo, para teneros a vosotros no me fue necesario realizar ninguna indecencia, me bastó con pasar por el juzgado y luego inscribiros en el registro civil" (Después rebuscó en su cartera y, para mi sorpresa, me entregó una sobada fotografía de Nuestra Madre que hasta entonces él había llevado siempre en el bolsillo, como la más sagrada de las reliquias. Yo estaba tan anonadado que me temblaron las manos al recibirla) "A tu edad, la necesitas más que yo", dijo, "tenla siempre presente en tus oraciones, no la apartes jamás de tu corazón y Ella no te dejará nunca solo."

Angustias descubrió por fin como se hacían los niños aunque no sé si contó para ello con la colaboración de alguno de mis hermanos o si prefirió recurrir a alguien de más edad y conocimiento, probablemente uno de esos obreros que trabajaban en las construcciones de los solares, por dónde mi despechada iniciadora, empezó a merodear cada vez con mayor frecuencia. El caso es que su barriga dio pronto señales de una inequívoca plenitud y mi

padre, conforme a los preceptos de nuestra religión, se vio en la obligación de expulsarla de casa para que pariese ese hijo con todo el dolor y el sufrimiento posible (" ! Adiós, Angustias, fuente de mi primer deseo, musa de mi primera inspiración poética! ¿ Tuviste en tu desgracia al menos esa pequeña suerte de que el niño naciese varón? ¿ Lograste conservar, pese a los desengaños de la edad, esa exacerbada manera de disfrutar del sexo y de la poesía? Dónde quiera que estés, recibe este recuerdo emocionado y lúgubre. Siempre tuyo, Agonías")

Los deportes y el ejercicio físico constituían una manera de adormecer los instintos humanos bastante más eficaz y menos dolorosa que las que yo había venido ensayando y pronto pasamos a entretener en ellos la mayor parte de nuestro tiempo libre mientras nuestro padre, cada vez más ocupado también, alcanzaba el cénit de sus inversiones inmobiliarias, logrando que cuánto nos rodeaba, nuestros viejos solares, fuera transformándose en un laberinto de torres y edificios en el que pronto no habría de quedar ni un metro cuadrado por construir (y tampoco quedó sino el recuerdo de nuestra vieja cueva, sepultada bajo toneladas de hormigón) y así fue urbanizándose definitivamente nuestro barrio y quedamos sus habitantes, los originales y los nuevos residentes, bastante más apretujados, y la Fraternidad, que arrastraba de suyo una larga decadencia, pareció no tener ya función que cumplir porque de todo nuestro pasado no quedaba ya en pie otro lugar memorable que el colegio de las Esclavas de la Pureza de Nuestra Señora (allí, allí donde la represión había hecho mella en el cuerpo, que no en el irrecuperable espíritu de Dionisio) a cuya puerta solían mis hermanos acudir, a la desbandada, perdido hasta el menor sentido de la disciplina fraterna, para espiar la salida de clase de las alumnas.

Exhausto, debilitado por tantas gimnasias y mortificaciones, caí, poco después, vergonzosamente enfermo: una vergüenza doble, que se refería tanto al tipo de enfermedad (porque había contraído unas fiebres paratíficas, siendo así que este tipo de epidemias, junto con el cólera y la tuberculosis habían sido oficialmente erradicadas por el Padre de la Patria, que las consideraba impropias de nuestro crecientes niveles de desarrollo económico) como a sus síntomas, ya que además de las elevadas temperaturas, buena parte de la convalecencia venía a transcurrir, más que en la cama, sentado en la taza del water. Fue allí precisamente, en un lugar en apariencia tan poco propicio, donde además de perder bastantes kilos de peso, fue también mi poesía estilizándose poco a poco, renunciando a su primer barroquismo y, por

efecto de la purgación diaria que me producían las constantes cagaleras, despojándose de los excesos verbales; y fue mediante esta singular ascesis que, debilitado aún, logré salir de mi enfermedad con un largo poema bajo el brazo: " Tránsito, Advocación y Pesadilla de Nuestra Madre Extravagante", que obtuvo, ese mismo año, el primer premio de poesía místico-patriótica en el certamen de nuestro colegio.

Pero no sólo en la literatura trajo consecuencias mi mal, sino que me supuso también verme agraciado con una inesperada pedrea porque, en aquellos días, la tía Fanny escribió desde Estados Unidos una carta en la que le comunicaba a nuestro padre su inminente divorcio del norteamericano (noticia agridulce para nuestro progenitor que si sentía por un lado deseos de saltar de alegría de ver como aquel papanatas salía de una maldita vez de su familia, no podía resignarse a aceptar que esa salida tuviese que producirse a través de tan grave pecado contra la indisolubilidad del matrimonio), y añadía que, entre tanto ultimaba los trámites de la separación y con el fin de distraer a las niñas de sus posibles efectos traumáticos, había pensado pasar el próximo verano en un pueblito de nuestra costa, razón por la cuál, correspondiendo estrictamente a la cortesía que había tenido nuestro padre en el pasado de invitar a la mayor de sus hijas, estaba ella dispuesta a acoger a su vez al hijo que él designase durante las vacaciones, en la idea de que colaborase de paso para perfeccionar la mediocre pronunciación y gramática con que se manejaban éstas en nuestra lengua. (¿ Y quién estaba aún lo suficientemente débil como para que conviniese más a su salud una temporada de yodo, sal marina y reconstituyente brisa? ¿ Y cuál de entre sus hijos había dado mayores pruebas de santidad para acometer la difícil tarea de predicar nuestros valores nacionales a aquellas niñas descarriadas? ¿ Quién manejaba el idioma con más perfección que aquel que acababa de ser tan oportunamente laureado?)

Tía Fanny estuvo, más que cálida, candente, a la hora de recibir al primero de sus sobrinos que tenía la oportunidad de conocer; me besó, acarició, abrazó, estrujó mil veces y animó a sus niñas a que me dispensasen el mismo tratamiento: Astrid, que había culminado con éxito sus transformaciones adolescentes, aunque seguía siendo flaquísima y algo más alta que yo y que, desconcertada también de mi nueva apariencia física, se limitó a besar levemente mi mejilla izquierda, y Berenice, niña aún, con una larga (¿ e inevitable ?) cabellera rubia, el rostro constelado de pecas, y un no sé qué travieso que le llevó a morderme

la oreja y a tirarme rabiosamente del pelo cuando le tocó el turno de saludarme. Pero ni el calor del recibimiento que me tributó mi familia de América logró evitarme la decepción posterior ya que en aquella urbanización sólo para extranjeros en donde se había instalado mi tía Fanny hasta en la misma playa comencé por sentirme extraño: porque allí apenas se escuchaba mi idioma, porque allí parecía como si en vez de continuar en mi país hubiese aterrizado en un mundo aparte invadido por razas bárbaras y excéntricas, y porque, además del desasosiego que me producía comprobar los estragos que andaba produciendo el boom turístico en las costas de nuestra aislada patria, tampoco mis primas parecían tener interés en compartir conmigo otro deporte o actividad playera que yacer tumbadas sobre la arena y calcinarse con el mayor aburrimiento posible. Aunque afortunadamente siempre terminaba por llegar la tarde, esa hora que constituía mi momento estelar, aquel en que descansaba la razón de ser de mi presencia en la casa. Subía yo entonces a mi cuarto para buscar mis libros y aprovechaba para vestirme y adecentarme antes de ir al encuentro de mis alumnas; las clases se desarrollaban en el salón, mientras tía Fanny dormía la siesta en el piso de arriba y allí me recibían mis primas más o menos con la misma habitual ceremonia: todavía con el mismo bañador de la mañana (el de Berenice, que era quien tenía menos que ocultar, de cuerpo entero y el de Astrid, en cambio, reducido a un mínimo dos piezas) y con un disco de música rock, elegido entre la colección particular que habían traído de los USA, sonando a toda marcha en el tocadiscos. Venían luego unos minutos de controversia sobre las ventajas de la música ambiental para la concentración de la mente y al final lograba que redujesen lo bastante el volumen para empezar a practicar en torno a algunas de las lecturas que había seleccionado cuidadosamente para ellas (y que a veces producían en Astrid un efecto tan relajante que iban adormeciéndola en el sofá, haciendo que abandonase la consciencia y el control de su larguísimo cuerpo, despatarrándola con tanta languidez como para que yo le ordenase a Berenice que hablase en voz más baja para no perturbar los sueños de su hermana). Se trataba de mi primera experiencia docente y ni a mis alumnas ni a la propia tía Fanny parecía importarles que sus comienzos resultasen tan poco alentadores: yo era allí como un miembro más de la familia, un tanto anticuado, la verdad, si se me comparaba con el desorden de vida e indumentaria de mis anfitrionas, porque en aquella casa, además de que nadie se preocupaba por la cantidad de ropa que vestía, tampoco se guardaban mucho las formas, hasta el punto de que ni siquiera para salir solicitaban mis primas el correspondiente permiso sino que, apenas caía la noche, se echaban una camiseta por el hombro y pasábamos,

camino otra vez de la playa, a toda prisa y sin ni siquiera santiguarnos, a recoger en la cocina los sandwiches que había preparado la tía. Todavía masticando llegábamos a la orilla del mar donde nos esperaba la misma pandilla de veraneantes de la mañana, esta vez para tomar no baños de sol sino de luna, y sentados en círculo sobre la arena - a veces junto a un fuego - alguien rasgaba una guitarra, corrían las botellas de vino dulce y de ginebra y apenas habíamos comenzado a entonar juntos alguna de esas onomatopéyicas canciones internacionales que se supone sirven de idioma universal a los jóvenes cuando ya se notaban los huecos, las deserciones en la reunión, resultado del número creciente de parejas que se alejaban del corro para buscar rincones más íntimos. Terminábamos siempre por quedarnos a solas Berenice y yo, contemplando a lo lejos las luces de las barcas en el horizonte del mar, la estela de la luna que venía hasta nosotros en un intento inútil de distraernos de aquel fragor de gemidos y susurros, roces de cremalleras, batir de olas y de cuerpos. No es que me importase dejar de participar en aquel nuevo coro gimoteante, no es que me escandalizase ese atavismo del instinto que yo había experimentado tan prematuramente y al que había renunciado para obtener unas gratificaciones espirituales más elevadas, pero sí me molestaba, y mucho, el hecho de que mi prima pequeña asistiese a aquellas sesiones nocturnas -. " ! Mira, Agonías! " - señalaba a voces Berenice- " se besan con la lengua dentro de la boca , ¿ no te da asco?". Lo que me daba era más bien lástima, no por mí que sabía bien lo que significaban esos ruidos, esas respiraciones entrecortadas, y que en nada lograban perturbarme, sino por el espectáculo que estaban ofreciendo ante los ojos de la niña: porque, desgraciadamente, de haberse instituido una medalla de oro para premiar el mayor número y la variedad de pretendientes, la intensidad de los gemidos en la playa y el caudal de granos de arena que iba manando de sus partes más íntimas mientras regresábamos a casa, la ganadora hubiese sido, sin discusión posible, su hermana Astrid.

Siempre encontraba una nueva peca, una erupción inesperada, un enrojecimiento de su cutis: a veces se trataba tan sólo de arrancar un último resto de piel seca para abrir camino a la nueva, otras se interesaba vivamente por comprobar la diferencia de tonalidad entre aquellas partes de su cuerpo que había expuesto al sol de las que habían permanecido vedadas, y yo, entre tanto, me trabucaba, me aturdía, olvidaba el hilo de mi discurso e intentaba vanamente evitar que la única alumna que todavía me prestaba atención descubriese la causa de mi aturdimiento. Porque aunque había seleccionado, conociendo la educación

liberal a la que estaban acostumbrados en su país, los más audaces poetas de nuestra lengua (y muchos de ellos nada adictos a la ortodoxia), no lograba despertar el interés de mi prima mayor, ni siquiera cuando recitaba en voz alta alguna de esas prodigiosas descripciones de nuestras estepas y desiertos: "/ Mediaba el mes de julio, era un hermoso día./ Yo solo, por las quiebras del pedregal subía / buscando los recodos de sombra, lentamente./ A trechos me paraba para enjugar mi frente..." (Por una vez, en ese punto, Astrid dejó de lado la lima con la que andaba arreglándose las uñas y pareció darse por aludida) " Lo he leído", dijo, " he leído el poema" (Yo me tiré a fondo porque intuí que aquella podía ser la oportunidad que había estado esperando para establecer una verdadera comunicación) " ¿ De veras? Así que te interesa la poesía... Hay obras mucho más interesantes aún, más profundas, más llenas de intensidad..." (Astrid hizo un gesto imperioso para sacarme de mi error) " Me refiero a tu poema, ese con el que ganaste el premio " " Ah, ¿sí? ¿ Y qué te pareció ? " (Por más que tratase de aparentar indiferencia, apenas podía respirar porque temía, más que nada en el mundo, el filo envenenado de sus comentarios. Y la verdad es que estuvo a la altura:) " Superstición, represión, fanatismo, ignorancia... Supongo que no hay muchas otras fuentes en las que beber en un contexto como este. " (Se escuchó entonces un fuerte ruido y era que Berenice acababa de matar, con una certera palmada, una mosca. Yo aproveché la interrupción para recobrar, en la medida de lo posible, el control de mis nervios) " Bien, bien", dije, " ¿ podrías decirme qué tipo de libros son esos que se escriben en tu superior y más avanzado contexto ? " Astrid buscó por el sofá, hurgó con la mano bajo su sudorosa espalda y, como si se tratase de una decisión largamente meditada, me hizo entrega del ejemplar: " Tendrás que ayudarte con el diccionario, no creo que la censura vaya a autorizar por ahora una traducción a tu idioma. "

Así que ahora tenía yo una nueva ocupación para mis noches a la orilla del mar, junto a la hoguera en la que iba desgranando con la colaboración de Berenice el significado de aquella obra, empezando desde su mismo título que era bastante clarificador: " Howl", que según mi prima podía traducirse por " aullido, chillido, grito, alarido, berrido...", es decir precisamente lo que escuchábamos a nuestro alrededor mientras nos esforzábamos por concentrarnos en el poema: " He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, hambrientas, histéricas, desnudas, arrastrándose de madrugada..." (deslizándose, reptando incluso, como podía yo comprobar en ese mismo momento si me esforzaba por

escudriñar en la oscuridad) Y era tal el poder visionario de aquel poeta extranjero que me había recomendado Astrid, tal su capacidad de captar y expresar la realidad que a su lado palidecían todos nuestros poetas nacionales, tan brillantes en la metáfora, tan exquisitos en el ritmo y la rima, pero tan ajenos a la realidad de la vida, a las auténticas motivaciones de la juventud contemporánea: "... que endulzaron las(*) de un millón de chicas temblando en el crepúsculo y por la mañana tenían los ojos enrojecidos pero ya estaban preparados para endulzar otra(*) al alba..." (*) (" snatch/ snatches ", una palabra que Berenice no supo traducir de primeras y que, según el diccionario al que tuve que recurrir, era de una iluminadora ambivalencia: ya que, en inglés de Inglaterra significaba " robo, arrebatamiento" pero en el americano tenía un sentido más preciso que yo intenté ocultar castamente a mi colaboradora porque, de no mediar mi autocensura, tendríamos que haberlo traducido por " coño") Y, en fin, que era increíble comprobar cómo podíamos estar todos en el mismo lugar, los sátiros y las ninfómanas que se daban el lote junto a la orilla, el libro, Berenice y yo, girando y girando, dando vueltas en torno de lo mismo pero en distintos niveles de conciencia y percepción, espiritualizando, sublimando en nuestro caso una experiencia que ellos no podían percibir sin tocar, sin palpar, sin sobar, sin yacer con todo el peso encima de la vida, como hacía aquella misma que me había ayudado a desprenderme de la venda sobre mis ojos, como solía experimentarla Astrid que, últimamente, parecía haberse cansado de sus devaneos múltiples para optar por una relación particular con uno de los miembros más odiosos de la pandilla de veraneantes. " Se llama Philippe, es francés ", me informó Berenice que además de auxiliarme en la traducción, me prestaba de vez en cuando estos pequeños servicios de espionaje, " Todas las noches le pide a mi hermana que le deje endulzarle su ` snatch', pero ella se resiste porque luego termina poniéndoselo perdido de arena."

En las clases, en cambio, vino a producirse una inesperada inversión de papeles porque Berenice, que había encontrado una vecina de su edad con la que entretenerse a la hora de la siesta, acabó desertando de mi docencia y fue Astrid quien pasó a ayudarme en la traducción del poema, quien, transformada a su vez en profesora, corregía mis distintas versiones e iluminaba el sentido de los pasajes más abstrusos. Y fue una tarde de las más calurosas, cuando casi dábamos por terminada la versión provisional del primer Canto, el momento que eligió Astrid para expresarme, por primera vez, cierto interés por mi vida íntima: " Agonías, no me contestes sino quieres", dijo recostándose en el sofá y abanicándose

con el libro, " pero he estado observándote por las noches, allí, en la playa, cuando nos reunimos los amigos..." (Yo también había estado observándola en ese mismo lugar y por eso, como pillado en falta, no pude evitar sonrojarme. Ella interpretó mal mi cambio de color:) " No hay de qué avergonzarse", prosiguió, " piensa que el propio poeta que estamos traduciendo tiene una sexualidad diferente, que él, con una sensibilidad tan acusada, tampoco se siente atraído por las chicas..." (El enrojecimiento de mi piel pasó entonces de corresponder al rubor a expresar una explosión de cólera porque aquella insinuación implicaba de suyo el peor insulto que podía hacerse a nadie en mi idioma) " ! Pero yo sí ¡", protesté vivamente, " ¿ cómo te atreves ? ! yo no soy ningún maricón ¡" (Astrid hizo entonces un gesto cansado con la mano, desinteresándose de mi acaloramiento) " Está bien, cálmate, no lo eres, de acuerdo, pero no tienes que ponerte a gritar por eso, no es nada malo ser homosexual, no sé por qué tenéis que ser todos tan jodidamente intolerantes en este país..." (Recuperé la respiración, incluso me sentí más molesto que avergonzado porque le había proporcionado a mi prima el mejor pie para que me impartiese otra de sus habituales lecciones de civismo social, pero, cosa rara, ella no debía tener ganas de sermonearme esa tarde y más que continuar hurgando en mi herida prefirió pasar a hurgarse a sí misma, la atención concentrada en limpiar los surcos de humedad que el calor agobiante iba dejando sobre los bordes de la parte inferior de su bikini. Tumbada en el sofá, lánguida y sudorosa, iba deslizando sus dedos sobre la tela de la braguita y al desplazarla descubría ante mis ojos deslumbrantes parcelas de piel blanca) " Ya comprendo" , dijo al cabo de un rato sin dejar de acariciarse, abstraída en su propio tacto, " lo que sucede es que eres todavía demasiado pequeño para que te gusten las mujeres" (el tono volvía a ser de una superioridad tan insultante que yo perdí de nuevo los estribos) " ¿ Crees que todo el problema se limita a tener o no la edad para hacerlo ? " Entonces", me interrumpió Astrid, " lo que debe pasarte es que no te gusta ninguna de las chicas de la pandilla, que ninguna te atrae lo suficiente para tomarte la molestia y prefieres quedarte solo " (y después de decirlo detuvo el movimiento de sus dedos y alzó los ojos hacia mí para, perdida de repente toda arrogante suficiencia, ir a clavar en los míos una mirada tan seductora como yo nunca antes le había visto si exceptuábamos aquella ocasión memorable tiempo atrás, en la lejana infancia, cuando, en el umbral de nuestra cueva, mi prima norteamericana había hecho saltar por los aires todas las convenciones masculinas de nuestra Fraternidad) " ¿ De verdad que no te gusta ninguna, ni lo más mínimo, ni siquiera un poquito?" (No sé que pasó entonces, supongo que sentí que de

perder aquella ocasión ya nunca volvería a tener otra, pero yo fui el primer sorprendido de la osadía de mi respuesta) " Sí", dije, " me gusta una de las chicas, me gusta mucho, mucho, pero porque me gusta tanto no puedo hacer esas cosas con ella de esa forma, sin el menor respeto, como si fuera una cualquiera..." (¿ Lo había entendido? ¿ Sabía de quién le hablaba? En todo caso no preguntó siquiera por su nombre, sino que se quedó un rato más mirándome, con la misma expresión soñadora) " ! Eres tan complicado, Agonías! Jamás acabaré de comprenderte. Si a mi me gusta un chico, todo lo que se me ocurre hacer es ir directamente a por él antes de que me lo quiten las otras. ¿No es eso lo más lógico? ¿ De qué sirve esperar? " (De nada. Como tampoco servía, por lo que estaba oyendo, hacerse ilusiones sobre la capacidad de Astrid para llegar a compartir con alguien otros sentimientos más sublimes y espirituales que los de competir con sus amigas para que no le arrebatasen el galán de turno) " No voy a volver a la playa más noches", le anuncié antes de retirarme del salón, dando por terminada esa tarde la clase, " Podéis continuar con vuestros magreos sin contar conmigo, no me interesa el `petting', como le dices tú, yo prefiero otra clase de amor."

Pero por más que lo intenté, ni siquiera por las mañanas me sentía ya capaz de aguantar la compañía de todos aquellos jóvenes engreídos que, puesto que a plena luz no podían continuar dedicándose a sus promiscuas diversiones, entretenían el ocio estival, amparados en la supuesta impunidad que les otorgaban sus pasaportes extranjeros y el uso de sus lenguas maternas, en magnificar nuestros defectos, hacer caso omiso de nuestros logros y burlarse del régimen político que nos había otorgado el Padre de la Patria al que, en vez de providencial y bienhechor, consideraban un anacronismo despótico. Andaban chismorreando como siempre entre ellos a la orilla del mar cuando, en dos zancadas, me planté una mañana junto a la jeta de Philippe (que estaba callado en ese momento, pero que tenía que compartir sin duda, con su silencio cómplice, los pensamientos de los otros): " No te consiento que hables mal de mi padre", le dije sujetándole por el cuello, " nadie más va a faltarle al respeto a mi padre en mi presencia" (Hubo cierta confusión en el grupo mientras se traducían unos a otros el alcance de mis palabras, " ¿Father?, ¿ Vater? ", incluso Philippe intentó desentenderse, con la natural hipocresía francesa, del evidente desafío) " ¿ Ton père? mais non, vraiment j'ai n,avais dit..." Demasiado tarde, porque mi mano ya se había disparado para cerrar su boca y, como hubiese sentenciado aquel que fuera compadre político del mentor de mi padre, víctima como él, como mi propio abuelo, de la barbarie roja, no había ya lugar entre

nosotros para otra dialéctica que no fuese la de los puños o (si viviésemos todavía en los turbulentos tiempos fundacionales) que la de las pistolas.

Existen victorias indiscutibles y victorias morales y, dada la diferencia de edad y de musculatura que me separaba de mi adversario, yo no podía aspirar sino a un triunfo incluido en esta última categoría, pero aunque sólo hubiese sido para alcanzar la recompensa de que aquellas manos adorables se decidiesen a venir a restañarme las heridas, el combate ya habría valido la pena, porque Astrid, en lugar de atender al campeón (que tampoco necesitaba de mayores cuidados), volcó en mi maltrecho cuerpo todas sus atenciones. Y así pasé a tumbarme yo en el mismo sofá del apartamento donde la había visto yacer tantas veces, mientras ella pasaba suavemente una bolsa de hielo por mis hematomas, bañaba los rasguños de mercurio-cromo y al mismo tiempo trataba de averiguar cuál podía haber sido la causa de tan feroz masacre: " No lo entiendo", me dijo, " he hablado con Philippe y me ha asegurado que ni él ni ninguno de los amigos se metió para nada con tu padre... Es absurdo, ¿ por qué iban a hacerlo? Si ni siquiera le conocen..." (Por toda respuesta yo gemí en un tono tan quejumbroso como para que ella se compadeciera aún más de mi estado) " Aunque desde luego se portó como un bruto, una bestia, ya le he dicho que no quiero volver a salir con él." (Los siguientes gemidos, ¿ fueron de dolor o de satisfacción al ver cumplidos mis secretos propósitos?) "...Y tú, querido primo ", prosiguió Astrid, mientras me rebajaba la hinchazón en un pómulo, " estás demasiado obsesionado con tu padre, lo has mitificado tanto que eres incapaz de distinguir la realidad de la fantasía " (Ahí me pareció que, pese a tanta delicadeza, ella estaba siendo injusta) " Mi padre es lo único que tengo en el mundo", dije, " mi única familia... Todo lo que soy se lo debo a él" (Astrid me golpeó cariñosamente con el algodón en la punta de mi contusionada nariz) " ¿ Y yo?", protestó, " ¿ yo no soy también tu familia, no me tienes a mí?" (! Qué deliciosa mezcla experimenté entonces de dolor físico y tranquilidad espiritual! ! cuán aliviado me sentí por sus generosísimas palabras! Y entonces ella se acercó más todavía:) " Tienes la boca seca, conviene humedecértela " (y como no había más líquido a mano fueron sus labios compasivos los que se posaron sobre los míos y fue su lengua la que fue recorriendo los bordes hinchados, ensalivándolos suavemente. ¿ Cuánto tiempo pasó? Yo había cerrado los ojos y le dejaba hacer a Astrid, sin llegar a creerme lo que estaba sucediendo, el don del cielo que recibía. ¿ Era posible que yo también le gustase a ella, que toda la larga lista de sus pretendientes no hubiese sido sino un largo

rodeo para terminar en el más feliz de los finales ?) " ! Eres tan retorcido ! ¿ No encontraste otra manera mejor de comunicarme tus sentimientos que ir a provocar a Philippe para que te rompiese en pedazos ?" (Lo sabía, claro, había sabido siempre la causa de mis largas noches de soledad en la playa, del temblor en mi voz cuando traducíamos las partes más comprometidas del poema, mi amor propio herido, la razón de mi exilio en medio de todos aquellos muchachos y muchachas que compartían con ella a la vez las maravillas de un mundo exterior y unos placeres íntimos de las que mi país y yo quedábamos fatalmente al margen, la desesperanza de mi corta edad que carecía de referencias para entender el cosmopolitismo sexual de que hacían gala todos ellos, esa pureza de corazón de la que tanto se burlaba Astrid y que no era sólo debido a escrúpulos religiosos sino sobre todo a la nueva sensación que se había apoderado de mí, esa reacción química mucho más poderosa que el deseo - aquel otro motor del espíritu humano que me había desvelado en el pasado Angustias- por la que, por primera vez en mi vida, yo me había enamorado de una mujer) " No parece que haya costillas rotas", bromeó ella deslizado sus dedos por mi pecho como si dibujase sobre mi piel, desabotonando aún más mi camisa para buscar nuevas magulladuras, " dime si te hago daño, dime donde te duele" (pero Astrid sabía bien que allí, tumbado en sus brazos, nada podía dolerme ni aunque ella tratase de verdad de hacerme daño ni aunque clavase sus uñas en mi carne hasta hacerla sangrar) " ¿ Te dio algún golpe bajo? ¿ te pegó donde no se debe ? " (y ya su mano, tras desabrochar mi cinturón, iba palpándome el vientre en busca de bultos y descalabraduras que pudiesen evidenciar lesiones internas, adentrándose bajo mis calzoncillos en busca de nuevas contusiones que sanar cuando, en su recorrido, sus dedos tropezaron con cierta protuberancia y... entonces, sucedió... Como si despertase de un letargo profundo, después de una eternidad de verse confinado en su angosta botella, volvió el genio a crecer y a endurecerse, a empujar contra la ropa, a golpear la mano de Astrid que hacía esfuerzos infructuosos por sostenerlo, por evitar que se desbocase del todo) " ! Qué bárbaro !", exclamó ella, " ! se mueve como si estuviese viva ! " (Pero yo ya había tenido ocasión de comprobar hasta qué punto era incontenible, hasta qué grado una vez en el disparadero aquel demonio no podía controlarse, así que, aterrorizado ante la sola posibilidad de que pudiera llegar a descargar su inmundicia en la inocente palma que lo sujetaba, busqué a toda prisa en el bolsillo trasero de mi pantalón y empecé a rezar en alta voz todas las oraciones que me habían enseñado mientras agitaba en el aire, con nerviosos espasmos, la estampa salvadora que me había regalado mi padre. Sorprendida de mi reacción, Astrid soltó su presa

y el monstruo perdió entonces su vigor, regresó a sus discretas proporciones mientras ella me arrebató la imagen. " ¿ Qué significa esto ? ¿ Quién es esta mujer? ". "Nuestra Madre", dije yo, todavía sin aliento, mientras me abrochaba de nuevo el pantalón. " ¡ Qué madre ni qué madre¡", desconfió ella, " pero si tú no tienes, si tú eres huérfano... " " Nuestra Madre Desaparecida, Nuestra Madre de la Temprana Muerte" le aclaré y como Astrid, extranjera al fin, continuase sin comprender de quién le hablaba tuve que ampliarle más detalles sobre aquella que había sido la más santa y virginal de las mujeres, aquella hermosa muchacha a la que un ángel, en plena juventud, había arrebatado de esta vida todavía adolescente y sin pecado, esa Madre misericordiosa e intercesora de todos los hijos del mundo de la que, precisamente, no entendía como no les habían hablado antes a ellas, que venían a constituir su familia carnal mucho más que nosotros, puesto que la Invisible había sido en vida hermana de tía Fanny y..." Eso es absurdo ", me interrumpió Astrid, " No digas tonterías, mi madre es hija única, nunca ha tenido hermanos" y como luego se quedase mirando un buen rato en silencio la fotografía yo pensé que quizás estaba intentando recordar, pero en realidad lo que andaba buscando eran las palabras más caústicas con las que fulminarme: " ! Cuánta idolatría, qué oscurantismo! Mamá se va a morir de risa cuando se entere..." " ¿ Qué pasa?", dije yo bastante amoscado pero sin entender aún por donde iba la cosa: " ¿ De qué tiene que reírse la tía Fanny?". " Para empezar porque no es de verdad tu tía, aunque eso ya lo sabes, pero desde luego tampoco es vuestra madre aunque sea ella a quien el sentimiento de culpa de tu padre os haya hecho venerar como tal..." " ¿ Tía Fanny?" , dije yo, " ¿tía Fanny, Nuestra Madre?". "Ella fue ", dijo Astrid, " ella fue la muchacha que se enamoró de aquel soldadito desamparado, de aquel joven que no tenía a nadie más en el mundo, quien le escribió las cartas que le salvaron de la locura de la guerra...Eso también nos lo contó mamá a nosotras... ". "¡Pero no puede ser, Nuestra Madre murió, desapareció de este mundo antes de que nacióramos !", casi grité, " ! la mató una epidemia! ". " ¿ No decías antes que la había arrebatado un ángel? Aquí es donde difieren las historias: nuestra madre se cansó de esperar a tu padre que no es lo mismo que morirse; primero las oposiciones y luego esa absurda locura de enrolarse en la División Azul para combatir en una nueva guerra en la que nada se le había perdido, dejándola a ella atrás, encaramada en su torre, sin otra misión que escrutar el horizonte, escribir cartas de amor y aguardar el regreso del soldado...¿ No te parece propio de un absoluto misógino ? " (Es curioso comprobar de qué manera en las situaciones más dramáticas nuestra mente busca refugio en la trivialidad porque en ese momento yo no

pensaba en las palabras de Astrid sino en que, según estaba viendo, del pequeño envase de cristal que ella había dejado semivolcado en la mesa comenzaba a gotear un líquido rojo y brillante y que esa mancha de mercurio sobre la madera, tan difícil de eliminar, iba a enfadar bastante a tía Fanny) " Se cansó, conoció a un ingeniero norteamericano que espiaba secretamente las posibilidades de la Bahía para acoger una base militar de la `navy' una vez derrotado el nazismo y al terminar la guerra emigró con él a los USA, cosa que no lamento aunque luego se hayan torcido las cosas", concluyó ella, " porque por lo menos, escapando de aquí, logró mi madre educarnos a salvo de tantas supercherías y falsificaciones " (Se había puesto de pie, dejando caer despectivamente mi preciosa imagen sobre la mesa) " ¿ Pero es que en este país tampoco os dejan ir al cine? Porque es bien fácil reconocerla... ¿Sabes quién es esa supuesta madre de la fotografía que guardas con tanta devoción en el bolsillo? Es Jean Fontaine, en un fotograma de ` Rebeca´" (casi había llegado a la puerta cuando, alertada por la manera en que castañeaban mis dientes y el extraño brillo de mis ojos, Astrid volvió hacia mí y me pasó la mano por las sienes) "Agonías, qué te ocurre? ¿te encuentras mal? Madre mía, estás ardiendo, tiritando de fiebre".

Y así era en efecto, porque esa misma noche alcancé los cuarenta grados, temperatura que mantuve, con ligeras oscilaciones e intensos delirios, durante cinco días consecutivos. "¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡El mundo es santo! ¡El alma es santa! ¡la nariz es santa! ¡la piel es santa! ¡lengua y polla y mano y ojo del culo santos! ¡Todo es santo! ¡Todos son santos! ¡cada día está en la eternidad! ¡Cada hombre es un ángel! ¡el vagabundo es tan santo como el serafín! ¡el loco es tan santo como tú lo eres, alma mía!". Parece ser que, en mis desvaríos, cada vez que tía Fanny entraba en mi dormitorio para atender mi convalecencia yo comenzaba a recitar a voz en grito estos versos (y dado mi estado de enajenación mental, en versión íntegra, sin la menor censura) del último Canto del libro que me había prestado Astrid, fenómeno paranormal aún más inexplicable si se tiene en cuenta que no habíamos llegado en nuestros trabajos a esas alturas de la traducción. Es más, ni siquiera podía mi tía acercarse a mi cama ni mucho menos pasarme su mano sobre la frente para tomarme la temperatura sin que yo comenzase a tiritar y a retorcerme al borde mismo de la apoplejía, porque ahora que sabía quién era ella la fiebre acentuaba su tacto gélido y sin vida, removía las remotas pesadillas infantiles que al fin encontraban en quien encarnarse, su imagen fantasmal de madre muerta que parecía acercarse hasta mí sólo para arrastrarme de la

mano a hacerle compañía en sus soledades eternas. Y en esa situación, poseído yo de una fobia incontrolable ante la presencia de tía Fanny, tuvo que corresponderle a Berenice hacerse cargo de atender mis comidas, administrarme las medicinas y acompañar mi convalecencia. ¿ Astrid ? Venía a veces a verme, el bikini mojado, todavía con la sal en la piel, bronceada y alegre pero sin detenerse mucho, siempre con prisas de seguir disfrutando sus vacaciones, como si verme allí postrado en aquel lecho del dolor le produjese un incómodo sentimiento de culpa. "Mi hermana ha vuelto con Philippe", me anunció una tarde Berenice interrumpiendo por un momento la lectura de "Las Mil y Una Noches" que, para compensar la impresión que parecía haberme causado el poema de Ginsberg, le había aconsejado su madre que me leyese: "pero aún conserváis a vuestro lado , Oh! príncipe de los creyentes, a vuestra fiel Scherezade que ha renunciado incluso a divertirse con sus amigas, para seguir contándoos cada noche una nueva y maravillosa historia". De eso se trataba, aunque mi falsa prima fuese todavía demasiado pequeña para darse cuenta, porque cuando me levantase de la cama, recuperado de mi recaída, yo sería ya sin duda otra persona, habría dejado atrás como un mal sueño todos los cuentos y medias verdades que habían acunado mi infancia, todos los personajes que habían ido pasando por ella para dejar su extraña huella, todas las fantasías crueles o piadosas que habían venido zumbando en mis oídos inocentes y en las que ya no volvería a creer, ni siquiera en Astrid, ese primer amor que yo había considerado también absoluto y único y que ahora me parecía tan fugaz e ilusorio como esa quimera de inventarse, a la medida de nuestra orfandad, el amor de una madre virgen que se hubiera hecho carne bajo la apariencia mortal de una estrella de cine (¿ Pensé de verdad entonces todo esto o es ahora cuando, al hilo de la narración, con la distancia del tiempo, vengo a cargar de significación aquella escena ? " No me contéis más cuentos..." había gritado en esa época antes de morir en el exilio - inútilmente, porque la censura impediría que su testamento poético pudiera servirnos de aviso - uno de nuestros más malditos poetas, género literario a cuyo fulminante silenciamiento tanto habían contribuido los correligionarios de mi padre. Y en eso me parecía a mí que había ido consistiendo hasta entonces esa corta vida que me disponía a dejar atrás: en ficciones y fábulas interminables, perfectamante entreveradas y urdidas hasta parecer casi verosímiles, como las que me leía junto a la cama la encantadora Berenice; pero ¿ de verdad era yo tan iluso de creerme que era sólo un problema de edad y que una vez acabada la adolescencia iban también a acabarse los cuentos?) En todo caso, apenas mejoré y pude volver a valerme por mi mismo, tía Fanny, impresionada por la alergia

que yo experimentaba ante su presencia pero sobre todo por mi malhablada palabrería, se apresuró a sacar un billete de tren para enviarme de regreso a casa, haciendo votos para que sólo la insalubridad del clima marino y no un más grave desorden de la mente pudiese haber estado en el origen de ese virulento rebrote de mi enfermedad.

LA DECADA PRODIGIOSA

En realidad estaba a punto de acabarse en el resto del mundo pero a nuestro país - proclive desde antiguo a abismarse en sus propios prodigios más que a seguir la estela de los extranjeros- la mayor parte de las modas de cada tiempo histórico no solían llegar nunca y estábamos tan hambrientos de ellas que cuando lo hacían no íbamos a quejarnos encima de que vinieran con una década de retraso. Y cómo suele suceder lo primero que cambiaron fueron las apariencias, de forma que cuando regresé de mis vacaciones solitarias para iniciar un nuevo curso, me encontré con que mis hermanos habían sustituido las reglamentarias ropas escolares por una estrafalaria combinación de zuecos y sandalias, pantalones campana, camisas de cuellos disparatados y colores chillones, pulseras y pañuelos, y sobre todo habían modificado sus peinados porque ahora, rebeldes a los tradicionales cortes a cepillo, los cabellos venían a sobrepasar sus orejas y a desparramarse sobre los ojos en forma de flequillos exorbitantes; y al llegar al hogar lo primero que hice fue entrar al dormitorio con la intención de retirar el retrato de Nuestra Falsa Madre, esa impostora que había velado tantos años nuestros sueños infantiles y que, ahora que se me había caído la venda de los ojos, podía identificar como otra imagen de Mrs Winter en la mansión de Manderley, a todas luces la actriz y la película favoritas de mi padre; pero ni siquiera hizo falta que me tomase la molestia porque mis hermanos ya se habían encargado de ello, reemplazándola en la decoración de nuestros cuartos por posters de cantantes y conjuntos de rock, recortes de revistas musicales, reproducciones de deslumbrantes motocicletas de alta cilindrada y fotografías de las actrices internacionales más guapas y desenvueltas, capaces de ofrecernos un amparo bastante más excitante que la antediluviana Joan Fontaine. Y aún había yo de encontrar más novedades en mi casa porque en el tocadiscos que nos había regalado nuestro padre el año anterior para ir

iniciando a sus hijos en los refinamientos de la música clásica no sonaban ahora sino, por una sorprendente simultaneidad - y una apertura aún más sorprendente de nuestro infranqueable Régimen a las influencias del mundo exterior -, los mismos discos con los que había intentado boicotear mis clases Astrid, esos sonidos sincopados nacidos en Memphis o Liverpool, California o Londres, una tormenta sónica que pasó a desatarse también en nuestra patria con la sibilina coartada de que sus trémolos y trenos no podían pervertir nuestros oídos - ya que las letras eran completamente insulsas, además de venir en inglés casi todas - y porque toda su capacidad desestabilizadora no parecía dirigirse a transformar las mentes de los jóvenes sino tan sólo el ritmo de sus pies.

" ! Está bien, criaturas disipadas y sin cerebro! ! Ahora que ya conocéis los pecados del demonio y la carne, ha llegado el momento de ilustraros con aquellos que provienen del mundo!", tronó el padre Justo con su voz cuartelera, " ! y si alguno de vosotros ya sabe lo que quiero decir o tiene alguna objeción que plantear que dé un puñetero paso al frente!" y al decirlo su dedo índice repasó admonitoriamente las melenudas cabezas de su auditorio sin obtener respuesta de ninguno de ellos (Una inesperada lección magistral con la que nuestros padres profesores intentaban anticiparse a las posibles alteraciones del orden o desviaciones de la doctrina que pudieran producir las nuevas modas, tarea misionera para la que a primera vista no parecía muy indicado el padre Justo pero cuya elección se justificaba en el hecho de que el otro posible candidato, el padre Angélico, había sido apartado de la docencia y condenado a seis años y un día de reclusión porque le habían sido intervenidos, durante una redada rutinaria en su celda, numerosas revistas y libros de autores prohibidos) " ¿Créis estar de vuelta de todo, no?, descubriendo la pólvora a estas alturas... No os interesa ya otra cosa que las novedades y pamplinas que nos llegan del extranjero... Y bien, de acuerdo, ya no es obligatorio cantar el himno nacional por las mañanas, tampoco la misa diaria, podéis suprimir las corbatas y las gorras, las ligas de los calcetines, los zapatos de horma reforzada, podéis soltaros el pelo, vestiros como muñeconas afeminadas, escuchar esas jerigonzas bárbaras, saltar como canguros tullidos, decir alguna palabrota que otra, perder jodidamente el tiempo, incluso fumar a escondidas en el retrete... ¿ No queríais libertad? !!! Ya la tenéis, venid a tomarla, es vuestra!!!" (Aquí el padre Justo volvió a desafiar con su centelleante mirada a aquel extravagante auditorio sin que osase moverse una mosca hasta que sus ojos fueron a clavarse como un dardo en el pupitre donde yo estaba sentado) " ! En pie, chaval, pónte de pie

cuando te preguntan!" (¿ por qué me elegía siempre a mí, es que no podía ser más discreto ? ¿ o acaso era porque yo había pasado a ser el único de la clase que continuaba vistiendo todavía el uniforme escolar?) " ¿ Podrías decirme, podrías explicar a tus compañeros cuánto tiempo hace que existe nuestra religión y nuestro régimen?" " Van a cumplirse dos mil años, reverendo padre", contesté sin dudar. Satisfecho, el padre Justo se dirigió de nuevo al auditorio: " ¿ Y creéis, infelices jovencuelos, que en dos mil años no da tiempo a que vayan y vuelvan todas las modas que sea capaz de imaginar la calenturienta mollera del hombre? Túnicas holgadas y ceñidas, largas hasta los pies, a media muslo, por las mismísimas ingles, coturnos, escaarpines, chinelas, sombreros de ala ancha y ala corta, encajes, sedas, tafetanes, cabezas afeitadas o teñidas de mil colores, hombres de pelo en pecho completamente maquillados, barrigas al aire, entrepiernas ajustadas o libres, mujeres con escotes de vértigo, ancianos venerables coronados con largas y empolvadas pelucas o alocadas muchachas que han olvidado ponerse, bajo sus ceñidos blue-jeans, ni siquiera unas mínimas bragas..." (Aquí, quizás por lo vívido de la imagen, un suspiro general rompió el religioso silencio) " ¿ Y qué significa todo este ir y venir, todo ese vestirse y desnudarse, toda esta feria de vanidades? ¿ Pensáis que cambia realmente algo?" " Nada, reverendo padre", dije yo sin dudar y sin haber sido directamente preguntado, originando que el padre Justo regresase a mí su atención. " Bien, muchacho, bien; y si alguno duda de ello no tiene más que mirarte a tí con tu aspecto de perfecto empollón, echar después una ojeada a esos vándalos desastrados que nos rodean y terminar fijándose en la falda que llevo yo que, más que propia de un pastor de almas, parece de una viuda decimonónica. ¿ Y, sin embargo, no estamos todos en la misma clase? ¿ No formamos, pese a las apariencias, un solo conjunto perfectamente cohesionado? ¿ Una unidad de destino en lo universal? ¿ Una sola nación grande e indivisible ?" " Sí, reverendo padre", volví a responder yo, pero él se había desinteresado ya de mis respuestas y hablaba de nuevo para la totalidad del alumnado: " Ya lo sabéis, pues, sois libres, disponéis de vuesta propia y entera libertad para vestiros de payaso, para escuchar vuestras canciones ridículas, para entregaros a fondo a la imitación de lo foráneo y vegetar a gusto en la disipación y la ignorancia; pero, ! cuidado con los límites, atención a lo que se dice, cautela con lo que se canta, porque por encima de todos nosotros existen unos Principios Fundamentales que son universales, inamovibles e inviolables! " (Respiró hondo un par de veces, carraspeó hasta afinar su garganta y luego el padre Justo, alzando sus temibles manos como si dirigiese un orfeón, entonó la despedida ritual:) " ¿ Quien gobierna por siempre y para siempre sobre el

destino y la voluntad de los hombres?" " !! Nuestro Padre !" , contestamos nosotros al unísono. " ¿ Qué aguarda a los enemigos del Padre?" "!!! El infierno, la prisión y el exilio !!!" (Pero una vez terminada la clase, cuando llegó la hora del recreo y por tanto el momento de recomenzar con el intercambio de discos, pegatinas y fotos de los distintos ídolos musicales, ninguno de aquellos muchachos, inmunizados por el tiempo puesto que habían crecido desde la misma cuna alimentados diariamente con una sobredosis de predicaciones y consignas, recordaba otra cosa de la sabia lección del padre Justo que el hecho sorprendente de que, dejándose llevar por su elocuencia, se había olvidado de administrar los castigos corporales correspondientes al último examen de matemáticas.)

En cambio yo, en lugar de correr a los patios, me quedé esperando a la salida del aula para hablar en privado, lejos de cualquier indiscreción de mis compañeros, con mi director espiritual: " La grey está en peligro, sin duda", me dijo el padre Justo, " pero no podemos salvar ni condenar a esos corderillos descarriados sin tener antes pruebas, evidencias indiscutibles..." - y después me pasó la mano sobre los hombros y continuamos la conversación paseando los dos por el pasillo acristalado, componiendo ante ojos ajenos la estampa clásica y perfectamente inocente del tutor que se demora en resolver las dudas académicas de un alumno - "Hay que mojarse más, muchacho, mucho más... acudir allí donde va a cometerse el pecado, a primera línea, pillarlos en delito flagrante... Al mal, como al peligro, hijo mío, hay que atreverse a contemplarlos como nos enseñó el Padre con su ejemplo, cara a cara, frente a frente, bien de cerca."

Unos minutos antes de las seis de la tarde, frente al viejo edificio vetusto e imponente que se había salvado de milagro de la desamortización del diecinueve y de la quema general de los años treinta, un observador experimentado hubiese sido ya capaz de percibir una discreta animación de sombras que iban y venían, que tomaban posiciones en los alrededores, pese a que todavía la calle continuaba ofreciendo el mismo aspecto desierto y tranquilo del resto de la jornada; unos movimientos en realidad tan sigilosos que cuando a la hora acostumbrada se asomase a la verja exterior la Madre celadora de turno, nada distinguiría que pudiera hacerle recelar; y así, en la confianza de la rutina, haría girar los goznes de la verja y se desplazaría a un lado con toda la aparatosidad de su hábito dispuesta a devolver al mundo esas preciadas joyas de cuya custodia tenía a gala su Orden hacerse cargo como el más

sagrado deber; y allá irían las muchachas de vuelta a casa, en fila todavía, con sus guardapolvos grises y sus camisas blancas, con sus chaquetillas de lana azul; y con sus trenzas y coletas y sus mocasines negros y con los calcetines que tendían a caerse sobre el tobillo...Todas con el mismo vestido, mimetizadas por el uniforme como sus profesoras por el hábito, intencionadamente despersonalizadas para arrancar de raíz todo intento de singularidad tentadora, de coquetería individual; y aún así, si uno se fijaba, si uno se fijaba... Pero yo no estaba allí para fijarme en las diferencias fisionómicas de las alumnas sino para tomar buena nota de como, apenas doblaban el cabo de la calle y se perdían de la mirada protectora de la Madre Portera, aquellas delicadas alumnas del colegio de las Esclavas de la Pureza de Nuestra Madre se transformaban en un tropel, en una barahúnda, porque en esa misma esquina venían a tropezar con la masculinidad sobredimensionada de la Masa que se apoyaba contra la tapia cerrándoles el paso de la acera; con Primo que había encendido un cigarrillo cuyo humo arrojaba provocativamente a la cara de las muchachas; Alien que se contorsionaba de pie sobre la valla imitando los movimientos pélvicos del rey del rock y Gemelo que, como un precoz exhibicionista, abría de golpe su chaquetón afgano cuajado de bordados para ofrecerles a buen precio las mejores fotografías y portadas de singles de los más sensuales ídolos musicales y cinematográficos (Y aquí sí que las chicas comenzaban a diferenciarse de verdad como el trigo limpio de la cizaña, porque mientras la mayoría de ellas bajaba pudorosamente los ojos y con un rubor encendido en las mejillas apretaba el paso para pasar de largo de la provocación, había otras que se retrasaban del grupo, que comenzaban a contonearse aún más descaradamente que Alien, se entretenían en tirar besos a sus admiradores, hacer gestos obscenos y hasta algún ademán de acercarse hasta Ursus para comprobar si sus músculos resultaban tan duros al tacto como a la vista aparentaban; y cuando terminaban de pasar esas díscolas todavía quedaban por venir las peores, las que, apartándose directamente del camino recto iban siguiendo a mis hermanos por alguna calle lateral para poner tierra por medio del colegio) Solían ser tres, casi siempre las mismas, y habían sido recibidas en la iglesia del Padre con las tradicionales advocaciones femeninas de Amparo, Consolación y Socorro; y con esos nombres parecían haber terminado todas sus inclinaciones por la tradición porque conforme iban alejándose de sus condiscípulas se soltaban las trenzas, se pasaban unas a otras el más encarnado lápiz de labios, fumaban del pitillo que les pasaba Primo y se subían el largo de las faldas sujetándolo con imperdibles a una altura que casi permitía contemplar la totalidad de sus piernas flacas y desgarbadas. "¿No

esperamos a vuestro hermano?" - dijo una vez Amparo con el cigarrillo entre los dientes, reconociéndome a lo lejos por más que yo tratase siempre de pasar desapercibido - "Déjale", dijo Primo, "A Agonías no le gustan las chicas, le tienen comido el coco los cuervos" - y lo dijo bien alto para que yo lo oyera.

" ¿ Como cuánto?" - me susurró la voz en la penumbra con su inconfundible tono imperativo - " ¿ Como cuánto de qué?" " Las faldas, como cuánto de cortas, ¿tanto como para que lleguen a vérselas...?" " ¿ Las bragas? Claro que se les ven, apenas corren o se agachan" " Sigue, dime lo que hacen después" " Fuman más cigarrillos, mascan chicle, a veces cuando mis hermanos tienen algo de pasta las invitan a beber coca-cola o cerveza; se ríen, cuentan chismes, juegan..." " ¿ Juegan a qué? ¿ No puedes ser más preciso?" - a través de la celosía apenas podían distinguirse los movimientos impacientes de cabeza de mi director espiritual- " A muchas cosas: al telegrama, a la cerilla, a las prendas..." " ¿ Prendas ?, ¿ qué tipo de prendas? " " No son gran cosa, quitarse un zapato, un calcetín, subirse un poco más la falda, desabrocharse algún botón, dar un beso aquí o allá..." - y la verdad es que a la luz de mis pasadas experiencias sexuales, si lo comparaba con las abominaciones en las que yo había participado durante mi corta pero intensa vida de pecador, me maravillaban las molestias que se tomaban mis hermanos para alcanzar unos resultados tan escasos - " Lo máximo a lo que han llegado fue cuando Socorro tuvo que entregarle su sujetador a Ursus" " ¿ El sujetador? ¿ Quieres decir que se desabrochó por completo la camisa, que le mostró a plena luz las...?" - la voz del padre Justo parecía expresar tal ansiedad que me apresuré a apaciguarle con mis palabras- " ! Qué va! ! si Ursus no le ha visto las tetas a una chica en su vida ! Lo que hizo Socorro fue sacarse el sostén por el cuello de la camisa, nada más..." - Hubo a continuación un silencio más o menos largo que, puesto que no podía distinguir la cara de mi interlocutor, tampoco fui capaz de interpretar. ¿ Se sentía quizás decepcionado de nuevo por la falta de mayor sustancia pecaminosa en mis informes ? Por si acaso, quise mejorar la impresión - " Lo peor aún está por venir, padre, mis hermanos están tramando algo " " ¿ Qué, hijo mío? " - y esta vez si noté cierto desencanto en su tono- " ¿ Qué entiendes tú por tramar algo?" " Será el próximo sábado, nuestro padre estará de viaje y han invitado a las chicas a casa, lo tienen todo planeado, van a organizar un guateque" "¿Un guateque ?, ¿qué demonios es eso ?" "Fumar, beber, escuchar música, apagar las luces, bailar a solas..." " ¿A solas? ¿Sin ningún adulto presente, chicos y chicas a su aire, con todo el campo libre y a su

antojo? !Joder, pero si eso es un atentado contra el orden público, un pecado de la máxima trascendencia, un delito de reunión ilegal!" - Los gritos del padre Justo traspasaron el ámbito del confesionario con riesgo de alertar al resto de los feligreses, escasos la verdad, que se encontraban a esas horas en la capilla del colegio; y como tampoco tenía ya más que decirle creí llegado el momento oportuno de despedirme: "La absolución, padre" - pero a él acababa de ocurrírsele una penitencia bastante más original que endilgarme las habituales tres ave marías: "Vas a ir, vas a asistir a ese guateque... Esa será la forma de expiar tus pecados" " ¿ Yo? No es posible, me descubrirán, allí no habrá donde esconderse, será imposible mantener la distancia crítica" "Pues no la mantengas, me da igual, quiero un informe detallado, invéntate algo... Y si pretendes pasar desapercibido procura vestir de una manera más informal, más propia de tu edad...¿ Es que nunca te has sentido joven?"

Pese a lo que pudieran continuar pensando mis hermanos yo había dejado de ser un beato, al menos lo que se entiende por un beato en el sentido estricto de la palabra: desde luego que ya había perdido la fe materna, pero aún no me sentía capaz de renegar del Padre y del poder vicario que en mi país y en aquel tiempo encarnaban los padres profesores; y eso que la vida me había aportado ya algunas graves decepciones, como el descubrimiento de las mentiras tramadas en torno a Nuestra Madre que no podía olvidar aunque quisiese, pero por encima de todas estas consideraciones lo que más pesaba en mi ánimo, lo que más me irritaba era la forma en que mis hermanos haciendo gala del más servil papanatismo, en su fascinación por todo lo extranjero, trataban de imitar - sin lograr alcanzar desde luego las mismas metas, puesto que partían de unas condiciones objetivas bastante más traumáticas - además de las ropas, las maniobras nocturnas que mi prima Astrid y su pandilla internacional habían estado practicando, en mis propias narices, durante todo el verano anterior. Aunque irritado y todo, conforme a las órdenes recibidas, tuve que hacer de tripas corazón y salir al encuentro de mis hermanos que andaban como locos con los últimos preparativos: "¿Puedo ayudar en algo?" " ¿ Tú?", se sorprendió Primo de mi ofrecimiento, " mejor te vas al cine, no creo que te guste demasiado la que vamos a organizar esta tarde". Y una vez neutralizada Soledad (que se resignó a enclaustrarse en su cuarto porque aunque vieja y gruñona seguía siendo desmesuradamente comprensiva con sus pupilos), Primo pasó a hacerse cargo del tocadiscos, asumiendo, como correspondía a su jerarquía, el papel estelar de combinar y marcar los distintos ritmos de baile; Gemelo y Alien se entregaron a la fabricación de la

primera sangría de su vida mientras la Masa hacía pruebas de resistencia de la pista saltando sobre el suelo con todo el peso de su descomunal envergadura; Último era demasiado pequeño para tener alguna misión que desempeñar y yo me limité a dar vueltas como un animal enjaulado en mi propio dormitorio (irreconocible de tan transformado gracias a las toallas en la ventana, la multiplicación de posters y un primitivo sistema de luces rojas que había fabricado Alien) en espera de que llegasen de una vez las invitadas de honor de la noche. Y aunque yo había tenido ocasión de observarlas cuando salían de clase en tantas ocasiones anteriores, apenas pude reconocer que aquellas teen-agers de llamativos maquillajes, botas de altísima plataforma y minifaldas casi por el ombligo, pudiesen ser en realidad esas mismas Socorro, Amparo y Consolación que - con tan escaso recato por otra parte- vestían a diario sus uniformes de colegialas. Pero ya entonces Primo, que estaba pendiente de los menores detalles de la ceremonia, había pinchado el primer single y todos comenzaron a contorsionarse bajo las luces rojas, actividad que aunque ridícula no parecía susceptible de constituir mayor atentado contra la moral porque el vértigo de los saltos impedía a los bailarines todo intento de magrear a su pareja (y eso que alguno de aquellos temas rápidos ostentaban títulos tan sospechosos como "Revolution", "Back in the USSR" o "Sympathy for the Devil"), de manera que incluso yo mismo podía permitirme dar algunos tímidos pasos sin dejar de vigilar de refilón el nivel ascendente que las mínimas faldas de las chicas iban alcanzando a cada golpe de caderas. Hubiera sido de todas formas bastante ingenuo por mi parte suponer que mis hermanos se habían tomado tantas molestias y realizado tantos preparativos con la sola finalidad de sudar rítmica y deportivamente, y pronto, una vez mediada la sangría y roto el primer hielo, volvió Primo a tomar la iniciativa estrechando en sus brazos a una de las nínfulas y dando así por iniciada la hora de los lentos.(" La oscuridad, el abundante consumo de alcohol y la elección de músicas más cálidas e insinuantes ejercen, sin duda, un efecto hipnótico sobre los jóvenes que se manifiesta en el enrarecimiento de las relaciones, la subida de temperatura, incluso en las respiraciones sofocadas...", anoté disimuladamente en mi cuaderno de campo, ..." por lo que se refiere al contenido de los diálogos conforme va pasando el tiempo resulta más difícil de descifrar, ya que las parejas cuando no están calladas la mayor parte del tiempo hablan tan sólo a media voz y además con una lengua tan estropajosa que ni entre ellos mismos se entienden...") Baile a baile iban turnándose mis hermanos (que aprovechaban los momentos de desaparejamiento para cargar furtivamente con generosas dosis de ron y ginebra o pastillas de

inverosímiles propiedades afrodisíacas la graduación de la sangría) y con un acendrado sentido comunitario se pasaban de unas manos a otras los cuerpos cada vez más sobados y dóciles de sus Esclavas favoritas (es decir de Amparo y Socorro, porque Consolación, poco favorecida por el gusto común, llevaba un buen rato contemplando desde la barrera, como hacía yo mismo, aquellas pegajosas suertes) Habían transcurrido ya " Aphrodite Childs" , " Small Faces", los " Doors", " Jefferson Airplane", " Shocking Blue", Simon and Garfunkel, incluso Cat Stevens, cuando, cansada de esperar una invitación que no llegaba y decidida a quebrantar las reglas del juego, la Esclava desdeñada hizo dejación de su pureza y se plantó frente a mi silla: " ¿ Bailas?" - dijo- " este que viene es mi tema favorito", y contra todo pronóstico me vi bailando " Eloise" con Consolación entre mis brazos, esforzándome en mantener las distancias frente a aquel adefesio oficial (y no es que Consolación fuese tan fea, es que le había tocado jugar ese papel en su grupo de amigas, como solía sucederle siempre a la Masa entre mis hermanos, con quien, a pesar de sus músculos, las chicas no querían bailar porque temían por anticipado la contundencia de sus pisotones) " ¿ Que te pasa? ", me susurró al oído mi pareja, " Te noto ausente, como si estuvieses en otra parte" " Es por el ruido que haces" dije inventándome una respuesta rápida para disimular mi condición de infiltrado , " yo no soporto el chicle". Y entonces, complaciente como le habían enseñado a ser en el colegio, Consolación extrajo de su boca la goma de mascar y la pegó contra el dorso de su mano para volver a pegar luego su mejilla contra la mía y continuar así bailando: "Me han dicho que escribes poesía", dijo al cabo de un rato, "¿Qué tipo de poesía, versos de amor?" "Yo no creo en el amor", le respondí tratando de mostrarme lo suficientemente cortante para que la conversación no se encaminase por tan dolorosos derroteros, "antes sí, pero ya no". El suspiro de Consolación en mi cuello me demostró hasta que punto era ella capaz de compartir mi desencanto, el lado seductoramente romántico de mi decepción amorosa: "¿Sabes? Lo que más me gusta de tí es que eres tan distinto a los demás, y no sólo por la manera de vestir: tú sí que sabes respetar a una chica" y para comprobar que tenía razón no había más que mirar alrededor y contemplar como Primo se daba al pico con Amparo hasta llegar a tener sus labios aún más pintados que los de ella, o como Gemelo trataba de compensar la diferencia de tamaño y edad que le separaba de Socorro poniéndose de puntillas para alcanzar a hundir su imberbe rostro entre sus bien desarrolladas tetas. "Déjate llevar, déjate mecer por la música, no tienes por qué sentirte tenso conmigo", me aconsejó entonces Consolación con los ojos cerrados, porque en su opinión yo ya había demostrado suficientemente lo caballero que era y

además ella había eliminado ese chicle que tanto parecía molestarme, así que, como también había tenido que esperar ya más de la cuenta, desarmó con una rápida llave de lucha libre la barrera que marcaban mis brazos, me rodeó bien fuerte entre los suyos y apretó su pelvis contra la mía mientras empezaba a frotarse arriba y abajo con un particular sentido del ritmo y buscaba a la vez, con la lengua completamente fuera, las profundidades de mi boca. Y en ese trance, atrapado como me sentía, incapaz de mantener la distancia crítica por más tiempo, me había olvidado ya por completo de mis anotaciones en el cuaderno, de la misión sagrada que me había arrastrado hasta allí y hubiera terminado por caer con todo entusiasmo en la tentación de no ser porque justo en ese momento se produjo el desastre, el terremoto, el cataclismo histórico en forma de una sombra que vino a proyectarse de repente en el umbral de nuestra habitación, bañada en la luz roja, como incendiada por la cólera, la sombra inconfundible de nuestro padre que por algún motivo inesperado había suspendido su viaje de negocios anticipando su regreso a casa. Y por buscar algún paralelismo que explique nuestro aturdimiento de entonces pueden compararse las carreras que comenzamos a dar por nuestro cuarto - buscando ellas sus bolsos y abrigos, silenciando nosotros el tocadiscos, ocultando ceniceros, vasos y botellas- con las que debieron correr los aterrorizados habitantes de Herculano o Pompeya por las calles de su ciudad mientras el Vesubio se encendía sobre sus cabezas amenazando con derramar en cualquier instante una mortal lluvia de ceniza y lava; o si se prefiere un símil más teológico comparar nuestra agitación del momento con los inútiles intentos que realizaron los primeros Hijos, Adán y Eva, para disimular la desnudez de su vergüenza y ocultar su primer pecado a los ojos de un Padre que, además de haberlo visto ya todo, había tomado de antemano la decisión inapelable de castigarles. Y como tantas idas y venidas suelen resultar en un vertiginoso mareo si se combinan con una ingesta abundante de alcohol, Ursus terminó por detenerse en medio de la pista, los ojos desorbitados y el equilibrio inestable, incapaz de sostener por más tiempo los vasos de papel en la mano cuyo contenido, al igual que toda la cantidad que había logrado introducir en su desmadejado cuerpo, arrojó repugnantemente a nuestros pies. "¡Joder, qué asco, qué hostia de mierda! ", exclamó una de las chicas que se había visto salpicada por el temporal, recogiendo su abrigo para marcharse a toda prisa; pero aunque nuestro padre era más bien chapado a la antigua y no compartía en absoluto esos usos modernos de incorporar en el lenguaje femenino tan sonoras blasfemias, nada dijo sino que se limitó a esperar en silencio hasta que la última de las Esclavas hubo abandonado su casa, y una vez en familia, en el habitual ambiente de

hombres solos, sí que se volvió bastante más expresivo: "Abrid las ventanas, ventilad este estercolero, os doy media hora para borrar hasta el mínimo rastro de esta asquerosa orgía. Quedan incautados todos los discos, suspendidas las pagas y los permisos para salir hasta nueva orden. Esta noche no hay cena... del corte de pelo y de la forma en que vais a vestir a partir de ahora hablaremos mañana".

TEORIA Y PRAXIS REVOLUCIONARIAS

Entramos en la Universidad empujados por la marea ascendente del movimiento Antipatria que había pasado a extenderse entre la juventud como un reguero de pólvora; y si no parece necesario insistir en las razones por las cuáles todos coincidimos en sentirnos cansados al unísono de padecer el despotismo paterno, hartos de su inmovilidad y su rigor, aburridos de los viejos discursos y dogmas, sí llama la atención, en cambio, que a la hora de enfrentarnos al Padre de la Patria resultase imposible conseguir una mínima unidad de acción y que difiriésemos tanto entre nosotros como para formar cientos de grupos y organizaciones que, aunque genéricamente integradas en el movimiento Antipatria, no dejaban jamás de dividirse, fraccionarse y escindirse. En concreto y en nuestra Universidad, aunque podían contabilizarse un centenar largo de organizaciones políticas, tres eran entonces las principales: la Organización Revolucionaria de Seguidores Incondicionales del Padre Rojo, la Joven Guardia del Padre Rojo y la Bandera Roja del Padre Rojo.

Ya el mismo sábado por la mañana se recibieron en nuestra casa varias llamadas telefónicas interrumpidas de manera extraña antes de que el interlocutor se identificase y por la noche, apenas salió mi padre para una cena de negocios, colgó Primo un llamativo pañuelo azul celeste en la barandilla de la terraza que nadie hubiera podido relacionar con el ejemplar de una conocida revista ilustrada que yacía abandonado en un banco de la calle; y después de estas señales ópticas, tras una serie ordenada de timbrazos en clave y con una cadencia de quince minutos entre los distintos visitantes fuimos alcanzando el quórum previsto de la reunión cuyo tema, habida cuenta de que todos traían bajo el brazo un grueso tomo de "

Absolutismo democrático y Principios Teológicos del Estado" no parecía ser otro que estudiar los singulares mecanismos de participación política vigentes en nuestro Régimen con vistas a los próximos exámenes parciales universitarios; y sin embargo una vez abiertos los libros, las cosas vinieron a demostrar ser muy distintas de lo que parecían porque bajo las solapadas tapas las verdaderas páginas correspondían en realidad a las del proscrito y perseguidísimo Libro del Padre Rojo (Reconozcámoslo de una vez: tras la inocente apariencia de una sesión de estudios, aquella era en realidad una reunión de formación de militantes de una célula clandestina de la Joven Guardia del Padre Rojo, organización en la que yo me había decidido a militar, y en cuyas reuniones participaba por primera vez, no porque se diferenciase gran cosa de las otras ni mucho menos porque mi hermano Primo fuese uno de sus dirigentes, sino porque la Joven Guardia tenía reputación de incluir en su militancia a las muchachas más progresistas de la Universidad) El tema de ese día correspondía al capítulo XXI del Libro, " Apoyarse en los propios esfuerzos y trabajar duro" y en concreto estábamos analizando esa fábula china llamada " El Viejo Tonto que removió las montañas", de la que el Padre Rojo, tan propenso a las parábolas y a los acertijos, había sabido extraer jugosas enseñanzas para la causa popular. " Creo que lo he entendido", dijo Socorro, " el texto quiere decir que además de trabajar duro, si queremos conseguir algo tenemos que tener también confianza en nosotras mismas", " y que con esperanza en la capacidad revolucionaria de las masas podemos remover los más grandes obstáculos ", recalcó Amparo, " y tambien que con fe en el partido derrotaremos al imperialismo y al revisionismo", concluyó Consolación, y a todas ellas iba asintiendo la mirada atenta de nuestro responsable de célula que se sentía realmente satisfecho del nivel ideológico que íbamos alcanzando, y de ese modo parecía transcurrir apaciblemente la tarde, sentados todos alrededor de una mesa camilla que ahora - tras los cambios decorativos que nos había impuesto nuestro padre- ocupaba el centro de una habitación desnudada del antiguo desorden de chinchetas, fotos y posters y cuya nueva decoración se reducía a una sola imagen enmarcada: una reproducción barata de una Madonna con el Niño de Botticelli, elegida entre tantas otras para sustituir el fotograma de Joan Fontaine porque al menos respondía más al standard de las clásicas vírgenes y eso que no perdimos mucho tiempo en una elección que para nosotros representaba nada más que una simple fachada ya que si se le daba la vuelta al cuadro - y solíamos hacerlo cuando celebrábamos nuestras reuniones-, venía a sustituirla otra vieja estampa, de familia también, desde la que nos contemplaban, no aquellas deslumbrantes actrices de los viejos tiempos - y

sueños- sino las cabezas de cinco ancianos patriarcas de oscuros levitones, ceño adusto y severas miradas (¿ Los antepasados de mi padre, sus manes familiares ? , ¿ acaso aquella saga de obreros tipográficos que había venido a extinguirse dramáticamente con el fusilamiento del abuelo ? Pero no podía ser porque entonces no hubiera tenido sentido esconderlos y además los retratados pertenecían a distintas razas y culturas - los dos primeros habían sido alemanes, los dos siguientes rusos y el último, chino - y si uno se fijaba descubría que se trataba en realidad de un fotomontaje y que aquellos bustos ceñudos que presidían nuestros seminarios no podían haber posado nunca juntos porque pertenecían a distintas épocas y sólo un propósito didáctico y ejemplarizante les había reunido en esa imagen imponente desde la que se asomaban a contemplar el devenir de la Historia humana) Había más cosas que podían descubrirse en el retrato camuflado: la evolución menguante que en materia de pelambreira se apreciaba desde el más viejo al más reciente de los patriarcas - los dos primeros lucían largos cabellos y barbas, el tercero la cabeza perfectamente calva y una breve perilla, el cuarto se conformaba con lucir un espeso bigote y el último parecía ser barbilampiño y no llegaba a exhibir su cabello porque lo ocultaba bajo una gorra militar -; y como de los cinco, cuatro habían ya muerto, era fácil deducir que aquel retrato lo había encargado el único superviviente, precisamente el Padre Rojo, y que con esa secuencia revolucionaria quería también, en cierto modo, además de hacer profesión de pureza ideológica, investirse heredero de tan prestigiosa dinastía paterna. " Es tu turno, Agonías, ¿ vamos a tener que esperar toda la tarde a que nos comuniqués tus conclusiones ?" me amonestó entonces nuestro jefe de grupo y yo, avergonzado de mi divagación, me esforcé por recuperar el hilo perdido de la realidad: " ...Y también debe querer decir que con caridad y resignación alcanzaremos la vida eterna", dije, y como si no lo hubiese estropeado ya bastante, añadí " No sé por qué este capítulo me recuerda tanto al catecismo del colegio" (La Masa cerró entonces inquietantemente sus puños, pero Primo, curtido ya en los debates dialécticos, supo mantener la calma y no ceder a las provocaciones) " Nuestro Dios no es otro que las masas populares de China. Si ellas se alzan y cavan junto con nosotros, ¿ por qué no vamos a poder eliminar esas montañas?", y para recalcar aún más el prodigio de su memoria revolucionaria dio referencias adicionales de la cita, " Obras Escogidas del Padre Rojo, Tomo III, 54". Hubo a continuación un profundo silencio con el que pretendían sin duda apabullarme aún más, pero yo no estaba por la labor esa tarde: " ¿ Crees que en ese libro están las respuestas a todos los problemas del mundo, verdad?" " Por supuesto", dijo Primo,"

porque es un manual condensado del entero pensamiento del Padre Rojo; contiene todas las respuestas, no tienes más que buscar en el índice". Y mientras mis compañeras repasaban la gran variedad de materias sobre las que había reflexionado nuestro Líder, yo ni siquiera tuve necesidad de ese repaso: " Falta algo fundamental, un tema que ni siquiera menciona" " ¿ Ah sí?", mostró mi hermano su escepticismo, " ¿ y qué es?". " Sexo", dije yo, " no dice ni una sola palabra sobre sexo" (Hubo esta vez, más que silencio, todo tipo de susurros, miradas furtivas, enrojecimientos de mejillas y risitas tontas) " ¿ Y qué tiene que ver el sexo con la lucha de clases y con la construcción del socialismo?", alzó la voz entonces Primo. " Mucho", dije yo, " la libertad sexual es uno de los grandes enemigos de nuestra religión y nuestro Régimen, ¿ cómo es posible que el Padre Rojo ni siquiera se moleste en profundizar en ello?" (Ahora sí que, por primera vez, los murmullos de aprobación habían pasado a estar de mi lado y yo me decidí a apretar más las tuercas) " Sin revolución sexual, tampoco existe la revolución social", proclamé, "Los que hablan de revoluciones y de lucha de clases sin referirse a la realidad cotidiana hablan con un cadáver en la boca " y entonces Amparo, ruborizándose, vino también a tomar partido, " Creo que Agonías tiene su parte de razón", dijo, " el materialismo dialéctico no puede ignorar estas cuestiones que tanto afectan a la vida diaria de las masas populares" y como también Socorro y Consolación habían pedido la palabra, Primo decidió cortar por lo sano: " Está bien, por hoy ya hemos dedicado suficiente tiempo a los temas teóricos, ahora toca ocuparse de asuntos más prácticos pero no por ello menos importantes, por ejemplo, de la cuestión de los nombres...Por razones de seguridad no conviene que sigamos utilizando nuestras habituales identidades..." Y una vez rebautizados sin demasiados problemas los varones, que ya teníamos una larga experiencia en ello (Primo, cómo no, como " Número Uno" y la Masa, por razones de peso y porque los nombres vascos sonaban entonces de lo más revolucionario, como " Urtain"), aún tuvo que pasar bastante tiempo hasta que las antiguas Esclavas terminasen de encontrar sustitutos a esas raciales advocaciones de Nuestra Madre con que las habían individualizado sus progenitoras, aunque, sorprendentemente y en lugar de conformarse con denominaciones ortodoxas del panteón revolucionario (como Alejandra, por Kollontai, o Rosa, por Luxemburgo o Marta, por Harnecker) acabaron por elegir unos nombres de guerra bastante sospechosos de corresponder a la etapa anterior de nuestras vidas, ya que fueron a inspirarse en esas imágenes de Hollywood que habían decorado nuestra habitación en el inmediato pasado: Socorro eligió Mia, Amparo, Jane y Consolación, Katherine (por Farrow, Fonda y Ross, respectivamente). "

¿ Y yo? ", pregunté en último lugar porque tampoco se me ocurría por cuál decidirme, " tú no lo necesitas, el tuyo suena ya bastante estrambótico", dijo Número Uno y luego repasando críticamente mi aspecto me proporcionó nuevos y ácidos consejos, " pero sí podías tratar de vestir con mayor discreción, esto es una célula revolucionaria no una discoteca de moda" (porque yo, con pasión de neófito, después de desertar del convencionalismo de los catequistas, me había echado encima las más floridas camisas y acampanados pantalones y todos los collares y pulseras que había encontrado en el armario de mis hermanos para celebrar mi reingreso en la Fraternidad)

Nuestro padre sí que se mostraba encantado de la transformación que habían experimentado sus hijos, maravillado de la facilidad con que nos habíamos desprendido de las antiguas extravagancias para adquirir ahora una apariencia bastante más discreta (quizás faltaban todavía corbatas y sobraban las barbas y el exceso de pana en la vestimenta, pero ya se sabe que lo mejor es enemigo de lo bueno), asombrado del desinterés que mostrábamos hacia esos bárbaros discos de rock anglosajón con los que tanto habíamos torturado en el pasado sus oídos, sustituidos ahora por milongas, chamamés, sones y cumbias de letras un tanto impertinentes, eso sí, pero al menos provenientes del acervo musical hispánico. Pero lo que más feliz hacía a nuestro cabeza de familia era nuestra repentina afición por las reuniones de estudio en las que incluso participaban aquellas chicas otrora disipadas que él se había visto obligado a expulsar de su casa en el pasado y a las que ahora - reconvertidas en modelo de diligencia y buenas maneras- había vuelto a abrir las puertas de par en par. Y como todo ello no parecía ser sino un síntoma de que al fin sus problemáticos hijos íbamos camino de alcanzar la madurez y de que todos sus esfuerzos por educarnos en los valores patrióticos comenzaban a dar sus frutos, nuestro padre se propuso arreciar en sus arengas de modo que los almuerzos familiares alcanzaron también ese alto grado de politización que se respiraba en nuestras reuniones de célula, aunque de signo inverso porque lo que él hacía era aleccionarnos sobre los mejores modos de servir al Padre de la Patria y combatir a sus enemigos - que en aquel momento incluían a unos cuantos más de los que se imaginaba-; y como ninguno discutíamos sus acaloradas palabras y ni siquiera bostezábamos ni dábamos señales de aburrimiento en la mesa sino que parecíamos incluso asentir calladamente a su discurso, compartir sus filias y fobias, nuestro mentor alcanzaba tal éxtasis que ni siquiera cuando nos escuchaba responder en alta voz, y con la mayor unción, a esas oraciones en las

que agradecía al Padre el don de nuestros alimentos cotidianos, llegaba a sospechar que pudiera existir en nuestra actitud alguna trampa oculta (Pero la había, padre, y todo aquello que tú tomabas por manifestaciones de una conversión milagrosa producida por tus reprimendas no eran sino muestras de que nuestra lucha contra la patria potestad había alcanzado una fase cualitativamente superior, mucho más consciente y organizada, en la que ya no convenía desafiar abiertamente al enemigo: una prueba inequívoca de que habíamos pasado a la clandestinidad y que desde esas discretas sombras en las que transcurrían ahora nuestros pensamientos y nuestros actos nos preparábamos para asestar mucho más contundentes golpes).

La vida clandestina ofrecía, junto a sus numerosos inconvenientes, ciertas ventajas operativas, y entre ellas la de contribuir a forjar unas estrechas relaciones entre los militantes, ya que, puesto que compartíamos entre nosotros tantos peligros, parecía natural que intentásemos poner en común otras inquietudes y confidencias más personales; y así Jane ni siquiera se extrañó cuando le propuse estudiar conjuntamente ciertos conceptos particularmente abstractos del Libro Rojo e incluso llegó a ofrecer su propia casa para ello (en una ocasión en que, por razones de seguridad, estuviese, como es lógico, ausente su madre); y al salir a la calle en esa fecha señalada sentí la inspiración de comprar, de camino, media docena de rosas en una exclusiva floristería que le entregué a Jane como primer saludo en la puerta de su apartamento, aunque ella no pareciese desde luego haber comprendido lo especial de la cita porque en vez de arreglarse, vestía unos pantalones holgados y una camisa vieja, tenía la cara bien lavada de maquillaje, había recogido su cabello en unas nada sofisticadas trenzas, y además hizo un mohín de desagrado al recibir un obsequio tan claramente 'ancien regime ' como un ramo de flores. " Son rojas", dije, "rojas como la pasión ...y como la bandera revolucionaria" Y entonces ella, ruborizándose deliciosamente pero sin descuidar su intransigencia militante, encontró la referencia oportuna que le permitiese aceptar el obsequio: " ! Que florezcan mil flores, que compitan mil escuelas de pensamiento!" (y de este modo vino a confirmar que, tal y como sostenía el Número Uno, el pensamiento del Padre Rojo poseía el don de ofrecer respuestas en las más variadas circunstancias de la vida) " Construir nuestro país con laboriosidad y economía" era el título del capítulo sobre el que yo le había propuesto trabajar juntos pero como en realidad yo había urdido otros planes para esa tarde, puse mis propias cartas sobre la mesa de su habitación: " El otro día me

pareció que compartías conmigo la necesidad de extender el análisis revolucionario a nuevos campos de la realidad". " Claro", me respondió ella, " Para eso sirve el marxismo-leninismo, para interpretar, para arrojar su luz sobre la vida entera ". " Primo no parecía estar muy de acuerdo", objeté. " Bueno, es que tu hermano..." comenzó a decir Jane, pero luego dándose cuenta que criticar a los dirigentes del partido era una censurable actividad contrarrevolucionaria, dejó la frase sin terminar, " No lo entiendo muy bien ¿ de qué otra realidad me hablas ?". " De esta", dije yo , retirando las falsas tapas para descubrirle que mi disimulado Libro Rojo ocultaba a su vez un ejemplar de " La Revolución sexual" de Wilhelm Reich, un libro tan prohibidísimo como el otro pero que mi compañera examinaba con evidente aprensión, sin atreverse siquiera a sostenerlo entre sus manos: " ¿ No será obra de un reaccionario, de un lacayo del imperialismo, de un intelectual diletante, de un agente infiltrado del capital ? ¿ y de un social revisionista, de un dogmático renegado? ¿ estás seguro de que el autor es un marxista-leninista consecuente?", dijo al fin. " De los mejores", dije yo, " de los de primera hora". Y no fue preciso decir más, porque si pones al alcance de la más concienciada de las muchachas un libro de semejante título, no tardará mucho en dejar de lado sus prejuicios ideológicos, dar por suspendida la reunión, quedárselo prestado y emplazarte para comentarlo juntos en una próxima y prometedora cita.

Si bien en lo político no podían negarse los progresos que iba alcanzando el movimiento Antipatria, en otros terrenos resultaba más difícil calibrar si estábamos ante un avance o un retroceso, porque si tomábamos como referencia la época dorada de los guateques (y que quizás yo había mitificado porque apenas había tenido tiempo de disfrutarla), tendríamos que reconocer que entonces las relaciones entre los sexos parecían menos teóricamente elaboradas pero también más directas que las actuales, es decir, que para meterle mano a una chica no se necesitaba más discurso que un licor de la apropiada graduación, el auxilio de una luz tenue y un disco lo suficientemente lento, mientras que ahora, aunque se hablaba todo el tiempo de liberación social y sexual, nunca se encontraba el momento oportuno de llevar tales lecciones a la práctica; y ello porque se ensalzaba tanto la capacidad de lucha y se valoraban hasta tal punto los sacrificios revolucionarios que el mismo placer parecía un concepto desacreditado, y su búsqueda una maniobra dispersiva que distraía la firmeza de los militantes y así, sin darse cuenta, el movimiento Antipatria había ido poco a poco haciendo suyos conceptos tan queridos para la religión de mi padre como los de

sacrificio, renuncia y mortificación y aplazando para un futuro la realización de los deseos más inmediatos; y aunque nosotros comprendíamos perfectamente las razones tácticas que aconsejaban tal postergación, no dejábamos de padecer por ello las dolorosas contradicciones que implicaba el que teoría y praxis no terminasen de coincidir nunca (y hablo naturalmente de mis seminarios privados con Jane, en los que habíamos dado ya por estudiados además de Reich, " El Arte de Amar" de Fromm, " El Segundo Sexo" de Beauvoir, " El Cuerpo del Amor" de Norman O. Brown, " La Mujer Nueva y la Moral Sexual" de A. Kollontai y andábamos ahora con un manual práctico titulado " Técnicas Sexuales Modernas", cuyos tecnicismos y detalles manejábamos cada vez con mayor desenvoltura pero sin que hubiésemos llegado, todavía, ni siquiera a rozarnos una brizna de nuestros cabellos). Hasta que una agobiante tarde, siguiendo la experiencia de nuestro Gran Timonel, me decidí a dar, de una vez por todas, el Gran Salto Adelante: " ! Hace tanto calor!", exclamé, " ¿ te importa si me quito la camisa?". " ! Claro que no!", protestó Jane, " pónete todo lo cómodo que quieras" y entonces yo me quité también los zapatos y los calcetines y el cinturón y los pantalones, dejé toda mi ropa cuidadosamente doblada sobre una silla para evitar una impresión añadida de desorden, y, cubierto con unos calzoncillos que había estrenado para la ocasión, regresé a la mesa para continuar con el seminario. Sin embargo, como Jane pareciera bastante cohibida de mi audacia, comprendí que no podía prescindir del todo de explicarle teóricamente la coherencia de mi comportamiento: " Los dos somos militantes, ¿ no? ¿ a qué viene entonces ese falso pudor de esconder nuestros cuerpos? La verdad desnuda, sin tapujos, es nuestra mejor arma revolucionaria ..." (Pero Jane no planteaba sus objeciones a un nivel tan elaborado) "Lo sé, Agonías, sé que tienes razón, pero lo cierto es que me da un poco de vergüenza..." "Los hombres y las mujeres que luchan por el nuevo orden socialista mundial no pueden hacerlo instalados en los viejos prejuicios burgueses", dije, "Liberemos nuestros cuerpos si queremos liberar también nuestras mentes", insistí, "No más represión, no más oscuridad" y al hilo de mis palabras fue Jane desprendiéndose de sus ropas hasta quedar vestida apenas con su ropa interior, es decir con un sujetador y unas pequeñas bragas blancas que tan sólo vedaban sus esplendores más secretos, y de esa guisa volvimos a sentarnos los dos y a volcarnos juntos en el estudio del capítulo correspondiente a las zonas erógenas, aunque en el caso de Jane la novedad de nuestra desnudez le dificultase concentrar enteramente su atención: "Fíjate, no puedo dejar de sentirme culpable, como si estuviésemos perdiendo el tiempo juntos, como si estas experiencias que compartimos las estuviésemos

desviando de la lucha social, de la causa de la revolución..." "¿Como si fueses a cometer un pecado?", ironicé yo, "Te recuerdo que ya pasó el momento de las Esclavas de la Pureza y los Padres profesores, y que nuestro combate tiene por objetivo que esos tiempos oscuros desaparezcan para siempre..." (El capítulo relativo a la genitalidad femenina parecía lo suficientemente complicado como para requerir numerosos gráficos adicionales, y yo pensé que si nos esforzábamos en desentrañarlos lograría desplazar el excesivo grado de intelectualismo que amenazaba con enfriar, a pesar del calor, nuestra desvestida intimidad) " Esto es interesante", dije, "ayuda a distinguir las distintas formas en que una mujer puede obtener placer, incluso al margen de la dependencia del hombre... Tan sólo acariciando su clítoris". Jane desvió la mirada y entonces me di cuenta de su desconcierto: "¿Has tenido algún orgasmo clitoriano?", pregunté y aunque ya imaginaba que su respuesta podía ser negativa debido a la penosa educación que tenía que haber recibido en las Esclavas, no me imaginaba tal grado de desinformación: "No sé lo que es, no sé lo que quieres decir", y como ella continuara mirando hacia otra parte, yo continué hurgando en el asunto, "¿Quieres decir que no sabes lo que es el clítoris, que ni siquiera sabes donde está?" "No" respondió secamente Jane, "¿es tan importante?". Pero yo ya estaba disparado "¿Acaso no te parece a tí importante? ¿ Cómo quieres controlar las ideas que andan revolucionando tu cabeza si ni siquiera controlas lo que tienes entre las piernas? ¿ Cómo vas a entender la dialéctica que gobierna la historia de la lucha de clases si ni siquiera eres capaz de entender cómo funciona tu propio cuerpo?" (Ví entonces como se mordía los labios, movía compulsivamente la mandíbula y trataba de contener sus ganas de llorar como una niña pillada en falta, como si mi reprimenda, allí en su misma habitación que todavía conservaba casi intacta la decoración infantil, el papel pintado de las paredes con motivos extraídos de algún cuento de hadas y princesas, sus osos de peluche que nos observaban desde las estanterías mezclados con sesudos ensayos políticos y novelas prohibidas, como si mis reproches hubiesen desencadenado una antigua reacción, la hubiesen conducido de regreso a esa época en la que su madre solía reprenderla injustamente, castigarla por cosas que ella era aún demasiado pequeña, y demasiado vulnerable, para comprender; pero cuando al fin Jane, como solía sucederle en el pasado, no pudo aguantar más y se derramó en un mar de lágrimas, tuvo ocasión de comprobar hasta qué punto habían cambiado los tiempos porque ahora ella me tenía de su lado y los dos estábamos casi desnudos y ya no éramos niños y su cuerpo era mucho más cálido y rotundo que antes aunque siguiera estremeciéndose de igual modo, como

yo pude comprobar al abrazarlo, al ofrecerle el mío para que se abrazase también a él y apaciguase junto a mi todos esos viejos temores) "Está bien", le dije, "no tienes por qué sentirte mal, tú no eres responsable de tu ignorancia...y si quieres que te diga la verdad yo tampoco sé donde está ese maldito clítoris ni había oído hablar de él antes de ahora". "¿De veras?" dijo Jane repentinamente aliviada, "¿De veras tú tampoco lo sabes?". "Es este extraño mundo en que vivimos", me permití yo entonces hacer gala de mis inclinaciones filosóficas, "todos quieren darnos lecciones, enseñarnos cómo debemos vivir, lo que debemos y lo que no debemos hacer, pero ninguno nos transmite la más mínima información, nadie quiere decirnos de qué está hecha en realidad la vida" (El rostro húmedo, la cara limpia y aún más lavada por las lágrimas, ejerció de pronto tal atracción sobre mí que no pude contener el impulso de besarla. Y en lugar de esquivar esa imprevista manifestación de afecto, mi camarada de militancia revolucionaria me devolvió mi beso, con lo que yo consideré reconfirmadas las condiciones objetivas precisas para avanzar un paso más) "Sólo nosotros mismos podemos descubrir la verdad; el propio libro habla de una técnica para conseguirlo: 'autoexploración', lo llama..." "¿Y en qué consiste?", preguntó Jane que, tras el llanto, parecía haber perdido todas sus reservas hacia mí; y entonces señalé su propia cama situada enfrente de la mesa de estudios y le expliqué, con la mayor naturalidad, que si se tumbaba en aquella improvisada camilla y se relajaba lo suficiente, yo mismo podía ir facilitándole toda la información que contenía nuestro manual para que ella descubriese, sin otros límites que su propia sed de saber, hasta la última maravilla de su cuerpo; y tanto le entusiasmó la idea que sólo planteó la objeción mínima de que yo leyese el libro de espaldas a ella para que así, libre de sentirse observada por otros ojos, alcanzara a sentirse más cómoda y desinhibida; y como no encontré en ese momento forma de negarme a tan razonable solicitud me instalé frente a la ventana mientras a mi espalda Jane se iba desprendiendo de su ropa interior y se tumbaba en el lecho, imagino que turbadoramente desnuda, a la espera de mis primeras indicaciones; y de este modo, una vez me advirtió que había situado sus dedos en el campo de pruebas de la vulva, pasé a recomendarle que los desplazase lentamente hasta su ángulo anterior, abriéndose camino a través de los labios menores, dejando atrás la vagina hasta alcanzar ese vértice que nuestro libro denominaba 'vestíbulo' y en donde tenía que encontrarse exactamente el clítoris. "¿Cómo es?", preguntó en un susurro Jane, "¿Cómo puedo reconocerlo?", "Es un órgano eréctil, cartilaginoso", le leí en alta voz, y por toda respuesta ella lanzó entonces dos profundos suspiros, poseída por la tensión del descubrimiento: "Creo

que lo tengo", anunció, "aunque es difícil sostenerlo porque se escapa con el tacto, parece bastante escurridizo". "Aquí dice que tienes que acariciarlo con mucha suavidad, con movimientos circulares y acompasados". "Sí", dijo Jane, "sí, suave, dejando que se humedezca, que vaya estimulándose poco a poco" (Y como ya no parecía necesitar de ningún guía ni hacía falta que continuase leyendo, dejé el libro en la mesa y me concentré en un punto difuso tras la ventana en busca de ese estado superior de conciencia que sólo se alcanza a través de la meditación, esforzándome por desterrar de mi mente cualquier curiosidad sobre lo que sucedía a mis espaldas, intentando resistir al impulso de visualizar en mi memoria aquel húmedo apéndice que ella estaba frotando y que hasta entonces no había tenido nombre para mí, pero de cuyo tacto conservaba un recuerdo tan vívido y calenturiento. Unos esfuerzos de ascesis con los que en nada, la verdad, colaboraban los gemidos de mi camarada que, lejos de distraerme, iban proporcionándome una exacta información sobre el grado de intensidad que alcanzaban sus emociones. "Ha sido realmente maravilloso", anunció como si tal cosa al final del concierto, "¡tenías tanta razón! No sé cómo he podido vivir hasta ahora ignorando su existencia". "Nunca es demasiado tarde para aprender cosas nuevas", dije yo sin volverme todavía, concediéndole tiempo para que se vistiese, entreteniéndome esa nueva espera en recordarme a mí mismo en un trance parecido unos cuantos años atrás, semidesnudo como ahora y también de cara a la pared, sin entender gran cosa de lo que estaba a punto de despertar en mi naturaleza, casi niño aún, sin referencias a las que recurrir, escuchando a mi espalda un discurso intrincado que con toda su cháchara no lograba ocultar lo que había debajo de las palabras, no ese propósito virtuoso y ejemplarizante que aparentaba si no, como estaba experimentando yo en la habitación de Jane, puro deseo de otra persona, ansiedad de placer, hambre de sexo. ¿ No habría sido entonces una torpe ilusión creer que los tiempos cambiaban cuando lo más probable es que en estas materias no hubiera nada que pudiera cambiarse porque tal y como afirmaba mi hermano primogénito el sexo nada tenía que ver con la revolución y permanecería para siempre encadenado a la simulación y la insinceridad, a la vergüenza y a la culpa ? Y ocurrió entonces que, a falta de otras respuestas de mayor enjundia teórica y para demostrarme que algunos cambios sí que se producían, la generosidad militante de Jane, que había percibido un deje de tristeza en mis últimas palabras, le llevó a ofrecerme el mismo trato equitativo que yo le había dispensado a ella: "Es tu turno, Agonías", me informó incorporándose de la cama, "si me pasas el libro puedo comenzar a leerte las páginas que describen el aparato genital masculino".

Jane, Jane. Aunque esa tarde no llegué a atreverme a realizar mi parte en ese alambicado procedimiento de intercambio sexual que habíamos patentado entre los dos, puedes estar segura de que existieron otras ocasiones en las que me entregué yo a solas a explorar mi aparato genital masculino, con mis manos en él pero mi mente entera pensando en tí; y como la imaginación en solitario vuela mucho más libre porque no se detiene en formalismos ni en convenciones ideológicas, yo disfrutaba en plenitud de esos momentos de los que tú no podías tener noticia - ¿ O sí ? ¿ acaso era posible que en medio de tanta represión pudiésemos haber desarrollado los jóvenes de nuestro país una facultad inconsciente de comunicación telepática por la que a una muchacha le alcanzaba un ramalazo de placer, aunque sólo fuera un picor físico, unas cosquillas íntimas, cada vez que un muchacho solitario le dedicaba una gallarda? - Pero aquello más que una liberación hubiera resultado un desastre, porque si tú lo hubieses sabido yo nunca me hubiera atrevido a imaginarte así, a tomarme esas libertades contigo, ya que solo el anonimato de esos momentos le permitía volar sin prejuicios a mi fantasía pequeño-burguesa, como esa vez en la que fui a vestirme para mi exclusivo placer como lo hacía tu homónima en el papel de Barbarella antes de despertar a su conciencia política, con un dos piezas que ocultaba tan poco de su cuerpo perfecto como las bragas y el sujetador ocultaron del tuyo aquel día memorable, sólo que este, hay que reconocerlo, con mucho más glamour y diseño. Jane-Barbarella en la máquina del placer, sintiéndose frotada, sobada, acariciada por la más avanzada tecnología del futuro hasta casi morir de intensidad orgásmica como yo me sentía morir de imaginarte o, cuando prefería mirar atrás, confundirte con esa otra Jane más antigua, en el siglo Maureen O, Sullivan, la compañera de Tarzan en las películas que tanto habían pasado en el cineclub del colegio y que se parecía mucho más a ti que la Fonda porque era bajita y morena y llevaba el pelo rizado a la permanente como tú lo llevabas entonces, y que a su manera y en su época, con ese aspecto frágil, llegó a significar el no va más de la transgresión, el límite tolerable de la censura que no encontraba forma de alargar ni ensanchar su brevísima y salvaje ropa porque se amparaba en exigencias indeclinables del guión, además de que la llevaba siempre húmeda, todavía más ceñida al cuerpo porque se pasaba la vida zambulléndose en ríos turbulentos infestados de cocodrilos e hipopótamos, aunque tales amenazas no suponían lo más excitante de esas escenas sino la manera en que las piernas desnudas de Jane se movían bajo el agua, pataleaban en las profundidades para huir del

peligro con una perfección y una elegancia perturbadoras. Pero además de todas sus reencarnaciones cinematográficas Jane representaba en mi vida un papel absolutamente nuevo porque los dos teníamos más o menos la misma edad, compartíamos una misma patria medieval, autárquica y puritana, el mismo legado de religión y patriotismo, porque ambos habíamos crecido alimentados con las mismas patrañas y supersticiones perfectamente aislados del mundo exterior y sobre todo porque, en las cuestiones que nos atañen, ella hacía gala de una ignorancia aún mayor que la mía, cualidades todas tan estimables para mí que hasta entonces sólo había conocido mujeres mucho más experimentadas y dominantes con las que no había logrado sentirme nunca un compañero sino más bien un simple meritorio, un vulgar instrumento para satisfacer sus antojos. Y si con todo esto que ahora digo, me hubiera sido dado entonces olvidar mi temprana decepción amorosa y volver a creer en el amor, y si, sobre todo, hubiese estado de moda en aquellos tiempos seguir creyendo en un amor que no considerábamos sino sentimentalismo reaccionario y ridículo, ensoñaciones frívolas de niño pijo, signo de inmadurez revolucionaria, yo le hubiese declarado desde el primer momento mi amor a Jane y aunque quizás me hubiera visto postergado de la liza política, habría podido conseguir a cambio la recompensa de disfrutar, a la manera clásica, de la primera novia de mi vida.

Habíamos preparado para ese día el capítulo correspondiente a " El tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo" que, a pesar de ser consideradas por el Padre Rojo como secundarias respecto del verdadero antagonismo que debía separar a las masas populares de sus enemigos exteriores, estaban demostrando resultar entre nosotros bastante agudas e irreconciliables: y así mientras Número Uno invocaba que " hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir una obra, ni pintar un cuadro o hacer un bordado...que una revolución es una insurrección, un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a la otra (Obras Escogidas, tomo I, 27)" y yo contestaba, consciente de que la atmósfera política de la reunión se iba enrareciendo por momentos, que " a una temperatura adecuada un huevo se transforma en pollo, pero ninguna temperatura puede transformar una piedra en pollo, porque sus bases son diferentes (Obras Escogidas, t.I, 37)", en realidad, más que expresar diferencias teóricas, lo que hacíamos era poner en evidencia los enconamientos afectivos que iban socavando nuestra camaradería política: porque a nadie se le ocultaba que mi actual cortejada había sido durante mucho tiempo objeto de las atenciones de mi hermano

mayor, incluso cuando todavía se llamaba Amparo y no había sido ganada para la causa revolucionaria, y como los celos que Primo sentía de mis avances tácticos no iban a aliviarse con escaramuzas dialécticas, llegué a la conclusión de que la Joven Guardia del Padre Rojo se había vuelto demasiado pequeña para contenernos a los tres y me decidí a cortar por lo sano, precisamente en el momento en que nuestro responsable de célula, repentinamente conciliador, argüía que " puesto que disponemos del arma marxista-leninista de la crítica y la autocrítica, podemos deshacernos del mal estilo y conservar el bueno (Ob.Esc. t.IV, 49) ". " ! Abajo el revisionismo, el dirigismo y la burocracia de partido!", proclamé a voz en grito levantándome de la mesa y dando por terminada la discusión, " ! Muerte a los traidores renegados Xien Xiao-Shi y Deng Xiao-Ping! ! Sólo las masas pueden liberarse por sí mismas! !Viva la gran Revolución Cultural proletaria! !Viva la gran bandera roja del pensamiento del Padre Rojo! ", y cual no sería mi sorpresa cuando, una vez hube traspasado, sin dignarme a mirar atrás, el umbral de mi propio dormitorio, comprobé que, además de Jane, también el resto de sus compañeras habían optado por sumarse a las filas de nuestra flamante fracción disidente.

Dada nuestra formación ideológica y como mis hermanos Australiano y Mr Spock (que tales eran ahora los nombres de guerra de Gemelo y Alien) militaban desde hacía tiempo en la Organización Revolucionaria de Seguidores Incondicionales del Padre Rojo, fue aquella la puerta a la que nos decidimos a llamar para continuar participando en la lucha común (a modo de digresión mencionaré que nuestro hermano Ultimo, siempre demasiado pequeño para ser del todo responsable de sus actos, militaba por su propia cuenta en la Liga Antipatria Revolucionaria, un partido de escasa autoridad específica puesto que su padre fundador, que había sido ni más ni menos que el artífice del primer ejército rojo, había muerto en el exilio descalabrado por un piolet, sin patria que gobernar ni súbditos que le aclamasen) y como la ORSIPR compartía con la JGPR una misma bandera y una misma fe en los cinco ceñudos patriarcas y en las propiedades redentoras del Libro que había escrito el último de ellos, nuestra integración no planteó en principio mayores problemas y se vio facilitada además por mi prodigiosa capacidad de memorizar los versículos del Libro Rojo, lo que me hizo conquistar de inmediato tal prestigio entre mis nuevos compañeros de célula como para que me eligieran unánimemente para representarles en el Comité Central. Y fue en la primera reunión del Comité a la que como el más joven de los delegados tuve el honor de asistir,

celebrada por razones de clandestinidad en un viejo almacén de frutas de la periferia, cuando, sentados todos en las correspondientes cajas de madera y disfrazados con los amplios blusones que solían usar en esa época los descargadores de abastos, me quedé de una pieza al contemplar por primera vez a nuestro máximo dirigente y secretario general que, de pie sobre su caja, se disponía a leernos el preceptivo informe político e ideológico. No podía ser, no daba crédito, tenía que tratarse de una asombrosa coincidencia, parecía mentira, pero cuando terminé de parpadear para enfocar mejor la vista tuve que reconocer que no lo era y que aunque vistiese de civil, aquel blusón oscuro que usaba como camuflaje adquiriría en su persona un significado especial, la revestía con la solemnidad del viejo hábito; y luego estaban sus ademanes a la hora de perorar, las manos levantadas con tanta unción mientras leía, la parsimonia con que nos recitaba su discurso aupado sobre un cajón de frutas en aquel destartado almacén que apestaba a ácido fermentado, en fin, que yo conocía bien todos aquellos gestos, me había pasado media vida forzado a contemplarlos, tantos años escuchando esa misma retórica que ahora, tan farragosa e interminablemente como lo había hecho en el colegio, caía como una maldición bíblica, como una prueba concluyente de la ley del eterno retorno, sobre el pleno del Comité Central de la Organización Revolucionaria. Al final no pudimos volcarnos en aplausos ni en hurras ni en bravos porque hubiera constituido una temeridad, una imprudencia capaz de levantar sospechas entre los genuinos descargadores de frutas que a esas horas realizaban sus faenas en el resto de los almacenes del polígono, y yo esperé a que el resto de los compañeros terminasen de felicitar en persona a nuestro secretario general para acercarme también a él: " Reverendo padre..."; y si al oír esas palabras el interpelado crispó el gesto como accionado por un resorte, al reconocer mi identidad, en cambio, me obsequió con una franca sonrisa: "Qué haces aquí, muchacho, ! qué sorpresa ! Así que tú también estás con nosotros..." Pero como mi expresión de desconcierto debía de demostrar a las claras que yo había perdido la noción de cuál era ese " nosotros" a dónde había ido a militar, el padre Angélico me cogió paternalmente por los hombros y , en un rasgo de predilección que debió hacer palidecer de envidia al resto de los delegados, me llevó a tomar unas cervezas a un bar cercano mientras comenzaba a explicarme por el camino las peripecias de su agitada biografía: y así logré saber que el padre Angélico ya militaba en la Organización Revolucionaria en los lejanos tiempos en que había sido profesor de mi colegio y que desde esa falsa identidad había trabajado incansablemente en las luchas y movilizaciones antipatrióticas hasta que, por una cobarde delación de sus compañeros de

docencia, se había visto desenmascarado y condenado a muchos años de cárcel; y allí permaneció hasta que uno de esos indultos parciales que revelaban la debilidad creciente de que daba muestras el régimen del Padre de la Patria, le había liberado de la prisión, y de vuelta a la clandestinidad y la lucha no había podido negarse a atender a los reiterados ruegos de los compañeros para que asumiera el liderazgo del combate político. " Así que eso es todo, compañero...ya ves, no es una vida muy divertida, pero tampoco le han faltado las emociones. ¿ Y tú? Me han dicho que a tu edad estás ya hecho un verdadero experto en el Pensamiento del Padre Rojo. Así me gusta, que seas un alumno aventajado " - El padre Angélico pidió entonces otro par de cañas y durante un rato pareció concentrarse en paladear su cerveza - " No quiero ocultarte que también me han advertido que eres un encendido polemista, que disfrutas enzarzándote en discusiones y debates... Puede que sea una afición tan respetable como cualquier otra, pero no están los tiempos para esos entretenimientos... Esta es una Organización madura, seria, responsable...Quizás en la Joven Guardia, o entre esos pseudointelectuales trosquistas o en el partido de los revisionistas renegados pueda convenirnos alentar esa clase de polémicas, sobre todo si sirven para debilitar sus posiciones, pero ! aquí no ! !de ninguna manera!..." - y al decirlo dejó caer su vaso vacío con tal contundencia sobre la barra que estuvo a punto de romperlo- " Díselo también a las chicas, nuestros militantes de base se hacen lenguas con esos nombres de guerra tan equívocos que usan... Ya sé que es una cuestión nimia, pero también en los pequeños detalles se reconoce el decoro del verdadero revolucionario. ¿ Qué muchacho, otra ronda ?" - Pero lo que a mí me rondaba la cabeza en ese momento era una cuestión que nada tenía que ver con los derechos y deberes de la militancia marxista-leninista - " Al fin lo entiendo ", dije, exteriorizando la alegría que sentía, " ! y pensar que llegué a créermelo! !Era sólo una cortina de humo!" , y como mi interlocutor ponía cara de no entender por donde iba yo, me esforcé por ser más preciso, " ! todo aquello que me contó en el colegio sobre el sexo y las tentaciones de la carne, sobre el pecado de lujuria, no fue más que un disfraz, un papel que se veía obligado a interpretar para que no le descubriesen, algo en lo que no creía en absoluto! ". El padre Angélico me miró un buen rato como si le costase un enorme esfuerzo retroceder en el tiempo para ir al encuentro de esa vieja escena que yo intentaba recordarle; al final, debió recuperarla en algún oscuro rincón de su memoria: " ¿ Y por qué iba a interpretar nada, qué necesidad tenía yo de fingir en esas cuestiones ? Se trata de temas que pueden ser perfectamente asumidos por las banderas revolucionarias: la decencia, la castidad y la pureza seguirán

siendo virtudes indiscutibles incluso cuando alcancemos el objetivo último de la sociedad sin clases". "Comprendo, reverendo padre", dije yo, y entonces el padre Angélico, consciente de que en aquel primer reencuentro quizás se había pasado un poco de la raya con tantas reconvenciones como me había hecho, me pasó de nuevo paternalmente su brazo derecho sobre los hombros: " No cambiarás nunca, hijo, siempre aferrado a los viejos tratamientos... Pero ahora las cosas han cambiado, ahora todos nosotros somos de verdad iguales, así que no necesitas llamarme de ese modo; para tí, para todos los compañeros, yo no soy más que el camarada Angel"

Fue Amparo la que me propuso celebrar una nueva reunión de nuestro postergado seminario y como aquella invitación - que era además doblemente clandestina porque se trataba de una actividad al margen de la estricta ortodoxia moral que imponía a sus prosélitos el camarada Angel - no parecía sino expresar una perfecta sintonía entre nuestros deseos y augurar las mejores expectativas, me apresuré a estrenar ropa interior, a comprar un buen ramo de rosas rojas y a llamar a su casa temblando de emoción, con el alma en un puño, hasta que Amparo abrió la puerta y se sonrojó a su vez, tembló también al recibir las flores, pero con una turbación y un nerviosismo que no venían a ser, como pudiera pensarse, un anticipo de la intimidad maravillosa que íbamos a disfrutar, sino causados sólo por el temor de que sus amigas fuesen a malinterpretar esa ofrenda floral que yo le hacía, dando con ello pábulo a toda clase de chismorreos." Las compañeras también están interesadas en avanzar en el análisis científico de la realidad ", me explicó por toda justificación de la presencia de Socorro y Consolación en su casa y seguidamente pasamos todos juntos a su cuarto y abrimos sobre la mesa nuestros respectivos ejemplares de " Principios Inamovibles del Movimiento Patriótico " que esta vez no ocultaban bajo sus tapas el habitual Libro Rojo sino que disimulaban las páginas de ese otro manual sobre " Técnicas Sexuales Modernas", del que nos disponíamos a estudiar ese día la parte correspondiente a métodos anticonceptivos, todos los cuáles, desde los más rudimentarios hasta los más sofisticados, y puesto que eran elementos imprescindibles para disfrutar de una sexualidad libre, habían sido absolutamente proscritos en nuestra patria. Y así, mientras estudiábamos la manera correcta de colocar un preservativo (inencontrables salvo en el mercado negro y a precios astronómicos) o cómo funcionaba la píldora (que se vendía en las farmacias bajo estricta receta y exclusivamente para corregir las disfunciones menstruales) y mientras que por el mero hecho de celebrar esa

reunión en casa de la madre de Amparo ya estábamos incurriendo en un delito de propaganda anticonceptiva aunque ni siquiera se nos había pasado por la cabeza ponernos en peligro de concebir algo entre nosotros, y mientras, digo, nos entregábamos con verdadera pasión al examen teórico de nuestra subterránea sexualidad, me asaltó de repente la dolorosa sensación de que quizás no estábamos haciendo otra cosa, pese a todas nuestras buenas intenciones, que perder miserablemente el tiempo, ya que para una tarde de la que disponíamos a solas hubiéramos podido estar reunidos en un ambiente más cálido y con un luz mucho más tenue que aquella que nos exigía la obligatoriedad de la lectura, y en lugar de hablar tanto, hubiéramos podido escuchar juntos un buen tema lento en el tocadiscos, una canción importada y banal (bien diferente de esas marchas e himnos revolucionarios de Inti Illimani o Quilapayún que si bien contribuían a encender la conciencia de las masas apagaban al mismo tiempo la libido de los individuos); y si además mis dulces compañeras, en vez de vestir como monjas seglares, se hubiesen decidido a volver a mascar chicle y a lucir labios pintados de rojo pasión y pestañas postizas y altos zapatos de plataforma y sobre todo, sus añoradas minifaldas, probablemente nuestra realidad cotidiana hubiera resultado mucho más apasionante sin que por ello tuviese que resentirse nuestra capacidad de militancia revolucionaria (o aunque se resintiese, pensé yo, dejándome llevar por tan peligrosas fantasías, porque la verdad es que en ese momento hubiera cambiado sin dudar el más valioso de los triunfos del movimiento Antipatria por la oportunidad de pasar esa tarde bailando sucesivamente con aquellas complacientes Esclavas que habían sido, antes de concienciarse, Amparo, Consolación y Socorro); y de tales ensoñaciones pequeño-burguesas vinieron a distraerme mis camaradas de seminario cuando, una vez examinados los peligros de distorsión demográfica que podían producirse incluso en las sociedades con mayor grado de conciencia política como consecuencia de la práctica descontrolada del sexo, plantearon su interés en seguir avanzando: " ¿ Para cuándo la autoexploración?" dijeron al unísono Consolación y Socorro, y entonces, unas sobre la cama y otras directamente sobre la alfombra, mis tres amigas se desprendieron de sus ropas y con la mayor naturalidad se acostaron boca arriba mientras esperaban que yo también asumiera mi posición de partida (es decir, de espaldas a ellas, ciego de nuevo a otra contemplación que no fuera la tierra de nadie de la ventana y con el libro de información sexual entre mis manos); y mientras iba leyéndoles las instrucciones y ellas comenzaban a explorar por sí mismas los misterios que se escondían en las profundidades de sus vulvas, yo no dejaba de recriminarme en mi interior la

debilidad que unos instantes atrás había hecho flaquear mi conciencia de clase, hechizado quizás por las sirenas reaccionarias del régimen que no dejaban de entonar a todas horas esa monserga de que " cualquier tiempo pasado fue mejor"; y conforme desarrollaba mi autocritica y hacía renovada profesión de fe en el progreso de la Historia, iba también diciéndome a mí mismo que no había pasado inmediato o remoto que pudiese compararse a la realidad que vivíamos, como lo demostraba el hecho de que estuviésemos reunidos en la habitación de Amparo con tan absoluta franqueza revolucionaria , movidos por el sólo afán de autosuperarnos a través del conocimiento. " No lo encuentro", dijo entonces Consolación con un hilo de voz, apartándome de mis meditaciones, " no hay manera de saber donde está", y como quiera que aún después de repetirle las instrucciones del manual Consolación siguiese sin encontrarse el clítoris, yo mismo me ofrecí a ayudarle en la búsqueda. " No hace falta", dijo entonces Amparo, " yo me hago cargo" (y la verdad es que no tuve nada que objetar a su intromisión porque parecía perfectamente lógico que una compañera de su mismo sexo resultase una monitora más adecuada en estos lances que yo). Y luego, de vuelta a mis solitarias elucubraciones, llegué a la conclusión de que las causas de todas las represiones que padecíamos había que buscarlas más bien dentro que fuera de nosotros mismos y que seguramente incluso después de la victoria final habría que esperar dos o tres generaciones más hasta que llegara a extenderse sobre el mundo una nueva raza de militantes limpios de mente y cuerpo, libres de temores e inhibiciones, hombres y mujeres nuevos que no tuvieran que esconderse en las catacumbas para autoexplorarse, que no se avergonzaran de proclamar su natural sexualidad; y entonces, entusiasmado de atisbar la utopía, de casi rozarla con mis sueños, no pude evitar que también mis ojos atisbasen, de refilón, aquello que estaba sucediendo en el presente y a mis espaldas, es decir, el modo en que mis yacientes compañeras encogían y crispaban sus muslos y el sudor perlaba sus labios fruncidos por el esfuerzo y luego, según el ritmo y la cadencia de sus gemidos, la manera en que sus dedos iban abriéndose camino en cada sexo; y como todas ellas habían cerrado los ojos para mejor concentrarse en sus tareas, terminé por mirar con mayor libertad y así fui descubriendo las formas particulares que tenían de experimentar el placer Amparo, Socorro y Consolación, que aún pareciendo semejantes se diferenciaban por mil pequeños y deliciosos detalles, gestos y crispaciones; y tal variedad se incrementaba incluso conforme se acercaba el momento del abandono último, ya que cada una proyectaba hacia fuera su propia personalidad, dotando al espectáculo de un verismo y una delicadeza sublime; y ante tal expresión de arte

revolucionario, de genuino realismo social, mi mente, ya de suyo calenturienta, llegó a alcanzar tal grado de apasionamiento como para imaginar un futuro glorioso en el que no serían ya tres, sino cientos, miles de muchachas las que practicarían públicamente la autoexploración, sin vergüenza ninguna, desnudas en mitad de una plaza, bajo la mirada entusiasta de las masas populares que aplaudirían y vitorearían sus orgasmos multitudinarios; y tal fue el impacto que me produjo aquella visión, fuese espejismo o profecía, que también entre mis piernas experimenté la llamada de aquel viejo enemigo dormido que pugnaba por despertar y asomarse para contemplar con sus propios ojos el asunto; y cuando al fin mis compañeras, agotadas de recorrerse una y otra vez, se entregaron a sus últimas manipulaciones, también yo, en justa reciprocidad, dejé que saliese de mí toda la excitación y la felicidad que la contemplación de la suya había logrado proporcionarme; y después giré rápidamente, abroché la bragueta de mi pantalón, puse el libro sobre la mesa (que había quedado hecho una pena porque la mayor parte de mis sentimientos fugitivos habían caído entre sus páginas) y me esforcé por volver a respirar con normalidad mientras las chicas terminaban de vestirse de nuevo, a la vez que entrecruzaban comentarios sobre sus distintas experiencias: " Único", decía Socorro, " verdaderamente liberador, fantástico, increíblemente revolucionario". " Y además con este método ni siquiera corres el riesgo de quedarte embarazada" afirmó Consolación dirigiéndose a Amparo que, en lugar de atender a la opinión de sus colegas, había optado por acercarse sigilosamente hasta mí, me había abrazado por la espalda y, como si ya no le importase que sus amigas reconociesen entre nosotros una particular intimidad, me estaba susurrando al oído sus propias impresiones: " Ha sido mucho más excitante que la otra vez", me dijo, " ¿ Sabes?, esta tarde no he logrado apartar de mi cabeza la fantasía de que alguien me estaba observando"

LA INTERNACIONAL

Aquel fantasma no recorría tan sólo la ensimismada geografía de nuestro país sino que andaba asolando el mundo entero, encendía sus hogueras por igual en el corazón del capitalismo y en la más alejada periferia, arreciaba por todas partes como un viento salvaje capaz de derribar regímenes despóticos y oligarquías explotadoras, en trance de barrer del escenario de la Historia a la caduca burguesía; y como esa sincronía entre la realidad interior y la exterior - tan infrecuente para nosotros - nos permitía experimentar por primera vez la grata sensación de tomar parte en una conflagración de mucho mayores dimensiones que nuestras habituales guerras fratricidas y nos hacía sentirnos más acompañados y felices en nuestra lucha particular, no desperdiciábamos cuanta ocasión se presentaba de establecer contactos con otros revolucionarios del extranjero, tal y como yo me propuse hacer - y juro que si no hubiese sido por esa superior razón política jamás hubiese metido el pie en ese mismo agujero por segunda vez - en cuanto tuve noticias de que mi prima Astrid acababa de llegar al país dispuesta a ampliar estudios en nuestra universidad gracias a una beca con que la había beneficiado el imperialismo norteamericano, la cuál, haciendo honor a lo que cabía esperar de una superpotencia, era de una cuantía tan generosa como para permitirle prescindir de la hospitalidad de nuestro padre, salvarla de alojarse en uno de nuestros depresivos colegios mayores y alquilar un apartamento para ella sola.

" ! Cómo has cambiado!", dijo ella apenas crucé el umbral de su casa, y yo no dije nada porque me había quedado absorto contemplando la figura de Astrid, más bien su ausencia de figura porque su cuerpo había desaparecido en el interior de una túnica informe que extendía sus dibujos de flores y retamas hasta casi cubrir sus pies descalzos, tan desnudos

como sus brazos pero adornados tobillos y muñecas con grandes ajorcas de metal y, sobre todo, lo que más desconcierto me produjo, la maravilla de su cabello que por primera vez contemplaba largo y libre, derramando sus reflejos rojizos mucho más abajo de sus hombros. " No me examines de ese modo", protestó ella de mis observaciones, "me haces sentirme vieja, como si hubiera pasado mucho tiempo" (y había pasado, porque entre Astrid y yo las separaciones y los reencuentros parecían haber adquirido la condición de hábito, de manera que cada nueva cita exigía siempre empezar por reconocerse y descubrir, bajo los cambios de la edad, hasta que punto éramos diferentes y en qué medida seguíamos siendo todavía los mismos de la última vez) "¿ Un té? mientras lo preparo, puedes seleccionar tú mismo la música que te apetezca" (y yo le agradecí íntimamente que se marchase a la cocina y me ofreciese esa oportunidad de quedarme a solas en la habitación para empezar a investigar, en sus objetos y pertenencias cotidianas, las características del ambiente en que se movía ahora Astrid que a primera vista me resultaba bastante inaprehensible porque no encontraba en él ninguna referencia que me sonase: ni en las telas y tapices que cubrían suelos y paredes ni en el hecho de que fuera imposible encontrar en aquel cuarto un solo mueble que levantase unos centímetros de la horizontal, ni siquiera una mesa, por lo que cuando mi prima volvió se vio obligada a dejar en el suelo la bandeja del té) " ¿ No quieres descalzarte? te sentirás mucho más cómodo", y luego, antes de dejarse caer frente a mí y adoptar esa acrobática postura de yoga conocida como "posición del loto", corrió las floridas cortinas, encendió sándalo en un pebetero (pero esto no son sino apostillas porque ni el olor ni la forma en que se sentaba mi prima tenían entonces nombre para mí ya que nunca antes de ese momento las había olido ni visto) y eligió por sí misma el disco de rock sinfónico que yo no había sabido seleccionar. " Es que aquí no escuchamos ahora más que música en nuestra idioma", me disculpé, " Hay que cerrar el paso al imperialismo, ya sabes, incluso en las cuestiones pequeñas", y como no dijese nada, serenamente concentrada en la tarea de ingerir breves sorbos de té, yo temí haber herido su susceptibilidad con mi alusión y decidí pasar a informarle, sin más dilaciones, del objeto de mi visita: " Supongo que no ignoras", comencé, " los grandes cambios que se han producido en nuestro país desde la última vez en que veraneaste entre nosotros". " ¿ Cambios?", dijo Astrid con educado interés, " Qué tipo de cambios?". " Ahora todos estamos contra El", dije, " el cerco se cierra, la situación política es ya objetivamente prerrevolucionaria". " Pues a mí me parece que la policía, la iglesia y la censura se conservan en la misma buena forma de siempre", bromeó, con evidente mal gusto, ella, "esas cosas no

parecen cambiar". " Trabajamos desde la clandestinidad ", le aclaré, " por eso nuestro trabajo es menos visible, pero tenemos gente en todos lados" (Astrid debió darse cuenta de que ahora era ella quien había herido mi sensibilidad) " Está bien", dijo, " no quería molestarte, sé muy bien que las condiciones no son fáciles, puedo comprobarlo cada día... Ayer mismo, en el banco, no querían abonarme una transferencia porque según la legislación nacional yo sigo siendo menor de edad y necesitaba un permiso del cabeza de familia. ! Madre mía ! ¿Sabes a qué edad se emancipan aquí las mujeres ?". "Nunca", repliqué yo, " No hay emancipación posible bajo la tiranía" y orgullosos como solíamos ser, por más que esclavos, los vástagos de nuestra estirpe ibérica, quise evitarle una impresión equivocada sobre la indigencia de nuestro movimiento: " Aunque nosotros no estamos mendigando a nadie la ayuda para combatirla: estamos convencidos de que la victoria final será nuestra, pero también de que la lucha puede llegar a ser larga y penosa, y por eso, para acortar los sufrimientos del pueblo, tenemos el deber de buscar la solidaridad internacional, el apoyo de otras organizaciones revolucionarias..." " ¿ De mi país?", dijo ella. " Nos han llegado noticias", continué explicándole, " sabemos que el movimiento radical crece imparable en las mismas entrañas del imperialismo, que ha habido ya grandes manifestaciones en las universidades, acciones violentas, resistencia armada..." " Vietnam", me interrumpió Astrid, " la causa está en Vietnam: exigimos que cesen los bombardeos, Nixon tiene que sacar nuestras tropas de allí. Si no lo hace, juntaremos un millón de tipos y marcharemos hasta la Casa Blanca para sacarle a él". " Crear dos, tres, muchos Vietnams", coreé yo, entusiasmado de la creciente complicidad ideológica que se iba estableciendo entre nosotros, pero ella no pareció haberme entendido: " ¿ Para qué?, ¿ no crees que con un Vietnam es suficiente?". " Hablo de la revolución", le aclaré, " lo que quiere decir esa consigna es que debemos encender nuevos focos revolucionarios, emprender por todas partes nuevas guerras ant imperialistas ". Pero a Astrid no se la veía muy convencida: " Nosotros nos conformamos con acabar con la que existe, con dejarle Vietnam a los vietnamitas. Queremos paz, no nuevas guerras" (Hubo después un silencio embarazoso como si de repente la comunicación se hubiese vuelto problemática, y era bastante lógico porque yo mismo, aún comprendiendo la pluralidad de matices locales que había que esforzarse por integrar en una única Internacional, no acababa de entender las excesivas diferencias de mentalidad que separaban a los revolucionarios de un país y de otro) " Quizás", dije yo tratando de remontar la situación, " quizás si me explicaras vuestro programa, podríamos entendernos mejor" y como ella también encontrara razonable

profundizar en el diálogo, concentré toda mi atención en escucharla: " Lo cierto es que nuestro programa es muy amplio y cambiante porque cada colectivo que se incorpora aporta sus propios objetivos de lucha, sus propios intereses..." " También nosotros", acoté yo, " también nosotros practicamos el análisis constante de las contradicciones de la realidad, en eso consiste la dialéctica". " Por ejemplo", prosiguió ella, " los chicos se niegan a prestar el servicio militar y queman sus libretas de enrolamiento: entonces exigimos terminar con el alistamiento obligatorio y que el ejército pase a ser voluntario y profesional" " ¿ Un ejército mercenario?", dije yo sin lograr dar crédito a lo que oía, " Sólo el pueblo en armas puede defender la revolución; bien está que los jóvenes soldados se nieguen a combatir en una guerra de rapiña imperialista, pero sustituir al ejército popular por unas fuerzas desideologizadas, sin conciencia de clase, es una vía objetivamente incorrecta que puede acarrear aún mayores problemas... ". Pero Astrid, quizás porque debido a su sexo no se sentía directamente afectada por la cuestión militar, prefirió hacer oídos sordos a mis observaciones y continuar adelante: " También participamos de la lucha contra la discriminación racial, en defensa de los derechos de los negros, de los hispanos, de los asiáticos y del resto de las minorías étnicas". " Conforme en eso ", dije yo, "aunque no se trata de sectores hegemónicos sí constituyen, desde un punto de vista estratégico, perfectos aliados de las clases populares". " Sin olvidarnos del Women,s Liberation ", amplió Astrid, " de las cada vez más numerosas organizaciones y movimientos feministas que luchan contra la discriminación en la sociedad patriarcal". " Con el fin de construir una gran sociedad socialista, es de suma importancia movilizar a las grandes masas de mujeres para que se incorporen a las actividades productivas" (cité yo de memoria, y como argumento de autoridad que confirmase las tesis de Astrid, uno de los párrafos del Libro Rojo) " Y también compartimos los objetivos y luchas propias de los compañeros homosexuales, sean gays o lesbianas..." " No me parece mala idea", asentí yo, " la de liberar a esos infelices de sus hábitos decadentes y convertirlos, mediante la reeducación y la autocrítica, a los sanos valores del proletariado" (y no pude objetar que en todo caso empezaba a encontrar chocante esa preocupación redentorista del movimiento radical USA - ¿ por qué no defendían también a los neuróticos anónimos, a los enfermos incurables, a los ancianos, a los niños de la calle, a los ludópatas, a los vagabundos, a los corazones solitarios, a los animales abandonados? ¿ Qué tenía que ver la revolución con ese pandemónium de caridad compulsiva ?- , y no pude continuar hablando, digo, porque justo en ese momento vino a asaltarme un violento acceso de tos como consecuencia de las

inhalaciones de un cigarrillo que Astrid había liado a mano y que parecía contener un tabaco extraordinariamente fuerte) " ...Y también estamos a favor de la liberalización de la marihuana y de la libre circulación y consumo de todo tipo de drogas". " Muy hábiles", dije yo, una vez hube recuperado el habla y pasándole de nuevo el cigarrillo, " Supongo que los estupefacientes pueden llegar a ser un arma muy eficaz para sabotear la productividad de las economías capitalistas" y como quiera que ella parecía haber dado por terminada la explicación de su programa, yo arriesgué una discreta valoración del mismo: " No sé qué decir", dije, "porque si bien cada uno de los objetivos que has mencionado parece por si mismo positivo y encomiable, siento que les falta unidad, contenido político, que es todo demasiado heterogéneo para llevar a ninguna parte" (Entre tanto Astrid fumaba en silencio aspirando profundamente del cigarrillo; y para cuando volvió a ofrecérmelo sentí que me observaba con unos ojos, la verdad, bastante más extraviados que lúcidos) " ¿ Y se puede saber a dónde pretendéis llegar vosotros?", me espetó con evidente desconfianza. " Nuestro programa es más sencillo", aproveché yo la oportunidad de explicárselo, " consiste en acabar con el Padre de la Patria, terminar con su dictadura. A eso dirigimos por ahora todos nuestros esfuerzos" " ¿ Y luego?", insistió Astrid. "Después vendrá la Revolución Democrática Popular, es decir el Gobierno Provisional Revolucionario y la convocatoria de elecciones para una Asamblea Constituyente cuya misión consistirá en abolir todas las instituciones del Estado fascista burgués..." " Es decir, más del mismo coñazo...", dijo ella. " ¿ Cómo?", protesté yo, " ¿ qué quieres decir, acaso existe otro camino ?". " En mi país se celebran elecciones desde hace doscientos años y eso no cambia nada, los negros y las mujeres continuamos igual de jodidos..." "Por supuesto", dije yo tratando de recuperar la iniciativa en el diálogo, atragantado por la abominable confusión de que ella pudiese haberme tomado por un reformista, " Para nuestra Organización Revolucionaria las elecciones son una táctica no un fin, ni siquiera un verdadero medio, pero lo cierto es que no podemos pretender instaurar la dictadura del proletariado sin resolver antes la contradicción existente entre la oligarquía monopolista, el imperialismo y el pueblo...que, que..." (En ese punto tuve que detenerme porque, por una amnesia repentina, había olvidado completamente cuál era el tema sobre el que estaba disertando. Entonces miré hacia Astrid en busca de alguna pista que me permitiese recuperar el hilo perdido, pero ella había abandonado la postura del loto y se había tumbado sobre unos almohadones con los ojos cerrados como si se dispusiese a dormirse, y cuando hablé, lo que dijo no parecía tener relación con el debate) " Si supieras, Agonías, lo poco que

me interesa a mí la política" (¿ Lo dijo realmente? ¿ o fue una alucinación más en aquella habitación que empezaba a girar vertiginosamente, a dar como un tío vivo vueltas sobre sí misma?) " Es mejor que te tumbes, la primera vez que lo fumas siempre resulta un poco fuerte" (La música que había seleccionado Astrid pasó a ocupar entonces toda mi atención, tan elemental como si se hubiese reducido a un simple ritmo, a una armonía capaz de sustituir cualquier otro pensamiento y además si cerraba los ojos había luces que se agrupaban y se disolvían en la retina como fuegos artificiales y también imágenes que cruzaban rápidas, que desaparecían de mi cabeza antes de darme tiempo de demorarme en ellas) " Open your mind", dijo Astrid, " Abre tu mente, cambia tu mentalidad, eso es lo único que puede transformar de verdad el mundo " y su voz llegó hasta mí desde algún lugar indeterminado de aquella habitación cuyo decorado era el propio de una encrucijada de caminos entre Oriente y Occidente, aunque todo parecía provenir más bien del más allá porque del cercano hemisferio, que era el nuestro, no logré identificar sino una imagen conocida a la que traté de aferrarme para evadirme del mareo: " Es curioso ese retrato de Marx; reconozco su largo pelo y sus enormes barbas pero nunca le había visto representado con un punto rojo en la frente, una túnica naranja y la guirnalda de flores al cuello ¿ No resulta un poco heterodoxo? " (Y entonces la risa de Astrid pareció nacer en algún rincón del cuarto, concentrarse como una nube para después caer sobre mis oídos, llover sobre mi cuerpo provocándome irresistibles cosquillas, envolviéndome en una hilaridad compulsiva.) " ¿ Marx ?, ¿ Un retrato de Marx ? Si es Swami Mahesh Yogui, el maestro de la meditación trascendental... Om, om...Shanti, Shanti...Om, om... ¿ pero es que todavía no han llegado por aquí ni siquiera los Hare Khrisnas ?" (Me gustaba su forma de reír, sonaba enormemente cálida, tenía tal capacidad de sugestión como para contagiarme a mí también aunque me faltasen elementos para captar del todo la gracia de sus comentarios. Y cuando los dos terminamos de retorcernos de risa, tumbados como estábamos en el suelo, con las cabezas compartiendo un mismo almohadón y nuestros cuerpos perpendiculares, el tono de la voz de Astrid se volvió más evocador) " ¿ Sabes ? El curso pasado, en Stanford, pusimos en marcha una comuna... " "¿Una comuna popular?" - me entusiasmé yo, porque ahora sí que creía saber de lo que estaba hablando mi prima - " ¿ De qué tipo? ¿ agrícola, manufacturera, mixta ?, ¿ de producción o de distribución ? En el país del Padre Rojo las hay a centenares..." " No lo sé, la verdad es que en la nuestra no trabajaba nadie, éramos todos estudiantes y estábamos todo el día colocados, high " - y como la respuesta no me pareció lo suficientemente aclaratoria, insistí- " ¿ Qué es lo que

intentábais entonces colectivizar, los factores de producción o la producción misma? " " ¿ Colectivizar? ¿Quieres decir que qué era lo que compartíamos? Menos el dinero que ninguno de nosotros tenía, menos las ideas que tampoco, habíamos puesto en común todo lo demás: la mugre, las paranoias, la comida enlatada, el alcohol, la hierba, los discos y los libros... Ah! y los cuerpos también". "¿Cuerpos?", dije yo, experimentando de golpe el regreso del vértigo en mi cabeza, " Eso no lo entiendo muy bien. ¿ Cómo pueden ponerse en común los cuerpos ? ", " Practicábamos el amor libre, cada uno follaba con quien le daba la gana... " (Las imágenes en la retina pasaron a ser tan impactantes como para combinar secuencias de cuerpos desnudos que copulaban sin el menor escrúpulo unos con otros) "! Como en la utopía comunista, de cada cuál según su capacidad, a cada cuál según sus necesidades! " - exclamé yo extasiado por un momento, antes de recuperar el sentido de mi pedestre realidad - " ...Pero aquí no sería posible, nunca podríamos organizar una comuna de ese tipo; y no sólo por culpa del Régimen, tampoco nadie en la oposición permitiría una cosa así" " No importa", dijo Astrid que había tenido que percibir la melancolía que invadía mi voz, " para ser un anticipo del paraíso las comunas suelen durar muy poco y terminar peor, por lo menos en la que yo estuve... Si te lo he mencionado ha sido porque en aquel lugar, escuchando esta música precisamente, en medio de aquel caos cotidiano, me acordé de repente de tí, mi primo lejano y perdido en el país de las pesadillas..." (Así que el disco que estábamos oyendo me estaba dedicado y yo me dejé acunar por él con mi cabeza tocando la de Astrid, las dos juntas sobre el almohadón, compartiendo un mismo viaje por alucinaciones y utopías) " ¿ Te acuerdas?" , dije al cabo de un rato, " aquel verano tú siempre ponías la música demasiado alta cuando íbamos a dar clase" " Mi profesor de idioma, mi celosísimo preceptor", dijo Astrid, " el que siempre estaba dispuesto a espantar de mi lado a cualquier chico que quisiera acercarse..." " ¿ Te diste cuenta?", dije yo dejándome atrapar aún más en las redes de tan dulce memoria, " ¿ Sabías que yo estaba enamorado de tí, que no podía soportar verte con otro? Y sin embargo, no me hacías ningún caso". " Es que era un amor imposible", dijo ella (Y entonces sí que sucedió algo verdaderamente extraño porque, sin moverse del sitio, sin que yo dejara de sentir el contacto de su cabeza contra la mía, el cuerpo de Astrid pareció perder peso y materia, comenzó a volverse evanescente hasta el punto de despegar en el aire, flotó sobre sí mismo como un globo ligero pero sin soltar del todo las amarras, unido todavía por un finísimo cordón, un delgado sedal, a su envoltura grávida, a su karma terrestre; y si yo cerraba los ojos continuaba viendo la proyección astral de Astrid - esto de la proyección como lo del karma

son denominaciones posteriores ya que entonces yo estaba tan alucinado que no era capaz de nombrar nada de lo que me sucedía durante el viaje -, su ancha túnica que oscilaba en el aire como el balón de un dirigible, que se mecía al antojo de las corrientes aéreas pero que iba derivando lentamente hacia mí, cargando lastre hasta hacerla caer con una leve suavidad sobre mi cabeza, hasta que sus labios astrales - que sabían como los de verdad, sólo que más sutiles e insípidos- vinieron a depositar un dulce beso sobre los míos de carne) " ¿ Lo has hecho ya con alguna chica ? " - La voz venía del otro lado, de su realidad física, y cortó mi contacto con su réplica espiritual- "Todavía no " - respondí lo más concisamente que pude para recuperar cuanto antes sus besos espectrales - " lo intento, pero no vamos muy allá... Aquí las chicas no están tan liberadas como en los Estados Unidos..." " Ya lo sé, el contexto es mucho más difícil", asintió Astrid y entonces yo volví a cerrar los ojos y entre las ráfagas y los resplandores que invadían mi retina creí distinguir que su duplicado holográfico intentaba de nuevo elevarse y flotar, volar hasta mí para buscar mi boca, para descender sobre ella y restablecer esa misteriosa comunión de nuestras almas que su cuerpo mortal parecía empeñado en obstaculizar con su conversación: " Pero por más difícil que sea, no consigo entender la razón por la que te empeñas en continuar escribiendo esos horribles versos" " ¿ Cómo dices?", salté yo desde el suelo, separando mi cabeza de la suya aunque ella no pareciera percatarse todavía de mi alarma, " Me refiero a esa poesía de ocasión, tan llena de retórica, tan vacía, tan pobre de estilo; si tienes talento, ¿ por qué no te exigés más a tí mismo?" " Hago poesía social", dije, " literatura comprometida, útil para la revolución y para la causa del pueblo" (Me había incorporado y estaba comenzando a atarme los zapatos pero Astrid continuaba emponzoñando el aire con su veneno) " ¿ No será más bien que escribes lo que más conviene en cada momento, que te limitas a seguir la moda?" " ¿ Moda?", dije yo, " ¿ cómo te atreves? ¿ Quién eres tú para venir a juzgar nada?" Porque ahora estaba claro cuál era la actitud de mi prima, investida siempre de una superioridad insultante, impartiendo criterios estéticos como si se hallase por encima del bien y del mal, ajena a las pequeñas miserias que padecíamos nosotros diariamente, indiferente a nuestras luchas, al drama político de un país que ella debía de considerar, sin duda, de cuarta categoría: " Puedo opinar porque esa es mi especialidad, ese es el tema en el que he venido a documentarme sobre el terreno", dijo Astrid. " ¿ Ah, sí? ", me burlé yo, " No me digas que existe alguna cosa que nosotros podamos todavía enseñarte". " `Atavismos ibéricos: El mito del Padre- sacrificador y el toro-hijo como lugar común en la literatura antipatriótica', ese es el título provisional de la

tesis que estoy preparando ". No, no, ya me encargaría yo de explicarle al camarada Angel que no era posible ninguna alianza, que no cabía esperar ninguna ayuda por ese lado, ni la menor solidaridad internacional de aquellos radicales de pacotilla que no eran sino revoltosos dados a la divagación y al escapismo, imbuidos de individualismo pequeño-burgués, desorganizados, promiscuos, pseudointelectuales y esotéricos, enemigos jurados de la revolución y de la clase obrera; y encima, lo que más me dolía era que yo hubiese llegado incluso a poner en duda en presencia de Astrid el grado de concienciación de aquella adorable compañera que, con toda su represión auestas, pese a su vergonzante nacionalidad, había sabido siempre cumplir con su deber como el mejor de los militantes; y como arrebatado por la cólera, embargado de ira, no fuese ya capaz de encontrar mis propias palabras, tuve que recurrir de nuevo a mi proverbial dominio del pensamiento del Padre Rojo para acertar a despedir a Astrid con la contundencia que se merecía: " ¡ El imperialismo norteamericano se ha convertido en enemigo de todos los pueblos del mundo y así va aislándose cada vez más! " El imperialismo y todos los reaccionarios no son sino tigres de papel y serán destruidos! " " Sabes", respondió ella sin alterar en lo más mínimo el tono de voz, " también pasaron por aquí tu hermano Primo y esa Masa desproporcionada que le acompaña a todos lados; estaban empeñados en que me afiliase a su partido, ¿ cómo se llama ? La Joven Guardia de no sé qué... ¿ No habrás venido tú para intentar enrolarme en el tuyo, verdad? Los extranjeros tenemos prohibido inmiscuirnos en asuntos internos ". Pero como fuese evidente que la indignación no me permitía ya contestar y que no me sentía capaz de permanecer un minuto más en su casa, Astrid me acompañó hasta la puerta; " ¿ Seguro que no tienes tiempo para fumarte el último ? ", dijo tirándome un beso con una mano mientras liaba con la otra uno más de sus embaucadores cigarrillos, " Hasta la vista, Agonías, vuelve por aquí cuando quieras"

" Avanzamos por el camino grande,
animosos, dispuestos al combate,
el Padre Rojo nos enseña el camino
y retumbamos en la tempestad.
! Adelante! ! adelante la Revolución arrolladora!
! Adelante, adelante, el triunfo nos espera!

Tenemos amigos en el mundo entero,
nuestro canto resuena en todas partes,
la Revolución barre el planeta,
tiemblan de miedo traidores y tiranos.
! Adelante, adelante, la Revolución arrolladora!
! Adelante, adelante, el triunfo nos espera!" (*)

(*) Traducción - libre y aproximada, claro - de "Women Zou Zài Dà Lu Shang", uno de los himnos de la Gran Revolución Cultural que publiqué en esas fechas en el órgano oficial clandestino de la ORSIPR dedicado, a modo de críptica renovación de mis votos de amor " a mis compañeras de partido, a las camaradas revolucionarias que combaten sin tregua las acechanzas del imperialismo " (y que supongo que mi prima nunca llegó a leer)

LOS CUERPOS REPRESIVOS

A las siete en punto de la tarde, un día laborable de suave primavera y en una de las principales arterias comerciales de nuestra capital, la tranquilidad es absoluta entre la abigarrada ciudadanía que entra y sale de los comercios, contempla entretenida los escaparates o se limita a pasear aprovechando la bonanza del clima; y nada habría que reseñar de aquella tarde anónima y feliz sino fuera porque en ese momento uno de los paseantes - un joven cubierto, fuera de toda lógica y estación, con una gruesa trenka beige- salta desde la acera al medio de la calzada mientras hace batir sonoramente las palmas de sus manos; y aunque tan incomprensible gesto no parece sino una locura sin importancia propia de la juventud, algo más debe significar porque, al oír la señal convenida, buena parte de los pacíficos viandantes se delatan también como cómplices del primero en un negocio que parece consistir en tomar la calle, interrumpir el tráfico y comenzar a extraer del interior de sus abrigos banderas y pancartas ocultas que comienzan a desplegar mientras otros arrojan fajos de octavillas que vuelan por el aire como aeroplanos de papel y en la confusión del momento el joven que había tomado la iniciativa lanza un grito que enseguida es coreado por los demás, "¡ Todos unidos contra la dictadura!", " ¡ Amnistía, libertad!" y aunque no son más de un centenar de muchachos y muchachas la repercusión de sus actos crece entonces de manera geométrica porque los conductores atascados por la imprevista manifestación comienzan a tocar compulsivamente las bocinas de sus automóviles y las madres a correr calle abajo para salvar a sus niños del desorden y los comerciantes a cerrar los comercios en previsión de posibles saqueos y las secretarias y empleados a abandonar las oficinas aprovechando la oportuna ocasión de abreviar su aburrido horario de trabajo; de manera que

apenas han transcurrido diez minutos y la avenida ha adquirido el aspecto de un caótico campo de batalla en el que, interrumpido el tráfico de vehículos y echadas las persianas y cerrojos de las tiendas, sólo se distingue el flamear de una docena de banderas rojas y varias viejas sábanas con inscripciones de los partidos convocantes a la protesta, mientras que, en primera fila, férreamente agarrados del brazo, avanza el servicio de orden de la Liga Antipatria Revolucionaria (es decir, Ultimo y sus amigos que por ser los más jóvenes eran siempre los más temerarios) y detrás Urtain levanta en solitario la bandera de la Joven Guardia del Padre Rojo y cerrando la manifestación caminamos los militantes de la Organización Revolucionaria, o sea Australiano, Mr Spock y yo mismo, mientras Amparo, Consolación y Socorro reparten octavillas y panfletos a los aterrorizados mirones convocando a la H.G.P., que son las siglas de la Huelga General Política (Y si alguien ha echado en falta a Número Uno o al camarada Angel en el torbellino de esta acción, su presencia queda suficientemente excusada con el argumento de que su labor como dirigentes les impide asumir riesgos innecesarios). "¡Obreros y estudiantes contra la dictadura !", " El pueblo unido jamás será vencido!" y todo va desarrollándose como la seda y en unos minutos más las masas populares terminarán sin duda por salir de los portales y cafeterías, se unirán a nosotros en una misma marcha imparable y triunfante cuando, inesperadamente, uno de los compañeros que junto con Ultimo enarbola la pancarta de cabecera, suelta su extremo, busca en el bolsillo de su trenka y, pistola en mano, arroja dos ruidosos disparos al aire. " ! Padre mío!, ! es Billy el Niño!" y el rumor surca como la pólvora la manifestación porque se trata de uno de los más temidos agentes de la brigada político-social, y al escuchar las detonaciones otros compañeros abandonan también banderas y pancartas y desenfundan sus revólveres porque también son sociales infiltrados y para más complicación comienzan a aparecer por todos lados grupos de antidisturbios y aunque nosotros intentemos hacernos oír gritando " ! Policía asesina!" " ! Disolución de los cuerpos represivos!" la batalla es demasiado desigual y no nos queda más remedio que disolvernarnos nosotros buscando vía de escape en callejones, bares y estaciones de metro, abriéndonos camino por aquella ciudad que vuelve de nuevo a ser hostil, donde todas las puertas y los postigos van cerrándose a cal y canto a nuestro paso y todos los oídos son ya sordos a nuestras llamadas de auxilio, donde nadie está por la labor de meterse en donde no le llaman y menos en quimeras de juventud, en utópicas reivindicaciones estudiantiles, nuestra vieja ciudad de siempre en la que el miedo hace correr a unos y esconderse a otros pero termina por silenciar a todos, hace campar la ley de su

fuerza, desperdiga a los revoltosos, derrota una vez más a la subversión y restablece el orden público, restaura el buen tiempo, la suave tarde de primavera, el paseo de las madres con sus niños, el horario de trabajo de oficinas y comercios y el derecho fundamental de los ciudadanos a contemplar en paz los escaparates de la avenida. (¿ Pero qué se creían que nuestra lucha era un juego de niños, que la feroz represión que practicaba el Padre de la Patria era un invento de la propaganda política ?) Ahí va nuestro parte de Bajas: Ultimo salió con bien, pero fue amonestado por la dirección de la Liga Antipatria Revolucionaria por no haber sido más cuidadoso a la hora de seleccionar a sus compañeros de pancarta; Mr Spock recibió un paraguazo propinado por una anciana reaccionaria mientras corría por los andenes del metro para escapar de la policía; a Australiano le multó un inspector de la Compañía Metropolitana en la misma estación por la que había huido su otro hermano, ya que, en la precipitación de la carrera, se había olvidado de sacar el correspondiente billete; a mí mismo, un antidisturbios me propinó en las costillas tres dolorosos golpes de porra; en compensación, Urtain descalabró de una pedrada a otro; Consolación y Amparo salvaron sus atemorizados pellejos al lograr esconderse en los lavabos de una tienda milagrosamente abierta, pero Socorro, ay, fue detenida por los sociales con las manos metidas en la masa de una buena cantidad de propaganda ilegal y además de ser fichada y pasar tres días y tres noches en los calabozos de la D.G.S. fue condenada por decreto gubernativo, es decir sin guardar siquiera las apariencias de celebrar un juicio injusto, a pagar una multa astronómica o en su caso - y eso es lo que sucedió con nuestra compañera que no quiso comprometer a su madre en las consecuencias de sus acciones- a tres meses de arresto sustitutorio en la prisión provincial de mujeres.

La caída de Socorro obligó a nuestra célula a extremar las medidas de seguridad y, en previsión de que las torturas policiales pudiesen arrancarle los nombres de otros combatientes, a deshacernos de panfletos y documentos e incluso a desmontar la rudimentaria " vietnamita" en que imprimíamos la propaganda clandestina. Pero como la represión se incrementaba día a día y las redadas y detenciones de militantes amenazaban con diezmar no sólo a nuestras huestes sino a la generalidad del movimiento Antipatria, todos los partidos políticos de la oposición se vieron obligados a adoptar mayores precauciones en sus ilícitas actividades, a disfrazarse bajo nuevos camuflajes como fue el caso de nuestra Organización Revolucionaria a la que el Secretario General, echando mano de su pasada experiencia,

convenció para celebrar las reuniones del Comité Central en el interior de una de esas iglesias que pese a constituir reductos reaccionarios - ya que en ellas se tributaba culto al Padre- gozaban de un inmemorial derecho de asilo y resultaban menos accesibles al control de la policía política. Y como el camarada Angel aún conservaba buenos amigos en el clero y continuaba por otra parte en plena posesión de su facultad de ejercer el ministerio sacerdotal, no tuvo mayores problemas para ceñir de nuevo el alba, el cíngulo y la casulla y subir al altar escoltado por dos diligentes monaguillos - que eran miembros destacados de las juventudes de la Organización- mientras el resto de los delegados nos situábamos en los bancos de la nave central para seguir con aparente devoción el desarrollo del santo sacrificio de la misa que, para no levantar innecesarias sospechas entre las beatas y capillitas de turno que no había manera de evitar que se colasen en la reunión, se ajustaba siempre a los canones e incluía todas las genuflexiones de rigor e incluso algunas extras, dada la tendencia al virtuosismo de que hacía gala nuestro dirigente, hasta que llegado el momento del sermón llegaba también el del preceptivo informe del secretariado del Politburó al pleno del Comité Central y entonces el camarada Angel pasaba a predicarnos sobre la etapa actual de la revolución y las mejores formas de aplicar el materialismo dialéctico al análisis de la coyuntura política, un tema del que nada entendían las beatas pero tampoco mucho más nosotros y en el que incluso nuestro secretario general tenía que andarse con pies de plomo puesto que en el campo marxista las desviaciones, herejías y errores de doctrina eran aún más sutiles y fáciles de cometer y se pagaban con los mismos fulminantes anatemas, autos de fe, purgas y depuraciones que las religiosas. Así que el camarada Angel, una vez en el púlpito, abría su Libro Rojo camuflado bajo las tapas del Nuevo Testamento y ponía en juego toda su elocuencia para demostrar que sus palabras se ajustaban siempre a la más estricta ortodoxia y que su pensamiento no se desviaba un ápice de lo que pudiera pensar el Padre Rojo - tarea en verdad ardua porque, como todo el mundo sabe, el Padre Rojo vivía demasiado lejos de nosotros para que lográsemos seguir de cerca sus elucubraciones mentales, pertenecía a una cultura extraña a nuestra idiosincrasia que nada tenía en común con el legado judeo-cristiano y además, como era un gran lector del Tao te King y le gustaba tanto contradecirse, variaba todo el tiempo de forma de pensar, revolucionaba por sorpresa sus propios dogmas y no paraba de poner en evidencia a los centenares de organizaciones revolucionarias que, repartidas por todo el mundo, se esforzaban por convertir en axiomas permanentes sus cambiantes ideas-. De manera que mientras el camarada Angel denunciaba las falsificaciones revisionistas, el

oportunismo de izquierdas y otras tantas perversiones cismáticas como amenazaban a nuestro movimiento, las beatas seguían pasando las cuentas de sus rosarios y los delegados mirando alternativamente sus relojes y hacia las puertas de la iglesia, encomendándose en su nerviosismo a todos los santos en los que no creían para que nuestro máximo dirigente abreviase lo más posible su sermón antes de que la brigada político-social asomase por allí sus narices e incluso yo, a quien también las palabras que escuchaba me sonaban a chino, sin poder evitar que mi pensamiento divagase por las naves y bóvedas de un templo que había sido construido más para dejarse cautivar por el sonido de las oraciones y responsos que para interrogarse sobre su significado; y entre tanto yo cavilaba sobre el sentido trascendente de la vida - que quizás no era otro que el que me habían venido inculcando desde la infancia: sentarse mansamente bajo un púlpito para escuchar llover consignas o latines, según soplasen los vientos de la Historia - iba transcurriendo la asamblea con tal fidelidad al modelo original que era difícil distinguir uno de otro hasta que una vez terminada la comunión - en la que participaba buena parte de los delegados del Comité Central tan aturridos por la escenografía que no sabían ya si comulgaban con fe falsa o auténtica - y tras los tradicionales vivas al Proletariado revolucionario y al Marxismo-leninismo- pensamiento del Padre Rojo, el camarada Angel entonaba el *Ite Missa Est* y de este modo daba por clausurada una reunión de la que salían la mayor parte de los militantes con fervor renovado, aunque unos pocos, entre los que yo me incluía, no dejásemos de sospechar íntimamente que quizás nuestro maniobrero pastor estaba amparándose en el pretexto de la represión para llevar las ovejas a su redil o, puesto que la liturgia religiosa sólo permitía subir al altar a un único oficiante y excluía por su propia naturaleza toda democracia, controversia o debate, utilizando esas argucias clericales para fortalecer su liderazgo personal y eliminar de paso cualquier intento de contestación interna.

Nuestro padre en cambio sí que hubiera debido sospechar, por lo menos del hecho de que continuásemos acarreado gruesos manuales académicos y celebrando reuniones de estudio cuando no había nada que estudiar porque hacía ya más de un mes que el Padre de la Patria había suspendido los exámenes parciales y cerrado una universidad que era un foco permanente de subversión y no digamos del lugar que habíamos elegido para esconder nuestras publicaciones clandestinas que era el mismo estante del armario en que él guardaba sus condecoraciones, álbumes de fotografías y recuerdos bélicos, incluida esa Cruz de Hierro

que le había sido entregada por el Führer, pero ni siquiera con estas evidencias parecía darse cuenta nuestro padre de la conspiración en que andábamos comprometidos sus hijos quizás porque bastante tenía con sus propios problemas para ocuparse de los de los demás ya que en aquellos revueltos tiempos hasta el desarrollo económico que el Padre de la Patria había proclamado como un Principio Fundamental de su política- y que según nuestra enconada opinión no había servido sino para enriquecer aún más a la oligarquía monopolista y explotadora - comenzaba a hacer aguas, a sufrir los efectos de una crisis mundial a la que, en el caso del patrimonio de nuestro padre, había que sumarle los efectos devastadores de una sonada estafa que había dejado en la ruina a millares de inversores inmobiliarios en el sector turístico, otro más de los grandes escándalos económicos del Régimen, del que sin embargo nuestro padre no responsabilizaba al Padre de la Patria sino a los arribistas y corruptos que le rodeaban. " Habría que echarse al monte otra vez... ! Desempolvar los viejos ideales, alzar las viejas banderas y fusilar a todos esos intrigantes criptocomunistas ! " tronaba nuestro padre durante el almuerzo familiar sin lograr arrancarnos con sus gritos ni una sola muestra de desaprobación. " ! Aquí va a haber otra guerra civil, aquí va a haber otro millón de muertos ! ", gritaba subiendo un punto más los decibelios de su voz porque, aunque mantuviese su fe incólume, de algún modo tenía que dar rienda suelta a la crispación que le producían sus dificultades financieras. " ! Abajo los politicastos, los intelectuales vendepatrias y los enanos infiltrados !", pero nosotros habíamos sido perfectamente entrenados para resistir a las provocaciones del enemigo además de que estábamos acostumbrados a que tales exabruptos constituyesen el precio habitual que habíamos de pagar por cada comida en nuestra casa porque la totalidad de sus hijos, dedicados por entero a la causa revolucionaria y sin tiempo por tanto que perder en otro tipo de trabajos más productivos, continuábamos alimentándonos , vistiendo y gastando a su costa - y no digo que el coste de mantener a tan numerosa e ingrata familia no hubiese tenido también que ver con el quebranto de su economía- " ! Me cago en las Naciones Unidas, en la raza sajona y en las Comunidades Europeas! ", " ! Muerte al contubernio judeo-masónico y extremista ! " Pero ni aún así, pero ni aún así lograba nuestro padre sorprender en sus hijos el menor renuncio ideológico.

" Si sois abatidos, ¿ qué quedará ?/ Hambre y lucha, nieve y viento./ ¿ de quién aprenderéis ? De aquel que no caiga. Del hambre y del frío aprenderéis " (Traducción del famoso poema de Brecht, " En Tiempos de la Extrema Persecución" que dedicado a los

compañeros y compañeras encarcelados en las mazmorras patrióticas publiqué por entonces en el órgano de la ORSIPR) Y ya puestos en materia tengo que reconocer que en esa época yo me dedicaba sobre todo a las traducciones y que mi producción original dejaba bastante que desear, sobre todo por razones prácticas ya que de haber escrito más tampoco hubiese tenido en donde publicarlo, porque hasta el propio camarada Angel, celoso de arrancar de raíz el menor brote de individualismo en sus filas, me había devuelto mis más encendidos poemas con el argumento de que nuestro boletín clandestino era una herramienta de combate y no una revista literaria. Así que nunca logré saber a qué versos se refería mi decadente prima - esa cuyo recuerdo yo había borrado de mi memoria hasta el punto de olvidar que continuaba viviendo entre nosotros - cuando se atrevió a poner en cuestión mi honestidad artística.

Aunque aparentase ser un cuento bárbaro en el cuál el sexo había logrado traspasar nuestras fronteras sólo porque se expresaba a través de una violación (una paradoja moral a la que eran muy aficionados nuestros inquisidores para quienes si en principio toda expresión de la libido humana era censurable, cuando esta alcanzaba categoría de crimen podía llegar, en cambio, a convertirse en ejemplarizadora), en realidad " El Manantial de la Doncella" planteaba cuestiones mucho más profundas que tenían que ver con la virtud y el pecado, el libro albedrío y la predestinación y, puesto que el director, pese a ser extranjero, no podía ocultar la formación religiosa que había padecido en su juventud, terminaba constituyendo una metáfora sobre el sinsentido y la angustia en un mundo que - acostumbrados como estábamos los espectadores de nuestro país a descifrar jeroglíficos y dobles mensajes en todo lo que nos dejaban ver - no podía sino estar hecho intencionadamente a cruel imagen y a despiadada semejanza de aquel en que reinaba el Padre de la Patria. Pero, en fin, ateniéndonos estrictamente al argumento hay que reconocer que la película no defraudaba porque había de verdad una doncella que, después de morir defendiendo inútilmente su virtud, se transformaba en manantial y la sangre inocente vertida se transmutaba en un agua purísima y..." Los nuestros sí que son tiempos salvajes y oscuros ", declaró Amparo apenas hubimos salido del cine, " No sabemos que puede suceder, si los ultras terminan por imponerse en el gobierno la represión se endurecerá más todavía ", y entonces yo, para animarla, canturreé dulcemente en su oído el himno proscrito de los luchadores internacionalistas: "... El día que el triunfo alcancemos ni esclavos ni dueños habrá / los odios que al mundo envenenan del mundo lanzados serán..." " ¿ Crees que el mundo se va a arreglar

con canciones ?", me interrumpió ella, " Ahí tienes a Socorro en manos de los torturadores de la Social, expuesta a cualquier ultraje, a cualquier atropello, a cualquier barbarie" " Lo sé, lo sé. Sé que no bastan las palabras pero tampoco sirven de mucho las actitudes derrotistas", dije yo sin lograr hacer mella en su ánimo porque Amparo había extraído ya de su análisis de la situación unas inesperadas conclusiones: " Lo tengo decidido, cuando llegue mi hora no quiero que me atrapen siendo todavía virgen" (y aunque yo no acababa de entender del todo por donde iban sus pensamientos, creí mi deber adelantarme a corregir lo que pudiera haber en ellos de prejuicios burgueses:) " ¿ No te parece que exageras un poco ? ¿ Y sobre todo qué más da, por qué darle tanta importancia a esa membrana inútil ?" " Inútil o no, la membrana es mía y antes de que me la rompan contra mi voluntad prefiero romperla yo donde, cuando y con quien me dé la gana ". Y entre tanto hablábamos de estos temas, íbamos caminando cogidos del brazo como una pareja cualquiera por las calles de nuestra ciudad y nuestras palabras a media voz podrían haber sido las de tantos muchachos y muchachas que paseaban a la salida de los cines ese domingo por la tarde, las de cualquiera de los enamorados que enlazaban sus cuerpos al andar calle abajo, las de unos novios tan sólo entretenidos en declararse mil veces su amor, sino fuera porque nosotros éramos distintos, porque nosotros llevábamos una doble vida y estábamos siempre en primera línea de combate y jamás podíamos permitirnos bajar la guardia, abstraernos de los problemas del mundo, desenchufar de la realidad. " Pero como para hacerlo", dijo entonces Amparo, " se necesitan dos individuos y puesto que no es un asunto que pueda resolver sola, he pensado en tí" " ¿ En mí? ", protesté, " pero si yo..." (Y me quedé en silencio sin saber de qué manera continuar porque, ¿ qué iba a decirle? ¿ que aunque llevaba toda mi corta vida sexual soñando con ese momento a la hora de la verdad me daba pánico el no saber estar a la altura de sus expectativas, que todavía en mi subconsciente aleteaban los viejos fantasmas de la represión, que era inexperto y joven, que, en resumen, yo era tan virgen como ella?) Hay sentimientos, supongo, que son tan evidentes como para lograr transmitirse por otros cauces que el lenguaje hablado, porque en ese momento Amparo se apretó contra mí y como una primera respuesta buscó mis labios para besarlos: " No estoy pidiendo un semental", dijo después , " tampoco estoy buscando un especialista que me enseñe los secretos del polvo perfecto, pero contigo he aprendido muchas cosas y creo que, si nos hacemos mutuamente el favor, podría ser muy bonito que también ésta la descubriéramos juntos"

En eso consiste la revolución, en fijarse objetivos difíciles, incluso utópicos, y en ir avanzando luego, trinchera tras trinchera, objetivo tras objetivo; pero como en nuestro país, en contra de lo que el pesimismo de Amparo pudiera haber hecho pensar, el deterioro de la situación política (marcado la verdad, más que por nuestros esfuerzos revolucionarios, por los estragos que la avanzada edad iba produciendo en la salud del Padre de la Patria) iba alcanzando ya un punto de no retorno, nuestros propósitos autoliberadores vinieron a coincidir con una agitación social nunca vista antes; y ello era porque, tras numerosos seminarios de reflexión y análisis, la dirigencia opositora había llegado a la conclusión de que mientras no corriésemos esa tendencia fraccionalista que caracterizaba al movimiento Antipatria (donde no había día sin que se creasen nuevos partidos y banderías y se escindiesen y volviesen a escindir los ya existentes) no nos sería posible combatir con éxito la férrea centralización de intereses que caracterizaba al bando patriótico; y así, una vez definido el problema, todas las acciones políticas de la oposición pasaron a perseguir una convergencia que resultaba muy difícil plasmar en la realidad, porque en primer lugar estaban las insalvables diferencias ideológicas que nos separaban (¿ cómo podían juntarse los distintos seguidores del Padre Rojo, entre los que ya se hacía casi imposible distinguir entre equivocados y auténticos, con revisionistas renegados, traidores socialdemócratas, inmundos liberales, mencheviques pactistas, feudales monárquicos, bakuninistas indisciplinados, nacionalistas pequeño-burgueses, aventureristas criminales y cristianos de toda laya y base?), pero es que también diferíamos en los objetivos y las estrategias porque estaban los partidarios de negociar con los sectores más aperturistas de la dictadura una salida que podía llegar a ser incluso pacífica y los que sólo estábamos dispuestos a negociar la forma en que, una vez condenado por un tribunal popular revolucionario, debía ser ajusticiado el Padre de la Patria; y las diferencias eran tantas como para no lograr ponernos de acuerdo ni en la bandera y los símbolos que íbamos a adoptar tras la hipotética victoria, ni en los idiomas que íbamos a hablar cuando nos dejasen, ni en la demarcación de nuestras fronteras ni mucho menos en la forma política del nuevo Estado que íbamos a fundar, y ni siquiera, en si debíamos perseguir una integración en Europa o, mirando hacia el sur, buscar nuestra identidad en el Movimiento de Países no Alineados; y con tanto por discutir, negociar y pactar, era lógico que todos nuestros dirigentes anduviesen en un constante correveidile elaborando programas mínimos y máximos, cediendo en las cuestiones accesorias pero mostrándose inflexibles en las que cada

grupo consideraba fundamentales, y en medio de toda esta agitación yo mismo iba de un lado para otro, negociando también, pero en base a unos objetivos quizás menos trascendentes aunque, si se piensa en ello, en plena sintonía con los del resto de mis compañeros porque también trataban de la libertad, una libertad tan ilusoria que no había manera de hacerla valer frente al autoritarismo de que hacían gala los recepcionistas de los hoteles y las patronas de las pensiones que, con la ley en la mano, me exigían la presentación de un imposible Libro de Familia para permitirme yacer con mi supuesta esposa (y eso que aún no habíamos hablado de si cumplíamos los dos la edad precisa para ser responsables de nuestros propósitos y deseos) en una de las habitaciones a su cargo; y con estas dificultades inesperadas venía a demostrarse hasta qué punto el Régimen patriótico era enemigo inconciliable de la felicidad de los seres humanos por cuanto ni siquiera concedía a los amantes el mísero cobijo de un rincón bajo techo, obligando a sus jóvenes súbditos a descubrir el amor al relente de parques y descampados, en los excusados de bares y cafeterías o en el asiento trasero de los automóviles, posibilidades todas ellas que había descartado rotundamente Amparo (como hacerlo a escondidas en casa de su madre, que le parecía una sobrecarga de culpabilidad innecesaria), y en esas circunstancias, cuando ya casi habíamos perdido las últimas esperanzas de llevar nuestros planes a cabo, vine a tener la suerte de encontrar un meublé clandestino en el que sin hacer más preguntas pero en horario de mañana, ya que de tarde y noche era cuando los cuartos registraban mayor ocupación de prostitutas y clientes, estaban dispuestos a proporcionarnos nuestro ansiado nido de amor.

Llegó el día señalado, se cumplieron los plazos como llega la aurora tras la noche, como cambian las fases de la luna, como se suceden en la tierra los ciclos de las estaciones y van y vienen los períodos de celo y los ritos nupciales en todas las especies de criaturas vivientes, y con esa inevitabilidad, conforme a esos hados, flechas de Cupido y conjunciones astrales que guían, ciegas y caprichosas, los destinos de hombres y mujeres, nos plantamos Amparo y yo frente a la puerta del lugar señalado para nuestro himeneo; todavía temblorosos, tímidos, inseguros, demasiado jóvenes para fingir aplomo, subimos las destartaladas escaleras hasta detenernos frente a la madama para recibir de sus manos una toalla más descolorida que limpia y de su boca la información sobre el tiempo de duración del servicio y las instrucciones para no malgastar el agua caliente; y una vez solos, bien cerrada la puerta, cuando llegó el momento de la verdad, nos miramos los dos con desconcierto porque aquella

intimidad tanto tiempo esperada resultaba demasiado extraña como para que supiésemos reaccionar con desenvoltura frente a ella. " Date la vuelta, por favor ", me pidió Amparo y como yo no lograba disimular la estupefacción que me habían producido esas primeras palabras, ella dulcificó su voz, " Vamos, será sólo un momento, ponte de espaldas, por favor ", y mientras yo me situaba en esa posición que iba camino de convertirse en la postura erótica habitual de mi vida no podía dejar de repasar todos los esfuerzos y complicaciones que había tenido que superar para llegar a ese momento, el largo camino recorrido hasta encontrarme a solas con Amparo en una habitación de la que ahora tan sólo podía ver la pared, de nuevo frente al muro contra el que se estrellaban todos mis intentos de mirar lo que podía haber más allá, y claro, era bastante decepcionante, una victoria más bien pírrica, un nuevo callejón sin salida en el que había ido a perderme, aunque a lo mejor se trataba de eso, a lo mejor no había nada más que encontrar y nuestro destino consistía en dar vueltas por los corredores de aquel laberinto intrincado que había inventado el Régimen para esconder en él todo lo que tuviera relación con el sexo, para ocultar el monstruo de la sexualidad humana, para que los muchachos y las muchachas de nuestro país se extraviasen en aquel dédalo de pistas falsas, prohibiciones y sublimaciones religiosas, para que perdiésemos el hilo de nuestra búsqueda, para marear interminablemente la perdiz (¿ Por qué si no, se nos volvía tan difícil, por qué el deseo parecía necesitar siempre de rodeos y pretextos, renglones torcidos con que escribirlo, coartadas y justificaciones?) Quizás si nada más cruzar la puerta nos hubiésemos rendido al primer impulso de chocar, de abalanzarnos el uno contra el otro, no estaríamos ahora perdiendo el tiempo cronometrado de nuestro amor, mientras Amparo se eternizaba a mi espalda - " ¿ Embadurnándose de sus cremas nocturnas, desnudándose públicamente para vestir después un largo camisón ?" , me dije recordando el voluminoso bolso que ella había traído aunque se tratase de una idea absurda porque ni siquiera era mediodía - y ya había yo perdido la menor esperanza de que una cita tan premeditada y calculada, en cierto modo más producto de la reflexión que de la pasión, del intelecto que del instinto, pudiese alcanzar un final feliz, cuando, por fin, mi compañera me autorizó a volverme. " ! Jane!", no pude evitar exclamar sacudido por el primer impacto de la visión que tenía ante mis ojos porque Amparo se había puesto un ceñido y tintineante vestido de lamé dorado que recordaba al que una de sus reencarnaciones cinematográficas había vestido en el papel de Barbarella y tan corto además como aquel otro con el que la Jane en blanco y negro buceaba perturbadoramente por los ríos caudalosos del Africa, y al venir hacia mí

descubría insinuante los lascivos ligeros que sostenían sus medias y era de pronto una mujer fatal y descarada que venía a seducir a su hombre, a entregarse en sus brazos, con todo su pasado de placeres prohibidos y secretos, un cuerpo que sólo buscaba estremecerse en aquella habitación anónima de hotel a donde sólo se venía a eso, a desnudarse, a deshacerse, a devorarse mutuamente. " Me gusta que me llames así", dijo ella, mordisqueándome la oreja, "suena mucho más excitante ", y al desabrochar la cremallera recién empezaba a descubrir el prodigio de su ropa interior, deliciosamente crepuscular y decadente (más deliciosa porque la sabía estrictamente destinada para mí, ya que, en aquella época, las chicas liberadas habían dejado de usar sostenes) cuando, de pronto, comenzaron a escucharse carreras por el pasillo, gritos, golpes y voces y nuestra incipiente intimidad se vio del todo interrumpida por las órdenes de la patrona: " ! Vamos, todos fuera! ! ha ocurrido algo grave, espantoso! ! Vamos, deprisa, no hay tiempo que perder, si viene la policía no quiero tener problemas con menores de edad ! " (Tambaleantes, deslumbrados por la hiriente luz de la mañana, expulsados de nuestro paraíso por aquella madama histérica que ni siquiera se acordó de reclamarnos el precio del cuarto, salimos a la calle. En efecto, algo gordo debía de haber pasado en el mundo exterior porque por todas partes se escuchaban sirenas de ambulancias y cruzaban a toda velocidad coches zetas y furgonetas antidisturbios y había una sensación de miedo y opresión y la gente caminaba deprisa hacia sus casas con los transistores pegados a las orejas) Por lo que se refiere a nuestro pequeño mundo - una información que quizás resulte irrelevante para los historiadores pero que era lo que más nos preocupaba entonces a nosotros -, sucedió que en la precipitación de la huida Amparo no había tenido tiempo de cambiarse de ropa y, arrojando la vergüenza de seguir siendo Jane a plena luz, tuvo que resignarse a esperar el autobús exhibiendo en público los tintineos, ligas y desnudeces que ella había planeado descubrir tan sólo ante mis ojos; y de este modo, sin haber tenido tiempo para pecar pero ya en la picota pública, tuvimos que soportar los dos juntos los piropos y las obscenidades de los viandantes masculinos e incluso, mientras yo luchaba inútilmente con el atascado cierre de la cremallera de su vestido, el postrer epitafio de una malhumorada ama de casa, " ! Desvergonzados, guarros, en un día como hoy venir a exhibirse de ese modo a la vista de todo el mundo ! "

Quiso la Historia que esa misma mañana, en el mismo momento en que nos disponíamos a deshacernos de nuestros más íntimos prejuicios, una potente bomba manejada

por control remoto viniese a deshacer la vida del lugarteniente del Padre de la Patria tras hacer explosión bajo el coche en que se desplazaba y arrojándolo, por efectos de la onda expansiva desde la misma calle hasta el claustro interior de un convento cercano; y como el atentado revestía el carácter de un auténtico magnicidio ya que aquel prohombre era considerado en casi todas las fuentes bien informadas como el heredero espiritual del Padre (Por todos menos por El Mismo que era plenamente consciente de la excepcionalidad de su culto, de su monoteísmo intransferible) la conmoción que experimentamos todos en nuestro país fue bastante considerable: en la oposición porque la audacia del golpe ponía sobre el tapete la hipótesis de una creciente vulnerabilidad del Régimen que, si bien todos pregonábamos en público, ninguno nos atrevíamos a soñar; desde el lado oficial porque el asesinato del vicepadre demostraba unos fallos inesperados en los sistemas de represión y coacción social que ningún Estado totalitario que se preciase podía consentir en su interior. Y en subsanación de tales deficiencias vino a caer sobre nosotros todo el peso de la violencia y la ilegalidad, porque se multiplicaron las detenciones, redadas y juicios sumarísimos, sin distinción de estudiantes, intelectuales o sindicalistas y se reforzó la censura de prensa, libros y películas y la vigilancia política y moral de las actividades ciudadanas y se volvieron a cerrar las universidades y las fábricas más conflictivas, y entre ellas, sin que hubiese razón aparente, también clasuraron aquel inofensivo meublé en el que ni siquiera habíamos tenido tiempo de consumir nuestro delito. En todo caso, y por más que la represión apretase, nadie dudaba en nuestro bando que aquella muerte favorecía objetivamente a la causa de la libertad y venía a suponer un paso de gigante en el camino hacia la liberación de las masas populares, aunque a mí, si he de ser sincero, más que beneficiarme me perjudicó en lo más íntimo porque entre Amparo y yo vino a abrirse un abismo de distancia e incompreensión aún más profundo que el socavón que había provocado la bomba y ya nunca más volvimos a buscar una oportunidad de estar solos y se acabaron incluso nuestras antiguas exploraciones sexológicas y la franca camaradería de nuestras libidos. En fin, que rompimos relaciones y ello porque Amparo había decidido hacerme directamente responsable de que, en el más álgido momento de la epopeya revolucionaria, cuando más falta hacía arrimar el hombro en el combate, hubiésemos estado los dos perdiendo el tiempo en una casa de citas, ella disfrazada de pelandusca y yo de intelectual pequeñoburgués, rijoso y diletante.

Existen ideas fijas, obsesiones profundas que gobiernan la vida de los hombres y les llevan a crecerse ante las dificultades, a resistir más allá de sus propios límites, a no rendirse jamás en la persecución de un ideal, y así yo, deduciendo que quizás me había equivocado en el sujeto pero no en el objeto de mi amor, aproveché la salida de la cárcel de Socorro - que venía a coincidir con el ingreso en ella de una buena cantidad de compañeros - para reservar una cita en su abultado carnet puesto que, aureolada como venía por sus padecimientos de excautiva revolucionaria, todos los mitómanos de nuestro movimiento revoloteaban ahora como moscones a su alrededor. Y aunque en principio nadie hubiera pensado que la contemplación de alguna de las películas (no recuerdo si se trataba de "Iván el Terrible" o " La Conjura de los Boyardos") a las que entonces éramos tan aficionados los militantes de la Organización Revolucionaria pudiesen despertar algún deseo escondido en el subconsciente de los espectadores, sin embargo, impelido por las obsesiones susodichas y apenas se hizo la oscuridad en la sala, yo no pude evitar abalanzarme sobre la butaca contigua en busca de unos besos y tocamientos impuros que, justo es reconocerlo, no fueron en modo alguno rechazados por mi compañera de asiento. De manera que cuando abandonamos la sala de proyección, nuestra heroína y yo habíamos conquistado la suficiente intimidad (y de una forma bastante imprevista porque hasta ese momento ninguno de los dos habíamos mantenido el más mínimo coqueteo) como para dar por garantizados nuevos progresos:

"¿Conoces la última consigna de nuestro Secretariado General? `Cuanto más hago la revolución más ganas tengo de hacer la comunión, cuánto más hago la comunión más ganas tengo de hacer la revolución' ", bromeé yo tratando de trivializar las plomizas secuelas de la película que veníamos de ver, pero los días de cautiverio parecían haber afectado al humor de Socorro porque en lugar de reírse, se separó de mí y me reconvino suavemente: " Siempre con tus frases hechas, Agonías, hay cosas que son demasiado serias para burlarse" y aunque no había modo de deducir de sus palabras si las cosas serias de las que no convenía burlarse eran las políticas o las religiosas, yo preferí no continuar avanzando por ese peligroso camino y opté por un comentario neutral sobre el tiempo que en aquel entonces, por imperativos de nuestra lucha, no se refería al atmosférico sino al tiempo político: " Parece que la próxima manifestación unitaria va a ser sonada, van a participar cientos, miles de compañeros", Sí", reconoció Socorro volviendo a abrazarme y a acompasar su paso con el mío, " nadie puede negar que avanza la revolución, cada vez estamos más cerca del triunfo final" " Precisamente", dije yo, " y ahora que se aproxima la libertad resulta verdaderamente triste que

existan aún camaradas aferrados a los viejos prejuicios..." "¿Prejuicios?", se extrañó Socorro, "no entiendo lo que quieres decir". "Ya sabes", le expliqué como quien habla de algo archisabido, consuetudinariamente aceptado, "esos viejos opios del pueblo: la religión, la familia tradicional, el individualismo burgués...y la superstición más absurda de todas, esa que atribuye un valor sagrado, casi totémico, a la virginidad..." "Bueno", suspiró ella aliviada, "al menos de esa última tara yo ya me he librado". ¿Sí?", dije yo en un tono que no podía ocultar mi alarma porque hubieran llegado a cumplirse las premoniciones de Amparo y la honra de nuestra compañera pudiera haberse visto mancillada por sus infames carceleros, "¿Quieres decir que en la cárcel...?" "¿En la cárcel, cómo iba a ser en la cárcel?! Pero si estaba en una prisión de mujeres!" "Claro, perdona, tienes razón, pero es que como nunca me habías hablado de ello". Socorro me dirigió entonces una sonrisa divertida que más parecía dispuesta a rememorar dulces placeres que oprobiosos ultrajes: "Hubieses tenido que darte cuenta tú solo, porque sucedió con alguien muy cercano a tí, nada menos que con tu hermano", y al escuchar su confidencia, la decepción y la indignación pasaron a agitarse tan fuertemente en mi interior como para formar un explosivo molotov: ¿que es lo que Socorro estaba tratando de decirme? ¿que había mantenido contactos, no ya secretos, sino íntimamente confidenciales con elementos de la dirección de la Joven Guardia del Padre Rojo sin informar de ello al secretario general de nuestra Organización Revolucionaria? ¿Comprendía ella el alcance de la traición que acababa de cometer? ¿Se daba cuenta de que, de habernos encontrado en los tiempos gloriosos de la Larga Marcha, hubiera sido fusilada por entreguista sin más contemplaciones? . Socorro había seguido la línea inflamada y ascendente de mi diatriba sin entender gran cosa hasta que de pronto vino a hacerse la luz en la confusión: "¡No, tonto! si con el que lo hice no fue con tu hermano Primo, sino con Alien, quiero decir con el compañero Mr. Spock". "¿Alien?", dije yo, "pero si es un chaval, pero si..." "¡Es tan divertido!", me interrumpió ella, "¡y tan tierno! Además no tuvimos mucho tiempo para pensárnoslo, sucedió de repente, en el asiento trasero del coche de mamá" (¡Oh tiempos locos, mudables y confusos! ¡Oh eterno femenino cuando no caprichoso del todo imprevisible! Y como no se me ocurrían otros tópicos que pensar ni mucho menos que decir caminamos un buen rato los dos por la calle, en un silencio bastante embarazoso que sólo vino a interrumpirse cuando en la mente de Socorro volvió a hacerse la luz sobre el significado subliminal de nuestra charla:) "Agonías, no me digas que con todo el tiempo que salistéis juntos Amparo y tú...¿ es que no llegásteis a hacerlo? "¡Cómo no!", repliqué,

sujetando su brazo y pasando a imprimir entonces a nuestra marcha un paso mucho más rápido, un rumbo decidido capaz de desanimar cualquier nueva e incómoda pregunta, " ¿ de dónde has sacado una idea tan absurda?"

A veces lo más obvio es lo que más tardamos en descubrir y fue gracias a la humildad que me habían enseñado mis últimos descalabros amorosos que terminé por dirigir la vista a aquella que había sabido manifestarme su predilección ya en los tempranos tiempos adolescentes en que nadie más se interesaba por mi persona, hablo de nuestra Cenicienta, me refiero a nuestro patito feo, a nuestro callo malayo oficial a cuyo lado me senté, de una forma pública y notoria, desdeñando la ingrata compañía de sus más agraciadas amigas, la siguiente vez que acudimos juntos al cineclub universitario para ver, de manera semiclandestina, el film que más furor hacía entre el público progresista: " El Acorazado Potemkin" una película sañudamente perseguida durante casi cuarenta años por la censura (por motivos inexplicables ya que, además de pertenecer a la época del cine mudo y carecer de banda sonora, era tan antigua como para haber sido realizada en la oscura prehistoria en la que el Padre de la Patria no había todavía conquistado su poder y no podía por tanto, por razones de temporalidad histórica, criticar ni por señas al Régimen). Y cuando empezó la proyección en blanco y negro, con la disculpa de la emoción que prometían aquellas desenfocadas imágenes, que por otra parte todos nosotros habíamos contemplado ya una decena larga de veces, yo sujeté la mano de Consolación entre las mías para asistir en tan estrecha intimidad al desarrollo de una epopeya que, por si existe algún lector que lo ignore, trataba de unos infelices marineros que hartos de los malos tratos y pésimas condiciones de vida que padecían en la flota zarista decidían rebelarse contra sus oficiales cuando estos, a manera de almuerzo, pretendían obligarles a comer una carne podrida y agusanada. " Me encuentro mal", dijo entonces Consolación oprimiendo fuerte mi mano contra el brazo de la butaca," siento náuseas", y después de decirlo, se inclinó hacia delante y vomitó sobre los espectadores de la fila inmediatamente anterior todos los alimentos sólidos y líquidos que había ingerido durante el día. El efecto fue de auténtico dominó: sea porque en ese momento se mostrase en pantalla un primer plano de los gusanos que se agitaban en los trozos de carne, seguido de las caras de repugnancia de los marineros rusos, sea por el estropicio que había causado nuestra compañera, toda la sala del cineclub universitario se llenó de repente de arcadas y eructos, hipos descontrolados e incluso hasta algún que otro nuevo vómito, alcanzando tal grado de

identificación entre obra de arte y vida real, como jamás hubiera soñado Eisenstein; pero nosotros no tuvimos demasiado tiempo para contemplar el fenómeno porque, repentinamente también, y aprovechando la confusión, Amparo y Socorro agarraron del brazo a la indispuesta y abandonamos la sala de proyección en busca de la farmacia más cercana; y para cuando recibimos los resultados de los análisis estos vinieron a confirmar lo que ya sus amigas esperaban porque el malestar de Consolación, más que producto de su solidaridad con las penalidades de la marina de guerra presoviética, no era sino un feliz anuncio de que, según había celebrado la farmacéutica, se hallaba en pleno estado de venturosa buena esperanza.

Tenía que suceder, después de tanta agitación en la vida política, que también la privada viniese a complicársenos y de semejante manera, porque los efectos perturbadores que arrastraba en cualquier circunstancia el embarazo involuntario de una menor de edad, adquirirían, en nuestro país, dimensiones de auténtica catástrofe: ¿ a quién acudir, qué hacer, cómo resolver el problema ? Aunque tampoco hacía falta consultar al oráculo para concluir que el horizonte vital de Consolación se había estrechado tanto como para ofrecerle ahora dos opciones claramente diferenciadas pero igual de sombrías: convertirse en madre soltera, parir y criar ese hijo ofreciendo sus tempranos desvelos maternos en expiación por el pecado original con que lo había concebido o, en caso contrario, someterse a una carnicería en un quirófano clandestino del que tenía más posibilidades de salir camino del cementerio o de la cárcel que con vida y con bien. Y en esa encrucijada, superada por los acontecimientos, nuestra amiga vino a complicar más las cosas porque se le ocurrió contárselo a su madre que era miembro de una asociación de misericordia muy en boga entonces conocida como la Obra del Padre y tras esa piadosa consulta los horrores inherentes a la segunda opción pasaron a llevar aparejados también, amén de la condenación eterna, la pérdida de su condición de hija y la expulsión fulminante del hogar familiar. Pero Consolación seguía erre que erre, negándose a interpretar el papel de una maternidad para la que no tenía ninguna gana y que le venía demasiado grande para su edad y entonces, cansados de no encontrar respuestas en el interior de nuestro país, nos decidimos a buscarlas fuera, viniendo a descubrir una vez más que entre el resto de la humanidad y nosotros apenas parecía existir otra cosa en común que la manera de respirar y dos o tres genes elementales porque en el extranjero, al contrario que nuestro Régimen tan sólo interesado en la multiplicación de sus súbditos, todas las naciones habían organizado de una manera razonable e higiénica la planificación familiar, aunque el

asunto era complejo y no en todas partes se enfocaba de la misma manera ya que si en los países comunistas la interrupción del embarazo salía gratis (pero allí no se podía acudir porque todos ellos figuraban en la lista de lugares en los que no era válido nuestro pasaporte), en los capitalistas, como era lógico y consustancial, venía a costar, entre transporte y gastos quirúrgicos y de hospitalización, una verdadera pasta (¿Dinero? ¿ Alguien ha hablado de dinero? ¿ A conseguir por menores de edad, por estudiantes sin experiencia alguna y sin consentimiento de sus padres ? ¿ Y además en apenas un mes, porque sino los plazos...? ¿ Pero muchachos, en qué mundo creían vivir? ¿ Qué pensaban, que esto era una película de Hollywood ?). Y como todos nuestros ahorros reunidos no daban ni para un billete de ida, alguien tuvo la feliz ocurrencia de apelar, como el último recurso posible, a la solidaridad revolucionaria.

" Por la Libertad Sexual. Las Mujeres Deciden. Aborto Libre y Seguro. Abajo la Dictadura. Colabora con las Compañeras Represaliadas" proclamaba la enorme pancarta que habíamos instalado detrás de nuestra mesa petitoria en el hall de la Facultad para que de este modo, obligados a pasar junto a nosotros al entrar y salir de clase, los estudiantes tuvieran mayores oportunidades de participar en la acción solidaria. Y la verdad es que participaban, se detenían en grupo a mirar de qué iba la cosa, pedían información adicional, aportaban algún dinero, pero lo que más solían aportar eran sus opiniones: " Hablar de 'Represaliadas' es hacer juicios de valor", opinó Ultimo, " el texto debería limitarse a decir 'Compañeras Embarazadas', el embarazo no es propiamente una represalia sino una consecuencia". " El 'Abajo la Dictadura' hay que colocarlo siempre al principio o al final del mensaje, así puede reconocerse a simple vista si estamos ante una pancarta pro o anti ", recomendó Alien. " Si lo que pretendéis es sacar dinero hay que mencionarlo más expresamente ", sugirió Gemelo, " sino se corre el riesgo de que os llenen la mesa con ropa usada o libros y juguetes viejos". Primo, en cambio, permaneció largo rato leyendo el texto sobre la sábana como si en vez de cuatro frases deslavazadas estuviese leyendo un intrincado manifiesto del Padre Rojo: " Creía que la consigna que habíamos pactado para esta semana en la mesa de partidos políticos era pedir la dimisión del rector y el boicot a las elecciones del Claustro ", dijo al fin, y como fuera inequívoco el tono de reproche en su voz yo traté de explicarle la urgencia que teníamos por solucionar nuestro problema. " Ya sé, ya sé que para tí la revolución sexual siempre ha sido la cuestión más urgente", replicó él y luego volviéndose a los estudiantes que nos

rodeaban alzó la voz para que ellos también pudieran escucharle: " Pero el caso es que ayer mismo se ha celebrado una asamblea y que en esa asamblea se votaron los objetivos de las próximas movilizaciones estudiantiles y que entre esos objetivos no figura ninguno de los contenidos en esta pancarta "; y como empezase a levantarse un rumor de conformidad con las palabras de mi hermano mayor yo me vi obligado a gritar aún más que él: " ¿ Quieres decir que estás en contra del derecho al aborto, a que las mujeres decidan libremente sobre su propio cuerpo ?" " Yo no he dicho eso", respondió Primo, " Sólo he dicho que la cuestión no ha sido discutida ni votada y que por tanto tendrás que esperar hasta la próxima asamblea para plantearla a los compañeros. " "Además es una reivindicación que no corresponde a la fase actual de la revolución democrático popular sino a la de la dictadura del proletariado" dijo Ursus ganándose un codazo en el estómago por parte de su dirigente y hermano porque estaba cometiendo la indiscreción de desvelar las metas últimas del programa marxista leninista en una reunión abierta integrada más que por militantes, por simples estudiantes de base escasamente concienciados. En esas nos hallábamos, a punto de enzarzarnos en una de nuestras tradicionales luchas fratricidas, Primo exigiendo que retirásemos la pancarta y nosotros dispuestos a defender nuestra libertad de expresión con uñas y con dientes cuando acertó a pasar por el hall de la Facultad el camarada Angel que salía de una reunión clandestina de PNNs, y como un profesor es siempre un profesor y sigue conservando toda su autoridad aún en tiempos revueltos y prerrevolucionarios, todos estuvimos de acuerdo en cederle a él la última palabra para solucionar el contencioso: " Estamos ante un tema delicado, sin duda, porque afecta a las convicciones íntimas de buena parte de los compañeros que aún conservan su fe religiosa ", comenzó declarando con su taimada lengua , " pero siempre hay maneras de decir las cosas sin herir la sensibilidad de nadie . ¿ Alguien tiene un spray ? " Y una vez se lo dieron, de pie sobre la mesa, se puso a recomponer él mismo nuestro texto, tachando allá, enmendando acá hasta dejarlo escrito de este modo: " Por la Libertad. Abajo la Dictadura. Colabora con las Mujeres Necesitadas". No acabábamos de sorprendernos siquiera de la rapidez con que había realizado sus correcciones sobre nuestro mensaje original cuando el camarada Angel, sin bajarse de su improvisada tribuna, todavía con el spray en la mano, se dirigió de nuevo a los estudiantes: " ¿ Es que queda alguno entre vosotros que pueda disentir de estas consignas, que esté en contra de la libertad, de la democracia, de la compasión por los que sufren ? ", y como no los había y como de haberlos habido ninguno se hubiera atrevido a objetar en público tan altos ideales y como además

llegaba la hora de volver a clase, poco a poco fue disolviéndose la reunión sin mayores desórdenes. " ! Infeliz !", me despidió Primo al pasar junto a nuestra mesa , " ! No sabes lo que pides ! ¿ Crees que de haber tenido la opción del aborto libre hubieran elegido nuestras madres traernos a nosotros al mundo?" . Me impactó, no voy a negarlo: no porque un golpe tan bajo pudiese conmover la firmeza de mis ideas sino porque la alusión a aquella madre olvidada, en realidad nunca vista, que oficialmente había muerto pero que también era posible que hubiese decidido abandonarme en el mismo momento de empujarme a la vida, no podía menos que entristecerme. Lo cierto es que yo no tenía forma de saber si mi condición original había sido la de huérfano o la de expósito y en el segundo caso, como decía Primo, era fácil argumentar que al defender el derecho de las mujeres a interrumpir libremente su maternidad estaba actuando en contra de mis legítimos intereses (Una perplejidad política más: ¿ podía yo anteponer en esa tesitura los intereses de mi hipotético colectivo social - el de los hijos de madre desconocida - a los intereses de otro mucho más amplio - el de las mujeres en general - y yendo aún más allá, a los de la sociedad en su conjunto ?) Pero como hablando de intereses los más urgentes de atender eran los de nuestra represaliada que, aunque no mostrase aún grandes síntomas de su gravedad, acabaría por parir en nuestra mesa petitoria si tenía que seguir esperando allí sentada a que su caso fuese discutido en alguna futura asamblea o peor aún a que se implantase la dictadura del proletariado para ver legalizado el aborto, dejé de lado mis pajas mentales y ayudé a mis compañeras a descolgar nuestra tergiversada pancarta. " ! Machistas de mierda !" gritó Socorro mientras enrollaba la tela cuando ya no quedaba nadie en el hall que pudiera oírla y luego, despreciando la miserable calderilla que nos habían donado aquellos machos prepotentes - entre los que probablemente se encontraba el que había participado en la génesis del problema de Consolación y cuyo nombre ella no había querido revelarnos - mis tres amigas abandonaron la universidad.

Al final la solución se la buscaron ellas solas a través de una compañera que había conocido Socorro en la cárcel de mujeres y que formaba parte de un colectivo radical feminista que controlaba una agencia de viajes y una librería, lo que facilitó por un lado la realización de los trámites con la correspondiente clínica de Londres y que pudiesen comprometerse a ir devolviendo el dinero que les habían adelantado sus benefactoras con su trabajo de media jornada entre los libros. (¿ Que cómo era entonces el extranjero? Puesto que su misma existencia constituía un `no man,s land' para nuestro claustrofóbico imperio, todo lo

que pudiera contarse de esas tierras remotas sonaba de igual modo a exageración y maravilla, y así, en tan sólo tres días, Consolación asistió a varios conciertos de música pop, participó en una manifestación en Trafalgar Square contra el régimen de apartheid en Sudáfrica - sólo por darse el gusto de que estuviera autorizada-, probó la marihuana por primera vez, llevó flores a la tumba de Karl Marx, vio todas las películas pornográficas que le dio tiempo a contemplar, paseó encartelada y poniendo los cuernos frente a la Embajada de nuestro país y, aunque las de la librería le habían encargado que comprase ciertas publicaciones políticas inencontrables en nuestra patria, apenas salió de la clínica se dio una vuelta por el mercado de Portobello y, como si conservase intacta todavía su capacidad de experimentar antojos, terminó por gastarse en ropa lo poco que le quedaba del préstamo)

Dejar las cosas a la mitad es la manera más segura de que no se resuelvan nunca así que, aprovechando la intimidad que se había restaurado entre nosotros mientras luchábamos codo con codo por la autodeterminación de nuestra compañera, logré arrancarle a Amparo una nueva cita a la que acudí con una autocrítica ideológica minuciosamente preparada ya que, según le expliqué después de haber intentado besar sus labios y no haber recibido en respuesta otro saludo que el cortés ofrecimiento de su mejilla, yo no podía sino coincidir con ella en que era muy probable que, por un exceso de fantasía literaria, disculpable en un futuro escritor, yo hubiese complicado en demasía con ella los prolegómenos del cortejo amoroso, llegando incluso a perderme, estaba dispuesto a reconocer, en los detalles más nimios y con la mala suerte añadida de que el atentado más importante de la historia del movimiento Antipatria hubiese tenido que venir a coincidir con la fase final de nuestro negocio... " No seas ridículo, Agonías, no soy tan injusta como para hacerte responsable de eso ". Pues si no quería ser tan injusta tendría entonces que convenir en que todos esos preparativos no habían tenido otra finalidad que realzar la importancia que yo atribuía al hecho de aparearme sexualmente con ella, un objetivo tan amado y deseado por mí como para haberme llevado a patear todos los antros y pensiones de la ciudad... " No es cuestión tampoco de ponerse patéticos", dijo Amparo mirando de soslayo a un lado y a otro de la cafetería, ya que la teatralidad de mis gestos llamaba cada vez más la atención de los demás clientes, " quizás si me escucharas, si me dejaras explicarte..." De acuerdo, entonces estábamos los dos de acuerdo en que todo el problema venía a reducirse a que, por causa de mi tendencia innata al patetismo, a la dramatización de circunstancias y sucesos (algo que yo no podía controlar ya

que, además de genéticamente, venía predestinado a ello desde mi mismo nombre) yo había sin duda sacado las cosas de quicio, atribuido al asunto una importancia mayor que la que podía tener, pero eso era ya, afortunadamente, agua pasada, historia pretérita, porque ahora yo había comprendido al fin que el verdadero amor, sin dejar por ello de ser sublime, era el fenómeno más natural del mundo y no necesitaba de artificios ni barrocos disfraces para expresarse y que como tal podía hacerse en cualquier circunstancia y lugar, no siendo incompatible con ninguna actividad ni mucho menos con las revolucionarias, porque ahora veía claro que el amor no necesitaba del cobarde refugio de las habitaciones de alquiler y podía practicarse en cualquier parte, en la misma trinchera y desde luego que sin bajar la guardia, sin cerrar, ni aún en los transportes más voluptuosos, los ojos a la realidad, no fuese a ser que, justo en ese momento, un nuevo atentado, contraataque o escaramuza viniera a exigirnos nuevos sacrificios y retos (En este punto, las miradas de los parroquianos del bar expresaban tal simpatía profunda hacia mis posiciones que no dudé de la proximidad de mi victoria dialéctica) " Basta, Agonías", dijo entonces Amparo, " No tiene sentido seguir dándole vueltas porque las cosas son mucho más sencillas: estoy saliendo con otro compañero". Y si descendíamos a cuestiones más prácticas - proseguí entusiasmado -, también había que tener en cuenta el hecho de que, ahora que podíamos practicar sexo seguro gracias al efecto liberador de las píldoras que Consolación había traído de Inglaterra, constituía una auténtica lástima desperdiciar esa oportunidad de..." ¿ Otro?" , me interrumpí a mi mismo tras comprobar en la expresión de los espectadores que nos rodeaban que me estaba equivocando de libreto, " ¿ Qué significa exactamente eso de que sales con otro ? " (porque ahora tocaba, inequívocamente, representar una típica escena de celos). " Estoy tan confundida", respondió la mujer adúltera, " no es que no me sintiese a gusto contigo, pero necesitaba alguien que me orientase, que me diese seguridad, un hombre más formado, más maduro..." " ¿ Lo has hecho, te has acostado con él ? ", frené yo en seco sus lastimeros circunloquios. " Sí ", dijo, " aunque no veo qué importancia tiene, que más te da a tí ese detalle ". Pero con todo lo mucho que me importaba a mí el detalle más me afectó cuando me dijo quién era el elegido con el que había compartido su primer polvo, tanto que tuve que pedir por señas un nuevo whisky y beberlo de un trago antes de lograr articular palabra: " ¿ Ese?", dije, " pero si es mucho mayor que tú, pero si podría ser tu padre ". " No quiero que me guardes rencor, Agonías, podemos seguir siendo tan amigos como hasta ahora", me respondió ella haciendo amago de acariciarme una mano que yo me apresuré a retirar. " Pero si es un

machista, tú misma lo dijiste, un marrullero, un pedante, un dogmático", y como su silencio aspiraba ahora a expresar una comprensión casi infinita yo me exasperé aún más: " Supongo que es mi deber advertírtelo, es un pederasta, un perverso sexual, yo mismo en el colegio..." " Basta", dijo Amparo y su voz sonó con una contundencia fulminante, " Por favor, Agonías, no quiero que te humilles, no quiero que te rebajes de ese modo". " Está bien, está bien", dije yo, " pero al menos me reconocerás que no es una persona muy fiel a su palabra, hace promesas que luego no cumple ". " Si te refieres a sus votos, ha pedido dispensa eclesiástica. Todos podemos equivocarnos de vocación " y no tuve tiempo de replicar que yo no había gozado nunca de la suerte de que ella me permitiese rectificar mis mucho más insignificantes errores porque, percibiendo que sus ojos se desviaban hacia la puerta de la cafetería, los seguí con los míos hasta encontrarle, hasta verle cruzar el umbral y acercarse a nosotros caminando despacio, con el aplomo característico de alguien acostumbrado a la dignidad y a la pompa, ya fuese temporal o espiritual: " Hombre, si tenemos aquí a nuestro poeta, muchacho, qué sorpresa ", y entonces ella le ofreció a él como bienvenida esos mismos adorables labios que antes me había negado a mí y luego se levantó de su silla: " Tengo que irme ahora ", dijo, " pero podemos continuar hablando otro día. Llámame cuando quieras", y una vez el camarada Angel y su novia hubieron abandonado el local, cuando se suponía que tenía que haber caído el telón y comenzar a sonar los aplausos atronadores del público, todo lo que yo sentí a mi alrededor fue un silencio espeso, una sensación de opresión, de emoción contenida; y aunque en una de las mesas contiguas una hermosa muchacha solitaria que había asistido al entero desarrollo del drama, apenas si podía contener su deseo de derramar una furtiva lágrima, conmovida por el desenlace, yo estaba demasiado jodido, demasiado hecho polvo, créanme, sangraba demasiado por mi reciente herida para pensar siquiera en sacar provecho de la circunstancia.

UNO DE LOS NUESTROS

Por aquel entonces nuestra labor como militantes incluía además de participar en reuniones de célula, mítines y manifestaciones otras tareas menos elevadas pero no menos decisivas para el triunfo de nuestra causa, amenazada siempre por las fuerzas de la reacción pero que comenzaba a peligrar también debido al gran número de predicadores, iluminados y demagogos que proliferaban en nuestro país, dispuestos a aprovecharse de la credulidad de una ciudadanía políticamente desinformada y fácilmente impresionable - condición de la que, todo hay que decirlo, nos beneficiábamos también los grupos de activistas organizados -. Falsos profetas que venían a pescar sus seguidores en las aguas revueltas de la transición, embaucadores sin partido a cuyas reuniones solíamos acudir con intención de reventarlas, desenmascarar sus argucias y evitar que las masas, tan trabajosamente concienciadas, pudiesen extraviársenos con aquel canto de sirenas contra-revolucionarias.

Esta vez se trataba de una acción combinada con la Joven Guardia y recibimos todos la orden de desplazarnos en un largo viaje que incluyó sucesivos trasbordos de metro y autobús hasta llegar a la periferia de la ciudad, más allá del límite de un deprimente barrio obrero en el que ninguno de nosotros había estado nunca, un descampado al que llegamos en compañía de una verdadera multitud reunida ese domingo para escuchar las bienaventuranzas de uno de aquellos cantamañanas que solían predicar al aire libre sus mensajes de paz, amor, resignación y no-violencia, principios todos ellos tan sospechosos para la doctrina marxista-leninista como para justificar la intervención de nuestro comando. Y fue en el momento en que el extravagante orador - que se había echado al mundo vestido con

una sucia túnica, los pies descalzos y crecida la barba y los cabellos- se aproximaba al micrófono para saludar a la muchedumbre cuando Urtain le agarró por detrás, Mr Spock y Australiano le echaron un saco por encima y todos juntos le mantuvimos amarrado y sujeto mientras el camarada Angel, escoltado por el Número Uno de la JGPR, se hacía, entre el desconcierto de los asistentes, con la tribuna principal:

" ! Camaradas,compañeros! ! Mantened la calma, os lo ruego, conservad la disciplina, no perdáis el control, no os dejéis engañar por aventureros, policías infiltrados y agitadores profesionales ! " (Pero como aquel gentío impresionante siguiese protestando y reclamando a voces la presencia del profeta secuestrado, el camarada Angel decidió ensayar una estrategia de apaciguamiento más eficaz) " !Está bien, está bien! !Escuchadme al menos antes de tirar la primera piedra ! !Dejadme hablar porque yo no vengo a traeros sino el mismo mensaje que habíais venido a oír, la misma buena nueva, a predicaros ese mismo reino de la utopía en el que tanto se complacen vuestra febril imaginación y vuestras alocadas esperanzas!" (El silencio gradual del público le indicó a nuestro líder que comenzaba a ir por buen camino) "Podemos incluso imaginarlo juntos, soñar todos en ese mundo libre, esa sociedad sin Estado, ese paraíso sin coacción ni violencia, esos campos sin dueño, esas fábricas sin patrón... ¿Habéis tenido ese sueño alguna vez?" ("!Sí!", rugió la multitud) "¿Y habéis soñado acaso con un trabajo voluntario y no alienado, con la cooperación en lugar de la salvaje competencia, con la libre autogestión de vuestros intereses ?" ("!Sí, sí!", rugieron de nuevo las masas) "¿Y con el aprendizaje frente a la educación represiva, con los derechos de la comunidad frente a los de los caciques y gobernantes, con la democracia asamblearia, con el a cada cuál según sus necesidades? " ("!Libertad, anarquía !" estalló el entusiasmo popular) "¿y con el amor libre, con la libre elección de compañero o compañera sin más papeles ni ceremonias, con la libre persecución del placer y la felicidad?" (En ese punto los gritos y consignas antiautoritarios se hicieron tan ensordecedores que el camarada Angel, pensando que ya había hecho suficientes concesiones a la galería, decidió llegado el momento de enderezar el extravío ideológico de aquellos infelices; de modo que, observando en silencio desde lo alto de la colina en donde se encontraba al hormiguero humano que se extendía sus pies, se dejó llevar por su inspiración y alzó su mano teatralmente hacia la ladera de la derecha para señalar a la nutrida compañía de cojos, tullidos y parapléjicos que, deshauciados por la medicina científica, habían acudido al acto en busca de una sanación milagrosa)

"!Miráos a vosotros mismos! ¿Dónde está el Ideal ? Porque si la madre naturaleza hubiese querido que viniéseis todos a participar en esa loca carrera en busca de la igualdad y la justicia más absolutas, ¿para qué entonces os ha lanzado al mundo minusválidos, impedidos o discapacitados?" (y luego señalando hacia la izquierda en donde el grupo de los ciegos era perfectamente reconocible por el alboroto que causaban sus perros lazarillos) "Y si todos somos iguales ¿ por qué unos tendrán derecho a ver y otros no podrán contemplar jamás con sus propios ojos el triunfo de la revolución?" (y después volviéndose hacia los sordos pero para dirigirse, como es lógico, no a ellos sino a los demás que podían oírle) "Y si el mensaje de la liberación va dirigido a todos los hombres, ¿por qué a algunos les está vedado no ya comprenderlo, sino ni siquiera llegar a escucharlo?" (Y por último alzando las dos manos para predicar la verdad al sector más numeroso e irreductible del público, esos antiguos militantes anarcosindicalistas, viejos y viejas supervivientes de las luchas obreras que todavía soñaban con recuperar el protagonismo que habían tenido en los primeros y revueltos años del siglo) "Y vosotros, ¿ aún pensáis que tenéis edad de correr en busca de vanas ilusiones, locos sueños y fantasías juveniles? ¿No es hora ya de que os ocupéis más bien de conservar las pocas fuerzas que os quedan que de malgastarlas en aventuras impropias de vuestra edad?" (Desde el fondo de la tribuna todo lo que podía percibirse allí abajo era que aquella corte de los milagros, aquella humanidad enferma y desesperada que llenaba los descampados, iba siendo suavemente moldeada por el genio dialéctico del camarada Angel; por lo que se refiere a nuestro prisionero, fuertemente sujeto en nuestros brazos, permanecía inmóvil bajo el saco, sin esbozar una sola queja ni oponer la menor resistencia, como amansado también él por efecto de sus palabras) "¿Qué es lo que habéis venido a buscar entonces vosotros aquí, los verdaderos parias de la tierra, los humillados del mundo, los más pobres entre los pobres? ¿Utopías, revoluciones, ideales? ¿Acaso milagros? Pues en lugar de eso, yo os diré lo que vosotros necesitáis... !Audífonos, muletas y prótesis, carros de inválido, escuelas para minusválidos, balnearios, residencias de ancianos, ambulatorios, hospitales! ! Un buen sistema de seguridad social, una sanidad pública organizada y gratuita! !Centros para la tercera edad, vacaciones subvencionadas, pensiones justas y adaptadas al incremento del coste de la vida!" (Ahora sí que el entusiasmo popular crecía y crecía, trepaba como una ronca oleada hasta la cima del terraplén) "¿y quién os garantiza todo esto, mis queridos compañeras y compañeros ingenuamente anarquizantes, sino ese mismo Estado que queréis abolir? ¿Quién velará por vosotros sino el Estado, el Estado social y democrático, ese Estado

fuerte, poderoso y protector de los débiles que es el Estado de Bienestar? !Al César lo que es del César! " (y dejando que la multitud se desbordase hasta llegar al paroxismo, el camarada Angel dio entonces orden de que arrojásemos las octavillas de nuestra Organización que llamaban a la Huelga General y a la constitución inmediata del G.P.R. - Gobierno Provisional Revolucionario- mientras terminaba su discurso con unas últimas interrogaciones que fueron, esta vez sí, afirmativa y unánimemente contestadas por las masas) "!Compañeros, camaradas! ¿En qué quedamos entonces, queréis o no queréis conquistar el poder? ¿Estáis o no dispuestos a votarnos para defender este programa en las primeras elecciones democráticas que se convoquen?"

" Ya podéis soltarle", dijo el camarada Angel una vez se hubo cansado de salir a la tribuna a saludar y responder a las aclamaciones del auditorio , " ahora resulta inofensivo, no puede hacer el menor daño"; y mientras la dirigencia de nuestras dos organizaciones abandonaba el mitin, los militantes de base tuvimos que quedarnos atrás para desatar los brazos y retirar el saco de la cabeza de Dionisio el Loco, porque de él se trataba, porque era él a quien habíamos mantenido secuestrado, tan avenatado como siempre pero dado de alta por algún error de diagnóstico, liberado quizás por uno de esos indultos parciales que pretendían distraer las reivindicaciones populares de amnistía general, recién salido del manicomio a tiempo de que viniésemos nosotros a privarle de nuevo de su libertad mediante nuestra fulminante interceptación. ¿ Reconoció Dionisio desde el primer momento la verdadera identidad de sus raptos? Había pasado mucho tiempo y lo que en él apenas representaba unas cuantas canas de más en el pelo, la barba y los cabellos aún más enrevesados y sucios y un perceptible incremento en la bizquera de sus ojos, en nosotros había significado el cambio más notable que puede experimentar un ser humano: pasar de la infancia a los albores de la edad adulta. Pero allí estábamos reunidos otra vez sus más tempranos discípulos, aquellos a los que primero había predicado Dionisio su palabra mientras la multitud de sus actuales seguidores, enardecidos por el discurso de nuestro secretario general, comenzaba a volcar sus iras sobre él, a corear insultos y a dirigirle gestos amenazantes, a pedir su cabeza con tal ferocidad que nosotros mismos cerramos filas con la intención de protegerle y, encabezados por Ursus, ir abriéndole paso hasta el final de la pendiente, fuera del alcance de aquella masa de energúmenos. Pero Dionisio rechazó nuestra ayuda con un gesto tranquilo, sacudió al mismo tiempo su túnica por si existiesen otras ataduras invisibles de las que también

conviniere desasirse y antes de encaminar sus pies descalzos se detuvo a contemplar un momento el huracán vociferante en el que estaba a punto de arrojarse: " Dejadme solo ", dijo con una repentina lucidez que casi parecía compensar por si sola todos los desquiciados afanes de su vida, " ya os lo dije una vez, mi reino no es de este mundo " y luego, indiferente a las amenazas y a los gritos, comenzó a caminar de regreso hacia la muchedumbre, entró en aquel mar de puños cerrados mientras iba descendiendo la montaña, tropezando y cayendo una vez y otra bajo las patadas y golpes, recibiendo los salvazos de aquellos que tanto le habían venerado poco tiempo atrás, zarandeado por el odio de aquella misma multitud que sus mensajes de amor habían logrado convocar. " ! Padre mío, van a hacerle pedazos!", exclamó Ursus, impotente frente a aquella muralla que se cerraba sobre él, por más que a cada golpe Dionisio volviera a levantarse e intentase continuar su camino, " Se está marchando, esta vez nos deja para siempre" dijo entonces Alien y luego todos volvimos la vista al mismo tiempo porque allí atrás, en el mismo vértice de la montaña, donde sólo quedaba ya el equipo de megafonía y el estrado desierto, parecía estar abriéndose silenciosamente la tierra hasta resucitar para nosotros una vieja y bien conocida oquedad, un agujero oscuro que nada tenía que ver con los ideales de emancipación de la humanidad, ni con las ideologías ni las consignas ni los dogmas, sino sólo con los restos de una infancia que habían sido sepultados allí por las máquinas excavadoras, esa cueva olvidada desde la cuál, hacía ya tantos años, se había asomado Dionisio a nuestro mundo para predicarnos su lunático reino.

" ! Crucificalo, crucificalo!", había clamado la insaciable turba mientras vapuleaba a Dionisio expresando el deseo de un escarmiento todavía mayor y al oír la señal el Padre de la Patria, feliz de coincidir con los deseos del populacho en la ejemplaridad del castigo, en extremar aún más la represión, ordenó detener al anticristo con la buena suerte añadida de que respondía perfectamente al perfil de la víctima que había estado buscando para ajusticiarle en compañía de un peligroso anarquista recientemente condenado, con lo que además de matar dos pájaros de un tiro aspiraba a demostrar ante la opinión pública internacional que en su país no podían hacerse distinciones entre presos comunes y políticos porque todos eran maleantes vulgares sin otro ideal ni militancia que los que mejor favorecían sus crímenes. Y así, cumplidos los trámites de la legalidad vigente, celebrado el juicio sumarísimo en el que lo único difícil fue evitar que Dionisio se declarase culpable de todas los crímenes, culpas y

pecados que en la historia de la Humanidad pudiesen haberse cometido, el Padre de la Patria se encontró en su despacho con un par de sentencias a la máxima pena sobre las cuáles, como por lo demás sobre la vida y la muerte de cualquier otro de sus súbditos, sólo a su omnipotencia correspondía firmar la última palabra, mientras nosotros desde la oposición poníamos en marcha el habitual sistema de protesta que incluía huelgas y manifestaciones, sabotajes, cartas y manifiestos y peticiones de clemencia nacionales e internacionales que habrían de crecer escalonadamente hasta convertirse en un clamor ensordecedor, un aldabonazo en las puertas blindadas de la fortaleza del Régimen no por reiterativo menos inoperante. Precisamente fue en los lavabos de la Facultad, después de recorrer en su busca aulas y despachos, en donde, con el órgano central de la ORSIPR en la mano me encaré al camarada Angel: " ¿ Qué significa ésto?", le dije señalándole el titular de nuestro recién tirado boletín: "¡Contra la barbarie fascista, ni un paso atrás !. !El pueblo en lucha por sus combatientes ! !Contra todos los procesos políticos ! !Demostremos que no estamos dispuesto a consentir estos nuevos asesinatos!" "¿Qué va a significar? "Agitación política, concienciación de las masas, lucha continua" "¡Pero si fuiste tú, si tú mismo le arrojaste a los leones! Decías que los anarquistas eran aliados objetivos de la reacción, que por culpa de ellos habíamos perdido nuestra guerra" . El camarada Angel terminó de mear, subió la cremallera de su pantalón y mientras comenzaba a enjuagarse las manos me miró como si nunca fuera a dejar de sorprenderle con mis salidas de tono: "¿De qué anarquista me estás hablando, a qué viene salir ahora con esas viejas batallas en el seno de la izquierda? Los dos van camino de convertirse en mártires de la revolución y el martirio todo lo redime, todo lo limpia; los dos son símbolos de nuestra lucha y cualquiera que ponga en duda su militancia antipatriótica se convierte automáticamente en un enemigo del pueblo " - y como yo le contemplara sin moverme, petrificado por su discurso en los servicios de la Universidad, él extendió hacia mí sus manos húmedas y recién lavadas, limpias de cualquier mancha- " Guarda esa revista, vamos, ¿acaso crees que ya nos han legalizado, que ya hemos superado los riesgos de la clandestinidad? Anda, pásame la toalla, por favor."

Entre tanto se decidía o no el indulto, las noticias en la televisión pasaron a cargar aún más las tintas - si aquello era posible- sobre el contubernio judeo-masónico y la conjura marxista internacional despertando con ello entre los telespectadores de bien la más espontánea adhesión. "¡Terroristas, incendiarios de iglesias, pervertidores de la juventud,

atracadores a mano armada ! !Esa es la escoria que pretende traer la democracia a este país de papanatas !" Sentados a la mesa, frente al telediario de la tarde, nuestro padre daba rienda suelta a sus opiniones mientras sus hijos consumíamos en el mismo silencio funeral de siempre la sopa boba de cada almuerzo, sin que ni uno ni otros pudiésemos presentir que aquel día el abismo entre los dos bandos, entre la patria y la antipatria, entre esos dos mundos contrapuestos que llevaban la historia entera de nuestro país acechándose y combatiéndose, iba a abrirse tanto a nuestros pies como para hacer imposible todo intento de tender nuevos puentes. "¡Basta ! ", dije yo levantándome de la mesa, disparado por la circunstancia de que esta vez la sangre que había en juego nos fuese demasiado cercana "¿Qué derecho te crees qué tienes? ¿Qué sabes tú de él, qué sabes de nosotros, qué puedes conocer de nuestra vida? Jamás te has molestado en escucharnos" y en el silencio que sucedió a mis palabras sólo pudo escucharse esta vez la voz del locutor en la pantalla de televisión y el ruido que causó al caer en el plato de sopa la cuchara que sostenía mi padre quien, desarmado por el hecho insólito de que uno de sus hijos se hubiese atrevido a interrumpirle, parecía haber perdido el habla. "Nosotros no tememos las ruinas porque estamos destinados a heredar la tierra" , proseguí con un valor y una inspiración que a mí mismo me sorprendieron, "Podréis hacer saltar en pedazos vuestro mundo antes de abandonar el escenario de la Historia, pero nosotros llevamos un mundo nuevo dentro de nosotros, un mundo que crece a cada instante, que está creciendo mientras hablo contigo" "¿Qué es lo que dice, de qué habla vuestro hermano?" dijo entonces mi padre dirigiéndose a los demás en un tono de voz extrañamente ralentizado, "¿Es que le ha dado un aire, es que se ha vuelto loco ?". "No son palabras tuyas", respondió Primo con una imparcialidad exquisita, pretendiendo tan sólo corregir el equívoco de que pudiera atribuirseme una autoría ajena, "es una frase de un viejo dirigente anarquista de la guerra civil, Buenaventura Durruti, creo que era." Y al oír ese nombre toda la tranquilidad aparente de mi padre pareció saltar por los aires y su rostro se crispó hasta deformarse de cólera y avanzando hacia mí iba apartando a mis hermanos que trataban de interponerse entre nosotros, que intentaban apaciguarle inútilmente mientras su voz tronaba con la misma potencia y furor con que habría de tronar la ira del Padre sobre los condenados en el último día. "¿Cómo te atreves, cómo te atreves a invocar ese nombre en mi presencia? ¿No sabes quién fue, no sabes qué me hizo?" y sus puños hendían el aire a mi alrededor preparando el golpe decisivo, aguardando el momento de caer sobre mí como el cuchillo de Abraham alzado para consumar el filicidio, ese atavismo de nuestra cultura que tanto parecía interesar

en las universidades norteamericanas, ese supremo sacrificio que habían venido ofreciendo nuestros antepasados por los siglos de los siglos en el altar del Padre, esa tragedia nacional, ese bochornoso espectáculo que era la sangre derramada, la intolerancia, el odio, la persecución de la disidencia, los tribunales de excepción y la pena de muerte, las familias en guerra, las dos patrias inconciliables. Pero afortunadamente para mí, también mi padre debió escuchar esa voz interior que había frenado el fanatismo criminal de nuestro primer patriarca porque dejó de repente caer sus brazos cuando estaban a dos pulgadas de mi nuca. "Es mejor que te vayas", dijo recuperando en un instante el control de sí mismo, "has traicionado mi confianza, la educación que he querido darte, has menospreciado mi fe y mis ideales" y luego, de regreso a su silla, recogiendo tristemente su cuchara del plato, de aquella sopa que se había ido enfriando al mismo tiempo que su voz, repitió su repudio: "Vete, ya no hay lugar para tí en esta casa, márchate, ya no eres digno de compartir nuestro mesa ni de vivir entre nosotros."

"Tu padre está próximo, pero a nadie tienes más próximo que al Padre Rojo" había escrito nuestro líder político en el cénit de su Gran Revolución Cultural y también esta vez vino a demostrarse cuán providenciales eran sus palabras porque apenas mi padre me había expulsado por una puerta cuando ya me estaban abriendo la suya mis compañeras de militancia: Consolación - ¿ se acuerdan ?- había tenido que arrostrar como pena accesoria de su decisión de abortar la expulsión del hogar materno y en ese trance, por solidaridad pero también por ganas de disfrutar de una libertad que en sus familias se volvía imposible, la habían seguido sus otras dos amigas aprovechando la oportuna ocasión de que las compañeras del colectivo feminista - aquellas que con tanta generosidad habían colaborado en la interrupción del embarazo - dispusiesen de un piso en alquiler para el que no iban a exigirles ni el contrato legal ni los avales que su minoría de edad les hubiese impedido suscribir. De ese modo, en tan inmejorable compañía, me dispuse a estrenar yo también un nuevo hogar, el primero de mi vida libre, con la particularidad de que estaba cambiando el mundo completamente masculino del que me había expulsado mi padre por otro mucho más prometedor en el que iba a gozar del privilegio de ser el único hombre de la casa. " Las cosas claras", me dijo Amparo en la reunión donde se discutió mi admisión en el grupo, " hemos establecido entre nosotras unas sencillas normas de funcionamiento que cualquier recién llegada tiene que comprometerse a respetar ", " No es una imposición, resulta plenamente democrático ", suavizó Consolación, " porque nosotras constituimos hoy por hoy la mayoría

absoluta de las residentes ". " Todas las actividades domésticas, barrer, limpiar, fregar, lavar, planchar, ir a la compra, preparar la comida, se distribuirán equitativamente entre todas y cada una de las inquilinas", dijo Socorro. " También los gastos serán sufragados a partes iguales entre todas las chicas", añadió Amparo. " No se permitirán actitudes discriminatorias entre las inquilinas de uno y otro sexo, ni agresiones sexistas de palabra y obra, ni comentarios, bromas o insinuaciones que puedan expresar prepotencia o superioridad", dijo Consolación. " Por supuesto que no pretendemos establecer ninguna limitación a la libertad sexual de las compañeras", aclaró Amparo, " pero hemos considerado conveniente excluir explícitamente las relaciones íntimas entre las residentes permanentes en la casa, ya que constituyen la fuente habitual de casi todos los problemas de convivencia ", concluyó Socorro. " ¿ Tiene la aspirante alguna sugerencia qué hacer, pregunta o aclaración qué solicitar ? ", se interesó al final Consolación. Pero yo estaba todavía bajo los efectos del hechizo que suponía estar sentado en compañía de aquellas tres ninfas hospitalarias debatiendo como iba a ser nuestro futuro juntos, deslumbrado por el prodigio de nuestra inmediata convivencia de la que ya formaba parte esa misma tarde que iba cediendo paso lentamente a la penumbra de una noche maravillosa, la primera de tantas como íbamos a compartir, pero yo no había tenido tiempo aún de asimilar esa inesperada felicidad que venía a bendecirme tras el trago amargo que había supuesto el enfrentamiento con mi padre y la expulsión infamante de mi familia, como para andar encima poniéndole objeciones a la letra pequeña del contrato. Aunque si lo pensaba quizás podía haber un pequeño detalle, una nimiedad gramatical a enmendar: " Habrá que corregir en vuestros estatutos la parte que se refiere al género" , sugerí con el ánimo más colaborador posible, " ahora ya no seremos sólo mujeres las que viviremos en esta casa ". " No veo por qué", me replicó Amparo, " Seguiremos usando el femenino para referirnos al conjunto porque para eso las mujeres seguimos siendo mayoría aquí". " Mientras seamos las más numerosas nos llamaremos todas inquilinas, amigas y compañeras, incluso tú", me informó Consolación. "Es una cuestión política, nuestro colectivo no acepta utilizar el masculino como denominador común de los dos sexos, nos parece un atavismo patriarcal ", aclaró definitivamente Socorro.

Una mañana fría de marzo, amarrado a un banquillo que iba a servirle de último asiento de su vida, giró dificultosamente Dionisio los ojos a su derecha para mirar al buen ladrón que había de acompañarle en ese definitivo trance y viéndole tan triste y ensimismado

pensó por un momento en consolarle con el anuncio de ese reino sin reyes, sin amos y sin Dios, sin Capital ni Estado en el que habrían sin duda de encontrarse en ese mismo día sus espíritus antiautoritarios; pero no pudo hablarle porque ya le habían puesto el corbatín de hierro en la garganta y además hubiera sido inútil porque el anarquista, que había pasado su corta vida luchando por esos mismos ideales, llegado el momento de entregarla se sentía ya incapaz de cualquier abstracción que no fuera la de intentar elucubrar sobre el misterioso funcionamiento de esa máquina de matar que no existía en ningún otro país del mundo, hasta el punto de convertirse en la sola idea fija que, en el instante de morir, tuvo cabida en su cerebro: imaginar por donde podía llegarle la muerte sujeto como estaba al palo del garrote. Para Dionisio en cambio, que había rechazado la posibilidad de confesar sus culpas con el capellán de la cárcel, que había cruzado el patio del presidio ciñendo dignamente el capirote de papel que a modo de burlesca corona le habían colocado en su cabeza los funcionarios de prisiones - y en el que podía leerse, escrito con la peor caligrafía " Salve, rey de los chiflados "- , para Dionisio, demasiado curtido en la desdicha para sentir apego de una vida más enajenada que consciente, la mayor parte de la cuál había pasado entre camisas de fuerza, duchas frías, celdas de aislamiento y electroshocks como para que fuese a preocuparle un simple tratamiento de choque más, lo único importante, lo que le obsesionaba era cumplir hasta el final con el papel que se había impuesto representar en aquel gran teatro que era el mundo de las convenciones burguesas. Y como el reo se agitase como un poseso en el banquillo, retorciéndose contra sus ligaduras, el capellán dio orden al verdugo de que aflojase por un momento el corbatín: " ¿ Qué quieres, hijo ? ¿ Acaso arrepentirte de tus pecados y tus crímenes ?". Hubiera debido terminar con otras palabras - ese " Padre, por qué me has abandonado " que él mismo había previsto como punto final de su tragedia -, pero pareciéndole de pronto una expresión demasiado claudicante y equívoca para expresar su última voluntad y sin tiempo de pensar en otra frase alternativa, sólo se le ocurrió invocar, como si fuera un talismán, los únicos latines que recordaba de una infancia en la que había ejercido alguna vez de monaguillo antes de convertirse en vagabundo y en profeta de ilegales quimeras: "Abernuncio", dijo Dionisio. " `Ab renunció´, habrás querido decir, hijo mío" corrigió el capellán y luego, satisfecho de la contricción que expresaba, aunque incorrectamente, aquella última palabra, prefirió no arriesgarse a dar al loco más oportunidades de explicar a qué mundo ni a qué demonios se extendía su renuncia, e indicó

con un gesto al matarife que le ajustara de nuevo la mordaza, diese la vuelta al torno y lo descerebrase de una vez.

Por supuesto que aquellos crímenes odiosos recibieron la respuesta que se merecían, tanto en el plano internacional (En Génova una bomba explotó frente a la Cámara de Comercio de nuestro país, en Roma estallaron cinco cócteles molotov frente a nuestra Embajada, en Bruselas unas doscientas personas se manifestaron frente a la Cancillería, en Burdeos un grupo de jóvenes arrojó un coctel incendiario contra la sucursal del Banco Popular, en Toulouse rompieron los cristales del Banco de España, en La Haya incendiaron nuestra Oficina de Turismo) como en el interno (manifestaciones ilegales y varios centenares de detenciones en Bilbao, San Sebastián, Madrid y Barcelona) pero a decir verdad tampoco fue una protesta demasiado contundente ni participaron en ella los principales partidos de la Oposición cuyos estados mayores andaban por entonces demasiado ocupados en sus pactos y negociaciones, sobre todo de naturaleza parapsicológica, ya que el nuevo lugarteniente del Régimen había hecho correr el señuelo de la existencia de un espíritu reformista en nuestro país cuyos mensajes no acababan, pese a médiums y mediadores, de tener visos de corporeizarse. De modo que la bronca la armamos los mismos de siempre, es decir los anárquicos correligionarios de uno de los muertos, algunos cristianos tan extraviados en su fe que incluso apostataban de la ejemplaridad evangélica de la pena de muerte y los distintos grupos de seguidores del Padre Rojo dispuestos como siempre a aprovechar cualquier contradicción en el campo del enemigo para avanzar en la lucha de clases. Y si fuimos pocos los que nos acordamos de hacer de nuestra rabia un arma de combate en honor del difunto político, menos se acordó nadie de tributar alguna honra fúnebre al difunto común, ni siquiera entre los psicópatas, paranoicos y maníaco depresivos que habían acompañado sus largos años de frenopático. Por mi parte recuerdo que salí al paso del camarada Angel en los pasillos de la Facultad cuando él se dirigía a impartir uno de los seminarios de su curso de doctorado titulado " Algunos problemas relativos a la transformación de la revolución democrática en una revolución socialista: de la dictadura oligárquico-imperialista a la dictadura democrático popular, de la dictadura democrático popular a la dictadura del proletariado " que gozaba por entonces de gran predicamento intelectual y había conseguido ese año el récord en la matrícula de alumnos: " ¿ Otra vez con las mismas ? Esto empieza a convertirse en una obsesión " , me dijo sujetándome hasta hacerme daño por el brazo con el que yo sostenía la

última edición del órgano clandestino de nuestro Comité Central; y después de alejarme de la vista de sus doctorandos, cuando estuvimos los dos en un rincón lo suficientemente discreto yo traté de explicarle la razón de mi imprudente comportamiento: " Se trata sólo de un error de número", le dije mostrándole el titular de nuestro boletín que decía " Un nuevo héroe de la lucha antipatriótica, un nuevo mártir del fascismo"; "no entiendo por qué nuestro órgano oficial habla ahora en su comunicado de un solo mártir, de un solo héroe. ¿ No fueron dos los muertos, dos los agarrotados ? ". Alguna tecla oculta debió pulsarle esta consideración porque conteniendo sus ganas de mandarme al carajo, el camarada Angel miró su reloj, escrutó también, por deformación de la clandestinidad, si había sociales emboscados en los cuatro puntos cardinales, suspiró hondo un par de veces y se dispuso, como había hecho tantas veces a lo largo de mi vida, a despejar con toda su paciencia mis dudas enfermizas, ya fuesen espirituales o materialistas. "¿Qué tiene qué ver el uno con el otro ? ¿Qué necesidad tenemos de mezclar el culo con las tóporas ? De acuerdo, el primero era un militante organizado, ácrata sí, pero al fin y al cabo un revolucionario. En cambio el otro se confesó autor de un montón de crímenes, era un delincuente común, un lumpenproletario, un criminal..." - Con los anarquistas era un lío, con los anarquistas resultaba todavía peor que con los seguidores del Padre Rojo, nunca había manera de aclararse sobre cuáles eran beneficiosos y cuáles perjudiciales para la causa y además tenían la virtud de disparar del mismo modo los nervios del camarada Angel y los de mi padre. Pero puesto que ya me había sublevado contra la intolerancia del segundo, tampoco estaba dispuesto a rendirme a los argumentos de este- "Los dos fueron condenados por el mismo sistema injusto, conforme a las leyes de la dictadura y además la pena de muerte es un castigo bárbaro e irreparable suprimido en casi todos los países civilizados..." - y como el camarada Angel continuase moviendo la cabeza de un lado para otro, busqué otro prisma desde el que defender aquella causa que ya empezaba a considerar perdida - "Además los periódicos dicen que había nacido en Polonia, es decir que era ciudadano de una democracia popular, de un país socialista y el deber de todo internacionalista proletario es ..." "No, hijo mío, polaco no, en todo caso apátrida que no es lo mismo, ni siquiera en su propio país, ni en este, ni en ningún otro país del mundo le querían ", me interrumpió a su vez y luego, tras pasarme la mano sobre los hombros, me fue guiando paternalmente por los pasillos de la universidad hasta que regresamos a la puerta del aula donde impartía su seminario: "Te falta formación ideológica, Agonías, no terminas de liberarte de tus escrúpulos intelectuales, de tus prejuicios

pequeñoburgueses. ¿ Qué tiene que ver lo que hubiese o no hecho ese desgraciado, qué más da si era culpable o inocente? Para nosotros lo único que importa es que no es de nuestra incumbencia, que no era uno de los nuestros"

La emancipación de la tutela paterna supuso para mí cruzar esa frontera que separaba las conquistas teóricas de la verdadera liberación porque ahora yo había pasado a ser el único responsable de mi vida y a gozar de unas libertades entre las que destacaba como principal el que por fin podía disponer a mi antojo de mi casa y mi cama, introducir en ellas a cuantas chicas quisiese sin que de ese millón de posibilidades potenciales que sumaban las hembras disponibles de mi edad, sin pareja estable y con ganas de mantener contactos íntimos tuviese la obligación de excluir a nadie más que a las tres con las que compartía la vivienda, que eran de hecho las únicas chicas que conocía, las únicas que estaban a mi alcance y, por esa fascinación por lo imposible que caracteriza la libido de los seres humanos, las únicas que de verdad me interesaban. De modo que, superados los iniciales malentendidos en el reparto de las tareas hogareñas, aquella norma que impedía las relaciones sexuales entre las inquilinas se convirtió en el único obstáculo para mi completa felicidad y sobre cuya eliminación traté de convencer a mis compañeras: " Por supuesto que entiendo que las relaciones afectivas singulares pueden complicar la convivencia del grupo, pero prescindir de esa afectividad no tiene por qué implicar renunciar al sexo ". " El sexo al contrario que la pasión sirve para unir, no para separar ¿ Qué os parece si lo practicáramos en grupo, todas juntas ? De esa forma, ninguna se sentiría excluida ". " Si lo hiciéramos con la luz apagada y los ojos vendados, sería más difícil descubrir quien es nuestra pareja y así no podríamos fijar nuestros sentimientos en un referente específico". " ¿ Y si lo organizamos de forma rotatoria ? ¿ Prestaciones sexuales con tiempos y condiciones equivalentes, sin privilegios para nadie ? " (Pero como ninguna de estas propuestas despertasen no ya el deseo sino ni siquiera el interés de mis oyentes lo intenté por el lado político) " En una comuna, como su propio nombre indica, todo debe ponerse en común, todas las cosas deben compartirse, incluso el sexo". " Por eso debe ser que esto no es una comuna sino un simple piso compartido", replicó Amparo, " quizás si llegásemos de verdad a compartir los gastos podríamos pensar en nuevos pasos" " Está bien", dije yo, temiendo que la conversación derivase por tan peligrosos derroteros, "empezamos juntos en esto, ¿es que no os acordáis? Juntos comenzamos a descubrir nuestra sexualidad, fue a mi lado que experimentásteis vuestro primer orgasmo, ¿ no es así?" (y como todas

asintieran en silencio, enternecidas por el recuerdo de su primera iniciación erótica, sin afectarse siquiera porque yo me estuviese olvidando de utilizar el común denominador femenino de rigor, decidí ir directo al grano) " Pero luego, por circunstancias que no vienen al caso, todas vosotras habéis podido completar vuestro aprendizaje, llegar hasta el final del asunto, mientras yo me he quedado a mitad de camino. ¿ Es que yo no tengo tanto derecho como vosotras a saber, a alcanzar ese conocimiento?" (Aquel lamento desgarrado, aquella sincera petición planteada desde la humildad de las miserias cotidianas y no desde la tribuna grandilocuente de las ideologías hubiese sido capaz de levantar a un muerto, de remover montañas, de emocionar hasta a las piedras, pero no sirvió para conmover a mis amigas) "La penetración no es una fuente de conocimiento sino un arma de dominación del macho", dijo Amparo. "La penetración no libera nuestra sexualidad, la esclaviza, no nos hace libres, nos vuelve más y más sometidas" , añadió Consolación y antes de que le llegara el turno a Socorro yo di por terminada la conversación y abandoné toda esperanza.

Desde luego que yo hubiera podido también abandonar la casa, buscar otro piso a compartir y volcar desde esa nueva posición, superadas las prohibiciones de la convivencia, todos mis esfuerzos en la conquista de cualquiera de ellas, pero la verdad es que ni por la promesa de un serrallo hubiera querido yo arriesgar aquel hogar que compartíamos, ni siquiera para completar una educación sexual que, aunque tan importante para la formación integral de mi persona, no podía convertirse en el único norte de mi vida. En cierto modo, yo también comenzaba a comprender que al margen de la penetración podían existir otros placeres más elevados y gratificantes como los que me ofrecía, sin necesidad de contacto físico, cada minuto, cada segundo de nuestra vida en común, especialmente por las noches, cuando desde mi observatorio privilegiado - ya que, como había sido el último en llegar, yo no disponía de cuarto propio y dormía en el sofá cama del salón - las veía atravesar la oscuridad camino del baño, furtivas en su desnudez como gacelas tímidas que buscasen sus abrevaderos nocturnos pensándome dormido, a salvo de los depredadores al acecho, o bien en la toilette de cada amanecer intercambiándose las tres frente al espejo los vestidos del día, desnudándose y vistiéndose una y otra vez hasta conseguir la combinación adecuada, con movimientos todavía adormecidos que yo espiaba desde mi cama con un ojo cerrado y otro abierto o, en fin, participando a todas horas de su completa intimidad, de su consciencia y su inconsciencia, escuchando sus confidencias y cotilleos, sus palabras en sueños, sus suspiros,

sus estremecimientos más secretos. ¿ Cómo podía pensar siquiera no ya en renunciar sino en poner en peligro todas esas delicias ? Además de que si hubiese sido yo el único obligado a ser casto mientras ellas organizaban bacanales y metían y sacaban hombres de sus habitaciones, quizás no habría podido soportarlo pero ni Consolación, decepcionada de mi género por la cobarde inhibición de su cómplice en el embarazo, ni Amparo, todavía bajo los efectos del shock anafrodisíaco que tenía que suponer para cualquier chica normal haberse acostado con el camarada Angel, estaban por la labor de emprender nuevas aventuras sexuales y tan sólo Socorro recibía de vez cuando en su alcoba la visita de Alien, que era el único hermano con el que por entonces yo mantenía contacto y quien me traía informaciones de mi antigua familia que yo había abandonado hacía sólo unos meses, pero que me parecía tan lejana, tan ajena a mi vida actual. Y fue una noche cualquiera de nuestra convivencia, sentadas las cuatro alrededor del televisor, ellas de vuelta de trabajar en la librería, yo de repartir publicidad de discotecas y teatros, además de propaganda ilegal, en la boca del metro, cuando el presentador del telediario dejó por un momento de lado sus habituales moralinas, patrañas y circunloquios y nos comunicó sin más rodeos una escueta noticia capaz de estremecer al país: que nuestro octogenario Padre de la Patria, aquejado de una tromboflebitis en la pierna derecha acababa de ser ingresado esa misma tarde en la residencia sanitaria que llevaba su nombre. Todavía continuábamos a la espera de que a aquel mentiroso locutor se le escapase alguna otra verdad en medio de las fantasías desbordadas que constituían la realidad informativa oficial de siempre cuando sonó el teléfono y Socorro vino a avisarme a toda prisa: " Es Alien, tiene que hablar contigo. Parece que tu padre se ha puesto malo y van a llevarlo al hospital. No es grave, sólo se le ha hinchado un poco la pierna y le ha salido un edema bajo la rodilla ".

ADIOS, PADRE ETERNO

Le encontré tumbado en una cama de hospital en medio de una impresionante parafernalia médica, rodeado de aparatos y monitores, y aunque era la primera vez que nos veíamos desde que me había expulsado de casa, nos limitamos a intercambiar algunos comentarios intrascendentes y permanecimos en silencio la mayor parte de la visita, él porque se adormecía, porque su debilidad general le impedía concentrar la atención demasiado rato, yo porque no sabía qué decir, porque estaba realmente impresionado del evidente deterioro físico de mi padre. "Es por causa de la medicación", me explicó después el médico de guardia, "la medicación contra los temblores resulta difícil de tolerar y le ha producido úlceras gástricas... y luego con el trombo ha habido que administrarle anticoagulantes y claro eso ha agravado las úlceras y provocado hemorragias internas y..." (De toda aquella larga lista de achaques que se habían desatado de golpe sobre mi padre y cuyos nombres llegaban ahora a mis oídos como quien enumera un proceso de acciones y reacciones perfectamente concatenadas, sólo fui capaz de retener aquel que había llamado mi atención desde el primer momento) "Es cierto, su mano no paraba de temblar cuando la sostuve entre las mías, ¿pero por qué tiembla, de dónde vienen esos temblores?" "Parkinson", me explicó el médico, "ya sé que no es frecuente en una persona de su edad, pero presenta todos los síntomas"

Por otra extraña casualidad, el mismo día en que los telediarios anunciaron que el Padre de la Patria, apartado durante su convalecencia de los asuntos de gobierno, reasumía todo el esplendor de su absoluto poder, mi padre recibió también el alta médica aunque ni el uno ni el otro, después de aquel quebranto en su salud volvieron a ser los que habían sido. El

dictador porque estaba ya demasiado viejo para esperar milagros, pero también porque las malas noticias internacionales no favorecían precisamente el optimismo: acababa de ser derrocado el Padre de la Patria del país vecino y no por obra de la pertinaz subversión sino por mano de su propio ejército, unas fuerzas armadas que en lugar de patrióticas - cualidad esencial de la milicia - se habían mostrado claudicantes, disolventes y más amigas de adornar sus fusiles con clavellinas y mariconerías florales que de disparar sus balas contra el enemigo. ¿Y qué decir del referéndum con el que el comité de descolonización de la ONU se proponía desmembrar nuestro indivisible territorio, arrancarnos esa última porción de nuestro imperio donde jamás se ponía el sol entre otras cosas porque era un desierto calcinado, expuesto a temperaturas extremas, donde ni una nube enturbiaba los fulgores - ni los espejismos- de nuestra imperecedera epopeya patria? Pero mi padre, ya digo, tampoco llegó a recuperarse del todo y ni siquiera volvió a trabajar, más que debido a la desmoralización que pudieran haberle provocado las cuestiones internacionales, porque la estafa de las inversiones inmobiliarias en la costa, convertida ya en un escándalo nacional, le había dejado sin un duro, arruinado sus esperanzas y arrastrado a pleitos largos y complicados de los que ninguna ganancia podía esperarse; y así como antes el trabajo había constituido el eje de su vida entera, ahora pasó sin transición a dejar que el tiempo transcurriese encerrado en casa y arrastrando las zapatillas, con los ojos permanentemente llorosos debido a una esclerosis del lacrimal que los médicos también consideraban prematura para su edad, el andar vacilante y unos temblores tan generalizados que a veces llegaba a necesitar el sostén de Soledad, casi veinte años mayor que él aunque a su lado y por contraste, pareciera día a día mucho más joven y enérgica. Y en aquellas comidas en las que otrora sólo se había escuchado la voz tonante de mi padre apostillando las noticias de la actualidad en el telediario de las tres, me contaba ahora Alien que venía a producirse un guirigay de voces, una libérrima asamblea en la que cada uno de mis hermanos decía lo que le venía en gana sin el menor recato clandestino, como si ya hubiesen conquistado la completa libertad de expresión, y de esos cambios inverosímiles que se habían operado en los almuerzos de mi familia cuya noticia me traía Alien lo que más difícil se me hacía creer era que mientras todos los demás se explayaban nuestro padre no abriera ahora la boca, que comiese de su plato en silencio como si ya no supiese qué decir, como si se hubiese olvidado de la intransigencia de su fe hasta el punto de que si alguna vez se atrevía a expresar algo no era ya un interdicto, ni un anatema ni una excomunión sino sólo

el temor y la incertidumbre ante lo que el turbulento futuro que se avecinaba pudiese depararles a sus hijos.

Porque el mundo cambiaba a ojos vistas y mientras fuera de nuestras fronteras el vietcong avanzaba triunfante por junglas y arrozales hasta la misma capital de un Vietnam del Sur abandonado a su suerte por el imperialismo, también en nuestro país el clamor por la democracia y la amnistía política llenaba las calles, reunía a millares de personas y a la vez presionaba a los miles de partidos políticos, banderías y facciones antipatrióticas a alcanzar de una vez la anhelada unidad, a reunirse en una misma plataforma de lucha mientras que, por contraste, el monolitismo del lado oficial comenzaba a romperse, a dividir sus huestes - como es tradicional en nuestra historia - entre numantinos y posibilistas; y con todas estas señales resultaba evidente para todos que la libertad estaba al caer, que se hallaba a la vuelta de la esquina y que, aunque no fuésemos a ganarla con las armas como los portugueses o los vietnamitas, su advenimiento había de ser igual de inexorable en cuanto obra del único enemigo invencible de toda ambición humana, ese adversario que ni siquiera la omnipotencia del Padre de la Patria podía soñar en derrotar. "Muerte, ¿dónde está tu victoria?" Pero con lo que nosotros soñábamos es con que le venciese de una vez.

Ahora que tenía un nuevo hogar me gustaba sobre todo escribir de noche, sin otra iluminación que la excéntrica y tenue de un cabo de vela porque la claridad había pasado a convertirse en enemiga de mi pluma y sólo en la penumbra podía encontrar esos matices, esas ambivalencias y claroscuros que interesaban a mi nueva sensibilidad que, a la par que cambiaban los tiempos, había ido alejándose de la poesía urgente y combativa dominante en los años de lucha; pero también me gustaba la noche porque entonces se llenaba de silencio la casa y así como en el pasado mi inspiración había brotado del clamor de las masas y del lamento de los desposeídos, ahora ya sólo la soledad de la vigilia conservaba el poder de despertar esa voz interior. Aunque no siempre, aunque no siempre todos dormían... Recuerdo que una vez vi cruzar a Socorro camino del cuarto de baño y, sorprendida por su propia sombra que la bujía agigantaba contra la pared, darse vuelta de un salto: "¡Qué susto! ¿cómo no duermes a estas horas?" . Supongo que mi posición, tumbado en el sofá-cama con la ropa del día y con las botas puestas, iluminado por la vela y semienterrado entre papeles arrugados y libros a medio abrir debió de despertar su curiosidad porque Socorro se acercó más y al

entrar en el círculo de luz también llamó mi atención el hecho de que ella estuviese completamente desnuda -lo que no tenía nada de raro dada la desenvoltura con que nos movíamos todos por la casa- y que su piel brillase empapada en sudor y que también su pelo anduviese revuelto y húmedo y en su pecho fuese aún evidente la excitación con que respiraba. "Aprovecho la noche", dije yo, "Escribo mis anales" "¿Anales?", dijo ella, "'Anales, Orales, Vaginales', es el título de mi nuevo libro de poemas"; y entonces Socorro adelantó primero una mano y luego todo el cuerpo y al hacerlo yo experimenté dos sensaciones entrecruzadas, una olfativa por el aroma espeso que me envolvió, ese almizcle destilado con sus propias glándulas reproductivas pero que incluía también el aroma más acre del espermatozoide, y otra táctil porque para arrebatarme el papel de mis manos se inclinó tanto que un filoso pezón -el derecho- se deslizó por mi brazo produciéndome un estremecimiento indisimulable.

Fuera debido a la incomodidad que le producía su desnudez o al contenido escabroso del poema el caso es que Socorro no hizo el menor comentario tras su lectura. "Es sólo un fragmento, el libro está sin terminar" dije yo en plan modesto, y al devolvérmelo mi amiga, mis narices se inundaron de nuevo con su doble olor y yo me incorporé educadamente para ir al alcance del papel aunque en realidad lo que quería era sentir de nuevo en mi brazo el cosquilleo de sus pezones antes de que ella se marchase a compartir su lecho con mi hermano porque ahora, gracias a la relajación de horarios que el abandono de mi padre había introducido en casa, Alien se quedaba a dormir con nosotros con mucha más frecuencia y era él quien se encargaba cada noche de hacer sudar el cuerpo de Socorro y erizar la cima de sus pechos, quien le contagiaba su olor, quien había dejado en su piel esa marca invisible pero a la vez tan nítida, quien compartía con ella unos juegos prohibidos sobre los que, la verdad, a mí se me habían quitado las ganas de seguir escribiendo esa noche. Hasta Socorro debió darse cuenta de mi perplejidad, de lo difícil que me resultaba en ese momento regresar mi atención a un oficio hecho de sueños que no llegaban nunca a convertirse en realidades porque sopló la vela de repente para liberarme de su contemplación y compasivamente, en la tiniebla, dejó que sus labios buscasen los míos y me despidiesen: "¿Por qué no pruebas con la masturbación? Yo, cuando no logro dormir, es la única forma en que me relajo"

Era difícil imaginar cómo iba a ser el nuevo mundo puesto que todavía no existía, puesto que la libertad era además una experiencia tan remota en nuestro país que ni los más viejos se acordaban de ella, pero aún así nuestros sueños de entonces parecían anudarse a su alrededor como si la libertad más que un concepto fuese una lámpara mágica que sólo nos atreviésemos a acariciar en secreto mientras fantaseábamos sobre la realización de nuestros deseos; y de ese modo aunque la mayoría se conformaba con desear la instauración de un nuevo sistema democrático basado en elecciones libres y respeto a los derechos humanos, estaban también los anarquistas que aspiraban a la abolición inmediata de esos mismos poderes, los nacionalistas que soñaban despiertos con la inminente autodeterminación de sus pueblos y nuestros camaradas de militancia a los que sólo desvelaban las luminarias de la revolución socialista y la dictadura del proletariado, pero, dejando al margen tan prosaicas esperanzas políticas, en lo que todos, todos coincidíamos era en pedir que la libertad nos trajese bajo el brazo la mismísima luna, que nos amaneciese una mañana mucho más ricos, guapos y felices que antes. Mis compañeras, por ejemplo, habían pedido al Genio de la lámpara dejar de ser utilizadas de una vez para siempre como amparo, socorro o consolación de otro sexo que del suyo propio, que la libertad les trajese también la liberación de la mujer, que pusiese fin de un mismo golpe a la oprobiosa tiranía y a tantos siglos de despiadada discriminación machista y mientras llegaba ese momento habían ido transformando la librería en un centro oficioso de planificación familiar, en un espacio de encuentro y solidaridad feminista que era ya un pálido anticipo de lo que había de ser práctica corriente en la sociedad futura. Que ¿ en qué soñaba yo? Soñar es gratis y por lo pronto, con tanta euforia futurible nos estábamos olvidando de la realidad porque el monstruo no había sido vencido, porque el dragón todavía coleaba y por más que le temblase el pulso era aún capaz de controlar ese temblor y firmar de un plumazo cinco nuevas condenas a muerte que originaron tal oleada de protesta internacional como para justificar que aún seguía vivo, que seguía siendo el mismo Padre de la Patria implacable de siempre, así como sus súbditos seguíamos estando igual de solos, aislados e incomprensidos en el mundo como habríamos de estarlo por los siglos de los siglos; y como la ocasión merecía celebrarse volvió el Padre a vestir su uniforme de gala de Gran Mariscal Universal, se invistió con los atributos de Generalísimo de la Tierra y los Cielos, enarboló el cetro y los laureles de Máximo y Absoluto Gobernador del Orbe, ciñó su casaca guerrera que brillaba como un firmamento debido a tantas condecoraciones y medallas como se había concedido a sí mismo durante su dilatadísimo mandato y de esa guisa se

asomó al balcón de su palacio para escuchar su nombre en boca de las multitudes que habían llegado de todos los rincones de la patria para expresarle su adhesión incondicional, convocadas por su radio, su televisión y sus periódicos, reunidas en la plaza para vitorearle y aplaudirle con el mismo entusiasmo de tantas otras veces. La vida seguía igual, el mundo seguía igual, el resto de las naciones allá fuera y nosotros dentro, distantes como galaxias remotas, como civilizaciones ignoradas que jamás tendrían nada en común que hacer salvo vociferarse mutuamente y la verdad es que no quedaba mucho lugar para la esperanza al contemplar como desbordaba de fervor la plaza, no parecía precisamente que fuese a proyectarse sobre nuestro futuro la menor sombra de libertad mientras el Padre saludaba una y otra vez a sus seguidores y repetía sus viejos anatemas contra herejes, judíos, marxistas, masones y librepensadores, en realidad nada parecía haber cambiado, todo seguía permaneciendo igual y sólo si uno era un incorregible optimista y se fijaba mucho descubriría unas mínimas diferencias de matiz entre esta última manifestación y aquella otra que se había celebrado en el mismo lugar doce años atrás: que en esta, como en el juego de los siete errores, se registraron siete ausencias, prácticamente imperceptibles entre tantas decenas de millares, las de un padre con bigotillo de tirilla y sus seis hijos adoptivos, todos ellos con el pelo engominado, corbatas con elástico, pantalones cortos y esos abrigos de franela que se cerraban por la espalda y que habían dejado de ser moda infantil hacía ya mucho tiempo.

Las humedades del otoño y los excesos de pasión patriótica no tuvieron que sentar muy bien a su mortecina salud y otra vez llegó el turno del mismo locutor de la cara triste de siempre para, entre mentira y mentira informativa, sacudir al país con la lectura de un nuevo parte médico: "En el curso de un proceso gripal Su Excelencia el Padre de la Patria ha sufrido una crisis de insuficiencia coronaria aguda que está evolucionando favorablemente" (Y antes de que terminase el telediario yo ya estaba mirando nerviosamente el teléfono en espera de la llamada de Alien. Pero no, no fue él, fue Primo quien llamó) "Agonías, no te alarmes, papá ha sufrido un ataque cardíaco pero ya se encuentra mucho mejor. Estamos todos en el hospital."

La reunión se celebró en uno de los despachos privados y por el número de batas blancas que revoloteaban a nuestro alrededor y los informes, radiografías y análisis que se amontonaban en la mesa ya podía deducirse la gravedad del caso. "Existe una edad biológica", comenzó a explicarnos aquel que parecía ejercer el liderazgo de los doctores,

"pero esa edad, llamémosla objetiva, no siempre viene a coincidir con la que interioriza el sujeto, con la que él siente tener, esa edad que podríamos llamar, no sé como decirlo..." "Psicosomática", respondió uno de los médicos más jóvenes, probablemente un residente, incapaz de resistir la ocasión de hacer méritos ante su profesor. Este en cambio le dirigió una mirada bastante severa. "El caso es que vuestro padre, aunque biológicamente sea mucho más joven", continuó, "está experimentando un acelerado envejecimiento psicossomático hasta el punto de que su deterioro físico actual, por mucho que nos resulte difícil de creer, es el propio de una persona con alrededor de ochenta años" "Ochenta y tres exactamente" volvió a interrumpirle el M.I.R., terminando de sacar de sus casillas a su jefe "Está bien, puesto que es usted incapaz de contenerse le dejo continuar con la explicación del diagnóstico". Visiblemente encantado, el residente dio varias vueltas alrededor de la habitación como si repasase las radiografías iluminadas en las paredes y luego se detuvo frente a nosotros: "Sin más rodeos, ¿qué persona de ochenta y tres años sufrió ayer un ataque al corazón a la misma hora, en el mismo momento que vuestro padre? Todavía más, ¿qué persona de esa edad padece además las mismas enfermedades gástricas, los mismo problemas de circulación, la misma esclerosis del lacrimal y el mismo síndrome de Parkinson? ¿Y por qué esa coincidencia, ese paralelismo, esa evolución idéntica en la salud de ambos? Esa es la pregunta del millón" Los seis nos habíamos quedado tan anonadados que tardamos un rato en recuperar la capacidad de reacción: "Pero esas cosas no ocurren en la realidad", dijo Primo, "Parece cosa de locos" dijo Ursus, "Una historia de ciencia ficción", dijo Alien, "Alguien debe haber bebido de más", dijo Ultimo, "Es absurdo ¿Qué tiene que ver un padre con el otro?", dijo Gemelo. "La mente humana es todavía un misterio" concluyó el médico jefe, "los caminos del Padre son inescrutables" apostilló el residente, "¿No estaremos jugando a ganar honores científicos realizando experimentos con cobayas humanos?" dije yo, lo que como es de imaginar no hizo ninguna gracia a ninguno de los doctores y provocó un incómodo silencio en aquel colegio de eméritos que volvió a resolver el catedrático: "Todo esto son conclusiones provisionales, por supuesto, todavía sin suficiente constatación. Ignoramos las causas que han intervenido en esta sorprendente interrelación de síntomas pero en todo caso, dentro de la gravedad, se puede decir que sois bastante afortunados; comprenderéis que al coincidir la enfermedad de... digamos, podemos llamarle Equis..." "Su Excelencia Equis", volvió a interrumpirle el residente para demostrar que además de un alumno aventajado era un intachable patriota, "...que al padecer las mismas dolencias que Su Excelencia, vuestro

padre se beneficiará de balde de los últimos avances científicos y de todos los enormes esfuerzos médicos y quirúrgicos desplegados..." terminó de explicarnos el médico y luego tras echar una ojeada a esos seis muchachos estupefactos y desastrados que tenía en frente recordó que se le estaba olvidando comunicarnos lo más importante: "Supongo que no necesito insistir en que todo lo que hemos hablado aquí ha de permanecer en secreto, que no podéis comentarlo con nadie... ¿Os imagináis lo que pasaría si llegara a saberse que la vida del hombre más importante de la Historia de nuestro país está vinculada de una manera sobrenatural a la de un hombre común y corriente? ¿Y si vuestro padre cayese en manos de algún grupo subversivo? Podrían adelantar el desenlace, preveerlo, programarlo, utilizarlo como si fuera una muñeca de vudú para organizar la transición a su gusto... Tener a vuestro padre sería lo mismo que tenerle a El en persona; ya sé que no parece creíble, que quizás todo se reduzca a una prodigiosa coincidencia, pero en unos momentos tan delicados como los que vivimos no podemos permitirnos el menor riesgo. Atención, pues, prudencia... Espero haberos hecho comprender que además de la pérdida de un ser querido, inconsolable siempre, esta vez puede llegar a estar en juego algo mucho más alto y valioso."

No es que llegásemos a creernos en absoluto lo que aquel doctor chiflado nos contara - que reflejaba más que un punto de vista científico el grado de psicosis con que sus partidarios contemplaban la proximidad de la muerte del Padre -, pero lo cierto es que al nuestro lo cambiaron a un área de acceso restringido del hospital y pusieron dos guardias en la puerta de su habitación y comenzaron a controlar las visitas hasta el punto de que, puesto que por razones de seguridad no les era posible permitirnos el paso a la totalidad de sus hijos, hubo que designar a uno de nosotros para que acompañase cotidianamente su convalecencia. ¿Adivinan a quién eligió nuestro padre? Y una vez realizada la elección paterna, las autoridades hospitalarias me hicieron un completo chequeo médico y después de obligarme a cortarme el pelo y la barba por razones de profilaxis, me entregaron unas fundas para los zapatos, una bata y una gorra verde y un pase especial para sortear los controles. Al principio dejábamos pasar el tiempo en silencio porque mi padre estaba demasiado débil y porque además no sabíamos muy bien de qué hablar, ya que su debilidad no le permitía alzar la voz y la verdad es que sin el recurso de sus gritos tradicionales no estábamos acostumbrados a entablar una conversación, pero a medida que su estado se fue estabilizando fuimos también adquiriendo mayor confianza: "¿Cómo van tus estudios, hijo?" se interesó un día a bocajarro (

¿ Y cómo iban a ir si el año pasado la universidad había permanecido cerrada u ocupada por la policía la mitad del tiempo, si en lo que iba de este andábamos concertando con los profesores no numerarios la huelga general de exámenes, si no había día que no prohibieran una asamblea o detuvieran a un compañero, si en esos tiempos de constante combate sólo los fachas o los pijos lograban avanzar de curso?) Debió pasar demasiado tiempo sin respuesta porque mi padre se respondió solo: "La literatura no es una profesión digna, carece de un principio de orden, de una clara definición moral" (y como lo dijese con esa misma vieja energía con que nos había amonestado siempre, pensé que se trataba de un síntoma de recuperación, que el león despertaba y sus rugidos volvían a ser lo que habían sido, pero en seguida regresó a un tono menos beligerante:) " A mi padre, en cambio, sí que le hubiera gustado tener un nieto escritor, él adoraba la letra impresa... incluso soñaba con que yo pudiera llegar a ser catedrático de literatura... El Derecho, la verdad, no llegó a interesarle nunca."

Me quedaba a dormir muchas noches y pasaba además el día entero a su lado en el hospital, sin que esa absorbente dedicación me incomodase, sin que me supusiese mayor esfuerzo: mi padre estaba enfermo, aquejado de un mal desconocido que minaba día a día su salud, y supongo que yo, a pesar de nuestra incompreensión mutua, no quería desaprovechar esa preciosa oportunidad de recuperar el tiempo que habíamos perdido con nuestras diferencias y conflictos, porque de repente mi padre, con un pie en la otra orilla, en trance de cruzar el umbral sin retorno, en vez de adoctrinar, parecía haberse vuelto dialogante. "Esta noche he estado pensando", me dijo un día al despertarse, "que quizás el mundo no haya sido siempre así, que a lo mejor es sólo esta época nuestra en la que las ideas se imponen siempre a la realidad, en la que las ideologías y no los hechos parecen gobernar la Historia" "El mundo ideal suplantando al mundo real, como en el mito platónico de la Caverna", asentí yo, feliz de la ocasión de poder demostrarle que pese a mis actividades políticas algún provecho había sacado de las asignaturas de Filosofía; pero mi padre no había tenido tiempo de leer a los clásicos: " Ni caverna ni búnker", me cortó en plan severo, " Yo estoy hablando de nuestra familia: ¿ qué es lo que nos ha separado? Las ideas nada más. Porque si vamos a la realidad vosotros no habéis hecho sino seguir mis pasos: luchar contra el orden establecido que es lo mismo que yo hice en mi juventud aunque el orden contra el que yo luchaba fuese el del infierno y vosotros, precisamente, reivindicáis a esos diablos rojos... Pero desde luego que

yo combatí con bastante más éxito: cuando cumplí tu edad ya tenía el grado de capitán y había ganado una guerra " (En ese punto yo debería haber interrumpido a mi padre replicándole que aquella victoria no había sido suya, que aquella guerra la había ganado la oligarquía monopolista y terrateniente aliada con el catolicismo ultraconservador y gracias a la ayuda decisiva de las potencias del Eje pero como acababa de llegar la enfermera con el desayuno, hice todos los esfuerzos posibles para contenerme porque si nos hubiéramos enzarzado en una discusión ideológica seguramente que él, con el berrinche, hubiera perdido el apetito)

Sobre mis hermanos recaía el agobio de tener que dar explicaciones, padecer el acoso de los compañeros en la universidad ya que, por más que nosotros hubiésemos intentado ser discretos, en aquellos tiempos en que no existía la libertad de prensa las únicas noticias fiables que circulaban en nuestro país eran los rumores y el rumor de que nuestro padre convalecía de una enfermedad extrañamente vinculada a aquella otra que padecía el Padre de la Patria y que tenía en vilo al país entero, había corrido como una exhalación sin que a los ansiosos oídos de la ciudadanía llegara a parecer un chisme menos verosímil que aquel según el cuál el arzobispo de Zaragoza había desnudado de su capa a la imagen de la Virgen del Pilar para que nuestro supremo dirigente la utilizase como colcha milagrosa. El caso es que yo había tenido que acudir ese día a la Facultad para fotocopiar unos apuntes cuando, en la secretaría, me tropecé con el camarada Angel: "Hombre Agonías, cuánto tiempo, hace mucho que no se te ve por las reuniones de célula... ¿cómo está tu padre?" "Bien, bien", contesté yo por puro formalismo mientras seguía ordenando mis papeles, pero entonces el camarada Angel me sujetó por el brazo y, visiblemente agitado, me obligó a volverme hacia él: "¿Bien? ¿No dices nada más?, ¿qué quieres decir, qué significa que está bien? ¿Acaso que se está recuperando?" Había tal alarma, tal grado de decepción en su voz que no pude evitar reirme: "Parece mentira que con tanto socialismo científico, con tanto análisis dialéctico, tú también creas en esas gilipolleces", dije. - Se sonrojó, le ví, se sonrojó y al mismo tiempo intentaba buscar en su memoria alguna cita autorizada que pudiese justificar su supersticiosa credulidad, pero yo conocía el Libro Rojo tan al dedillo como él y sabía que no iba a encontrarla. "El que algunas contradicciones carezcan de carácter antagónico no implica que la lucha de clases, eh, quiero decir que, eh..." trató de empezar con balbuceos, improvisando sobre la marcha, porque la posibilidad de que existiese alguna parcela de la realidad no

contemplada por el pensamiento del Padre Rojo producía un vacío existencial de tal magnitud en el fanatismo de su fe que no era capaz de digerirlo. Quizás hubiera llegado a ser divertido aprovechar la circunstancia para echar más sal en esa herida, en esa fisura que por primera vez yo veía abrirse en la hasta entonces imbatible retórica del camarada Angel, pero me encontraba demasiado cansado: "Vete a la mierda" le solté dando por terminada al mismo tiempo nuestra conversación y mi militancia en su patética Organización Revolucionaria y antes de que pudiera recuperar la normalidad para largarme el habitual sermón de siempre, me marché a toda prisa con mis fotocopias.

Puestos a hablar de contradicciones tenía narices la situación en que mi padre me estaba colocando a mí porque no podía existir una contradicción mayor que la que se producía entre mis ideas y mis actos desde el momento en que, si las primeras me impulsaban a desear la muerte del Padre de la Patria como el único camino posible para obtener nuestra libertad, los cuidados que prodigaba a mi padre iban también prolongando la vida de aquel, perpetuando así su dictadura. Todo ello en el supuesto de que todas aquellas interrelaciones espirituales tuviesen algún viso de realidad y no constituyesen una broma macabra que estaba durando ya demasiado tiempo, así que apenas entré en su habitación llegué hasta el borde su cama y se lo dije: "Vamos, padre, todo esto es absurdo, es una situación ridícula, tú eres demasiado joven para morir, esta no es tu muerte" - Viéndole allí tan arrugado entre las sábanas, los ojos llorosos y el cuerpo entero sacudido por temblores, lo que parecía absurdo era hablarle de juventud a aquel anciano- "Y deja de temblar, por favor, tú no tienes Parkinson, nunca lo has tenido, es todo pura sugestión " - De todos mis argumentos mi padre sólo pareció quedarse con el último- "¿Sugestión? ¿cómo te atreves? Él mismo me lo dijo, fue Él en persona quien me anunció que yo no iba a conocer a otro jefe, ocurrió en Burgos, el día en que asumía su poder absoluto..." (Apunté esas palabras, quizás fuera la pista que los doctores estaban buscando, el hilo oculto que permitiría deshacer aquel confuso ovillo) "¿Qué te dijo, padre, qué fue lo que te dijo exactamente?", pero mi padre ya se había desentendido, andaba otra vez perdido en sus recuerdos, en esa nebulosa región de la memoria en la que suelen refugiarse los viejos en espera del fin, allí donde la muerte constituye la única exactitud posible.

El mismo día, a la misma hora, en el mismo minuto, los dos sufrieron el mismo ataque cardíaco y mientras el mío estaba todavía en la UVI, el joven residente que yo había conocido en la primera entrevista entró con dos celadores en nuestro cuarto del hospital para llevarse la televisión: "La orden es de aislamiento total, cuarentena absoluta. Nada de aparatos de radio, nada de periódicos ni revistas, ni el menor comentario sobre la actualidad. Al paciente no debe llegarle ninguna información sobre la evolución de la enfermedad de Equis, ni una sola noticia. Queremos descartar si se trata de un fenómeno de sugestión, ya sabes, algo psicossomático". Y ya que tenía a un médico a mi alcance aproveché para señalarle la incómoda mascarilla que cubría mi cara y que me habían entregado junto con la bata y los chanclos al empezar a convivir con mi padre: "Da mucho calor", dije, ¿ es absolutamente imprescindible llevarla?" El residente me miró con asombro, como si por primera vez se fijase en el detalle: "¡ Qué va, para nada! Tu padre está en la planta de infecciosos porque es la más aislada del hospital, por eso te han dado el uniforme, para no levantar sospechas. Sin embargo, aquí dentro puedes vestir como quieras porque no existe el menor riesgo de contagio, ¡faltaría más! En ese caso estaríamos ante una emergencia nacional, sería como un suicidio colectivo". Pero de poco sirvieron precauciones ni cuarentenas porque tres días después mi padre y el Padre de la Patria volvieron a sorprender a sus respectivos equipos médicos cambiando brusca y simultáneamente de enfermedad, pasando a compartir una misma hemorragia en el estómago que empeoró aún más si cabe el estado de ambos. Mi padre ya no podía comer y cuanto más débil se sentía más venían a acosarle toda clase de médicos y especialistas para estudiar su caso clínico. Una vez el joven residente introdujo en nuestra habitación a un tipo con un aspecto bastante singular: "Es un científico célebre, es el neuropsicólogo de Su Excelencia" y luego me ordenaron salir y la celebridad permaneció tres horas junto a mi padre obligándole a responder una completa batería de tests y cuestionarios. Cuando el inquisidor se fue, le dejó exhausto "¿Qué te ha preguntado ese hombre, padre?" "Bah, trivialidades", me contestó, "Hablamos del abuelo, de la coincidencia de que él también muriera acompañando a otro de los héroes de nuestra cruzada, de que su destino también se entrecruza con el de la patria. Quieren investigar mis cromosomas por si se trata de un supuesto de herencia genética..." . "¿Y tú que le dijiste?" "Lo que a todos, que a mí me da lo mismo por la razón que sea, pero que sabré cumplir con mi deber: no me importa morir, el mundo sería extraño sin El, quizás es que ya me he acostumbrado..." Esa era la situación, él mismo se resignaba a su suerte sin dejarnos salida, ni un fleco suelto por donde liberarle de la

subsidiariedad de su destino; pero al menos los médicos nos habían dejado solos por un momento y yo llevé mi mano al bolsillo: "ahora eres tú quien la necesita más que yo", dije tendiéndole la vieja fotografía de Jean Fontaine con la que él había pretendido salvarme en el pasado de mis tentaciones adolescentes - y como mi padre contemplase la foto con tal emoción, con tan íntimo reconocimiento, también yo me emocioné, dejando que las lágrimas - esas lágrimas que, juzgándolas impropias de un carácter viril, tanto se había esforzado él por erradicar de los hábitos de su prole- fluyesen libremente por mis mejillas: "Nuestra Madre de la Temprana Muerte, Nuestra Madre la Extraña, Nuestra Madre Desaparecida...", comencé a recitar entre sollozos las viejas letanías de nuestra infancia, y al oírme, los ojos de mi padre parecieron humedecerse también pero en su caso era debido sólo a la esclerosis del lacrimal: "¡Vamos, vamos, basta de sentimentalismos! Ya que no podía daros una madre de verdad, creí mi deber inventarme esta otra. Eráis pequeños, estábais solos en el mundo y sentí que aquel cuento era el que más necesitábais escuchar. ¿Qué hubo de malo en ello?". Pero mi padre, ay, continuaba muriéndose y las hemorragias horadaban día a día su estómago y se sucedían sin mayor éxito las transfusiones de sangre mientras los más peregrinos especialistas continuaban sucendiéndose a la cabecera de su cama: otra vez le tocó visitarle a un catedrático de Historia Antigua, reputado egiptólogo, y aunque no me permitieron asistir a la entrevista, el joven residente me resumió que había tenido por objeto contrastar los paralelismos que podían existir entre el caso de mi padre y ciertas costumbres funerarias del Alto Egipto, en concreto aquella por la cuál los más fieles servidores del Faraón se ofrecían para acompañarle en el último viaje y compartían su misma tumba.

Era la última persona que yo esperaba ver allí, pero se presentó una tarde, a la hora en que mi padre dormía, vestida con un discreto traje sastre, desprovista por esta vez de sus extravagancias orientales. "¿Cómo está el tío? Me lo contaron tus hermanos, a tí no sabía ni dónde localizarte". Pero luego debió de notar mi confusión, hasta qué punto yo no estaba para reproches porque avanzó a mi encuentro a tiempo de evitar que me derrumbase: "Es el fin", dije , "todo se ha terminado" , y en lugar de seguir preguntando, Astrid se limitó durante un rato a apretar su mejilla contra la mía sin importarle que mis lágrimas desordenaran su maquillaje y sus manos me acariciaron el cabello y fueron luego recorriendo mi espalda para calmar mis convulsiones. "¿Qué es lo que se ha terminado? La vida sigue", me susurró al oído mientras sus brazos iban apaciguando como un bálsamo los temblores de mi cuerpo

embotado por el dolor, me ofrecían el consuelo de la misma mentira piadosa que había inspirado sus palabras porque la vida no podía seguir, porque si de verdad quería saber qué es lo que se había terminado le bastaba con mirar alrededor, aquella habitación blanca y de aire enrarecido donde yo llevaba semanas encerrado, con contemplar el rostro cadavérico con que dormía y al mismo tiempo se moría mi padre, para comprobar por sí misma que el final del que yo le hablaba era el del fundador de mi familia pero también, por un inexplicable paralelismo, el del fundador de mi patria; y si todo esto podía resultar poco más que folklore político para una muchacha extranjera, expresión de los mitos subdesarrollados que ella había venido a investigar en mi país, más atávico debió de parecerle el hecho de que, como consecuencia de sus abrazos y sin dejar por eso de sollozar y de gemir, la sangre caliente de mi estirpe entrase de repente en una embarazosa ebullición. "La vida sigue", dijo Astrid cuando sus dedos rozaron mi entrepierna y comprobó que efectivamente la vida se abría paso, que respondía como un imán a sus caricias por encima de llantos y aflicciones. De aquel barro promiscuo habíamos sido hechos los mortales, así resultaba de contradictorio el cuerpo humano, y como a mi prima norteamericana no pareciese escandalizarle el hecho y continuase tan tranquila y estrechamente abrazada a mí pese a mi erección comprometedora, yo no pude evitar apretarme aún más contra ella. "¿Estás seguro de que está dormido?", me susurró al oído señalando en dirección a mi padre; "Completamente", dije yo, "acaban de ponerle su inyección. Ni una explosión atómica podría despertarle"; y al amparo de tal impunidad, tranquilizada por mis palabras, Astrid comenzó a desabotonarse su camisa. "¿Te das cuenta? A nuestros padres ni se les hubiera ocurrido acostarse juntos, eran otros tiempos" me dio a mí por fantasear sobre el pasado en una tentativa de escapar de ese extraño presente en el que Astrid me iba empujando poco a poco a la cama de al lado, mientras terminaba de liberar los elásticos que -fruto de ese mismo vestuario convencional que había elegido para su visita a la clínica- comprimían la expansión de sus pechos; "Tiempos de represión y oscurantismo" apostilló Astrid una vez con las tetas al aire, cuando poco podían importarme ya a mí sus sarcasmos, cuando ya sólo había lugar en mi cabeza para el pensamiento de seguir adelante, no desprovechar esa inesperada oportunidad de liberarme de una maldita vez, cuando acababa de jurarme a mí mismo no permitir que por las habituales razones de coyuntura - bastante adversas en este caso, la verdad, si tomábamos en cuenta la figura yaciente de mi padre y la atmósfera tétrica del cuarto de hospital donde nos encontrábamos- fuese a verse frustrado, como tantas veces me había ya sucedido, la ejecución de mi deseo;

"¿no sería mejor que cerrases la puerta?" - sugirió quedamente Astrid mientras mis manos se abrían paso desordenadamente bajo su falda; y era verdad, porque llevados por nuestro entusiasmo nos la habíamos dejado abierta de par en par y cualquier enfermera que cruzara el pasillo hubiera podido denunciarnos por escándalo público, atentado contra la salud y hasta por delito de lesa patria dadas las circunstancias agravantes que concurrían en la extraña enfermedad de mi padre- De contumaces y porfiados está lleno el infierno, de aquellos que se entregan a la fornicación y a la lujuria aunque tengan que pasar por encima de su propio cadáver, aunque lo que yo me proponía era más bien pasar por encima del cuerpo dormido de mi padre para, como si no bastara con la traición política, arrastrar una vez más por el fango sus sagradas banderas e ideales: "!Acabemos lo que ellos empezaron!. !Pasemos la página de una vez!", proclamé desafiante desde la puerta mientras terminaba de echar el cerrojo para liberarnos de indiscreciones delatoras; pero cuando me volví hacia Astrid, dispuesto a todo, descubrí que los pechos de mi prima habían desaparecido del horizonte, que se había recompuesto el peinado y abotonado por completo todos los botones de su camisa y que, convertida otra vez en la discreta visitante de hospitales de su llegada, tan sólo tenía ojos para contemplar, con evidente y desconcertada aprensión, el sueño narcotizado de mi padre: "! Madre mía! !No puedo creerlo! ¿es cierto eso que dicen de que quiere morirse porque no le merece la pena vivir en un mundo libre, democrático y civilizado?"

Tuvieron que operarles, les extirparon al unísono las dos terceras partes de sus estómagos respectivos y los dolores se volvieron tan insoportables como para que, en sus distintos hospitales, tuvieran que inyectarles a los dos enormes cantidades de morfina que les mantenían casi todo el tiempo inconscientes. Y en el caso de mi padre nada se podía hacer sino esperar porque ya había quedado demostrado con creces que su destino consistía no solo en duplicar como un eco una muerte más alta y ajena sino también en sufrir hasta el final esa misma espantosa agonía. " He estado pensando en lo que hablamos sobre la realidad y las ideas", me dijo en uno de sus raros momentos de lucidez, " a lo mejor me he preocupado tanto de la fidelidad a mis principios que me he olvidado de los sentimientos...pero ¿qué sentimientos podían quedarme? Fusilaron a mi padre, mi madre me abandonó, mi novia, tú ya lo sabes, se marchó también... ¿Que me quedaba, a que podía aferrarme para sobrevivir en este mundo si no era a los ideales?". Empeoraba tanto, su vida se escapaba a tal velocidad que antes de intentar una última operación se vieron obligados a autorizar a que le visitaran el

resto de mis hermanos y así reunidos los seis alrededor de su lecho, todos con las batas y los gorros verdes de uso obligatorio en aquella falsa planta de infecciosos, compusimos una atípica imagen familiar: "Alguien me advirtió que adoptar a los huérfanos del enemigo derrotado no era una buena solución, que la sangre vencida siempre volvería a rebelarse..." - parecía como si intentara bromear pero la sonrisa se le transformó en un rictus de dolor mientras paseaba su vista cansada y llorosa sobre aquel peregrino colegio médico que habíamos formado en torno a él sus extraviados hijos, inconfundibles pese al uniforme con el resto de los empleados del hospital por el desaliño de nuestro aspecto, por aquel aire desastrado de apóstoles revolucionarios, por las miradas incendiarias y desafiantes con las que contemplábamos un sistema político en el que no poníamos otra esperanza que conseguir lo antes posible su más completa destrucción - "No es que yo lo lamente", dijo, "os di un apellido, un hogar, una posición en la vida, una sociedad en paz... Levantamos del caos un orden nuevo para vosotros... ¿Para qué tanta guerra, para qué tanta muerte, para qué tanto sacrificio? No digo que lo lamente pero tampoco puedo perdonaros, ni aunque quisiera podría hacerlo... Ese perdón no está en mi mano: la patria es un concepto demasiado sagrado para reducirlo a una cuestión doméstica entre padres e hijos..." Hubo un silencio porque nuestro padre había cerrado los ojos como si después de aquella maldición ya no le quedase otra cosa que hacer sino morir, pero todavía encontró aliento para transmitirnos una postrera voluntad: "...Buscádlas, averiguad su paradero, si es que está en el exilio pronto le permitirán volver... mi madre, vuestra abuela... es la única familia que os queda..." (Curiosa encomienda para constituir la última: después de haber bombardeado y arrasado al final de la guerra la ciudad en donde ella se escondía, de haber fusilado por millares a todos aquellos prisioneros que podían compartir sus ideas, de haber condenado al exilio a los que pudieran haberse salvado del fusilamiento, cuarenta años después de haber mantenido viva la llama del rencor y la exclusión de los vencidos, nos salía él acordándose de su madre. ¿ pero qué posibilidades tenía nuestra abuela de seguir aún con vida, de haber sobrevivido a la implacable persecución del bando de su hijo?) Las de nuestro padre se redujeron a cero porque en medio de la operación entró en coma y ya no volvió a despertarse, así que aquellas palabras que nos dirigió constituyeron de verdad su legado póstumo - bueno, no del todo, porque corrió el rumor de que antes de caer inconsciente, mientras le trasladaban en la camilla, un anestesista le había escuchado susurrar una frase enigmática, lo suficientemente ambigua como para expresar lo que unos tomaron por una manifestación de desengaño y otros por la

confirmación de sus indeclinables convicciones patrióticas: "Era esto, la unidad de destino en lo universal era esto..." - El Padre de la Patria dejó escrito, como es lógico, un testamento de mayor trascendencia política y sólo en apariencia algo más generoso ya que en el perdonaba los pecados a todos sus súbditos menos a los enemigos de la patria, es decir a los suyos, a los que no había perdonado nunca, pero todo esto aún no podía saberse porque aunque liberados de los pesares del mundo, los dos mantenían sus constantes vitales, continuaban oficialmente vivos, sostenidos por máquinas sofisticadas que suplían las funciones que sus descuartizados cuerpos no podían ya realizar. Volvieron del quirófano reducidos a un estado vegetativo, convertidos en sendos montones de carne insensible pero que aún respiraban y latían, así que yo pensé que todavía seguía siendo mi deber continuar ocupándome de mi padre: " Ese pase no sirve, ha sido anulado" me informaron los guardias que vigilaban la puerta de su habitación y como es lógico yo me puse a gritar y a amenazar, intenté sin éxito golpearles y perdí el control porque aquel derecho que me estaban negando era un derecho humano inalienable que ni siquiera el más perverso de los totalitarismos se hubiera atrevido a proscribir; y con el escándalo alguien abrió la puerta desde dentro y entonces asomó la cabeza del joven residente y yo me puse todavía más furioso porque acababa de atisbar que en aquel cuarto cuyo paso habían vedado al hijo, se hallaban reunidas, sin embargo, otras personas completamente extrañas a nuestra familia: "¿Qué hace toda esa gente ahí dentro? ¿Qué están tramando? !tengo derecho a saber!" "Más vale que te tranquilices", dijo él en voz baja, "Son personalidades muy importantes, no te imaginas cuánto, ha venido `la camarilla´ en pleno, la camarilla de palacio..." Y cuando al fin me dejaron entrar vi que uno de los tipos iba vestido de militar, pero de muy alta graduación y otro llevaba sótana y una gran cruz en el pecho, como de obispo, y el otro era un médico que yo no había visto nunca entre los habituales del hospital. "Tranquilo, hijo", me saludó el obispo, "nada peor puede pasarle ya a tu padre de lo que le ha pasado". "Incluso podemos decir que ese cuerpo inmóvil que ves en la camilla ha dejado para siempre de ser tu padre", dijo el médico. "Tu padre era un buen soldado, muchacho, un valeroso excombatiente de nuestra cruzada", dijo el general." !Ustedes no tienen derecho a estar aquí, ni su vida ni su muerte son asunto suyo!", grité yo, "¿De verdad crees que no es asunto nuestro?", dijo el médico, "nosotros no hemos provocado esta conexión tan extraordinaria, no la hemos buscado, de hecho ni siquiera sabemos por qué se ha producido" "Es el destino, la fuerza del destino", dijo el militar, "Lo que el destino ha unido, no lo separe el hombre", sentenció el clérigo. Empezaba a marearme, la habitación daba

vueltas a mi alrededor y ni siquiera la inmovilidad de lo que quedaba de mi padre ni el ruido monótono de los aparatos de control de sus constantes vitales podían servirme de referencia. "La situación es crítica, si no hacemos algo rápidamente pronto tendremos que informar al país", dijo el general. "El caso es que hoy por hoy todo lo que nos queda de cuarenta años de paz y progreso son dos cuerpos en coma, dos personas distintas cuya muerte está resultando ser la misma... ¿No es terrible? El Padre de la Patria es demasiado mayor, aunque consiguiésemos un milagro, ¿qué ganaríamos con ello ?, ¿unas semanas, unos meses más de vida?", dijo el médico. "En cambio tu padre es mucho más joven", dijo el cura, "y por más que nos duela las instituciones siempre están por encima de las personas", "Salvemos a la patria ya que no podemos salvar al Padre", dijo el militar. "Hemos investigado a fondo", me explicó el médico, "y lo que puede parecer extraño a nuestras tradiciones culturales, en otros lugares resulta una moneda corriente; en el budismo tibetano, por ejemplo, cada Lama, al morir, se reencarna en otro más joven. ¿ Y acaso la agonía siamesa de tu padre no constituye una prueba evidente de que el espíritu del Padre está descendiendo sobre él?" "Reencarnación, transmigración, la rueda de la vida, tal vez todo eso te suene un poco a herejía, hijo", dijo el obispo, "pero el silencio de las Sagradas Escrituras en materia de mecanismos sucesorios nos obliga a buscar la solución en cualquier otra fuente". "La supervivencia del Régimen, ese es el verdadero y único Principio Fundamental que sigue en vigor en estos momentos", dijo el militar. "¿Pero cómo vencer el destino común, como romper un vínculo tan estrecho como el que les une? Hemos llegado a la conclusión de que si en el momento en que se produzca el fallecimiento del Padre de la Patria logramos mantener artificialmente la vida del tuyo, su alma inmortal cambiará de cuerpo y habremos roto el encadenamiento de síntomas, liberado el fatum, frustrado la conspiración de las parcas. ¡Nuestro Padre vivirá, Nuestro Padre habrá conseguido vencer a la muerte!", anunció el médico con expresión triunfante, transfigurado el rostro por la esperanza; yo, en cambio, incapaz de seguir escuchando, me llevé las manos desesperadamente a los oídos, "¡Basta!", grité, "¡nadie va a intentar nada con mi padre! ¡lo impediré, les denunciaré públicamente!". "¿En dónde vas a denunciarnos, hijo, en los periódicos, en la televisión? ¿Acaso ante el Tribunal de Orden Público?" , dijo el general. "¿Es que crees que ya no es preceptivo el Nihil Obstat, que la subversión ha conquistado ya su patente de corso?" me amonestó el obispo. "Vamos, vamos", dijo el médico tratando de rebajar la tensión, "si todo sale bien, cuando el Padre de la Patria muera os entregaremos su cuerpo. ¿Qué más te da enterrar un cadáver que

otro? Tu padre habrá muerto de todos modos". "La patria sabe recompensar el sacrificio de sus héroes, muchacho", prometió el general, "También en el cielo hay un Padre que todo lo ve, que premia y castiga nuestros actos", concluyó el obispo, con una ambigüedad más vaticana. No aguanté más. Fue el joven médico residente quien tuvo que sacarme de la habitación, quien me sujetó entre sus brazos hasta que, en el pasillo del hospital, mis piernas volvieron a ser capaces de sostenerme "Yo de tí no me preocuparía, no les haría demasiado caso", me susurró al oído en ejercicio de esa confianza que, pese a nuestra diferencias políticas, se había ido estableciendo entre nosotros durante aquella interminable agonía, "Los de la camarilla están desesperados, no saben qué intentar para que nada cambie... ¿Crees que los sectores aperturistas del Régimen iban a permitir que se sacasen un nuevo Padre de la Patria de la manga? ¿Y el ejército?, ¿piensas acaso que el ejército iba a jurar fidelidad a un intruso? ¿Y el Papa, qué crees que diría el Papa ?"

No había nadie en efecto a quien yo pudiera contarle esa entrevista que habíamos mantenido en el hospital, ni siquiera a alguno de mis hermanos, porque hubiera sido preocuparles con una fantasía alucinante, una pesadilla irreal que no era sino otro de los signos de aquel tiempo de cambios que nos estaba tocando vivir, ni más ni menos inverosímil que la situación de un país paralizado por completo, también en estado de coma, deshauciado e insensible a todo lo que no fuera la Muerte, la muerte con mayúsculas, cuyos avances y retrocesos, cuidadosamente maquillados por la censura y por los tecnicismos médicos, constituían el único centro de referencia nacional. Y puesto que no me dejaron seguir a su lado, yo también regresé a casa para sentarme junto a mis compañeras frente al televisor y escuchar, como millones y millones de súbditos, la interminable catarata de partes médicos en los que el coma irreversible del Padre de la Patria se había ido transformando en situación estacionaria y el vegetar inmóvil de su espíritu en una evolución favorable dentro de su gravedad. Claro que a mí no podían engañarme porque yo lo sabía, pero ¿qué es lo que sabía yo? ¿ Que también mi padre estaba condenado a la eternidad de esa situación estacionaria, a vegetar eternamente mientras mantuviesen con vida al otro? ¿o acaso que yo era uno de los iniciados en el secreto de ese experimento sucesorio con el que nuestra patria se disponía a sorprender de nuevo al mundo proclamándose ni monárquica ni republicana sino, en su peculiar idiosincrasia, Estado Teosófico de Derecho basado en el Principio Fundamental de la reencarnación del Régimen y la transmigración del alma del Padre de la Patria? Pero hubiera

sido inútil intentar contar nada porque de tanto rumor y tanta fábula nuestros telespectadores habían perdido hasta tal punto su fe en todo lo que no fuese la ciencia médica que cuando llegó la hora fatal, el locutor de la cara triste no encontró otra manera de anunciarla que proclamando un "shock entodóxico provocado por una aguda peritonitis bacteriana, disfunción renal, bronconeumonía, paro cardíaco, úlcera de estómago, tromboflebitis y enfermedad de parkinson", porque si hubiera dicho simplemente que se había muerto nadie se lo hubiera creído y al oír la noticia yo desvié la vista de la pantalla de televisión porque había comenzado a sonar el teléfono y al otro lado del hilo se escuchaba la voz del médico residente que me estaba informando que la noche interior, a la misma hora en que ocurría la irreparable tragedia histórica, una auxiliar de clínica de identidad desconocida - y que quizás no era un enfermera sino un enviado del Señor, ese ángel de la muerte que rondaba por los hospitales del mundo para conceder el consuelo del eterno descanso a los enfermos terminales - había enredado sin querer sus pies con aquel lío de cables que alimentaban el corazón y los pulmones de mi padre, con tan misericordiosa fortuna, que los había desenchufado.

FIN

NOTA DEL AUTOR

En "**La Creación de este Mundo**" se utilizan textos de los manifiestos y artículos publicados en la revista "La Conquista del Estado" a lo largo del año 1.931 (Recopilación, Ediciones de Falange Española, 1.939). La revista tuvo realmente su sede en un sótano de la antigua avenida Dato de Madrid y por allí pasaron, en plena época republicana, los personajes históricos citados.

Los versos que recita Agonías en "**Angustias, Exorcismos, Aullidos**", corresponden al poema de Antonio Machado "A Orillas del Duero" de "Campos de Castilla". La traducción de los distintos fragmentos del poema "Aullido" de Allen Ginsberg corresponde a Jaime Rosal y Luis Vigil (Star Books, 1.976). El poeta exiliado a quien se alude al final del capítulo ("No me contéis más cuentos") es León Felipe. Las citas del pensamiento del Padre Rojo que aparecen en "**Teoría y Praxis Revolucionarias**", "**La Internacional**" y "**Los Cuerpos Represivos**" en boca de unos y otros personajes provienen del "Libro Rojo" de Mao Tse Tung (Júcar, 1.976, prólogo de Eduardo Haro-Tecglen). En "**La Internacional**", el poema que cierra el capítulo es una de las "Cinco Canciones de la Revolución Cultural", recopiladas y traducidas por Marcela de Juan (Alianza, 1.973). En "**Uno de los Nuestros**", la cita de Durruti corresponde a una entrevista de Van Paasen recogida en "Combate", órgano de la Liga Comunista Revolucionaria, nº 63, 64 (1.976)

